
SARAH VALENTINE
Lucke
LA SUMISA DEL HEREDERO
SERIE HEREDEROS , 9

Índice

Lucke. La sumisa del heredero
Sinopsis
Dedicatoria
Créditos
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27

Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61

Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Capítulo 70
Capítulo 71
Epílogo - Natalie
Epílogo - Lucke
Nota de la autora
¿Dónde puedes encontrarme?
Tengo un regalo para ti
Encuentra aquí otras novelas de la autora

Lucke.
La sumisa del heredero
Serie Herederos, 9

Sarah Valentine

Sinopsis

Lucke.
La sumisa del heredero
Un romance oscuro, intenso y adictivo ambientado en Nueva York

Natalie Williams nunca imaginó que aceptar un trabajo como **asistente personal** en Cooper Holdings la llevaría a un mundo donde **el deseo se confunde con la obediencia**, y **el placer con la rendición**. Trabajar para **Lucke Cooper**, el implacable y **seductor heredero** y CEO del imperio hotelero más prestigioso de Nueva York, significa **someterse a sus reglas**, seguir sus **órdenes y entregarse** a su control absoluto… en todos los sentidos.

Lucke Cooper no es un hombre que sepa amar. **No cree en el amor**, solo en el poder, en la lealtad inquebrantable y en la **sumisión total**. En su mundo, todo se basa en contratos, acuerdos y límites claros. Y **Natalie** acaba de firmar el más peligroso de todos: **ser su sumisa**.

Para ella, aceptar significa explorar deseos que nunca se atrevió a confesar. Para él, es la garantía de que siempre tendrá el control.

Pero lo que ninguno de los dos espera es que este **juego de dominación** despierte algo más profundo, algo que va **más allá de la obediencia y el placer.**

Mientras Lucke lucha contra su necesidad de controlarlo todo y Natalie descubre su propia fortaleza dentro de la entrega, **el peligro acecha en las sombras**. Porque cuando el pasado de Lucke amenaza con destruirlos, la pregunta ya no es si Natalie seguirá sus reglas… sino si podrá salvar a un hombre que nunca ha aprendido a ceder.

Un romance oscuro, intenso y adictivo donde rendirse no es una opción… hasta que el corazón dicta lo contrario.

¡Atrévete a descubrirlo!

Sarah Valentine, autora de novelas románticas **Best Sellers**, como su serie **Condes escoceses** y su serie **Duques escoceses,** publica ahora Lucke. La sumisa del heredero (Serie Herederos), un romance oscuro, intenso y adictivo ambientado en Nueva York, dentro de su **serie Herederos**, una serie que copa los primeros puestos en Amazon.

Si te gustan las historias 100% románticas, lee las novelas de Sarah Valentine.

A ti, que has llegado hasta aquí.
Ojalá encuentres en estas páginas
algo que se quede contigo.

© Sarah Valentine, 2025.
Impreso por Amazon.

Todos los derechos reservados.
Los hechos que se narran y los personajes que aparecen en ese libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte de la autora.
No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico o por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de la autora. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal.
Esta historia es una obra de ficción, por lo que cualquier coincidencia con la realidad es resultado del azar.

Prólogo

Lucke

El poder es un veneno que nunca deja de correr por las venas. Algunos lo saborean y se deleitan con su sabor, mientras otros se ahogan en él. Yo, en cambio, aprendí a controlarlo desde niño y a entenderlo como una extensión de mi propia esencia. Me pertenece. Lo domino. Y no permito que nadie me lo arrebate.

El evento en los Hamptons es el mismo circo de siempre. Lujo desbordante, conversaciones que no dicen nada y alianzas tejidas con hilos tan frágiles como el cristal de las copas que tintinean con cada brindis. Desde el balcón de la mansión, observo a la multitud con la frialdad calculada de quien lo ha visto todo y no se sorprende por nada. Hombres con carísimos trajes a medida discuten de negocios, que ya han cerrado antes de siquiera tocar la copa de whisky, que tienen entre las manos. Mujeres impecablemente vestidas con trajes de alta costura sonríen con ese gesto aprendido desde la cuna, buscando a quién atrapar en su red. Nada en esta escena es nuevo para mí. Nada en este lugar logra afectarme. O al menos, así debería ser.

Recorro la sala con mi mirada sin ningún interés. He estado aquí antes, incontables veces, en distintas mansiones, con distintos rostros y los mismos juegos de poder. Nada cambia. Nadie es distinto. Todos actúan según el guion que la sociedad ha impuesto para ellos. Yo también. Pero esta noche, algo es diferente. No en la fiesta. En mí.

Algunas mujeres asistentes a la fiesta se acercan a mí con la seguridad de quien cree que tiene algo que ofrecerme. Sus labios

rojos se curvan en sonrisas diseñadas para atraer y sus manos buscan contacto *casual* con mi brazo, con mi espalda o con mi reloj de edición limitada. Algunas ni siquiera intentan disimular su interés. Me ven como el premio más alto, el trofeo definitivo que ansían conseguir, aunque no significa que lo acaben obteniendo.

Bajo la vista hacia la copa de whisky que tengo entre mis manos y doy un trago, permitiendo que el licor queme mi garganta. Sé por qué estoy inquieto. Sé por qué, por primera vez en años, siento una incomodidad que no puedo etiquetar ni controlar. Sé de quién es la culpa.

Natalie Williams.

Su nombre golpea mi mente como un eco que no deja de repetirse. No debería estar pensando en ella y menos aquí. No debería estar pensando en ella, punto. Pero lo hago. Y cuanto más intento apartarla de mi cabeza, más presente está. Es un problema. Uno que no puedo ni debo permitirme.

La recuerdo con una claridad que me molesta. Sus ojos azules, grandes y expresivos, que delatan cada una de sus emociones sin que ella lo quiera. Sus labios gruesos y apetitosos, que se entreabren levemente cuando algo la sorprende. La forma en que se muerde el labio inferior cuando está nerviosa, un gesto inconsciente que he visto repetirse en muchas ocasiones. Natalie no es como las mujeres que se pasean esta noche por la mansión con su perfume caro y sus vestidos de alta costura. Ella no pertenece a este mundo. Y, sin embargo, es la única mujer a la que mi cabeza y mi entrepierna regresa una y otra vez.

Me apoyo en la barandilla con la mirada clavada en la piscina iluminada de la zona trasera de la mansión, aunque mis pensamientos siguen enredados en ella. No entiendo qué tiene de especial, ni por qué su presencia en mi vida ha generado este caos interno que no soy capaz de controlar por mucho que me esfuerce. Para mí, las relaciones siempre han sido simples transacciones. Placer sin ataduras y deseo sin emociones. He creado reglas y me he asegurado de cumplirlas. Hasta ahora. Ahora todo es diferente, hasta yo.

La última vez que la vi, me di cuenta de que todo estaba cambiando. Su forma de mirarme ya no era la misma. No sé si era miedo, desafío o ambos, pero me hizo sentir algo que no debería, ni había planeado. Algo que no quiero.

Cierro los ojos y respiro hondo. No puedo permitirme esto. No puedo dejar que ella se convierta en una distracción. No puedo admitir que algo tan insignificante como una asistente personal rompa con la estructura de acero que he construido a mi alrededor. No lo permitiré.

Abro los ojos y vuelvo la mirada hacia la sala. Nada ha cambiado. Los invitados siguen con su danza predecible de poder y deseo. Una mujer rubia, alta, con un vestido rojo que se ajusta a su cuerpo como una segunda piel, me sonríe desde la distancia y se acerca con la seguridad de quien cree que su destino está escrito. Se detiene a pocos centímetros de mí, lo suficiente para que el aroma de su excesivo perfume invada el aire entre nosotros.

—Lucke Cooper —me dice con voz sedosa—. Qué sorpresa encontrarte aquí.

La miro sin interés. No me molesto en recordar su nombre. La he visto antes, probablemente en otro evento como este y sé exactamente qué quiere. Lo mismo que todas.

—No es una sorpresa —respondo con indiferencia—. Estaba invitado, supongo que como tú.

Ella suelta una risita suave y se acerca más a mí. Demasiado.

—Pensé que quizás querrías compañía esta noche.

No me molesto en responder. En otro momento o en otra circunstancia, tal vez habría aceptado su oferta. Quizá la habría llevado a mi hotel y habría pasado unas horas disfrutando de su cuerpo sin permitir que entrara en mi mente. Pero esta noche, la idea me parece vacía e insípida, porque no es su cuerpo el que deseo. Ni es su voz la que quiero escuchar susurrando mi nombre entre jadeos.

Exhalo, dejando la copa vacía sobre una mesa cercana, y doy un paso atrás. La rubia parpadea, sorprendida por mi falta de interés, pero no me detiene cuando me alejo. Camino con paso seguro, con el ceño fruncido y la mandíbula tensa. Salgo del salón y

cruzo la enorme terraza, sintiendo la brisa nocturna contra mi piel. No hay razón para quedarme más tiempo en este paripé disfrazado de fiesta. No hay nada aquí que me interese.

La realidad es clara: el problema no está en la fiesta, ni en las mujeres que me rodean. El problema está en mí. En la manera en que ella se ha filtrado en mi mente, en mi piel, en mis venas y en cómo ha derrumbado todo lo que creía inquebrantable.

Nunca pensé que alguien podría derribar mis barreras, pero ella lo ha hecho. Y lo peor de todo es que no sé si quiero detenerla.

Capítulo 1

Natalie

Las puertas de cristal del rascacielos de Cooper Holdings se abren con un leve zumbido, permitiéndome entrar en un vestíbulo de mármol reluciente e impoluto. La luz artificial de las lámparas se refleja en las superficies pulidas, creando un ambiente frío y calculado. Me siento pequeña e insignificante en comparación con la magnitud del edificio y la gente que se mueve con confianza a mi alrededor, pero no me permito flaquear. Hoy tengo una gran oportunidad y no pienso desperdiciarla.

Me acerco hasta al mostrador de recepción con paso firme, aunque mi pulso late con fuerza en mis sienes.

—Buenos días, tengo una entrevista con la señora Madison Knight —le digo a la recepcionista con voz clara, esforzándome por sonar segura.

La mujer, que está al otro lado del mostrador, tiene el pelo oscuro y lo lleva recogido en un moño tenso. Está concentrada tecleando en su ordenador antes de alzar la vista y posarla en mí.

—Puede tomar el ascensor a la penúltima planta. La señora Madison Knight la está esperando en el despacho que hay a la derecha —me indica con tono profesional y una sonrisa estudiada.

Agradezco con una leve inclinación de cabeza y me dirijo hacia el ascensor, sintiendo el peso de mi futuro en cada paso que doy sobre el reluciente mármol que tengo bajo mis pies. Cuando las puertas se cierran tras de mí y el ascensor comienza su ascenso, respiro hondo, intentando calmar mis nervios. Sé que esta es solo una entrevista, pero puede cambiarlo todo, mi presente y mi futuro.

Al llegar a la planta indicada, un pasillo amplio y silencioso se abre ante mí. Las paredes están adornadas con cuadros modernos, de esos que valen una fortuna, pero que no transmiten nada. Respiro hondo una última vez antes de golpear la puerta de la oficina a la derecha del ascensor.

—Adelante —escucho que una voz de mujer firme y profesional me habla desde el otro lado de la puerta.

Abro la puerta y entro al despacho. La estancia me parece tan fría e impersonal como el resto del edificio. Madison Knight está sentada tras un escritorio de cristal, con un bloc de notas abierto frente a ella y veo que me observa con una mirada analítica, como si ya estuviera juzgando si merezco este puesto o no.

—Señorita Williams, tome asiento —dice sin perder un segundo.

Me siento con la espalda recta, cruzando las piernas con elegancia, pero sin parecer demasiado rígida. Quiero transmitir seguridad, aunque por dentro esté hecha un manojo de nervios.

—Soy Madison Knight la responsable del departamento de Recursos Humanos de Cooper Holdings. Antes de empezar, quiero dejar claro algo —su tono es neutral, aunque cada palabra que dice me parece que tiene una intención y está totalmente estudiada—. El puesto de trabajo al que usted quiere aspirar no es uno cualquiera. No estamos buscando a una secretaria, ni a una simple asistente administrativa. Trabajar para el señor Cooper como su asistente personal requiere que usted tenga absoluta disponibilidad, una lealtad inquebrantable y una capacidad de adaptación total. El señor Cooper es un hombre muy exigente, frío y meticuloso. No tolera los errores ni las excusas. Sabiendo esto ¿continúa interesada en el puesto?

Su mirada me atraviesa y debo tragar saliva con disimulo. Pero he llegado hasta esta ciudad buscando comenzar de cero, estoy convencida de que este trabajo puede darme justo lo que necesito.

—Sí, por supuesto que sigo interesada —respondo con firmeza.

La señora Knight asiente levemente y toma su bolígrafo para comenzar con la entrevista.

—Perfecto. Empecemos, entonces, hablando de su experiencia profesional.

Le hablo de mis trabajos anteriores, de mis habilidades en la organización y de mi capacidad para trabajar bajo presión. Intento que mi voz suene tranquila, clara y segura, aunque la suya sigue siendo imperturbable y yo estoy hecha un manojo de nervios.

Después de unos minutos de preguntas rutinarias, cambia el tono.

—Ahora quiero que me hable de su vida personal.

Parpadeo. No esperaba esto. La mayoría de las entrevistas se centran en las habilidades laborales, pero esto... es totalmente nuevo para mí.

—¿Mi vida personal? —pregunto, intentando ganar tiempo.

—Sí. El señor Cooper necesita conocer a fondo a la persona que estará a su lado día y noche. Su asistente personal no es solo una empleada más. Debe ser alguien en quien confíe plenamente. Dígame, ¿vive sola?

Al escucharla no puedo evitar morderme el labio inferior, aunque intento evitarlo simulando que me aclaro la garganta con una leve tos.

—No. Vivo en Brooklyn, con dos compañeras de piso.

—¿Tiene pareja?

—No.

—¿Última relación?

No quiero hablar de Mike, porque me he esforzado en no volver a recordar su manipulación, sus mentiras y en lo difícil que fue salir de aquella relación. Pero Madison Knight no parece el tipo de persona a la que pueda darle una respuesta vaga.

—Terminé una relación hace un tiempo —le contesto, midiendo mis palabras.

—¿Por qué?

Respiro hondo antes de hablar.

—Era una relación tóxica, por lo que decidí marcharme de Los Ángeles, la ciudad donde nací, y empezar de nuevo aquí en Nueva York.

Madison asiente, como si eso confirmara algo que ya sospechaba. No sé qué pensar de eso, pero sigo adelante.

—Muy bien. Pasemos a otro punto. Necesito sus tallas de ropa, sujetador y calzado.

—¿Perdón? —le pregunto notando cómo me ruborizo de inmediato.

—El señor Cooper asiste a numerosos eventos y espera que su asistente luzca impecable en cada uno de ellos. La empresa se encargará de proporcionarle el vestuario adecuado. Es un requisito. Por eso necesito saber sus tallas.

Mi primer instinto es negarme, pero me contengo. Sé que este mundo funciona con reglas distintas y si quiero este trabajo, debo aceptarlas. Así que le proporciono la información que me pide, aunque me siento algo incómoda, pero estoy decidida a conseguir este puesto y nada me va a frenar en mi intento.

—Perfecto —me dice, anotando todo con rapidez—. Ahora, el último requisito.

—¿Cuál es?

—El señor Cooper quiere ver fotografías suyas antes de tomar una decisión.

En ese momento, siento que el suelo se tambalea bajo mis pies.

—¿Fotografías? —repito notando cómo me sonrojo aún más que antes.

—Sí. No se preocupe, no es nada inapropiado —añade sin perder la compostura—. Solo quiere asegurarse de que su presencia es acorde a lo que espera de su asistente. No es solo una cuestión de atractivo, sino de imagen. Debe desenvolverse en entornos donde la apariencia es clave.

Quiero protestar y decir que esto no es justo. Pero este trabajo es demasiado importante como para rechazarlo por algo así.

—Está bien —digo al fin, sin apartar la mirada de ella.

Madison se levanta y saca su móvil.

—Póngase de pie frente a la pared. Relájese y mire a la cámara.

Obedezco, sintiéndome ridícula. No sé cómo saldré en estas fotos, pero lo único en lo que pienso es que Lucke Cooper las verá.

¿Qué pensará de mí? ¿Le pareceré adecuada? ¿O pasaré desapercibida como una aspirante más?

Después de tomar varias imágenes, Madison guarda el móvil y regresa a su escritorio.

—Eso es todo, señorita Williams. En unas horas recibirá noticias nuestras.

—Perfecto, muchas gracias —le digo al levantarme de la silla, mientras siento como el corazón me late con fuerza. Tomo mi bolso y me dirijo hacia la puerta. Pero antes de salir del despacho, Madison me dice con su tono impasible:

—Señorita Williams. Estoy segura de que será una candidata interesante para el señor Cooper.

Al escucharla, no sé si sentirme aliviada o aterrada y lo único que se me ocurre en ese momento es dibujar una sonrisa en mis labios y salgo de la oficina con una sensación extraña en el estómago.

Si todo va bien, pronto estaré trabajando para Lucke Cooper. Y tengo la sensación de que mi vida está a punto de cambiar de una forma que no soy capaz ni de imaginar.

Capítulo 2

Natalie

El traqueteo del metro resuena en mis oídos mientras apoyo la cabeza contra la ventanilla. El reflejo difuso de mi cara en el cristal se mezcla con las luces intermitentes del túnel y, por un momento, cierro los ojos e intento ordenar mis pensamientos. La entrevista ha sido más extraña de lo que imaginaba. No sé si he pasado una prueba laboral o una evaluación para entrar en un club selecto de la alta sociedad. Sus preguntas han sido frías y meticulosas, como si estuvieran escogiendo algo más que una simple asistente personal. Me remuevo en mi asiento, inquieta. ¿Por qué ha sido tan importante conocer detalles de mi vida privada? ¿Era necesario tomarme fotografías? ¿Y saber la talla de sujetador? No sé, tengo la sensación de que, si finalmente el puesto acaba siendo mío, el señor Cooper va a ser más un enigma que un jefe corriente.

Cuando el metro llega a mi parada, me levanto y me abro paso entre la multitud. Brooklyn me recibe con un abrazo más cálido que el de Manhattan, con sus edificios viejos y su caos cotidiano. Tengo la sensación de que a este lado del puente de Brooklyn nadie se preocupa tanto de las apariencias, ni se mueve con la perfección calculada que reina en Manhattan. Subo las escaleras de la estación y en cuanto piso la acera, me envuelve la sensación familiar de estar en casa. Este barrio con sus fachadas desgastadas y sus cafeterías con aroma a especias es un refugio del que no quiero desprenderme a pesar de que hace apenas unas semanas que llegué desde Los Ángeles.

En el edificio donde vivo no hay portero ni ascensor, pero tiene algo mejor: Hellen y Everly. Mis compañeras de piso, a quienes hace poco que conozco, pero que día a día se han ido convirtiendo en dos buenas amigas. Abro la puerta de nuestro apartamento y en cuanto la cruzo, el olor a té caliente me rodea.

—¡Mira quién ha vuelto! —exclama Hellen desde el sofá, con las piernas recogidas bajo una manta.

Everly, que está en la cocina, asoma la cabeza con una taza en la mano.

—¿Y bien? —pregunta con curiosidad—. ¿Cómo ha ido?

Dejo mi bolso sobre la mesa del pequeño comedor, que también nos hace de salón, y me dejo caer en el sofá con un suspiro largo.

—Ha sido... intensa. Extraña. Siento que, en lugar de una entrevista de trabajo, me han escaneado por completo.

Hellen se incorpora de golpe.

—¿Extraña en qué sentido? No me digas que te han hecho firmar un contrato de confidencialidad antes de preguntarte si eres capaz de coger llamadas.

Suelto una risa sin ganas al escucharla.

—Casi. Me han preguntado de todo: si tengo pareja, por qué terminé mi última relación, incluso mis tallas de ropa. Supuestamente porque necesitan asegurarse de que mi imagen encaja con la empresa, pero ha sido... raro.

Everly frunce el ceño.

—Eso no es normal.

Hellen, en cambio, suelta una carcajada.

—¡Madre mía! Parece que tu futuro jefe quiere asegurarse de que no solo sabes archivar documentos, sino que también puede lucirte y presumir de asistente en sus eventos. ¿Te han pedido un certificado médico también?

—No digas tonterías —respondo, rodando los ojos—. Es parte del trabajo. Tengo que acompañarle a eventos y vestir acorde a la ocasión. Nada fuera de lo común en su mundo de multimillonarios.

Everly sigue sin parecer convencida.

—Yo no me fiaría tanto. Los hombres como él no suelen fijarse en nadie sin un motivo.

—No voy a salir con él —respondo, sacudiendo la cabeza—. Es mi jefe, no un candidato a novio. Y, además, ¿sabéis cómo lo llaman?

—¿Cómo? —pregunta Everly con los ojos muy abiertos.

—¡El hombre de hielo! Así que dudo que le interese algo más que no sea su trabajo y su imperio empresarial.

Hellen me mira con una sonrisa burlona.

—Esa es precisamente la clase de hombres con los que terminas enredada antes de darte cuenta.

—Basta ya —protesto, lanzándole un cojín—. Solo quiero el trabajo y nada más.

Everly se sienta a mi lado y deja su taza sobre la pequeña mesa, que tenemos frente al sofá.

—¿Cuándo te dirán algo?

—No lo sé. Imagino que pronto.

Como si lo hubiera invocado, en ese mismo momento, mi móvil vibra dentro de mi bolso. Me abalanzo sobre él y lo saco. Al ver el número de Cooper Holdings en mi teléfono, un escalofrío me recorre la espalda. Trago saliva y mis amigas me observan expectantes.

—Cógelo ya —susurra Hellen, con impaciencia y yo respiro hondo antes de deslizar el dedo por la pantalla.

—¿Sí?

—Señorita Williams, soy Madison Knight —su tono es igual de impasible que en la entrevista—. Le llamo para informarle de que ha sido seleccionada para el puesto de asistente personal del señor Cooper. Su perfil le ha parecido adecuado y espera que se incorpore el próximo lunes a las nueve en punto.

Mi corazón da un brinco al escuchar lo que me está diciendo.

—¿El lunes? Sí… sí, por supuesto. Muchas gracias.

—Nos vemos entonces.

La llamada se corta antes de que pueda reaccionar y yo me quedo con el móvil en la mano y sin ser capaz de articular palabra.

—¿Y bien? —pregunta Hellen con impaciencia.

Levanto la mirada.

—Tengo el trabajo —les cuento incrédula aún.

Un grito de júbilo llena el salón. Hellen y Everly saltan sobre mí, abrazándome entre risas y palmadas en la espalda.

—¡Esto hay que celebrarlo! —declara Everly, corriendo a la cocina—. No tenemos champán, pero tenemos *limoncello*. Y es lo único con alcohol que hay en casa.

—Dame lo que sea —le respondo divertida aún intentando asimilarlo todo.

Everly regresa con la botella y tres pequeños vasos. Nos sirve los chupitos y Hellen levanta el suyo con una sonrisa traviesa.

—¡Por tu nuevo trabajo! ¡Por el hombre de hielo y por los trajes caros que te van a regalar!

Las tres nos reímos mientras chocamos los vasos y bebemos de golpe. El *limoncello* nos quema la garganta y nos hace apretar los ojos al tragar, pero la risa es inevitable. Justo después, divertidas y con el alcohol corriendo por nuestro estómago, nos dejamos caer en el sofá y ponemos *Friends* en la tele. Una serie que, a pesar de que todas la hemos visto, nos encanta volver a ver una y otra vez. Poco después, las risas enlatadas llenan el salón mientras intento relajarme, pero mi mente sigue dándole vueltas a la conversación con Madison. «Al señor Cooper le ha gustado mucho su perfil».

Pero ¿qué ha visto en mí? ¿De verdad cree que soy la persona adecuada para este trabajo, o hay algo más?

Me abrazo a un cojín y miro la pantalla, pero apenas sigo la trama, mi cabeza vuela y vuela dando vueltas una y otra vez al cambio que estoy a punto de vivir. Sé que mi vida cambiará el lunes, y siento un hormigueo en el estómago que no sé si es emoción o miedo.

Si realmente Lucke Cooper es tan frío y exigente como dicen, ¿cómo será trabajar para él?

No tengo la respuesta, pero en cuatro días lo descubriré.

Capítulo 3

Natalie

El domingo por la noche, el apartamento está en silencio. Hellen y Everly se han ido a dormir hace rato, pero yo sigo despierta, de pie frente al armario abierto, pensando qué ponerme mañana lunes. No tengo todavía la ropa que Madison Knight dijo que me proporcionarían, así que debo apañármelas con lo que tengo.

Lanzo un suspiro y deslizo los dedos por las perchas hasta dar con un vestido negro de corte formal, sencillo y sin adornos innecesarios. Lo cojo y me lo pongo por encima y me miro al espejo. Sí, sin duda es la mejor opción para mi primer día. No quiero llamar la atención con algo demasiado atrevido, ni tampoco dar una impresión equivocada. Me obligo a respirar hondo mientras lo cuelgo en la percha que tengo detrás de la puerta y busco unos zapatos a juego. Entre todos los que tengo, elijo unos tacones negros de altura moderada que yo creo que son suficientemente elegantes y formales. Me detengo un instante y evalúo qué complementos podrían encajar mejor. Algo discreto, profesional, por lo que opto por unos pequeños pendientes de plata, una gargantilla también plateada y un reloj sencillo.

Mientras decido si llevar alguna pulsera o no, me miro en el espejo y mi reflejo me devuelve la imagen de alguien que aún se siente fuera de lugar en esta ciudad. Nueva York es un gigante que me traga entera, pero también es mi oportunidad para empezar de nuevo, así que no puedo desaprovecharla. Este puesto en Cooper Holdings, no es solo el trabajo, es la posibilidad de dejar pagadas las

deudas que Micke dejó a mi nombre y que todavía pesan como una losa sobre mis hombros.

Aprieto los labios al recordar el momento en que descubrí la traición de mi ex novio. Su ludopatía era algo que ignoré durante demasiado tiempo, creí una a una todas sus mentiras, aunque lo peor no fue eso. Lo peor fue abrir el buzón y encontrar cartas de bancos reclamando pagos de créditos que yo nunca había solicitado. Cientos de dólares que él pidió con mi nombre y mi firma falsificada. Y cuando intenté hacerle ver que estaba destruyéndome, se rió en mi cara. «No te pongas así, ya lo arreglaré», me dijo con ese descaro que ahora me revuelve el estómago.

No. No quiero seguir recordándolo. No quiero que su sombra me persiga aquí también. Cierro los ojos un instante y me obligo a centrarme en lo que tengo delante. Mi nuevo trabajo es la oportunidad, que el destino me brinda, de ganar suficiente dinero para saldar las deudas y ser libre de una vez. Lucke Cooper puede ser el jefe más exigente del planeta, pero si eso significa estabilidad y sanear mis cuentas, lo aceptaré.

Me aparto del espejo y reviso mi bolso, asegurándome de que llevo todo lo necesario. Llaves, móvil, una libreta pequeña, un bolígrafo y mi monedero. Mañana quiero llegar puntual, demostrar que sé lo que hago. No me puedo permitir ni un error, por pequeño que sea.

Me siento en la cama y repaso mentalmente la ruta que haré mañana por la mañana para llegar con tiempo de sobra. Primero cogeré el metro hasta Manhattan y después daré un corto paseo hasta Cooper Holdings. No hay margen para imprevistos me digo y un enorrme bostezo me sorprende. Son casi las doce y estoy cansada, aunque mi mente sigue despierta. Así que me levanto de la cama y vuelvo a mirarme en el espejo. Me observo con detenimiento. Este trabajo no solo es sinónimo de un buen sueldo a final de mes, también es una prueba para demostrarme a mí misma que soy capaz de sobrevivir en esta ciudad. Que soy más fuerte de lo que Mike me hizo creer y que puedo ser independiente. Vuelvo a bostezar. Estoy muy cansada, así que lanzo un hondo suspiro y apago la luz del dormitorio. Me meto en la cama y miro el techo en

la penumbra que me proporciona la pequeña luz de la mesita de noche. Me pongo de lado y me arropo mientras pienso en la oficina de Cooper Holdings, en Madison Knight con su expresión imperturbable y en Lucke Cooper, el hombre de hielo del que todo el mundo habla… ¿Será tan intimidante como dicen? ¿O simplemente será alguien obsesionado con el control? No tengo respuestas para mis preguntas, aunque tampoco me sirve de nada que me obsesione con darles una respuesta ahora.

Antes de apagar la luz de la mesita de noche, vuelvo a mirar el vestido colgado en la percha de detrás de la puerta. Es solo ropa, pero siento que elegirlo ha sido el primer paso hacia esta nueva etapa de mi vida que ansío comenzar.

«Mañana lunes será el primer día del resto de mi vida», me digo antes de cerrar los ojos y dejarme llevar por el cansancio que invade mi cuerpo.

Capítulo 4

Natalie

El lunes por la mañana, el despertador suena antes de que la luz del sol asome por la ventana. Abro los ojos con dificultad y, durante un par de segundos, me quedo quieta, como si mi cuerpo no quisiera aceptar que hoy es el día en el que todo va a cambiar para mí. Mi primer día en Cooper Holdings.

Respiro hondo y me levanto despacio. A pesar de la ducha caliente que intento alargar para relajarme, mis nervios siguen adueñados de mi pecho y de mi estómago. Me pongo el vestido negro que elegí anoche y me miro en el espejo. Sí, este diseño formal con la falda estrecha y el cuerpo entallado me hace sentir un poco más segura de mí misma. Sonrío y me ajusto la gargantilla plateada y los pequeños pendientes. Me vuelvo a mirar para confirmar que el *outfit* que he elegido es discreto y profesional, justo lo que quería. Reviso el bolso para confirmar que llevo lo esencial: móvil, llaves, una libreta pequeña, un bolígrafo y el monedero. No puedo olvidarme de nada en mi primer día.

Cuando salgo del apartamento, aún es muy temprano y por eso Everly y Hellen aún duermen. Mientras camino hacia la boca del metro, el aire fresco de la mañana me despeja un poco. Bajo las escaleras hasta la estación y me pierdo entre la multitud que, medio dormida, se deja llevar por la rutina de cada día. El trayecto a Manhattan se me hace eterno, aunque en realidad no dura más de treinta minutos. Las conversaciones a mi alrededor se entremezclan con el traqueteo del vagón, aunque yo ahora mismo no puedo pensar en otra cosa que no sea el día que tengo por delante. ¿Cómo

será realmente Lucke Cooper? ¿Será tan frío y exigente como todos dicen? ¿O simplemente será alguien obsesionado con el control y el trabajo?

Cuando finalmente llego al rascacielos de Cooper Holdings, me detengo un momento frente a la entrada de puertas de cristal. El edificio se alza imponente frente a mí, con su estructura moderna reflejando la ciudad que hay a su alrededor. Siento una punzada de vértigo, pero no hay vuelta atrás. Ajusto la correa de mi bolso en mi hombro izquierdo y entro con paso firme.

El vestíbulo es aún más impresionante de lo que recordaba. Suelo de mármol pulido, lámparas de diseño que cuelgan en perfecta simetría y una recepción atendida por empleados impecablemente vestidos. Me acerco al mostrador y una mujer con un elegante moño me recibe con profesionalidad.

—Buenos días. Soy Natalie Williams. Hoy es mi primer día como asistente del señor Cooper. Me indicaron que debía pasar primero por recursos humanos.

La recepcionista asiente con un leve gesto y marca un número en su teléfono.

—La señora Knight la está esperando. Puede tomar el ascensor hasta la planta veintinueve —me dice la mujer después de colgar el teléfono.

Le doy las gracias y camino hacia los ascensores. Mis manos están frías y la presión en mi estómago aumenta con cada segundo que pasa. Al llegar el ascensor, entro y presiono el botón. El ascensor asciende con suavidad, pero la sensación de vértigo en mi estómago no desaparece.

Cuando las puertas se abren en la planta de recursos humanos, me encuentro con Madison Knight frente a la puerta de su despacho esperándome. Su presencia sigue siendo tan imponente como en la entrevista. Su traje impoluto, su expresión seria y su postura perfecta.

—Buenos días —dice con una leve inclinación de cabeza—. ¿Lista para su primer día?

Intento sonreír, aunque mis nervios no ayudan y le regalo una sonrisa más tensa de lo normal.

—Sí, lista.

—Perfecto —me responde con una sonrisa profesional—. Ven conmigo, por favor.

Recorro el pasillo tras ella, observando cada detalle. Las paredes son de un tono neutro, decoradas con cuadros modernos y abstractos. La alfombra, que hay en esta parte de la planta, amortigua el sonido de nuestros pasos y, a cada segundo que pasa, me siento más pequeña. Todo en este lugar me parece impecable, frío y calculado para dar la imagen correcta.

Cuando llegamos al fondo del pasillo, nos paramos frente a un ascensor privado. Madison Knight desliza una tarjeta en un lector que hay sobre el pulsador del ascensor y la puerta se abre con un leve pitido. Entramos y en cuanto las puertas se cierran, siento cómo el puño de nervios de mi estómago se aprieta. Estoy a segundos de conocer al hombre que dirigirá mi vida laboral a partir de ahora. Trato de respirar hondo con disimulo para no alterar a Madison, aunque no me sirve de nada, porque mi corazón sigue latiendo acelerado en medio de mi pecho.

Las puertas se abren en la última planta, revelando un espacio que parece sacado de una revista de arquitectura. El suelo de madera oscura brilla bajo la luz natural que entra por los enormes ventanales. El mobiliario es elegante, minimalista, y cada elemento parece estar colocado con precisión milimétrica. Doy un paso para salir del ascensor y, para mi horror, mi tacón tropieza con la alfombra. Pierdo ligeramente el equilibrio y me sujeto de la pared para no caerme del todo. En ese instante, noto el calor subiendo por mi cuello y mi cara ardiendo de vergüenza. Madison no dice nada, pero la forma en que se alerta al verme lo dice todo.

—Por aquí —me dice un instante después con su habitual tono impasible.

La sigo, intentando que mis piernas no tiemblen. Sé que en cuestión de segundos estaré frente a Lucke Cooper, el hombre de hielo.

Cuando Madison se detiene frente a una puerta doble y la golpea suavemente antes de abrirla, mi corazón martillea con fuerza. Entro detrás de ella y mi mirada se encuentra con la figura de un

hombre de espaldas, observando la ciudad a través de los grandes ventanales que ocupan gran parte de las paredes de la estancia. El despacho es amplio y tiene unas vistas espectaculares de Manhattan. Observo a mi alrededor con disimulo y veo que cada detalle de la estancia transmite poder, éxito y, en especial, control absoluto.

—Buenos días —le saluda Madison al adentrarnos en la estancia.

Lucke Cooper se gira lentamente y su mirada azul, fría, intensa y calculadora me atrapa. Su porte imponente y su carísimo traje refuerzan la sensación de que este hombre no deja nada al azar.

—Señor Cooper —añade Madison con profesionalidad—. Ella es la señorita Williams.

Él posa su mirada en mí y me observa durante un par de segundos, que se me hacen eternos, antes de asentir levemente.

—Bienvenida a Cooper Holdings, señorita Williams.

Trago saliva y me obligo a sonreír, aunque la sensación de estar bajo un microscopio no desaparece. Tengo la sensación de que este va a ser el mayor reto de mi vida.

Capítulo 5

Natalie

Cuando Madison se marcha, el silencio en el enorme despacho me parece casi insoportable. Lo único que oigo es cómo mi corazón late fuerte en medio de mi pecho. Lucke Cooper sigue de pie, con las manos en los bolsillos de su impecable traje negro, observándome con una intensidad que hace que mi estómago se encoja. Es como si estuviera analizándome, como si pudiera detectar cada inseguridad que intento ocultar tras una postura firme y una expresión serena.

Intento mantener la compostura, pero sé que mis mejillas han adquirido un tono rojizo. No sé si es por los nervios o por el hecho de que este hombre es, con diferencia, el más atractivo que he visto nunca. Alto, con una mandíbula marcada y una mirada azul gélida, que parece atravesarme, Lucke Cooper exuda un dominio absoluto de la situación, de sí mismo y de todo lo que lo rodea. No hay nada en él que sugiera duda, inseguridad o debilidad.

—Señorita Williams —me dice con una voz profunda, controlada y sin una pizca de emoción.

Trago saliva y le sostengo la mirada, aunque siento que me cuesta más de lo que pensaba.

—Sí, señor.

Él ladea levemente la cabeza, como si estuviera evaluando mi reacción, y yo tengo la sensación de que me está sometiendo a un examen del que depende todo mi futuro o, al menos, el más inmediato.

—La señora Knight dice que ha sido usted seleccionada por su perfil, porque encaja con lo que necesito. Espero que esté a la

altura de las expectativas.

Lo que me dice no sé si es un elogio o una advertencia. Trato de mirarle a los ojos y no apartar la mirada, aunque reconozco que su presencia me abruma.

—Haré todo lo posible para cumplir con mis responsabilidades —le contesto con un tono que intento mantener firme.

Él no responde de inmediato. Se acerca a su escritorio con pasos tranquilos y se apoya en el borde, cruzando los brazos sobre su pecho. Sus ojos recorren mi figura con detenimiento, no de manera inadecuada, pero sí con la misma precisión con la que alguien inspeccionaría algo que acaba de adquirir.

—Eso espero, señorita Williams. Este trabajo requiere un compromiso absoluto, discreción y, sobre todo, resistencia por su parte. No me gusta perder el tiempo con incompetentes.

La frialdad de su tono me hace sentir aún más pequeña, pero intento disimularlo. Así que, respiro hondo y asiento, sin atreverme a decir nada más.

—¿Tiene experiencia manejando agendas y organizando reuniones de alto nivel? —me pregunta, sin apartar su mirada de mí.

—Sí, señor. En mi anterior empleo coordinaba reuniones con directivos, gestionaba agendas y supervisaba la logística de eventos empresariales.

—Bien —responde, sin ninguna inflexión en la voz que me haga saber si realmente le ha parecido una buena respuesta o no.

Nos volvemos a quedar en silencio y lucho por no retorcer las manos. Quiero parecer segura de mí misma, pero tenerlo a tan poca distancia, me abruma. Me siento como un ratón atrapado en la mirada de un halcón.

—¿Qué sabe de mí, señorita Williams? —inquiere de pronto, ladeando la cabeza ligeramente.

Me desconcierta su pregunta y me quedo un segundo en blanco.

—Solo lo que he leído en la prensa y lo que la señora Knight me ha indicado —le contesto con cautela.

Lucke suelta un sonido bajo que podría ser una risa sin humor.

—Entonces sabrá que me llaman el hombre de hielo.

Me sorprende que lo mencione tan abiertamente. ¿Es una prueba? ¿Quiere ver cómo reacciono?

—Sí —respondo, sin rodeos y bajando la mirada un instante, aunque vuelvo a centrarme con rapidez en su cara y es entonces cuando veo cómo sus labios se curvan apenas en una sonrisa.

—Y, ¿qué opina de eso?

La pregunta me toma desprevenida. No sé qué espera que diga, pero tampoco puedo quedarme callada.

—Creo que es un apodo que la gente usa cuando alguien es exigente y tiene un estándar alto —respondo con cuidado—. No siempre tiene por qué tener una connotación negativa.

Me observa un poco más y luego camina lentamente alrededor de su escritorio.

—No me interesan las opiniones de la prensa ni las habladurías. Solo me interesa que haga su trabajo y que lo haga bien. Sin errores y sin excusas. ¿Lo entiende?

—Sí, señor.

Se acerca hasta donde estoy y se detiene justo a mi lado. Puedo percibir su fragancia, una mezcla de madera y especias que encaja con su imagen de hombre poderoso.

—No me gusta repetir las cosas dos veces, señorita Williams. Si hay algo que deba saber, quiero que me lo comunique de inmediato. Si hay un problema, espero que encuentre una solución antes de comunicármelo. No soy un jefe permisivo ni alguien a quien le guste la mediocridad.

Con cada palabra que pronuncia me deja claro que aquí no hay margen de error. No es solo algo parecido a una entrevista, sino una advertencia.

—Lo entiendo —le contesto con firmeza, aunque mi estómago sigue enredado en un nudo de nervios.

Lucke Cooper se queda en silencio unos segundos más y luego asiente levemente.

—Bien. La señorita Knight le indicará sus primeras tareas. Puede marcharse.

Asiento con rapidez y me giro hacia la puerta, sintiendo cómo mis piernas flojean ligeramente. Antes de salir, escucho su voz una última vez.

—No me decepcione, señorita Williams.

Asiento y con el corazón latiéndome con fuerza, abro la puerta y salgo de su despacho, intentando recuperar el aire que tengo la sensación de que me han arrebatado durante estos minutos.

Cuando cierro la puerta tras de mí, tengo la certeza de que acabo de entrar en un mundo donde no hay espacio para los débiles. Y estoy dispuesta a hacer todo lo posible por sobrevivir en él.

Capítulo 6

Lucke

Cuando la puerta se cierra tras Natalie, el silencio recupera su lugar en mi despacho. Me quedo de pie unos segundos, con la mirada fija en la puerta por la que acaba de salir. Ha estado nerviosa. Lo ha intentado disimular, pero era evidente. Sus manos se crispaban ligeramente cuando intentaba mantenerlas quietas y su respiración se aceleraba cada vez que me dirigía a ella. Me gusta cuando la gente es consciente de mi presencia y cuando mi sola mirada es suficiente para descolocarlos. Y Natalie Williams no ha sido la excepción.

Camino despacio hasta mi escritorio y tomo asiento en la enorme butaca de cuero negro. Busco en el correo el mensaje que Madison me envió la semana pasada con su currículum y las fotografías que ella misma le tomó en la entrevista. No suelo revisar estos archivos con detenimiento, porque confío en el criterio de Madison y, en la mayoría de los casos, me basta con una impresión rápida para saber si alguien es apto o no. Pero esta vez es diferente. Algo en Natalie me intriga.

Abro las imágenes y las amplio en la pantalla. En ellas la veo con ese leve sonrojo que tenía en la entrevista, los labios ligeramente entreabiertos y una postura rígida. Sin duda, está nerviosa. O lo estaba. Y ahora que ha estado aquí, en mi despacho, lo he comprobado. Escruto con detenimiento su cuerpo y compruebo la armonía que guardan sus proporciones. Sus curvas son discretas y elegantes, justo como más me gustan a mí. Tiene la piel clara y por cómo luce parece también muy suave. Sus ojos son azules y

grandes, y tiene los labios gruesos y carnosos. Miro con atención la imagen y me sorprendo calculando mentalmente la talla que debe usar de sujetador. Creo que debe ser una 85B, una medida ideal para que su figura, aunque delgada, esté muy bien proporcionada. Mientras observo la imagen, me humedezco los labios sin darme cuenta. Apoyo la cabeza contra el respaldo y cierro los ojos un instante. Suelto un resoplido. Debo tranquilizarme. No soy un adolescente sin control. Es mi nueva asistente, nada más. No voy a asustarla en su primer día de trabajo porque me haya puesto duro solo por tenerla cerca y verla temblar ligeramente con mi presencia. Bajo la mirada y maldigo para mis adentros. Mi erección es más que evidente bajo los pantalones de traje que llevo. Respiro hondo y me paso una mano por la mandíbula. Esto no puede seguir así.

Me incorporo y camino hasta el ventanal. Desde aquí tengo una vista panorámica de la ciudad, pero, en este momento, mi atención no está en los rascacielos ni en las calles llenas de vida. Está en la figura que se mueve en el despacho contiguo. Su despacho. Se inclina ligeramente sobre la mesa y observo cómo su vestido se ajusta a su cuerpo con cada movimiento. Es discreta, pero eso no hace que deje de fijarme en la sensualidad de sus formas. Es una contradicción. Su nerviosismo inicial contrasta con la manera en que se desplaza. Con la forma en que sus caderas se balancean de forma natural al caminar. Es femenina sin darse cuenta, sin pretenderlo. Y eso la hace aún más atractiva.

La veo abrir una carpeta y leer con atención. Se muerde el labio inferior. Joder. Me aparto del ventanal y vuelvo a mi escritorio con paso firme. Necesito distraerme. No puedo permitirme este tipo de despistes en el trabajo. No con ella. Y, sin embargo, aquí estoy, incapaz de pensar en otra cosa desde que entró por esa puerta.

Apoyo los codos en la mesa y entrelazo los dedos mientras mi mente sigue intentando racionalizar lo que me sucede. Llevo años evitando involucrarme demasiado con las personas que me rodean. Obligándome a mantener el control, lo más importante para mí. No permito que nada ni nadie altere mi orden ni mi equilibrio. Y, sin embargo, esta mujer, a la que apenas conozco, me produce una sensación que desmonta todo lo que hace años impera en mi vida.

No es que me haya encariñado ni nada por el estilo. No me interesa conocerla más allá de lo necesario para que cumpla con su trabajo. Pero hay algo en ella que me altera, y eso es un problema para mí.

Tal vez es simple necesidad. Pero he pasado un fin de semana de sexo duro con un par de amigas y creía que eso me mantendría saciado durante un tiempo. Laura y Vanessa son dos buenas amigas, que tienen muy claro que lo que hay entre nosotros no se ciñe a promesas, solo es placer sin ataduras. Siempre me ha bastado, pero esta vez tengo la sensación de que no ha sido suficiente. La prueba está en lo que acaba de suceder.

Me paso una mano por el cuello de la camisa. Necesito sacarme a Natalie Williams de la cabeza antes de que esto se convierta en un problema para mí. Debo llamar a alguna de mis amigas. Tal vez Victoria. O Andrea. Cualquiera que esté disponible y dispuesta a hacer lo que necesito. Algo rápido y sin complicaciones.

Me obligo a centrarme en la pantalla del ordenador y en el trabajo. Necesito concentrarme en lo que realmente importa. Pero, aunque empiezo a revisar los correos acumulados, mis ojos vuelven una y otra vez, casi por instinto, al despacho contiguo.

Luego llamaré a alguna de mis amigas para vernos mañana, sin embargo, parece que hasta entonces mi distracción tiene nombre y apellidos.

Capítulo 7

Natalie

La puerta del despacho se cierra tras de mí y me apoyo un segundo en ella para recuperar el aliento. La sensación de haber estado bajo una lupa durante los últimos minutos me ha alterado por completo. Lucke Cooper no es solo imponente, es intenso, directo y absolutamente imposible de descifrar. Su gélida mirada azul, su voz profunda y masculina y cada una de sus palabras me han dejado claro que aquí no hay lugar para los errores.

Tomo aire intentando llenar los pulmones para relajarme y recomponerme antes de dirigirme a mi escritorio. A pesar de mi experiencia en trabajos exigentes, nada es comparable con la presión que siento en este lugar. Me acomodo en la silla y abro la agenda que Madison me ha dejado con las primeras tareas del día. Me obligo a concentrarme en la lista, pero apenas he empezado cuando oigo la voz de Lucke que me llama desde la puerta de su despacho.

—Señorita Williams, venga un momento, por favor.

Me apresuro en levantarme y cruzar la distancia entre mi escritorio y su despacho. Cuando entro, él está de pie junto a su mesa con una mano en un bolsillo del pantalón de su traje, mientras que con la otra sostiene su móvil. Me observa con la misma intensidad de antes y noto cómo mi estómago se encoge ligeramente.

—Esta noche tengo un evento de gala en uno de mis hoteles y me va a acompañar.

Parpadeo, intentando procesar la información. No esperaba que en mi primer día de trabajo tuviera que asistir a un evento tan importante, pero no se lo digo y trato de disimular la sorpresa en mi gesto.

—¿Esta noche? —pregunto, solo para asegurarme de que he entendido bien.

—Sí —responde con impaciencia—. Como mi asistente personal, su trabajo no se limita a organizar mi agenda o a gestionar reuniones. Debe estar disponible cuando la necesite y esta noche necesito que esté allí.

—Sí, lo sé, señor Cooper, no hay problema —me apresuro a confirmarle.

Asiento con rapidez, aunque por dentro mi cabeza es un caos de pensamientos. ¿Un evento de gala? ¿Qué se supone que debo ponerme? Lucke parece leer mi mente, porque deja el móvil sobre su mesa y me mira con expectación.

—A la hora de la comida, salga antes y pase por esta boutique —me dice mientras extiende una tarjeta con un nombre impreso en letras doradas—. La empresa tiene cuenta allí. No escatime en gastos. Compre todo lo que necesite para estar perfecta esta noche y en cualquier ocasión que requiera su trabajo aquí, como sabe, va por cuenta de la empresa.

Tomo la tarjeta con dedos temblorosos y leo el nombre de la boutique. No la conozco, pero el diseño elegante de la tipografía me da una idea de que no debe ser precisamente una tienda asequible. Trago saliva antes de levantar la mirada y encontrarme con su expresión seria.

—Quiero que entienda algo, señorita Williams. Usted es mi asistente y como tal, debe estar a la altura de las circunstancias. Esto significa que cuando me acompañe a un evento, su presencia debe ser impecable. No es solo una cuestión de imagen, es una cuestión de representación.

Asiento de inmediato, sintiendo cómo el peso de sus palabras se instala sobre mis hombros.

—Sí, señor. Lo entiendo.

—Bien. No quiero que vuelva con algo que no sea apropiado. La boutique ya sabe lo que debe ofrecerle. Sea eficiente y no pierda tiempo.

Siento el calor subir a mis mejillas de nuevo, pero mantengo la compostura.

—De acuerdo.

Lucke asiente, pero no dice nada más. Su mirada sigue fija en mí, evaluándome, como si intentara descifrar si voy a estar a la altura de sus expectativas. Finalmente, suelta un leve suspiro y toma de nuevo su móvil.

—Puede irse.

Me doy la vuelta con rapidez y salgo de su despacho sin mirar atrás. Camino hasta mi escritorio y me dejo caer en la silla, soltando un suspiro silencioso. Apenas llevo unas horas trabajando aquí y ya siento que estoy entrando en un mundo que no sé si seré capaz de manejar. Miro la tarjeta de la boutique entre mis dedos y llena de incertidumbre me pregunto qué demonios me espera esta noche.

A la hora de la comida, salgo del edificio con el bolso colgado del hombro y la tarjeta de la boutique bien guardada. No pierdo el tiempo, así que tomo un taxi hasta la dirección indicada. La ciudad bulle con su caos habitual, pero mi mente sigue atrapada en la conversación con Lucke. Su tono frío, sus exigencias claras y la forma en que me ha dejado claro que todo tiene que ser impecable, mientras no dejaba de mirarme a los ojos me hacen estremecer.

Cuando el taxi se detiene frente a la exclusiva tienda, sé que he llegado a un lugar donde yo no suelo comprar. Los escaparates son elegantes y minimalistas, sin carteles de rebajas ni maniquíes saturados de ropa. Solo unos cuantos vestidos expuestos, todos con cortes sofisticados y telas que parecen al alcance de muy pocos. Trago saliva y me ajusto el asa del bolso sobre el hombro izquierdo y cruzo las puertas de la boutique emocionada y nerviosa. Nada en este lugar es familiar para mí. No es la típica tienda a la que iría por elección propia, pero el señor Cooper ha sido muy claro. Debo estar impecable para la gala de esta noche y, por lo visto, eso incluye una renovación completa de mi armario.

Apenas doy unos pasos en el interior de la tienda, tres dependientas perfectamente vestidas y maquilladas me reciben con sonrisas amables y profesionales. Sus movimientos son elegantes y precisos, como si estuvieran entrenadas para tratar con clientes exclusivos. Una de ellas, una mujer alta de cabello castaño recogido en un moño, se adelanta con un tono de voz amable pero profesional.

—Señorita Williams, el señor Cooper nos ha indicado que debemos asistirla en todo lo que necesite. No solo para la gala de esta noche, sino también para su vestuario de oficina —explica con una sonrisa impecable—. Ha insistido en que no falte nada: trajes de gala, ropa para el día a día, zapatos, bolsos, maquillaje y… —hace una pausa y me mira con un brillo divertido en los ojos— lencería.

Parpadeo, sintiendo cómo un rubor inevitable sube por mi cuello hasta mis mejillas. ¿Lencería? Claro, porque todo esto no podía ser ya suficientemente intimidante, que además también me he de comprar ropa interior a la altura del resto de modelitos. Respiro hondo e intento mantener la compostura.

—Está bien, confío en su criterio —respondo con el tono de voz más firme que soy capaz de poner en este momento en el que estoy invadida por los nervios.

Las dependientas intercambian miradas cómplices y me conducen hacia una sala privada dentro de la boutique. Allí, sobre un sofá de terciopelo, han dispuesto una selección de vestidos colgados en percheros dorados. Son espectaculares: cortes sofisticados, telas que parecen flotar y detalles que transmiten lujo y exclusividad en cada costura.

—Empecemos con los vestidos de gala —me dice otra de las dependientas, una mujer de pelo corto y rubio—. Queremos que se sienta segura y cómoda, pero también deslumbrante.

Me acompañan hasta un probador amplio y comienzan a pasarme los vestidos uno a uno. Me pruebo un vestido rojo de seda con un escote sugerente en la espalda, que me parece demasiado atrevido para mi gusto, aunque siento que me favorece muchísimo. Luego uno azul noche, ajustado en la cintura y con una caída impecable, que se acerca más a lo que busco, aunque siento que no

es exactamente lo que elegiría. Finalmente, me pongo un vestido negro de corte elegante, con un escote en pico y una falda que se desliza con cada movimiento. Me miro al espejo y apenas me reconozco. La mujer reflejada allí no parece la misma que esta mañana corría hacia la oficina con el corazón en un puño.

—Este sí —digo finalmente, alisando la tela con las manos.

Las dependientas asienten con satisfacción y enseguida comienzan a coordinar los complementos: zapatos de tacón a juego, un bolso discreto pero elegante y una selección de joyería que completa el *look* sin sobrecargarlo. Cuando creo que he terminado, una de ellas aparece con una bandeja donde hay varios conjuntos de lencería exquisita.

—Ahora la parte más importante —dice con una sonrisa traviesa—. El señor Cooper ha dejado claro que todo su vestuario debe estar a la altura de su puesto. Y eso incluye lo que lleve debajo.

Mis mejillas arden y me tenso de inmediato al escucharla.

—¿Es… es realmente necesario? —balbuceo.

—Totalmente —responde la primera dependienta con naturalidad—. Confíe en nosotras, sabremos elegir lo mejor para usted.

Me entregan varias piezas de lencería en encaje negro, satén rojo y tonos *nude*. Todas son preciosas, delicadas y, sobre todo, increíblemente sexys. Sostengo uno de los sujetadores entre mis dedos, sintiendo la suavidad de la tela, y trago saliva. Nunca en mi vida he usado algo así. Siempre he comprado ropa interior funcional, cómoda y sin pretensiones. Esto, en cambio, es otro nivel.

—Pruébese estos —me indica una de ellas, tendiéndome un conjunto de encaje negro con transparencias.

Me muerdo el labio y entro al probador, cerrando la cortina con rapidez. Me desvisto y me pruebo las prendas. La tela se ajusta a la perfección, resaltando cada una de mis curvas sin ser vulgar. Me miro al espejo y la imagen que me devuelve me resulta desconocida. ¿Soy yo esta mujer?

—¿Todo bien ahí dentro? —pregunta una de las dependientas desde el otro lado.

—Sí… solo estoy… comprobando que me quede bien —respondo con nerviosismo.

Salgo del probador y las tres me observan con una mezcla de aprobación y complicidad.

—Perfecto —dice una de ellas—. Se nota que no está acostumbrada a vestir piezas así, pero créame, debería empezar a hacerlo.

Quiero responder algo, pero mi cerebro sigue aturdido con la imagen que he visto en el espejo. Sin más opción, asiento y dejo que terminen de seleccionar todo lo necesario.

Antes de irme, una de ellas me pide la dirección de mi apartamento para que envíen todas las compras allí.

—Nos aseguraremos de que llegue todo antes de que termine su jornada en la oficina —me informa con profesionalidad.

Les agradezco y salgo de la *boutique* aún en una nube de incredulidad. ¿Acaba de pasar esto de verdad? Me subo al taxi de regreso a la oficina y miro por la ventanilla, intentando asimilarlo. Esta mañana era una asistente más en su primer día de trabajo y ahora tengo un armario entero de ropa de lujo y un vestido que vale más de lo que jamás hubiera imaginado gastar en una prenda.

Lucke Cooper no solo es un hombre exigente, también controla cada detalle. Me pregunto si en algún momento lograré comprender realmente cómo funciona su mundo.

Capítulo 8

Natalie

Después de una tarde tranquila en la oficina, cierro mi agenda y me permito un respiro. Lucke Cooper no ha estado en toda la tarde, lo que me ha permitido ponerme al día con los documentos, los correos electrónicos y los asuntos pendientes sin la presión constante de su mirada escrutadora. Aun así, su presencia, aunque no esté, continúa presente en el ambiente.

Cuando por fin es la hora de salir, recojo mis cosas con un leve temblor en las manos. La fiesta de esta noche en el Hotel Ambassador, uno de los más lujosos de la ciudad y propiedad de Cooper Holdings, me tiene en un estado de nervios que por mucho que me esfuerce, no logro disimular. No quiero hacer el ridículo, pero la sensación de estar fuera de lugar ronda por mi cabeza todo el rato.

Cuando un rato después llego a mi apartamento, lo primero que veo es la cantidad de paquetes apilados con el nombre de la boutique en la entrada. Me quedo de piedra. Son muchos más de los que recordaba haber visto en la tienda. Antes de que pueda reaccionar, la puerta se abre y aparecen Hellen y Everly, con caras de absoluta incredulidad.

—Pero ¡¿qué es todo esto?! —exclama Hellen, señalando los paquetes como si fueran una especie de ofrenda caída del cielo.

Everly cruza los brazos y arquea una ceja.

—¿Vas a abrir una tienda de alta costura y no nos has avisado?

Suelto una risa nerviosa y dejo mi bolso sobre el sofá antes de empezar a abrir las cajas.

—Todo esto… me lo ha enviado mi jefe. Lo compré hoy en una de las *boutiques*, donde tiene cuenta la empresa.

—¿Perdona? —Everly parpadea, claramente confundida al escucharme—. ¿Tu jefe te ha comprado ropa? ¿Así sin más?

—Bueno, no es exactamente así… —suspiro, intentando buscar la manera de explicarles sin que suene tan escandaloso como parece de primeras—. Esta noche tengo que acompañarle a un evento de gala y me dijo que debía ir a esta boutique para que eligiera un vestido. También me dijo que aprovechara para comprar ropa de oficina y otros vestidos de gala, porque toda mi vestimenta de trabajo va a cargo de la empresa.

Hellen me mira con una sonrisa traviesa.

—O sea, que tu jefe te ha puesto a su altura. Quiere que vayas impecable en todo momento. Vaya, vaya, qué interesante…

—No es nada de eso —respondo con firmeza—. Es simplemente parte del trabajo.

Everly, que hasta ahora ha estado en silencio, observa uno de los paquetes y me mira con desconfianza.

—No quiero ser la aguafiestas del grupo, pero ¿estás segura de que este tipo no tiene segundas intenciones?

—Por supuesto —afirmo con más convicción de la que realmente siento—. Cooper no es ese tipo de jefe. Es exigente y meticuloso, pero esto es puramente profesional —le cuento tratando de sonar segura en lo que le digo, aunque yo comparto su misma duda.

Hellen suelta una carcajada y se deja caer en el sofá, cruzando las piernas con una expresión divertida.

—Ya veremos. Yo he leído suficientes novelas románticas como para saber que esto tiene todos los ingredientes para ser una de esas historias de oficina, donde la asistente acaba en la cama con el jefe multimillonario.

—¡Hellen! —exclamo, llevándome las manos a la cara—. ¡No digas tonterías!

—¿Tonterías? —Everly apoya el codo en el respaldo del sofá y me mira con interés—. Vamos a lo importante. ¿Es guapo?

Me quedo en silencio unos segundos de más. No quiero admitirlo en voz alta, pero no puedo mentir.

—Es… más que guapo —confieso finalmente—. Pero eso no tiene nada que ver con nada. Es mi jefe y punto.

Hellen chasquea la lengua con diversión al escucharme.

—O sea, que además de ser exigente y misterioso, es atractivo. Mal asunto, Nat. Muy mal asunto.

—Es un tema cerrado —digo con firmeza—. No pienso hacer nada que ponga en peligro este trabajo. Me pagan demasiado bien como para perderlo por una tontería.

—Eso dices ahora —Everly se cruza de brazos sin dejar de mirarme—. Pero si ese hombre tiene la mitad del atractivo que dices, no me sorprendería que en unos meses estuvieras escribiendo tu propia novela de amor prohibido.

Suelto un suspiro y niego con la cabeza, mientras mis amigas estallan en carcajadas. No puedo negar que Lucke Cooper es atractivo. Es más, es el hombre más atractivo que he visto en mi vida. Pero también es inaccesible, intimidante y probablemente no sea ni remotamente tan interesante como parece a simple vista.

—Os estáis haciendo ideas equivocadas —digo mientras empiezo a abrir los paquetes—. Así que dejaos de tonterías y ayudadme a colocar todo esto, en lugar de fantasear con cosas que no van a suceder.

Hellen aplaude emocionada y empieza a deshacer las cajas con más entusiasmo del que esperaba.

—Vale, vale. Pero cuando acabemos, quiero todos los detalles de esa gala. Especialmente de cómo te va a mirar tu jefe cuando te vea vestida para matar.

—Sois imposibles —murmuro con una risa, pero no puedo evitar sentir un escalofrío cuando pienso en Lucke observándome esta noche.

Espero que todo salga bien y que esto sea solo una noche de trabajo más y que nada en mi vida cambie después de hoy. Pero, en

el fondo, tengo la sensación de que esta noche podría ser el principio de algo para lo que no sé si estoy preparada.

Capítulo 9

Natalie

Los nervios campan a sus anchas por mi cuerpo, mientras termino de arreglarme para la gala. Cada detalle cuenta y cada paso me acerca más al momento en el que tendré que enfrentarme a pasar la velada junto a Lucke Cooper. Y, aunque intento convencerme de que solo es trabajo, mi reflejo en el espejo me dice otra cosa.

—Estás de infarto —comenta Hellen desde la puerta del dormitorio, con una sonrisa divertida en los labios.

Everly, que está sentada en mi cama revisando los últimos detalles del maquillaje, asiente con aprobación.

—Sí, creo que Lucke Cooper va a necesitar un trago fuerte cuando te vea aparecer con ese vestido.

Ruedo los ojos, aunque no puedo evitar reírme.

—Podríais dejar de decir tonterías, por favor. Ya estoy lo bastante nerviosa sin vuestra ayuda.

Hellen se cruza de brazos y me observa con fingida seriedad.

—No son tonterías, Nat. Admítelo, esto no es lo normal en una relación jefe-empleada. Que te haya comprado ropa, que te envíe a *boutiques* de lujo, que te recoja en la puerta de casa… No parece precisamente un evento de trabajo cualquiera.

Everly asiente y deja el pincel de maquillaje sobre la mesita de noche.

—Tiene razón. ¿Por qué no os encontráis directamente en el hotel? O mejor aún, ¿por qué no manda a alguien a recogerte en lugar de venir él mismo?

Me giro hacia ellas y suspiro.

—No lo sé, chicas. Pero no quiero hacerme películas en la cabeza. Es mi jefe, ya os lo he dicho mil veces. No quiero arriesgar mi trabajo por pensar en cosas que no son.

Hellen y Everly intercambian una mirada significativa antes de soltar una risita.

—Claro, claro —murmura Hellen con sorna—. Como digas, señorita *solo es trabajo* —-añade con retintín.

Antes de que pueda responder, mi móvil vibra en mi mesita de noche. Lo agarro rápidamente y veo un mensaje de un número que no tengo guardado, aunque no lo necesito para adivinar de quién es.

Número desconocido
Baje. Estoy esperando.

Trago saliva y les enseño la pantalla a mis amigas. Hellen chasquea la lengua con diversión.

—Si esto fuera una cita, diría que tiene prisa por verte.

—No es una cita —repito con firmeza, aunque por dentro algo en mí se revuelve con inquietud.

Everly me lanza un último vistazo y sonríe.

—Pues lo parece.

Me río y niego con la cabeza antes de tomar el bolso. Camino hacia la puerta del apartamento, sintiendo cómo los tacones resuenan en la madera con cada paso. Cuando me meto en el ascensor y las puertas se cierran, aprovecho el momento de soledad para mirarme en el espejo. El vestido negro abraza mi figura con una elegancia que nunca había sentido. El escote en V realza mi cuello y el collar plateado, que desciende hasta mi clavícula, añade un toque sensual sin ser demasiado atrevido. Me veo diferente. Me veo… guapa.

Respiro hondo y sonrío, aunque mis piernas siguen temblando levemente cuando salgo del ascensor y cruzo la portería del edificio.

El coche que me espera en la acera es imponente. Negro, con los cristales tintados y un diseño elegante y lujoso. Nada en mi

vida ha sido nunca tan sofisticado, y durante un segundo me siento fuera de lugar.

Un hombre con uniforme de chófer sale del vehículo y camina hacia mí con paso seguro. Se detiene a mi lado y hace una leve inclinación de cabeza antes de abrir la puerta trasera del coche.

—Buenas noches, señorita Williams —me saluda el chófer.

—Buenas noches —le respondo, con un nudo en la garganta.

Trago saliva y asiento antes de inclinarme para entrar en el vehículo. Apenas cruzo el umbral, un aroma intenso y masculino me envuelve. Es una mezcla de madera, especias y algo más oscuro, algo que de inmediato me hace pensar en Lucke Cooper.

Porque él está dentro del coche.

Levanto la mirada y ahí está, sentado en el asiento de cuero negro, con las piernas cruzadas y el móvil en una mano. Su porte es impecable, su esmoquin oscuro y perfectamente ajustado a su cuerpo transmite control y poder. Sus ojos azules se alzan hacia mí, observándome con una calma tensa que me hace contener la respiración por un instante.

—Señorita Williams —saluda con voz grave, sin apenas entonación.

—Señor Cooper —murmuro, mientras me acomodo en el asiento junto a él.

El chófer cierra la puerta y el coche arranca poco después con suavidad. Cooper y yo nos mantenemos en silencio. No sé si debo decir algo o simplemente esperar. Siento su mirada sobre mí de forma intermitente y, cuando me atrevo a girar un poco la cabeza, lo descubro observándome sin ningún tipo de disimulo.

—El vestido es adecuado —me comenta finalmente, sin apartar la vista de mí.

No sé si eso es un cumplido o simplemente una constatación de que no he cometido un error en mi elección. Aun así, asiento levemente.

—Gracias.

Vuelve a guardar silencio, regresando su atención al móvil, como si yo ya no existiera. Respiro hondo y miro por la ventanilla. La ciudad pasa ante mis ojos, pero mi cabeza continúa atrapada en

todo lo que ha sucedido en las últimas veinticuatro horas. Ayer, esta gala era solo un rumor en el aire, algo ajeno a mi vida. Hoy, en cambio, estoy en la parte trasera de un coche de lujo junto a Lucke Cooper, camino a un evento que no podría haber imaginado ni en mis sueños más locos.

El vehículo avanza con suavidad por las calles iluminadas de la ciudad. Miro la pantalla del móvil y veo la hora. En menos de veinte minutos estaré en el mismo espacio que algunas de las personas más influyentes de Nueva York y al pensar en eso, un escalofrío me recorre la piel.

Lucke Cooper, que está sentado a mi lado, me intimida. Aunque lo peor de todo es que, en el fondo, me gusta sentirme así.

Capítulo 10

Lucke

Desde el asiento trasero del coche, observo la entrada del edificio de Natalie con paciencia calculada. Ajusto el puño de mi esmoquin y desvío la mirada hacia la ventanilla mientras el chófer mantiene la vista en la calle. Entonces la puerta del edificio se abre y ahí está.

Natalie Williams.

Mi mirada se centra en ella de inmediato. El vestido negro que lleva se ajusta a su cuerpo con elegancia y discreción, justo como imaginaba. Nada en su atuendo es excesivo ni fuera de lugar. La tela resbala por su cuerpo de una manera que realza cada curva sin resultar vulgar. El escote en V deja entrever la piel de su clavícula, su cuello y el inicio de sus pechos. El collar plateado que cae hasta su escote añade otro toque de elegancia a su *look*. No necesita más.

Camina con cautela sobre los tacones altísimos que lleva puestos, con las piernas cruzándose a cada paso con una gracia natural que parece no ser consciente de tener. Su porte es elegante, aunque el leve temblor en su mano, cuando se pasa el pequeño bolso de cóctel a su otra mano, delata su nerviosismo. Me gusta lo que veo. Es exactamente como esperaba que se presentara esta noche.

Mi chófer se baja del coche y le abre la puerta. Ella le dedica una leve sonrisa antes de inclinarse para entrar. En cuanto cruza el umbral, su perfume se cuela en el reducido espacio del vehículo. Es suave, femenino, una combinación floral con notas de vainilla, que de inmediato se mezcla con mi propia fragancia.

—Buenas noches, Señor Cooper —murmura al acomodarse en el asiento junto a mí.

—Señorita Williams —respondo con mi tono habitual, serio y controlado.

Cruza las piernas y el movimiento captura mi atención sin que pueda evitarlo. La tela del vestido se desliza sobre su piel, dejando al descubierto un tramo de muslo que me obliga a desviar la mirada de inmediato. Aprieto la mandíbula y mantengo la mirada al frente mientras el chófer arranca el coche. Necesito controlar esto. No es nada más que un vestido y unas piernas.

El silencio entre nosotros se extiende durante varios minutos. Noto su incomodidad a mi lado por la forma en la que juega con los dedos sobre su regazo antes de atreverse a hablar.

—El coche es muy cómodo —dice con un intento claro de romper el hielo.

Asiento levemente sin apartar la vista de la ventanilla.

—Lo es.

Ella traga saliva y baja la mirada un instante antes de volver a intentarlo.

—He repasado la agenda de la gala. Sé que habrá una presentación del nuevo proyecto de Cooper Holdings en el sector hotelero y que habrá periodistas cubriendo el evento. ¿Quiere que me encargue de algo en particular esta noche?

Su tono es profesional, formal, como debe ser. Me giro hacia ella con lentitud y la encuentro mirándome con esa expresión que oscila entre la inseguridad y la determinación.

—No se aleje demasiado de mí. Quiero que esté disponible en todo momento por si necesito algo —le respondo, manteniendo mi tono impasible.

Asiente con rapidez y vuelve a centrar la mirada en sus manos, como si esperara que la conversación terminara ahí. Y lo hace, porque no tengo intención de prolongarla.

El coche avanza por las calles iluminadas de la ciudad y, aunque intento mantenerme impasible, cada vez que mis ojos regresan a la imagen de sus piernas cruzadas, tengo que hacer un esfuerzo consciente por no desviar mis pensamientos hacia donde

no deberían ir. La manera en que la tela de su vestido se desliza apenas cuando cambia de postura y la forma en que sus tacones estilizan sus piernas… Joder.

Mi entrepierna reacciona con una rapidez que me toma por sorpresa. Me remuevo levemente en el asiento, tratando de ocultar la creciente incomodidad en mi pantalón. Respiro hondo, tratando de apartar cualquier imagen inapropiada de mi mente. No es la primera mujer atractiva con la que comparto espacio. No debería afectarme de esta manera.

Pero me afecta yno me gusta.

Desvío la mirada hacia la ventanilla, intentando distraerme con las luces de la ciudad. No entiendo qué demonios me pasa con esta mujer. No es solo su cuerpo, ni su forma de moverse o de hablar. Es algo más. Algo que me está haciendo perder el control y necesito erradicarlo cuanto antes.

—El evento empieza en veinte minutos —le informo, aunque lo hago más para recordármelo a mí mismo que para ella.

—Sí, lo sé —responde con voz suave.

Vuelvo a mirarla y me encuentro con sus ojos azules observándome con atención. Hay una pregunta en su mirada, algo que no dice en voz alta, pero que puedo percibir en la forma en que frunce levemente el ceño. No le doy oportunidad de expresarlo.

—Haga lo que le he indicado, señorita Williams. Y todo saldrá bien esta noche.

Ella asiente, aunque su expresión sigue mostrando cierta confusión. No me importa. No es su función entender lo que pasa por mi cabeza.

El coche gira en la última calle antes de llegar al Hotel Ambassador. La gala está a punto de empezar, y yo necesito recuperar el control antes de que esta noche se convierta en algo que no quiero ni siquiera imaginar.

Capítulo 11

Natalie

Cuando el coche se detiene frente al Hotel Ambassador, un escalofrío me recorre la espalda. A través de la ventanilla, observo el imponente edificio iluminado con luces elegantes que resaltan su majestuosa entrada. La alfombra roja se extiende hasta la puerta principal, donde los invitados descienden de sus coches con una seguridad innata. Mujeres con vestidos de alta costura y hombres con esmóquines impecables se saludan con sonrisas medidas, acostumbrados a este tipo de eventos. Yo, en cambio, siento que no pertenezco a este mundo.

Lucke Cooper se baja del coche con la misma calma imperturbable de siempre. No me espera ni me ofrece la mano para ayudarme a salir. Simplemente avanza, con la seguridad de alguien que está acostumbrado a que la gente lo siga sin dudar. Tomo aire y me obligo a recomponerme. Estoy aquí para hacer mi trabajo, no para analizar cada uno de sus movimientos.

Bajo del coche con cuidado, asegurándome de no tropezar con los tacones, y camino tras él, recordando que mi papel esta noche es estar disponible para cualquier cosa que necesite. Me muevo como su sombra, siguiéndolo a cada paso, aunque tengo la impresión de que apenas se da cuenta de mi presencia. Está centrado en los invitados, saludando con un leve asentimiento de cabeza a los hombres y besando educadamente la mejilla de las mujeres que se acercan a él.

El vestíbulo del hotel es aún más impresionante que el exterior. Las lámparas de araña cuelgan del techo con una opulencia que deja claro que este lugar está diseñado para la élite. Los camareros se deslizan entre los invitados con bandejas de copas de champán y aperitivos cuidadosamente dispuestos. De fondo se escucha la música de un cuarteto de cuerdas, proporcionando un ambiente elegante y exclusivo.

A pesar de mis esfuerzos por parecer natural, me siento fuera de lugar. La gente aquí no es como yo. Son hombres y mujeres que han crecido en este mundo de lujo y poder y se mueven con la seguridad de saber que pertenecen a él. Yo solo soy una asistente que intenta no parecer completamente perdida.

Me mantengo al lado de Lucke en todo momento, observando cómo se desenvuelve en este entorno con una facilidad que me resulta casi hipnótica. No solo es un hombre poderoso, sino que lo sabe y lo demuestra en cada uno de sus gestos. Su tono de voz es grave y seguro, sin dejar lugar a dudas o titubeos. Su mandíbula firme y bien definida se tensa levemente cada vez que alguien le habla con exceso de confianza. Sus hombros anchos y su postura erguida transmiten autoridad sin necesidad de palabras y en ese momento me doy cuenta de algo que no había querido admitir hasta ahora: me gusta mirarle.

Aprovecho que estoy tan cerca de él para estudiarlo con más detenimiento. La forma en la que su traje se ajusta a su cuerpo, marcando su cintura estrecha y sus brazos fuertes. La forma en que sus ojos azules, profundos y penetrantes, analizan cada persona con la que habla, como si pudiera ver a través de ellos. Su control absoluto sobre cada conversación y movimiento a su alrededor es magnético.

Intento apartar esos pensamientos y centrarme en mi trabajo, pero me cuesta. Es demasiado consciente de sí mismo, demasiado atractivo, demasiado...

—Señorita Williams —su voz me saca de mis pensamientos y me obliga a mirarle.

—¿Sí, señor Cooper? —respondo de inmediato, sintiendo cómo mi corazón se acelera sin motivo aparente.

—Sígame —ordena sin darme más explicaciones. Avanza entre la multitud con la seguridad de quien sabe que el mundo gira a su alrededor.

Asiento y camino tras él, obligándome a recordar que esto no es más que trabajo. Que no puedo permitirme pensar en Lucke Cooper de ninguna otra manera que no sea la profesional. Pero mientras camino a su lado, mientras su aroma se mezcla con el aire cargado de perfume caro y champagne, sé que esta noche no solo es un reto laboral, es también una prueba para mi autocontrol.

Nos movemos por la sala con precisión calculada. Él saluda a personas influyentes del mundo empresarial y yo permanezco a su lado, atenta a cualquier señal de que me necesite. En algún momento, un camarero se acerca con una bandeja de copas de champán y Lucke toma una sin apenas prestarle atención. Me doy cuenta de que, aunque parece completamente cómodo en este ambiente, hay una rigidez en su mandíbula que delata que no disfruta realmente de estos eventos, que lo hace porque es parte del juego en el que se mueve.

Algunas miradas se posan en mí con curiosidad. Soy una desconocida en este círculo y la gente no tarda en notar cuando alguien nuevo aparece en sus territorios. Me esfuerzo en no dejar que me afecte y continúo metida en mi papel con profesionalidad.

En un momento de la velada, una mujer se acerca a Lucke con una sonrisa radiante. Es alta, rubia y luce un vestido rojo ajustado que realza cada una de sus curvas. Sin pedir permiso, apoya una mano en su brazo y se inclina hacia él.

—Lucke, querido, cuánto tiempo sin verte.

Él le devuelve la sonrisa con cortesía, pero sin calidez.

—Amanda —responde con un leve asentimiento.

Observo la interacción en silencio, intentando no parecer demasiado interesada. Amanda ríe suavemente y desliza sus dedos por el antebrazo de Lucke con familiaridad.

—Me tienes abandonada. No te he visto en ninguna de las últimas reuniones exclusivas —le dice con un deje insinuante en la voz.

—He estado ocupado —responde él sin darle más detalles.

Siento un ligero malestar en el pecho sin razón aparente. Amanda es exactamente el tipo de mujer que esperaría ver al lado de alguien como Lucke. Sofisticada, segura de sí misma, con una belleza impecable y una confianza arrolladora. ¿Habrán estado juntos alguna vez?

Antes de que mi mente siga divagando, Lucke me lanza una mirada y me dice con tono firme:

—Amanda, te presento a la señorita Williams. Mi asistente personal.

Ella desliza la mirada hacia mí y su sonrisa se mantiene en su lugar, aunque hay un brillo especulativo en sus ojos.

—Encantada —me saluda con dulzura fingida—. No sabía que Lucke tenía una nueva asistente.

—Empecé hace poco —respondo con educación.

Amanda me observa por un segundo más antes de volver a centrar su atención en Lucke.

—Bueno, querido, espero que podamos ponernos al día pronto —le dice antes de acariciar su brazo una vez más y alejarse con la misma seguridad con la que ha llegado hasta nosotros.

Lucke la sigue con la mirada unos segundos antes de volver a centrarse en el evento. Yo, en cambio, sigo sintiendo el rastro de incomodidad que me ha dejado su presencia. No entiendo por qué me siento así, porque no debería importarme con quién ha estado o qué tipo de mujeres lo rodean. Pero, de alguna manera, me importa.

Capítulo 12

Lucke

Desde el momento en que cruzamos la entrada del Hotel Ambassador, sé que esta noche va a ser interesante. Me muevo entre los invitados con la seguridad de quien está acostumbrado a dominar cualquier entorno, pero, por primera, hay algo que me distrae. O más bien, alguien:

Natalie Williams.

Me sigue como mi sombra, siempre a una distancia prudente, con la postura recta y el gesto atento, preparada para intervenir si lo necesito. Su profesionalidad es impecable, pero eso no significa que no la note, que no me fije en cómo su vestido se ajusta a su cuerpo, ni en la manera en que su piel clara resalta bajo la luz tenue del salón, ni en el leve temblor de sus dedos cuando cree que nadie la está observando. Pero yo sí la miro. La contemplo con calma, sin que se note demasiado. Y cuando me da la impresión de que empieza a relajarse, la ignoro por completo. Quiero ver hasta qué punto puedo jugar con su incomodidad, hasta dónde llega su control.

Durante gran parte de la noche, hago como si no existiera. Saludo a los invitados, converso con empresarios y figuras clave del sector, bebo un par de sorbos de champán sin prestarle atención. Pero en ciertos momentos, cuando menos lo espera, la miro fijamente a los ojos, sosteniendo la mirada el tiempo justo para desestabilizarla.

Y funciona.

Noto cómo su respiración se altera levemente, cómo se muerde el labio inferior y cómo su rubor asciende por su cuello hasta llegar a sus mejillas. Esa reacción es exactamente lo que busco. Me gusta ver cómo lucha por mantener la compostura, cómo intenta aparentar que mi mirada no la afecta. Pero lo hace. Y yo lo sé.

Para controlar mi propio cuerpo, tomo otra copa de champán y centro mi atención en los asistentes. No es la primera vez que me ocurre algo parecido, pero sí es la primera vez que me resulta tan difícil apartar un pensamiento de mi cabeza.

Cuando la velada avanza y las conversaciones empiezan a volverse repetitivas, me dirijo hacia la terraza del hotel, necesitando un momento de aire fresco. No me sorprende cuando, segundos después, Natalie me sigue con paso seguro. Su deber es estar atenta a cualquier necesidad que tenga, pero esta vez soy yo quien decide qué va a suceder.

—No tiene que seguirme a todas partes, señorita Williams —comento con voz neutra mientras me apoyo en la barandilla de la terraza, observando las vistas de Manhattan.

Ella se detiene a mi lado, con los hombros tensos.

—Pensé que quizás necesitaría algo, señor.

Sonrío, pero no respondo de inmediato. Me tomo mi tiempo para girarme y mirarla de frente. Aquí, lejos de la multitud, puedo estudiarla con más detenimiento. Su piel brilla bajo la luz tenue de la terraza, sus labios ligeramente humedecidos parecen invitar a un pensamiento que no debería tener. Pero lo tengo.

—¿Siempre es tan obediente? —pregunto, inclinándome ligeramente hacia ella.

La veo pestañear, sorprendida por mi pregunta. No se la esperaba. Perfecto.

—Hago mi trabajo —responde con un tono que intenta ser firme, pero que tiene un deje de nerviosismo.

—¿Incluso cuando su jefe la observa como lo estoy haciendo ahora? —provoco, bajando un poco la voz.

Su garganta se mueve cuando traga saliva. No responde de inmediato, lo que me confirma que la tengo justo donde quiero.

—No sé a qué se refiere, señor Cooper.

Sonrío y me acerco un poco más a ella, sin llegar a invadir su espacio, pero lo suficiente para que sienta mi presencia.

—Creo que sí lo sabe —le susurro.

Silencio. Sus ojos azules se clavan en los míos y por un segundo creo que va a decir algo que cambie por completo la dirección de esta conversación. Pero en lugar de eso, baja la mirada. Se humedece el labio inferior, ese maldito gesto que me pone al borde de perder el control, y sacude la cabeza, intentando recuperar su compostura.

Me gusta esto. Me gusta la sensación de control y de dominio sobre la situación. Siempre me ha gustado tener el poder en cualquier entorno, y ahora, con Natalie, lo tengo más que nunca. Ella está dispuesta a complacerme, a seguir mis órdenes sin cuestionarlas, pero al mismo tiempo hay algo en su actitud que me intriga. Como si una parte de ella quisiera desafiarme, aunque no se atreve a hacerlo por completo.

El aire fresco de la noche roza su piel expuesta y la veo estremecerse ligeramente. Sin pensar, me quito la chaqueta del esmoquin y la coloco sobre sus hombros.

—No quiero que se resfríe —le comento, como si fuera una excusa válida para lo que acabo de hacer.

Ella se sorprende por el gesto, pero no protesta. En cambio, aprieta los labios y asiente, como si no quisiera darle más importancia de la necesaria. Pero yo sé que la tiene.

Volvemos a la gala minutos después, pero algo ha cambiado entre nosotros. Lo noto en la manera en que me sigue, más rígida y consciente de mi presencia. Lo veo en cómo intenta evitar mi mirada y en cómo su respiración se acelera cuando paso cerca de ella.

Me gusta.

Y lo peor de todo es que quiero seguir jugando.

A medida que avanza la velada, mi autocontrol se pone a prueba en más de una ocasión. La forma en que se mueve con esa elegancia natural y la manera en que intenta disimular sus reacciones cuando la miro me gusta. Sé que le incomoda mi presencia, pero también sé que no se aparta. Hay algo en ella que la

hace responder a mi dominio sin necesidad de palabras. Y eso, maldita sea, me enciende y cada vez me resulta más difícil controlar mis instintos más animales.

La noche avanza y las luces del hotel destellan sobre los rostros de los invitados. Los murmullos de las conversaciones se mezclan con la música clásica de fondo, pero mi atención sigue centrada en ella. En la forma en que su pulso se acelera cuando me acerco demasiado y en la manera en que baja la mirada cuando nuestras manos se rozan accidentalmente.

No estoy acostumbrado a este tipo de distracciones. Pero esta noche, lo admito, no me importa.

Capítulo 13

Natalie

El camino de regreso es silencioso. Él mira por la ventanilla con la misma expresión impasible de siempre, como si el evento no hubiera sido más que un trámite o una rutina que ha repetido tantas veces que ya ni siquiera le presta atención. Yo, en cambio, tengo la sensación de que el aire en el coche es cada vez más asfixiante y que cada segundo de silencio se alarga más de lo que debería.

Intento imitar su actitud y mantener la mirada al frente y fingir que no estoy analizando cada uno de sus movimientos. Pero no lo consigo. Mis ojos se desvían hacia él de manera inevitable una y otra vez. No puedo dejar de observar la línea de su mandíbula, la forma en que su esmoquin se ajusta a su cuerpo y cómo sus dedos tamborilean sobre su muslo con un ritmo pausado y calculado. Me muerdo el labio y aparto la vista, sintiéndome ridícula. ¿Qué me pasa?

Cuando el coche se detiene frente a mi edificio, me preparo para salir. Me giro hacia él y le dedico una sonrisa educada, intentando disimular la incomodidad que me provoca este extraño juego silencioso en el que hemos caído.

—Buenas noches, señor Cooper. Nos vemos mañana.

Él gira la cabeza lentamente hacia mí y me observa con esa intensidad que parece atravesarme. Durante un segundo, creo que va a decir algo más, pero su voz se mantiene fría y contenida.

—Buenas noches, señorita Williams.

Y con eso, el momento termina. Bajo del coche con el corazón latiéndome con fuerza en el pecho, aunque no entiendo

muy bien por qué. Camino hacia la entrada del edificio, siento su mirada clavada en mi espalda hasta que la puerta del portal se cierra tras de mí.

Cuando subo, abro la puerta del apartamento, y me encuentro con Hellen y Everly sentadas en el sofá, esperándome como dos adolescentes ansiosas por un cotilleo jugoso.

—¡Por fin llegas! —exclama Hellen, saltando del sofá con una expresión de emoción—. ¿Y bien? ¡Queremos todos los detalles!

Everly me observa con una sonrisa más contenida, pero con la misma curiosidad reflejada en sus ojos.

—¿Has visto a alguien famoso? ¿Cómo ha ido con tu jefe? —pregunta de manera atropellada mientras se acomoda mejor en el sofá.

Suelto un suspiro y dejo mi bolso sobre la mesa antes de descalzarme. Mis pies me matan después de toda la noche con estos tacones.

—Ha sido... interesante —les digo finalmente, dejándome caer descalza en un sillón—. Todo era increíblemente elegante y muy exclusivo. Había gente con muchísimo dinero, de esa que solo ves en revistas o en la televisión.

Hellen se sienta a mi lado y me mira con expectación.

—¿Y tu jefe? ¿Cómo ha estado contigo? ¿Sigue siendo el hombre de hielo o has conseguido derretirlo un poquito?

Me río, aunque la pregunta me hace pensar más en él de nuevo. Lucke ha sido tan frío y distante como siempre... excepto en esos momentos en los que me ha mirado de manera tan directa, como si quisiera desmontarme pieza por pieza. Un escalofrío me recorre la espalda solo de recordarlo.

—Sigue siendo el hombre de hielo —respondo, tratando de sonar despreocupada—. Pero... ha habido momentos en los que ha sido un poco más directo de lo normal.

Everly frunce el ceño con curiosidad.

—¿Más directo? ¿Cómo?

Dudo por un instante, pero sé que no podré evitar contarles al menos una parte de lo que ha pasado.

—Me ha hecho preguntas personales. Nada comprometedor, pero su forma de mirarme... —Me detengo y sacudo la cabeza, intentando encontrar las palabras adecuadas—. No sé, hay algo en él que me pone nerviosa. Es como si siempre estuviera analizando todo lo que hago, como si quisiera medir hasta qué punto puede hacerme reaccionar.

Hellen abre los ojos con emoción y se gira hacia Everly.

—¡Te lo dije! Ese tío no trata así a todas sus empleadas. Hay algo ahí.

Everly, más racional y calmada, me observa con una expresión pensativa.

—¿Y tú cómo te sientes con eso? ¿Te incomoda?

Me muerdo el labio y suspiro.

—No lo sé. Es extraño. Por un lado, me saca de mi zona de confort, pero por otro... no me siento atraída por él. Es complicado —resoplo al acabar de hablar.

Everly asiente con comprensión, mientras que Hellen se cruza de brazos con una sonrisa maliciosa.

—Complicado... o muy interesante.

Sonrío, aunque dentro mi cabeza sigue dando vueltas la velada que acabo de vivir. Algo me dice que esto solo es el comienzo.

Hellen se inclina hacia adelante y apoya los codos en sus rodillas.

—Vale, pero cuéntanos más. ¿Quién estaba en la fiesta? ¿Viste a alguien conocido? ¿Alguna exmodelo, actriz o multimillonaria escultural que se lanzara a su cuello?

Me rio y niego con la cabeza.

—Había muchas mujeres impresionantes, sí. Y algunas parecían tener demasiada confianza con él. Una en particular, una tal Amanda, se le acercó como si fuera su mejor amiga... o algo más. Fue bastante incómodo de ver —les cuento encogiéndome de hombros.

—¿Y él? —quiere saber Everly con interés—. ¿Parecía interesado en ella?

Frunzo los labios, recordando la escena.

—No lo sé. No creo. Fue cordial, pero distante. Aunque cuando ella se fue, se quedó pensativo un momento, como si estuviera evaluando algo…o a alguien.

—Te evaluaba a ti —concluye Hellen con seguridad.

Everly le da un codazo.

—Déjala en paz. Es su primer día en un mundo totalmente diferente. No vamos a presionarla para que nos confiese que le atrae su jefe... todavía.

Suelto una carcajada y sacudo la cabeza.

—No me atrae. Es solo... intrigante.

—Claro, claro —canturrea Hellen, guiñándome un ojo.

Me pongo de pie y estiro los brazos.

—Voy a cambiarme y a intentar dormir. Ha sido un día muy largo.

Everly asiente.

—Descansa. Pero mañana queremos más detalles.

Me encamino a mi habitación y cierro la puerta tras de mí. Me quito el vestido con cuidado y me quedo en ropa interior, mirándome en el espejo un momento. Hay algo en mí que ha cambiado esta noche, aunque no estoy segura de qué es.

Me meto en la cama, pero mi mente sigue en la terraza del Ambassador con Lucke mirándome de esa manera, que me ha hecho sentir tan vulnerable y expuesta frente a su penetrante mirada. No sé qué significa todo esto, pero algo me dice que este trabajo no va a ser tan simple como creí en un principio.

Capítulo 14

Lucke

Cuando el coche arranca tras dejar a Natalie en su edificio, ya no me esfuerzo en fingir nada. La tensión en mi cuerpo es insoportable y la incomodidad en mi entrepierna me obliga a ajustar ligeramente la postura. He pasado toda la noche controlándome, reprimiendo cada reacción física, cada pensamiento inadecuado, pero ahora, en la soledad del coche, puedo permitirme soltar un poco la máscara.

Saco el móvil del bolsillo de mi esmoquin y deslizo la pantalla con precisión. Hay varias mujeres en mi lista de contactos que estarían encantadas de ayudarme a aliviar esta necesidad que llevo acumulando desde que Natalie se subió a este coche horas atrás. Tecleo un mensaje breve y directo a Laura, una de mis amigas más... comprensivas en este tipo de asuntos.

Lucke:
¿Disponibilidad esta noche?

No tardo en recibir una respuesta.

Laura:
Para ti, siempre. ¿En tu casa en una hora?

Lucke:
Te espero.

Sonrío con satisfacción antes de escribirle a Vanessa, otra opción segura.

Lucke:
Estoy con Laura esta noche en mi apartamento.

¿Te unes?

Su respuesta llega en segundos.

Vanessa:
Pensé que nunca lo pedirías.
Nos vemos en un rato.

Lucke:
Te esperamos en mi casa.

Guardo el móvil y me recuesto en el asiento con una exhalación lenta. Esto es lo que necesito. Sexo sin complicaciones, sin preguntas ni juegos mentales innecesarios. Con mujeres que entienden perfectamente lo que es esto y lo que no es. No más tensión contenida, ni más imágenes de labios mordidos repetidas en bucle dentro de mi cabeza, ni miradas furtivas que no deberían afectarme como lo hacen.

El coche avanza por las calles iluminadas de Manhattan, aunque mi mente sigue en la imagen de Natalie sentada junto a mí, cruzando las piernas de manera inconsciente y su embriagador perfume envolviéndome en cada movimiento. Me ha costado horrores mantener el control esta noche. Su simple presencia ha sido una distracción constante, un desafío a mi autocontrol que no había previsto. No debería afectarme, ni ella debería estar dentro mi cabeza de esta manera.

Cuando el coche se detiene frente a mi edificio, bajo sin perder tiempo. El portero me saluda con la formalidad habitual, pero apenas le dedico una inclinación de cabeza antes de entrar en el ascensor privado que me lleva directamente a mi ático. En cuanto las puertas se cierran, me paso una mano por la mandíbula y exhalo, intentando soltar la tensión acumulada en mis músculos.

Al llegar a mi casa, me quito la chaqueta del esmoquin y la dejo caer sobre el sofá de cuero negro. La luz tenue de la ciudad se cuela por los ventanales de suelo a techo del salón, pero no me molesto en encender más luces. Me sirvo un whisky y tomo un sorbo mientras espero a mis invitadas. «Esto es lo que necesito», me digo en un susurro mientras me desahogo la pajarita. Necesito distraerme

y volver a tener claro que el control sigue siendo mío, porque no hay nada ni nadie que pueda ponerme en jaque.

El sonido del timbre interrumpe mis pensamientos y sonrío con autosuficiencia antes de dirigirme a la puerta. La noche apenas está comenzando y tengo una generosa ración de buen sexo por delante. Abro la puerta y ahí están Laura y Vanessa, vestidas para el pecado, con miradas cargadas de intención. Sus labios pintados de rojo y sus cuerpos envueltos en telas que apenas dejan algo a la imaginación. Son exactamente lo que necesito esta noche. Curvas generosas dispuestas a obedecerme y a satisfacer todos mis deseos.

Laura es la primera en entrar, pasando los dedos por la solapa de mi esmoquin con una sonrisa traviesa.

—Pareces tenso —murmura, acercándose a mi cuello.

Vanessa se apoya contra el marco de la puerta y se cruza de brazos, observándome con una sonrisa ladeada.

—Veo que nos esperabas con ganas —comenta adentrándose junto a Laura en el salón—. ¿Tanta tensión acumulada, Lucke?

Me río por lo bajo y tomo mi propio vaso, acercándome a ellas con calma.

—Digamos que necesito una distracción esta noche.

Laura se acerca y desliza una mano por mi pecho, jugando con los botones de mi camisa.

—¿Y qué te ha puesto tan tenso? —pregunta Laura con fingida inocencia.

No le respondo. Nunca hablo de mi trabajo fuera de la oficina y, definitivamente, tampoco hablo de Natalie con nadie. Esto no es sobre ella, sino sobre lo que necesito ahora mismo.

—No hablemos de trabajo —le digo, terminando mi trago y dejando el vaso sobre la mesa de cristal—. Esta noche es para otra cosa.

Vanessa sonríe y se acerca hasta quedar a mi lado.

—Eso suena a una invitación muy sugerente…

—Lo es.

Laura ríe suavemente y me toma del cuello de la camisa, tirando de mí hasta que nuestros cuerpos quedan a centímetros de

distancia.

—Entonces deja de hablar y empieza a actuar.

—Para eso nos ha llamado, ¿no? —dice Vanessa con un tono burlón.

—¡Chica lista! —le respondo con suficiencia.

—¿Cómo nos quieres esta noche? —pregunta Laura con un susurro.

La rodeo por la cintura y la giro, presionando su espalda contra mi pecho mientras mis labios recorren el contorno de su oreja.

—Vamos a la habitación de juegos —les ordeno y ellas obedecen en silencio, como saben que a mí me gusta.

Cuando estamos en la sala, ellas se desnudan sin mirarme, como deben hacer siempre.

—De rodillas —les ordeno con voz baja y controlada.

Laura exhala un jadeo suave y se arrodilla frente a mí sin dudarlo. Vanessa se une a ella, con una sonrisa pícara en los labios. Es una imagen que debería bastarme. Debería centrarme en ellas, en lo que representan, en la facilidad de este acuerdo sin complicaciones.

Pero mi mente se resiste.

Chasqueo los dedos y Laura desliza sus manos por mi cintura y empieza a desabrochar mi pantalón, la imagen que aparece en mi cabeza no es la suya. Es la de Natalie con su boca entreabierta, sus labios húmedos y sus ojos azules mirándome con inocencia y sumisión.

Un gruñido profundo escapa de mi garganta mientras me obligo a concentrarme en el presente. No en lo que no debería estar pensando.

La habitación de juegos está cargada de deseo. El aire se espesa con el aroma de piel caliente, perfume caro y el sutil toque metálico de los juguetes para mis sumisas. Las luces tenues proyectan sombras sobre sus cuerpos desnudos, iluminando el brillo del sudor en sus pieles expuestas. Laura y Vanessa están donde deben estar: en el suelo, de rodillas frente a mí, con la cabeza gacha

y las manos sobre sus muslos en un gesto de obediencia absoluta. Esperando mis órdenes. Anhelando mi control.

Me inclino sobre ellas, deslizando los dedos por la línea de la mandíbula de Laura primero y luego de Vanessa. Sus respiraciones son inestables, contenidas. Saben que no pueden moverse sin permiso. No hasta que yo lo ordene. Sonrío con satisfacción.

—Boca arriba en la cama. —Mi voz resuena en la habitación, firme, inapelable.

Ellas obedecen sin dudar y suben al colchón redondo de la enorme cama que preside la habitación, con movimientos fluidos y se posicionan como saben que me gusta. Laura con los brazos extendidos sobre su cabeza, Vanessa con las rodillas separadas, esperando. Me tomo mi tiempo observándolas, disfrutando del espectáculo de su entrega y del poder absoluto que tengo sobre ellas.

—Quiero que me demostréis cuánto me deseáis —les ordeno mientras camino alrededor de la cama.

Ambas asienten y esperan mi siguiente orden, pero yo no tengo prisa. Primero, necesito disciplinarlas. Siempre empiezo así. Tomo la fusta de cuero negro que descansa sobre la mesita y la deslizo con lentitud sobre el muslo de Vanessa, dibujando círculos subiendo por su ingle hasta acabar sobre su clítoris expuesto y sobresaliente de entre los labios que lo rodean, antes de levantarla. Su cuerpo se tensa. Su respiración se acelera. Sabe lo que viene.

El primer golpe resuena en la habitación con un chasquido claro. La piel de Vanessa enrojece al instante, su espalda se arquea y deja escapar un gemido entrecortado. Laura observa, mordiéndose el labio con la ansiedad de quien sabe que es la siguiente.

—Aguanta. No quiero que hagas ruido. —Mi advertencia es baja, controlada.

Vanessa asiente y se muerde el labio con fuerza, conteniendo el próximo gemido cuando dejo caer otro azote sobre su piel. Mis dedos recorren la marca rojiza que queda sobre su muslo y su cuerpo tiembla con la mezcla de placer y dolor. Me inclino sobre ella y le susurro al oído:

—Buena chica.

Me giro hacia Laura, quien ya ha cerrado los ojos, preparándose para lo que sabe que viene. No le doy tiempo a anticiparlo. La fusta cae sobre su trasero con precisión, arrancándole un jadeo ahogado. La golpeo una vez más, disfrutando del sonido de la piel castigada y del sutil estremecimiento que recorre su cuerpo.

—¿Te gusta? —le pregunto con una sonrisa cruel.

—Sí, amo. —Su voz es un susurro tembloroso.

—Demuéstramelo.

Ella asiente y se gira sobre sus rodillas, inclinándose para besar el suelo frente a mí en un gesto de sumisión absoluta. Me humedezco los labios y deslizo los dedos por su cabello, tirando de él con firmeza para obligarla a mirarme. Sus pupilas están dilatadas, sus pechos de pezones erectos suben y bajan con ansiedad contenida.

—Os quiero completamente entregadas. No os distraigáis. —Mi advertencia es clara antes de lanzarme sobre ellas.

La noche transcurre en un vaivén calculado entre azotes, mordiscos y caricias que oscilan entre la dulzura y el castigo. Cada golpe de mi mano contra sus cuerpos resuena en la habitación, mezclándose con sus jadeos entrecortados y el eco de mi voz marcando el ritmo. Sus espaldas se arquean con cada impacto, sus pieles enrojecen bajo mis caricias severas, y sus gemidos contenidos me confirman que están exactamente donde deben estar: bajo mi dominio absoluto.

Laura tiembla cuando paso la palma de mi mano sobre la marca caliente que le he dejado en la parte baja de su espalda. Se muerde el labio, conteniendo el gemido que sé que quiere soltar. No se lo permito todavía. Deslizo los dedos por su cuello hasta aferrarme a su mandíbula, obligándola a levantar la vista y sostenerme la mirada.

—Quiero oírte —le ordeno con voz ronca.

Ella obedece. Un gemido ahogado se escapa de sus labios, tembloroso y suplicante. Es música para mis oídos. A mi lado, Vanessa permanece de rodillas, con las manos sobre sus muslos y la cabeza gacha, esperando su turno. La ignoro a propósito, dejándola arder en su necesidad, disfrutando de cómo su cuerpo se estremece

con cada golpe que escucha, con cada orden que no va dirigida a ella.

—¿Te gusta ver cómo la castigo? —le pregunto con una sonrisa ladina mientras Laura sigue jadeando bajo mis caricias dominantes.

Vanessa asiente con la respiración acelerada, sus pezones duros me indican cómo de excitada está. Me inclino hacia ella y deslizo mi lengua por el lóbulo de su oreja antes de morderlo con firmeza, arrancándole un suspiro tembloroso.

—Pero no te creas que vas a quedarte solo mirando —le susurro antes de agarrarla del pelo y obligarla a inclinarse sobre la cama.

La dominación es un arte. No se trata solo de control físico, sino de control mental. Es un juego de poder en el que yo dicto las reglas y ellas las siguen sin dudar. Sus cuerpos me pertenecen esta noche y ellas lo saben. Me miran con los ojos brillantes de deseo y sumisión, rogando silenciosamente que continúe, que no me detenga.

Deslizo la fusta de cuero negro por la curva del trasero de Vanessa, delineando la piel con movimientos lentos y calculados antes de soltar el primer golpe. Un sonido seco llena la habitación cuando la piel enrojece bajo mi castigo. Ella gime y aprieta los puños contra las sábanas, pero no protesta.

—Más —murmura, con la voz entrecortada.

—Buena chica —musito, complacido, antes de volver a azotar su piel con la precisión de quien sabe exactamente dónde y cómo aplicar el castigo.

Laura, aún arrodillada, observa la escena con los labios entreabiertos y las pupilas dilatadas de excitación. La tomo del mentón y la obligo a mirarme a los ojos.

—¿Tienes celos? —pregunto con una sonrisa oscura.

Ella niega con la cabeza, pero su respiración entrecortada dice lo contrario.

—Entonces ven aquí y demuestra que mereces mi atención.

Laura se arrastra hasta mis pies y, sin que tenga que ordenárselo, se arrodilla frente a mí. Su lengua es cálida, hábil,

obediente. Me agarro a su cabello y marco el ritmo, controlando cada movimiento mientras su boca me envuelve por completo. Le agarro la cabeza, para ser yo quien marque el ritmo y la profundidad de mis acometidas.

—Mírame —le ordeno, y sus ojos se encuentran con los míos, llenos de deseo y sumisión.

Pero en el momento en que la miro, la imagen en mi mente cambia. No es Laura quien está arrodillada frente a mí. Es Natalie. Con esos labios carnosos, con esos ojos azules abiertos de par en par, mirándome con mezcla de inocencia y rendición. La visión me golpea como un latigazo y suelto un gruñido bajo, frustrado.

Agarro a Laura por la nuca y la obligo a tomarme más profundo, intentando borrar la imagen de mi mente. Pero no desaparece. Y eso me cabrea.

Sigo hasta el final, pero cuando ellas estallan de placer sobre la cama, exhaustas y satisfechas y con su piel marcada con mis caricias y mi dominio, yo sigo sintiéndome igual de tenso. Igual de atrapado en una necesidad que ninguna de ellas podrá saciar.

Las marco con mis dedos, con mis labios y con cada azote que dejo sobre su piel enrojecida. Disfruto viéndolas estremecerse, verlas aferrarse a las sábanas y observar cómo sus cuerpos tiemblan con cada orden que les doy. Son mis muñecas perfectamente moldeadas a mi voluntad. Y, aun así, cuando finalmente caen agotadas sobre la cama, jadeantes y satisfechas, con las marcas de mi dominio grabadas en sus pieles, sigo sintiendo esa frustración ardiendo dentro de mí. En el momento en el que cierro los ojos, no veo a Laura ni a Vanessa. Veo a Natalie. Imagino su cuerpo bajo mis manos, su boca abierta en un gemido contenido, sus ojos mirándome con esa mezcla de inocencia y deseo que me vuelve loco.

Laura acaricia mi pecho con la yema de los dedos, todavía recuperando el aliento.

—¿Te hemos dado lo que necesitabas? —me pregunta con una sonrisa pícara.

—Sí —miento, apartándome de ella y poniéndome en pie.

Vanessa me observa con el ceño ligeramente fruncido.

—Estás distraído esta noche. ¿Todo bien?

—Todo está perfectamente —corto la conversación de inmediato—. Podéis quedaros a dormir o iros, como prefiráis.

Ellas intercambian una mirada y sé que han notado mi falta de entrega esta noche. Pero no preguntan más. Se visten lentamente y, poco después, abandonan mi ático con la misma rapidez con la que llegaron.

Cuando la puerta se cierra tras ellas, me dejo caer en el sofá con una copa en la mano. Miro la ciudad a través del ventanal, sintiendo que no he conseguido nada de lo que buscaba esta noche. No importa cuánto controle la situación, cuánto disfrute el poder absoluto de esta noche, Natalie sigue ahí, incrustada en mi cabeza, jodiéndome la noche de placer que debería haberme liberado de ella.

Me levanto de golpe, con rabia contenida y camino hacia el baño, arrancándome la ropa por el camino. Necesito una ducha, necesito que el agua caliente arrastre la tensión de mi cuerpo y se la lleve por el desagüe.

El agua resbala por mi piel y cierro los ojos, apoyando las manos contra la pared. La imagen de Natalie vuelve con más fuerza. Su boca, sus labios gruesos y tentadores, su mirada inocente y nerviosa. Me la imagino de rodillas en el suelo, recorriendo la verga con su lengua, con gesto inocente y con total sumisión bajo mi control absoluto. Su respiración entrecortada cuando la guío con mis manos en su cabello para que trague mi glande y todo lo que le quepa del tronco de mi sexo en su boca y en su garganta.

Suelto un gruñido de frustración y golpeo la pared con el puño. Estoy furioso. No debería estar pensando en ella de esta manera. No es como Laura o Vanessa. No es alguien con quien pueda jugar sin consecuencias.

Pero la erección que endurece mi sexo dice otra cosa. Cierro los ojos con fuerza y deslizo la mano por mi abdomen, dejando que mi imaginación tome el control. Veo su boca abriéndose para recibirme, sus ojos mirándome con sumisión mientras sus labios me envuelven. La tensión en mi cuerpo es insoportable y me aferro a la fantasía como si pudiera arrancarla de mi cabeza de una vez por

todas. Bombeo mi mano sobre mi polla con ganas, con un ritmo frenético que consigue que el orgasmo llegue rápido y violento, arrastrando un gruñido bajo de mi garganta. Pero, mientras recupero el resuello, en lugar de sentir alivio, solo siento más ira. Porque no importa cuánto intente evitarlo, cuánto luche contra ello, Natalie Williams sigue en mi cabeza y eso es un problema.

Capítulo 15

Natalie

El silencio en la última planta de Cooper Holdings es absoluto, solo interrumpido por el leve sonido de la pluma de Lucke deslizándose sobre el papel en su despacho, anexo al mío. Aquí arriba, lejos del bullicio del resto de la empresa, la atmósfera es tan tensa como el propio hombre que la gobierna. No hay teléfonos sonando, ni conversaciones de fondo, solo la sensación constante de que todo está bajo su escrutinio y su control.

En mi escritorio, organizo la agenda del día mientras intento mantenerme concentrada en lo que hago, pero me resulta imposible. Lucke Cooper está en su despacho en una reunión a través de videoconferencia, con la puerta entreabierta, revisando documentos con la misma meticulosidad con la que hace todo en su vida. Su tono es firme cuando habla por teléfono, preciso y sin rastro de duda. Su capacidad de liderazgo es innegable, porque siempre tiene un dominio de la situación absoluto. No se muestra condescendiente, ni da rodeos. Es directo, implacable y siempre consigue exactamente lo que quiere, sin permitir que nada ni nadie se interponga en su camino.

Me esfuerzo en no mirarle más de lo necesario, pero mi atención se desliza hacia él sin que pueda hacer nada por evitarlo. Desde mi asiento, observo cómo se inclina levemente sobre su escritorio mientras repasa los contratos, el movimiento de su nuez cada vez que habla, la tensión en su mandíbula cuando revisa una cifra que no le convence. Sus manos, de dedos largos y firmes, se mueven con precisión, cuando teclea en el teclado de su ordenador

con una seguridad apabullante. Y cuando, finalmente, su mirada se posa en mí, me quedo helada.

Se ha dado cuenta de que lo observo. Aparto la vista de inmediato y finjo que reviso unos documentos en mi ordenador, aunque mi corazón late con fuerza. Maldita sea. No puedo permitirme perder la concentración de esta manera, ni que tenerlo tan cerca me afecte tanto.

Cuando la reunión telefónica termina y el sonido de su pluma se detiene, Lucke se acerca a la puerta de su despacho con paso seguro. Me pongo de pie automáticamente, manteniendo la compostura.

—Señorita Williams —me dice con voz grave—. Necesito que revise estos documentos antes de enviarlos.

Me extiende un expediente y, al tomarlo, nuestros dedos se rozan. El contacto es breve, casi imperceptible, pero un escalofrío me recorre la espalda. Me quedo inmóvil, con los documentos entre las manos, y alzo la mirada solo para encontrarme con sus ojos fijos en mí. No aparta la mano de inmediato. La mantiene en el mismo lugar, casi como si estuviera esperando mi reacción.

Mi pulso se acelera y siento cómo el aire se introduce en mis pulmones tratando inútilmente de calmarme. No sé qué hacer, no sé si debería decir algo o simplemente fingir que esto no ha ocurrido. Pero, cuando estoy a punto de moverme, Lucke retira la mano con una lentitud deliberada y esboza una media sonrisa, como si acabara de confirmar algo.

—Espero que sea eficiente con esto —murmura antes de volver a su despacho, dejándome con el expediente en las manos y con la piel aún hormigueando por su contacto.

Cuando desaparece tras la puerta entornada de su despacho, me dejo caer en mi silla con un suspiro, sintiendo que necesito unos segundos para respirar e intentar recuperar la normalidad. Pero no los tengo, el trabajo se me acumula y debo tener la cabeza en su sitio, sin dejarme llevar por el influjo de Lucke Cooper.

La jornada transcurre sin más incidentes, aunque cada vez que Lucke pasa junto a mí o se dirige a mí para pedir algo, siento que algo en mí se despierta y no puedo hacer nada para evitarlo.

Cuando mi jornada se acerca a su fin y empiezo a organizar mis cosas para marcharme a casa, escucho su voz que me llama desde su despacho.

—Señorita Williams, venga un momento, por favor.

Tomo mi libreta y un bolígrafo y entro en su oficina. Al entrar, lo encuentro apoyado en su escritorio con los brazos cruzados, observándome con esa mirada analítica que me hace sentir que me está evaluando constantemente.

—Esta noche tenemos una cena —anuncia sin rodeos.

Parpadeo, sorprendida.

—¿Otra cena? —pregunto sin contenerme.

Lucke levanta una ceja.

—¿Acaso tiene planes más interesantes?

Me aclaro la garganta y niego con la cabeza.

—No, señor Cooper, disculpe. Solo me sorprende, después del evento de anoche, no esperaba otra reunión social tan pronto.

—No será una gala, si es lo que le preocupa. Es una cena de negocios, pero menos formal. Vístase de manera adecuada, pero menos arreglada que anoche, no debe ponerse otro vestido de fiesta —me informa con su tono impasible.

Asiento rápidamente y tomo nota en mi libreta y así evito tener que mirarle a los ojos mientras me habla.

—¿A qué hora debo estar allí?

—Pasaré a buscarla a las ocho.

Levanto la mirada, sorprendida una vez más.

—¿Vendrá a recogerme?

Lucke ladea la cabeza, con una leve expresión de diversión en sus ojos.

—¿Le parece extraño?

—No... bueno, sí. Quiero decir, podría ir por mi cuenta.

—No veo la necesidad de eso —replica con calma—. Le conviene acostumbrarse, señorita Williams. Como mi asistente, estará conmigo en más eventos de los que imagina.

No sé por qué, pero sus palabras provocan un extraño cosquilleo en mi estómago. ¿Por qué insiste en recogerme? ¿Por qué

cada vez que habla conmigo tiene que hacerlo con ese tono que me hace sentir como si estuviera jugando con mis reacciones?

—De acuerdo, señor Cooper. A las ocho estaré lista.

Lucke asiente y cierra la carpeta que tiene frente a él.

—Perfecto. Nos vemos esta noche.

Cuando salgo de su despacho, me siento tan nerviosa y emocionada a la vez, que no sé cómo disimularlo. A pesar de que me digo que esto no es más que trabajo y que no debería afectarme, ni alterarme por la idea de que Lucke Cooper pase a recogerme para una simple cena de negocios no puedo controlar mis nervios.

Recojo mis cosas antes de marcharme de la oficina y bajo en el ascensor privado hasta la planta cero. Mientras camino hacia la salida del edificio con el ruido de mis tacones sobre el suelo de mármol pulido del hall del rascacielos, lo hago con su voz aún resonando en mi cabeza y el recuerdo del roce de sus dedos aún presente en mi piel. Lanzo un hondo suspiro al salir a la calle con el convencimiento de que esta noche será todo menos una cena ordinaria.

Capítulo 16

Lucke

El coche avanza por las calles de Manhattan con suavidad, deslizándose entre el tráfico de la tarde, mientras observo la ciudad desde la ventanilla tintada. La luz de las farolas y los neones reflejan un brillo intermitente en el cristal, pero mi mente está demasiado ocupada en otra cosa como para prestarle atención. Natalie Williams.

Joder. No debería estar pensando en ella. Pero ahí está, ocupando cada maldito rincón de mi cabeza, entrometiéndose en mis pensamientos de una manera que ninguna otra mujer ha conseguido. Ni siquiera entiendo por qué. No es la primera vez que tengo a una mujer atractiva cerca. He trabajado con mujeres igual de eficientes y atractivas antes. He tenido encuentros con decenas de ellas sin complicaciones, sin que me supusiera nada más que unas cuantas horas de placer. Pero Natalie es diferente. Y no me gusta, ni puedo permitírmelo.

Recuerdo perfectamente el momento en que sus dedos rozaron los míos esta mañana y el escalofrío que recorrió mi piel con su contacto. Su gesto sorprendido, el leve sonrojo que cubrió sus mejillas... Fue un instante, un gesto insignificante que no debería significar nada, pero significó. Y eso me jode.

Suelto un suspiro y me paso la mano por la mandíbula, sintiendo la tensión acumulada en mis músculos. Tal vez estoy yendo demasiado deprisa con esto. No sé en qué momento se me ocurrió decirle que teníamos una cena esta noche. Ni siquiera había planeado nada cuando abrí la boca, pero la idea simplemente se escapó de mi garganta sin pensarlo. Una cena que, en realidad, no

es más que una excusa. No hay ninguna reunión de negocios, ni tampoco hay un cliente importante con el que deba cerrar un trato. Solo somos ella y yo.

¿Por qué?

No debería querer saber más de ella, ni debería interesarme por lo que piensa, lo que siente, lo que le gusta o le hace estremecer. Pero lo hago. Y esa maldita curiosidad me carcome por dentro. Quiero verla fuera de la oficina, lejos del ambiente de trabajo, de mi despacho y de mis reuniones. Quiero verla relajada, sin esa expresión de cautela que tiene cuando está cerca de mí. Quiero saber cómo reacciona cuando no está midiendo cada una de sus palabras y gestos.

Quiero saberlo todo de ella.

Mi chófer detiene el coche en un semáforo y me cruzo de piernas, inclinando la cabeza hacia atrás. El cuero del asiento está frío contra mi piel y cierro los ojos por un instante, intentando aclarar mis ideas. Tal vez esta cena es una mala idea y lo correcto sería cancelarla, inventar alguna excusa y dejar las cosas en su lugar y volver a poner las barreras donde deben estar. Pero recuerdo la forma en que me miró cuando le dije que la recogería a las ocho, la sorpresa en sus ojos, la duda y la leve chispa de interés y expectativa en su gesto y… No. No voy a cancelar nada.

Abro los ojos y miro mi reflejo en la ventanilla. La sombra de una sonrisa se forma en mis labios. Si hay algo que quiero en esta vida, lo cojo, sin más. Y quiero esto. Quiero verla en otro contexto, quiero descubrir cómo es cuando se relaja, cuando deja de lado esa imagen de asistente impecable.

El coche gira en la última calle antes de llegar a mi edificio. El portero abre la puerta y salgo con paso firme.

—Buenas tardes, señor Cooper.

Asiento con un leve gesto antes de entrar en el vestíbulo y caminar hacia el ascensor privado. Pulso el botón de mi ático y me apoyo contra la pared del ascensor mientras me lleva hasta el último piso. En cuanto las puertas se abren, me quito la chaqueta y la dejo caer sobre el respaldo del sofá. Me sirvo un whisky y camino hasta el ventanal, observando la ciudad extendiéndose ante mí.

«Esta noche será diferente», me digo para mí. No será como mis habituales cenas de negocios. Ni como mis encuentros con mujeres que solo buscan un rato de placer sin ataduras. Natalie es distinta. No es como Laura, ni Vanessa, ni ninguna otra mujer con la que haya estado antes. Y aunque no quiero admitirlo, eso me fascina.

Bebo un sorbo de whisky y dejo que el licor queme mi garganta. Me quito la corbata y la dejo a un lado antes de desabrochar los primeros botones de mi camisa. Necesito una ducha y relajarme antes de ir a buscarla.

Camino hacia el baño y dejo que el agua caliente me recorra la piel mientras apoyo las manos contra la pared de la ducha. Pero, en lugar de disipar la tensión, la imagen de Natalie vuelve a mi mente. Su expresión cuando la miro, su respiración contenida cuando le hablo con mi tono más grave, el leve temblor en sus manos cuando nuestras pieles se rozan.

Cierro los ojos y maldigo en voz baja. Noto como mi sexo se endurece solo por pensar en ella. Aprieto la mandíbula y llevo mi mano hacia mi polla, que me recibe erecta en todo su esplendor. Bombeo con mi mano imaginando sus gruesos labios alrededor de mi glande y su carita dulce mirándome desde su posición de rodillas, mientras le lleno la boca y la garganta con mi verga y después con mi semen caliente y abundante. Echo la cabeza hacia atrás al notar como un orgasmo explosivo anida en mi vientre hasta que acabo explotando en mi mano, salpicando las paredes de la ducha con mi leche caliente y espesa. Lanzo un hondo gemido con los últimos bombeos de mi mano y dejo que el agua de la ducha arrastre mi esencia por el desagüe.

Algo más tranquilo me enjabono mientras vuelvo a pensar en la cena de esta noche, que más que una cena, es una prueba para Natalie, pero también para mí.

Salgo de la ducha y me seco rápidamente antes de vestirme. Esta vez, elijo algo menos formal. Un pantalón de vestir oscuro, una camisa negra remangada hasta los antebrazos y mi Rolex Submariner en la muñeca. Me pongo unas gotas de Boadicea The Victorious Valiant Pure, mi fragancia preferida, la misma que vi a

Natalie aspirar disimuladamente en el coche la noche anterior. Sonrío para mí mismo al recordarlo.

Cuando salgo de casa, bajo hasta el parking privado que tengo en los bajos de mi edificio, donde guardo mis coches. Para esta noche elijo el último capricho, un Masseratti biplaza de color negro, que me costó una pequeña fortuna. Cuando me pongo al volante, miro la hora en la pantalla del salpicadero. Faltan veinte minutos para las ocho. Suficiente tiempo para llegar y ver su reacción cuando la vea esta noche.

Me recuesto contra el asiento y me permito cerrar los ojos por un momento antes de arrancar el motor. Me pregunto cómo irá vestida, si habrá seguido mis instrucciones de ir más informal, o si habrá decidido sorprenderme. ¿Estará nerviosa? ¿Estará mirándose en el espejo mientras se ajusta el vestido? o ¿se estará repasando su maquillaje con la misma meticulosidad con la que organiza mi agenda?

Una parte de mí espera que esté nerviosa y que esta cena también la afecte. Porque, si lo hace, significa que no soy el único que está perdiendo un poco el control, aunque si hay algo que odio en esta vida, es perder el control.

Salgo del garaje y me pongo en camino hasta Brooklyn, un rato después llego a su calle y me detengo frente a su edificio, el reloj marca las 20:00 en punto. Puntual. Como siempre.

Me recuesto en el asiento, con una calma estudiada, y le envío un mensaje avisándole que la estoy esperando. Suelto un suspiro. Falta poco para verla. Y sé que lo que pase esta noche podría cambiarlo todo.

Capítulo 17

Natalie

El reloj marca las 19:45 cuando me miro en el espejo por última vez antes de salir. He elegido un conjunto que me hace sentir segura y elegante, aunque he dudado más de la cuenta sobre la blusa lencera. Es atrevida, más de lo que suelo llevar, y el hecho de no poder usar sujetador debajo la hace aún más arriesgada. Pero me encanta cómo se ajusta a mi cuerpo, cómo la fina tela resbala sobre mi piel y cómo insinúa sin mostrar demasiado. Al final, me he atrevido. Me la he puesto debajo de una americana entallada y la he combinado con unos pantalones pitillo que realzan mis piernas y unas sandalias de tacón altísimas. El pelo suelto y un maquillaje natural terminan de completar mi *look*.

Suelto un suspiro mientras recojo mi bolso. No sé por qué estoy tan nerviosa. Se supone que esto es una cena de trabajo, pero en el fondo sé que no es así. Lucke no me ha dado ninguna indicación sobre los clientes o la posible reunión de trabajo que tendremos durante la cena. Y lo peor de todo es que ni siquiera he sido capaz de preguntarle.

Cuando el reloj marca las 20:00 en punto, recibo un mensaje de Lucke avisándome de que el coche ya está frente a mi edificio, así que bajo por el ascensor con el corazón latiendo desbocado en el pecho. Ajusto la correa de mi bolso sobre el hombro y, cuando la puerta de la portería se abre, mi estómago da un vuelco inesperado.

Lucke Cooper está apoyado en un coche deportivo negro, un biplaza de aspecto imponente que no había visto antes. Viste de manera impecable, aunque menos formal que en la oficina. Lleva

una camisa negra remangada hasta los antebrazos, dejando al descubierto su piel bronceada y las venas marcadas en sus brazos. Un pantalón de vestir oscuro y un reloj de diseño completan su imagen. Tiene aspecto… peligroso, aunque francamente irresistible.

Me quedo quieta un instante, mirándole. En ese momento, también me doy cuenta de que ha venido él solo y sin chófer, porque su coche es un biplaza. Que vayamos los dos solos en el coche hace que esta cena de trabajo me parezca más personal de lo que debería.

Lucke levanta la mirada y me observa con esa intensidad con la que siempre lo hace, sin disimular en absoluto. Se toma su tiempo para escrutarme de arriba abajo y cuando su mirada se posa en mi blusa lencera, sé que ha notado lo atrevido de mi elección. Me humedezco los labios y aparto la vista, sintiendo que el calor me sube hasta las mejillas.

—Puntual —comenta con su voz grave y pausada mientras abre la puerta del copiloto para que entre en el vehículo—. Adelante.

Trago saliva y me acerco al coche. Me inclino para entrar en el biplaza y, en cuanto me acomodo en el asiento de cuero, noto lo reducido que es el espacio. La cercanía con Lucke es abrumadora. Su perfume, esa mezcla de madera y especias que parece envolverlo siempre, llena el habitáculo y mi piel se eriza de inmediato.

Él se sube con calma, cierra la puerta y arranca el motor. El sonido grave del coche vibra en mi interior y hago un esfuerzo por no apretar las piernas.

—¿Con quién será la reunión durante la cena? —pregunto intentando sonar casual mientras él maniobra para salir a la carretera.

—No tenemos ninguna reunión, solo estaremos tú y yo —responde sin apartar la vista del tráfico.

Mis músculos se tensan y siento un nudo en la garganta.

—¿Solos?

Lucke asiente con naturalidad.

—Sí, quiero conocerte mejor, Natalie.

Mi nombre en su boca suena demasiado personal. Trago saliva y noto cómo mis mejillas arden. No sé qué responder, así que

miro por la ventanilla mientras intento calmarme. Pero entonces, en un acto inconsciente, mis ojos se deslizan hacia él. Aprovecho que su mirada está fija en la carretera para observarlo sin miedo a que me descubra. Me fijo en sus brazos y en cómo los músculos se marcan bajo la tela de la camisa cuando gira el volante. Sus manos grandes y masculinas lo sujetan con firmeza y seguridad. Cada movimiento que hace es controlado y calculado, como si nada en él pudiera ser caótico o improvisado.

Mi mirada sigue bajando, resbalando por sus piernas trabajadas y fuertes. Se nota que hace ejercicio y que cuida su cuerpo. Su presencia no es solo cuestión de actitud sino también de físico. Pero lo que hace que mi boca se seque y mi respiración se vuelva irregular es el bulto en su entrepierna.

Es imposible no notarlo.

Mi cuerpo reacciona de inmediato. Siento un calor abrasador extenderse desde mi abdomen hasta mis muslos. Mi sexo palpita y mis pezones se endurecen contra la delicada tela de la blusa. Maldición. Aparto la mirada de golpe y trato de calmarme, pero es inútil. Mi cuerpo está en alerta y cada segundo que pasa en este habitáculo cerrado junto a él hace que mi piel se vuelva más sensible.

—Estás muy callada —comenta de pronto, y su voz me sobresalta.

Me obligo a despegar los labios.

—Solo… me sorprende lo de la cena. No esperaba que solo fuéramos nosotros dos.

—¿Te incomoda?

Me giro hacia él y niego rápidamente.

—No, claro que no. Pero pensé que usted…

Sonríe de lado al escucharme, pero no dice nada más.

El resto del trayecto transcurre en un silencio cargado de tensión. Yo miro por la ventanilla intentando distraerme, pero mi cuerpo sigue reaccionando a su cercanía.

Finalmente, tras unos minutos que se me hacen eternos, el coche se detiene frente a un restaurante elegante y discreto, de

esos que solo los verdaderamente ricos conocen. Lucke apaga el motor y se gira ligeramente hacia mí.

—Vamos.

Asiento y salgo del coche con rapidez, agradeciendo el aire fresco de la noche sobre mi piel. Lo necesito para enfriar la fiebre que ha invadido mi cuerpo durante el trayecto.

Lucke se coloca a mi lado y, sin previo aviso, apoya una mano en la parte baja de mi espalda para guiarme hacia la entrada del restaurante. El contacto es breve, pero su palma es cálida y firme sobre mi piel a través de la fina tela de mi chaqueta. Contengo la respiración y sigo caminando, con el corazón latiéndome con fuerza.

El restaurante es más impresionante de lo que imaginaba. Desde fuera, el edificio no revela el lujo que oculta en su interior. Pero en cuanto entro de la mano de Lucke —bueno, no de la mano, sino siguiendo su estela con paso firme—, me doy cuenta de que esto no es una simple cena. Es una declaración de poder, de *su* poder.

Las luces son tenues, creando un ambiente íntimo, que solo se ve interrumpido por el brillo de las lámparas de cristal que cuelgan del techo a diferentes alturas. El sonido de la cristalería chocando sutilmente, el murmullo contenido de conversaciones y la presencia de un *maître*, que nos recibe con una leve inclinación de cabeza, hacen que me sienta en un mundo completamente diferente al mío.

—Señor Cooper, su mesa está lista.

El *maître* nos guía hasta una mesa en una esquina del restaurante, alejada del resto. Privacidad y exclusividad. Todo en este lugar está diseñado para que los clientes disfruten de la velada sin interrupciones.

Lucke me retira la silla con la misma elegancia con la que hace todo y, cuando me siento, se acomoda frente a mí con gesto sereno. Su presencia domina el espacio, incluso sin decir una palabra.

—¿Qué te parece el sitio? —pregunta con voz profunda mientras el camarero nos sirve las copas de vino.

—Es precioso —admito, deslizando los dedos por el filo de la servilleta de tela.

—Me alegra que te guste.

Brindamos con un leve choque de copas antes de que la cena comience. El primer plato llega acompañado de una presentación impecable y, con él, también llega la verdadera razón de esta cena.

—Háblame de ti, Natalie.

Levanto la mirada, sorprendida.

—¿De mí?

—Sí. Quiero conocerte.

Dudo un momento. ¿Por qué querría saber más de mí? Soy su asistente, no su amiga. Sin embargo, la forma en la que me observa, con esa intensidad que hace que mi piel se estremezca, me dice que no es simple cortesía.

—No hay mucho que contar —le respondo encogiéndome de hombros.

Lucke se inclina ligeramente hacia adelante, apoyando los antebrazos sobre la mesa con una expresión expectante.

—Eso no es cierto. Todos tenemos una historia. Y quiero conocer la tuya.

Me muerdo el labio, insegura. Pero después de un par de sorbos de vino, la calidez del alcohol me da un poco más de soltura.

—Crecí en Los Ángeles —comienzo con una sonrisa tímida—. Siempre quise venir a Nueva York, pero no fue hasta hace unos meses que realmente tuve la oportunidad de mudarme.

—¿Por qué Nueva York?

Pienso mi respuesta antes de dársela.

—Siempre ha sido una ciudad que me ha fascinado. Es como si todo sucediera aquí. Como si todo fuera posible en este lugar.

Lucke asiente lentamente, con una mirada analítica.

—Así que buscas posibilidades.

—Supongo que sí…—le respondo bajando la mirada hasta mi plato.

Él no aparta los ojos de mí y eso hace que mi piel se caliente de una manera que nada tiene que ver con el vino.

—¿Y en lo personal? ¿Hay alguien en tu vida?

La pregunta me toma por sorpresa y casi me atraganto con el último sorbo que doy a mi copa.

—No —respondo rápidamente—. No hay nadie.

Lucke ladea la cabeza con una sonrisa apenas perceptible.

—¿Por elección o por falta de opciones?

Suelto una pequeña risa nerviosa.

—Por elección. Después de mi última relación, preferí centrarme en otras cosas.

Sus ojos brillan con interés.

—¿Tu última relación?

Aprieto los labios. No sé si quiero hablar de Micke en una cena como esta… pero no tengo muchas más opciones.

—Terminó mal —admito finalmente—. Y me hizo replantearme muchas cosas.

Lucke se toma un instante antes de responder.

—Las malas experiencias suelen hacer eso.

—¿Te ha pasado algo así también?

No sé de dónde saco el valor para hacerle esa pregunta tan directa. Lucke al escucharme, se limita a tomar un sorbo de vino antes de responder con calma:

—Digamos que aprendí a no confiar demasiado en la gente.

Su tono es neutral, pero hay algo en sus ojos que me dice que no es un tema del que quiera hablar más. El camarero llega en ese momento con el siguiente plato y la conversación se desvía hacia tema más ligero. Hablamos de música, de libros, de ciudades que hemos visitado y, poco a poco, el ambiente se vuelve más relajado.

—Voy a pedirte un favor —dice de repente, inclinándose un poco hacia mí.

—¿Cuál?

Sus labios se curvan en una media sonrisa.

—Que dejes de hablarme de usted.

Parpadeo, sorprendida.

—Pero… es mi jefe.

—Y estamos en una cena. No en la oficina.

Muerdo mi labio, sin saber qué responder.

—¿Siempre eres así de formal? —pregunta con diversión.

—Bueno… es lo correcto.

—Olvida lo correcto por una noche. Háblame de tú.

Me quedo en silencio un momento y luego asiento.

—Está bien, Lucke.

—Eso está mejor —dice con satisfacción.

Pero cuando lo miro a los ojos y veo cómo me observa, con esa intensidad que parece desnudarme, siento el rubor subiéndome por el cuello. Me llevo la copa de vino a los labios, tratando de disimular mi incomodidad, pero sé que ha notado mi reacción. Y le divierte.

Después del postre, paga la cuenta sin siquiera mirar la cifra y salimos del restaurante. El aire nocturno me ayuda a despejarme un poco.

—Te llevo a casa —anuncia él mientras esperamos a que el aparcacoches nos traiga su vehículo.

El trayecto de vuelta es más tranquilo, pero hay una especie de electricidad entre nosotros que no me parece incómoda, sino cargada de algo que no sé cómo llamarlo.

Cuando llegamos frente a mi edificio, me desabrocho el cinturón y le dedico una sonrisa tímida.

—Gracias por la cena.

Lucke me sostiene la mirada un segundo más de lo necesario.

—Gracias a ti por aceptar.

Dudo antes de abrir la puerta. No sé cómo despedirme después de una noche como esta. Y, sin pensarlo demasiado, digo lo primero que me viene a la mente:

—Hasta mañana.

Lucke ladea la cabeza, como si analizara mis palabras.

—Hasta mañana, Natalie.

Su voz al decir mi nombre hace que un escalofrío me recorra la espalda. Bajo del coche y camino hacia mi edificio sintiendo su mirada sobre mí hasta que entro en el portal y la puerta se cierra a mi espalda.

Entro en el ascensor y me apoyo un segundo contra una de sus paredes metálicas y exhalo un suspiro. Esta noche ha sido… diferente. Especial. No sé qué significa todo esto, pero algo me dice que nada va a volver a ser igual entre nosotros después de esta cena.

Capítulo 18

Lucke

Conduzco de regreso a casa con el pensamiento dividido entre el control que siempre mantengo y lo que acaba de suceder esta noche. Desde el momento en que Natalie ha salido de su edificio con esa blusa lencera, que apenas ocultaba el roce de sus pezones contra la tela, he tenido claro que esta cena no iba a ser como las demás. La forma en la que se ha mordido el labio cuando ha visto mi coche, su sorpresa al descubrir que sería yo quien la recogiera, la manera en que su mirada se deslizaba por mis brazos, mis manos, mis piernas… incluso mi entrepierna. Lo ha intentado disimular, pero lo he notado.

Y eso ha sido un jodido problema, porque por primera vez, siento que estoy perdiendo el control.

Acelero ligeramente cuando el semáforo cambia a verde y giro por una de las calles principales de Manhattan. La ciudad sigue despierta, con sus luces, su caos y su ritmo imparable, pero mi mente está completamente atrapada en la imagen de Natalie. Su sonrisa tímida, la forma en que ha aceptado tutearme después de que se lo exigiera, sus labios brillando con el reflejo del vino y la manera en que su voz se ha vuelto más suelta con cada copa.

Me ha gustado verla así, relajada. Me ha gustado demasiado.

Aprieto mis manos contra el volante con más fuerza. No es la primera vez que me fijo en una mujer, ni la primera vez que tengo una asistente tan atractiva, pero esto no es igual. No es solo atracción, ni tampoco solo deseo. Es algo más. Algo que me inquieta y que, al mismo tiempo, me impulsa a querer más.

Por un instante, imagino qué pasaría si alargara la mano y la tomara por la nuca mientras me mira con esos ojos azules que parecen no saber si huir o quedarse. Imagino sus labios entreabriéndose cuando la obligo a sostenerme la mirada, el escalofrío recorriendo su espalda cuando mis dedos se deslizan por la piel desnuda de su clavícula. Imagino su respiración entrecortada cuando le ordeno que haga exactamente lo que quiero.

Y entonces, el problema se hace evidente, porque no quiero cualquier cosa de ella. La quiero sumisa. Obediente. Mía.

El deseo me golpea con fuerza y sé que esta mierda se me está yendo de las manos. He controlado mi vida y mis relaciones durante años con una precisión absoluta, eligiendo con quién, cuándo y cómo. Sin complicaciones ni malentendidos. He estado con mujeres que sabían perfectamente lo que querían y que estaban dispuestas a entregarse a mis términos. Pero Natalie no es como ellas. Ella no tiene ni idea del tipo de hombre que soy en realidad. Y eso hace que todo esto sea mucho más jodidamente complicado.

Suelto un resoplido y trato de alejar esos pensamientos mientras me acerco a mi edificio. El portero me saluda al abrirme la puerta y le devuelvo un leve gesto de cabeza antes de dirigirme directamente a mi ascensor privado. Pulso el botón del ático y me apoyo contra la pared, mientras el ascensor asciende con suavidad. Mi reflejo en el espejo me muestra la imagen de un hombre que parece sereno, pero por dentro, estoy todo menos calmado.

Cuando llego a mi ático, me quito la chaqueta y la dejo caer sobre el sofá. Me sirvo un whisky y camino hasta el ventanal del salón para observar la ciudad iluminada bajo mis pies.

La imagen de Natalie sigue omnipresente dentro de mi cabeza. Joder. Dejo el vaso sobre la mesa de cristal y me paso una mano por la nuca. Necesito hacer algo con esto. No puedo permitir que se me vaya de las manos. Cierro los ojos un segundo y pienso en lo que realmente quiero.

Quiero tenerla bajo mi control, que se rinda completamente a mí y verla en mi cama, obedeciendo cada una de mis órdenes y entregándose a mis deseos sin restricciones.

Pero para eso, debo prepararla. No puedo lanzarme de golpe. Si le digo lo que realmente deseo sin medir mis palabras, es probable que la pierda antes siquiera de intentarlo. Y perderla no es una opción. Al menos, no todavía.

Tomo un sorbo de whisky y dejo que el licor me queme la garganta mientras trazo mentalmente un plan. Debo ir con cuidado. Debo introducirla en mi mundo poco a poco, despertando su curiosidad, provocando su interés, hasta que sea ella misma quien desee cruzar ese umbral. Hasta que sea ella quien me pida más.

La idea me produce una mezcla de excitación y estrategia. Siempre he sido paciente y he sabido cómo obtener lo que quiero sin apresurarme, esperando el momento exacto en que la otra persona no solo acepte, sino que lo necesite. Y eso es exactamente lo que voy a hacer con Natalie.

Jugaré con sus límites y la haré desear lo que aún no sabe que desea. Y cuando llegue el momento, cuando su cuerpo y su mente estén completamente rendidos a mí, le propondré lo que llevo horas deseando.

Un acuerdo. Un trato privado entre los dos sin interferencias ni presiones externas, solo ella y yo.

Doy otro sorbo al whisky y sonrío con autosuficiencia. Sí, esa es la manera correcta de hacerlo. Si juego bien mis cartas, si la llevo exactamente a donde quiero, no habrá marcha atrás. Y entonces, Natalie Williams será completamente mía.

El hielo choca contra el cristal de mi vaso cuando me sirvo otro trago de whisky y observo el líquido ámbar balancearse suavemente con cada movimiento de mi muñeca. Me recuesto en el sofá de cuero negro y observo la ciudad a través del ventanal. Manhattan nunca duerme, pero en este momento, la vibrante energía de la ciudad me parece lejana, irrelevante, porque mi mente está en otra parte, en ella.

Paseo la yema del dedo por el borde del vaso y exhalo con frustración. No me gusta sentirme así. No me gusta la incertidumbre que me produce Natalie, ni la forma en la que está alterando mis rutinas. Siempre he tenido el control absoluto sobre todo en mi vida:

mi empresa, mis relaciones, mis deseos… Nunca he dejado que nada ni nadie desvíe mis decisiones o cuestione mi autoridad.

Hasta ahora.

Muevo el vaso entre mis manos y dejo que los recuerdos inunden mi cabeza, porque sé perfectamente de dónde viene esta necesidad de controlarlo todo. No siempre he sido así. Hubo un tiempo en el que no necesitaba prever cada uno de mis pasos, ni trazar estrategias para protegerme.

Pero entonces, ella se fue.

Cierro los ojos y dejo que el pasado me arrastre por un instante, transportándome a cuando era un crío y una tarde en la que el cielo estaba cubierto de nubes densas y grises, igual que el aire sofocante que llenaba la estancia.

La casa estaba en completo silencio, un vacío tenso que llenaba cada rincón. Yo tenía siete años y estaba sentado en la escalera, con las manos apretadas contra las rodillas mientras veía a mi madre moverse por la habitación con rapidez. Metía sus vestidos en la maleta con prisa, pero con precisión, como si cada prenda tuviera que colocarla en un orden específico.

—Mamá, ¿a dónde vas? —pregunté con una voz pequeña.

Ella se giró hacia mí y sonrió, pero no fue una sonrisa de verdad, aquella fue una de esas sonrisas que los adultos ponen cuando quieren que un niño no haga preguntas.

—Tengo que irme un tiempo, cariño. Pero volveré.

Esa fue la última vez que escuché su voz.

Mi padre entró en la habitación en ese momento, con su rostro impasible y con una mirada oscura y fría como el mármol. No intentó detenerla, ni siquiera discutió con ella. Solo la miró con una indiferencia que, incluso siendo un niño, me hizo entender que ella ya no existía para él. Mi madre cerró la maleta, se inclinó para besarme en la frente y desapareció por la puerta.

Esperé. Cada día, cada noche, esperé a que volviera. Pero nunca lo hizo.

Abro los ojos y aprieto la mandíbula con fuerza al recordar ese episodio de mi niñez. Desde entonces, aprendí que la única manera de evitar el dolor de perder algo era no encariñarme con

nadie. Aprendí a prever cada posible desenlace antes de que sucediera. Aprendí que el control era lo único que podía protegerme. Y ahora, después de tantos años perfeccionando esa lección, llega Natalie y lo desordena todo.

Me inclino hacia adelante y dejo el vaso sobre la mesa con más brusquedad de la necesaria.

¿Qué es lo que me jode tanto? ¿Que no la pueda controlar? ¿Que cuando la miro, siento esa necesidad primitiva de tomarla para mí, de hacerla rendirse y de marcarla como mía? O quizás lo que realmente me aterra es la posibilidad de que se convierta en alguien que me importe más de lo que debería.

Me paso una mano por la cara y suelto una maldición.

Natalie Williams no es como las demás. No es como las mujeres con las que suelo estar, aquellas que entienden perfectamente las reglas del juego. No busca un acuerdo sexual ni una relación basada en el control. Ella es diferente. Por eso tengo que ser inteligente. Si quiero que esto funcione a mi manera, tengo que llevarla poco a poco, sin que se dé cuenta de que la estoy guiando. Tengo que despertarle la curiosidad y la necesidad de querer más. Porque en el momento en que sea ella quien lo desee, en el momento en que sea ella quien me pida más, habré ganado.

Suelto un largo suspiro y me reclino en el sofá, mirando el reflejo de la ciudad en el cristal. Mañana, cuando vuelva a verla en la oficina, daré el siguiente paso. El primer movimiento en este juego que aún no sabe que está jugando.

Capítulo 19

Natalie

La oficina está en completo silencio, como siempre lo está en la última planta de Cooper Holdings. Solo el tenue sonido de la pluma de Lucke deslizándose sobre el papel en su despacho anexo y el ocasional tecleo de mi ordenador rompen la calma. Aún no me acostumbro a la sensación de aislamiento que hay aquí arriba, lejos del bullicio de las demás plantas. Me hace sentir que trabajo en un lugar completamente distinto al resto de la empresa, donde parece que el tiempo pasa de manera diferente. Miro la hora en la pantalla de mi ordenador. Apenas han pasado dos horas desde que llegué y ya siento que el día avanza a un ritmo extraño, marcado por la presencia de Lucke al otro lado de la pared.

Anoche me acosté tarde, dando vueltas en la cama, intentando no pensar en la cena y en la manera en que Lucke me miraba y en lo que significaba que quisiera conocerme más allá del trabajo. Pero no pude evitarlo. No puedo negar que me siento diferente con él, aunque me repita que es solo un jefe.

Cuando la puerta de su despacho se abre, mi estómago se encoge instintivamente. Me enderezo en mi silla y hago como que reviso la agenda, pero lo veo acercarse por el rabillo del ojo. Camina con esa seguridad abrumadora que siempre tiene, con el porte impecable de alguien que está acostumbrado a dar órdenes y a que el mundo se mueva al ritmo que él marca.

—Natalie, ven a mi despacho un momento —ordena con voz grave, sin darme opción a decir nada más antes de girarse y regresar a su oficina.

Parpadeo, confusa por lo repentino de la petición, pero tomo mi libreta y el bolígrafo y me levanto, ajustándome el *blazer* antes de seguirle. Cuando entro, lo encuentro sentado en el borde de su escritorio con los brazos cruzados y una expresión de calma calculada en el rostro. No sé por qué, pero cada vez que tiene esa mirada, me siento como si estuviera a punto de jugar una partida en la que él ya conoce todos los movimientos.

—Siéntate, por favor —me dice y noto que su voz suena más relajada de lo habitual.

Dudo por un instante, pero lo obedezco. Me acomodo en la silla frente a él y espero.

—Quiero proponerte algo —empieza, con su tono impasible.

Asiento lentamente, esperando sus palabras.

—Esta noche cenaremos en mi casa.

Mi cerebro tarda un par de segundos en procesar lo que acaba de decir. ¿Cenar en su casa? ¿Qué?

—¿Cómo dice? —pregunto, casi sin darme cuenta de que sigo tratándole de usted.

Lucke esboza una ligera sonrisa y niega con la cabeza.

—Natalie, creo que anoche dejamos claro que puedes tutearme.

Me humedezco los labios y asiento con nerviosismo.

—Sí… claro.

Él inclina ligeramente la cabeza.

—Entonces repito: esta noche cenaremos en mi ático.

Me quedo mirándolo, sin saber exactamente cómo reaccionar. Es como si no pudiera rechazar una invitación de mi jefe, pero al mismo tiempo, no puedo ignorar lo extraño que resulta esto.

—¿Por qué? —pregunto finalmente.

Lucke se pone de pie y me observa con una intensidad que hace que mi piel se erice.

—Porque quiero que conozcas mi casa.

Siento que mi confusión se refleja en mi rostro, porque antes de que pueda responder, él continúa:

—Eres mi asistente personal, Natalie. Y en este puesto, es fundamental que sepas más de mí que lo que puedes ver en esta

oficina. Quiero que entiendas mis costumbres, mis gustos y cómo me organizo fuera del trabajo. Eso te hará más eficiente en tu trabajo.

Su tono es tan natural, tan carente de emoción, que casi me convence de que es una simple cuestión profesional. Desvío la mirada hacia la libreta, que tengo entre mis manos, intentando ordenar mis pensamientos. ¿Debería decir que no? ¿Es una opción negarme? Técnicamente, es una petición razonable para mi puesto. Pero hay algo en la idea de estar en su casa, en su espacio personal, que me pone nerviosa.

—¿Es… necesario? —le pregunto con cautela alzando la mirada hasta sus ojos.

Lucke sonríe de lado, como si le divirtiera mi indecisión.

—Sí.

Solo eso. Un sí firme y rotundo.

Me muerdo el labio inferior, insegura, pero al final asiento con la cabeza.

—Está bien.

—Bien. El chófer pasará a recogerte a las ocho.

Me quedo en silencio, sintiendo la forma en que mi cuerpo reacciona con los nervios que ya han empezado a apoderarse de él. Asiento sin decir nada y me levanto para salir de su despacho. Apenas cierro la puerta tras de mí, suelto un suspiro que ni siquiera sabía que estaba conteniendo.

Esto no es solo trabajo y eso me aterra.

Cuando llego a casa, me siento exhausta. La tensión del día me ha dejado agotada, aunque apenas ha pasado nada fuera de lo normal. Nada salvo que Lucke me ha invitado a cenar a su ático. Y que he aceptado.

Me dejo caer en el sofá y me quito los tacones con un suspiro y me masajeo los pies, mientras mi mente sigue atrapada en la conversación en su despacho. No es normal que un jefe invite a su asistente personal a su casa con el pretexto de conocerla mejor.

Ni tampoco es normal que me pusiera tan nerviosa cuando me lo pidió, ni que ahora tenga el estómago revuelto por los nervios.

Me llevo las manos a la cara y respiro hondo. Necesito una ducha, un té y, sobre todo, tranquilizarme. Pero antes de que pueda moverme de mi sitio, el timbre de la puerta suena de repente.

Frunzo el ceño. ¿Quién podría ser a esta hora? Hellen y Everly hoy no teletrabajan, por lo que llegarán bastante tarde. Así que, me levanto y camino descalza hasta la puerta. Cuando la abro, me encuentro con un mensajero vestido de negro, con una caja enorme en las manos.

—¿Natalie Williams?

—Sí, soy yo.

—Esto es para usted —me dice, extendiéndome el paquete con un leve asentimiento de cabeza.

Lo tomo, aunque pesa más de lo que esperaba. Antes de que pueda preguntarle nada, el hombre se gira y se marcha con la misma rapidez con la que ha llegado. Extrañada, cierro la puerta con el paquete entre mis brazos y lo dejo sobre la mesa del salón. No tiene remitente, pero sé perfectamente quién lo ha enviado.

Con el corazón latiéndome con fuerza en el pecho, abro la caja y aparto con cuidado el papel de seda que protege su contenido. En su interior, lo primero que veo es un vestido de color rojo intenso. Lo saco despacio y lo sostengo frente a mí, con los dedos temblorosos. La tela es suave, ligera, y cuando lo extiendo, me doy cuenta de que es ceñido, con un diseño elegante pero informal, promete insinuar cada una de mis curvas sin necesidad de ser vulgar.

Junto al vestido, hay una caja más pequeña. Dentro, encuentro unos zapatos de tacón en tono *nude*, un bolso a juego y un conjunto de ropa interior de encaje del mismo color que el vestido. Me sorprendo al ver también que lleva unas medias y un liguero de lo más insinuante.

Mi piel se eriza.

Esto es demasiado personal.

Dudo por un instante antes de apartar los objetos con cuidado y notar que, en el fondo de la caja, hay un sobre negro con

mi nombre escrito a mano con una caligrafía firme y elegante. Mis dedos tiemblan ligeramente cuando lo abro y extraigo la nota que hay dentro.

Natalie,
Esta es la ropa que debes llevar esta noche para la cena en mi ático.
El chófer pasará a recogerte a las ocho. Sé puntual.
P.D.: Quiero que te maquilles poco, de forma natural.
Pero los labios... píntatelos de rojo.
L.

Mi aliento se queda atrapado en mi garganta. Leo la nota tres veces más, como si necesitara asegurarme de que de verdad pone lo que creo que pone. Pero ahí está. Su caligrafía y su forma directa de ordenarme algo sin pedírmelo.

Mis dedos aprietan el papel y siento el calor subir hasta mis mejillas. No, esto no es normal. No es normal que un jefe elija la ropa que su asistente debe llevar a una cena en su casa. Ni tampoco es normal que me pida que me pinte los labios de rojo. Pero lo que realmente no es normal es que, en lugar de molestarme, sienta esta extraña combinación de nerviosismo y excitación recorriéndome el cuerpo.

Camino hasta el espejo del salón con el vestido aún en las manos y lo coloco frente a mí. La tela roja resbala sobre mi piel y, aunque no me lo he probado aún, sé que me quedará perfecto.

Lucke Cooper no deja nada al azar.

Muerdo mi labio inferior y me abrazo el vestido contra el pecho mientras intento decidir qué hacer. Podría devolverlo. Podría llamarle y decirle que esto no es apropiado. Podría negarme a asistir a la cena. Pero no lo hago, porque la verdad es que quiero ir. Quiero saber por qué ha hecho esto y entender qué significa para él esta cena. Y, aunque no quiera admitirlo, quiero ver su reacción cuando me vea con este vestido. Suelto un suspiro tembloroso y cierro los ojos por un instante antes de tomar una decisión.

Sí, lo voy a hacer. Voy a ponerme este vestido y me maquillaré de forma natural. Y, cuando termine, mis labios estarán

pintados de rojo.

Capítulo 20

Lucke

El timbre suena puntual. Como esperaba.

Dejo la copa de vino sobre la barra y camino con paso seguro hacia la puerta. A través de las cámaras de seguridad ya la he visto llegar, pero cuando abro la puerta y la veo en persona, sé que no estaba preparado para esto.

Natalie está de pie frente a mí con el vestido rojo que elegí para ella, y compruebo que le queda incluso mejor de lo que imaginaba. La tela se ciñe a su cuerpo como una segunda piel, dibujando cada curva con precisión. Las sandalias de tacón de aguja estilizan sus piernas y le dan un porte elegante y sensual sin esfuerzo. Pero lo que realmente capta mi atención son sus labios. Rojo carmín, igual que el vestido. Tal y como se lo pedí.

Joder.

Sujeto la puerta abierta mientras la observo entrar. Se mueve con la espalda recta, con ese aire de falsa seguridad que sé que en el fondo no tiene. Está nerviosa. Lo noto en la forma en que evita mirarme directamente a los ojos, en cómo ajusta el bolso en su mano y en el leve movimiento de su pecho al respirar.

—Bienvenida, Natalie.

—Gracias —responde con voz suave, adentrándose en el vestíbulo del ático.

Cierro la puerta tras ella y me acerco lentamente para decirle a media voz cerca de su oído.

—Déjame ayudarte con esto.

Deslizo sus manos de la chaqueta con delicadeza y noto el calor de su piel bajo mis dedos. Su cabello cae suavemente sobre sus hombros cuando le retiro la prenda y la cuelgo con calma. Me tomo mi tiempo, no porque sea necesario, sino porque quiero grabar en mi mente cada detalle. Cuando me giro de nuevo hacia ella, mis ojos recorren su figura sin disimulo. Sé que lo nota y lo siente.

«¿Llevará la ropa interior que le envié?», me digo en silencio, notando como esa maldita duda me quema por dentro y hace que mi entrepierna se despierte. Sin poder hacer nada por evitarlo, imagino la fina tela de encaje, cubriendo sus pechos y su sexo, que adivino rasurado y suave. También imagino la forma en la que las medias se sujetan a su piel con el liguero que elegí para ella. Mi cuerpo reacciona al instante, endureciéndose de forma inmediata, y me obligo a controlar mi respiración para no hacer evidente el problema que tengo en la entrepierna.

No debo precipitarme. Sonrío con calma y le hago un gesto para que me siga.

—¿Una copa de vino?

Natalie asiente y me sigue hasta la cocina abierta, donde las luces tenues reflejan el tono dorado del licor en la botella. Tomo dos copas y le sirvo una de blanco seco y frío. Cuando le entrego la bebida, nuestros dedos se rozan. Es un contacto breve, pero suficiente para que ella contenga la respiración un segundo antes de llevársela a los labios. Mierda. Verla beber me excita más aún. Contemplar como sus labios gruesos y pintados de rojo rozan el fino cristal de la copa, consiguen que moje mis calzoncillos con un poco de líquido preseminal. ¿Qué me sucede? Parezco un adolescente, no lo entiendo. No entiendo por qué Natalie tiene este poder sobre mí. Nunca me había sucedido algo de este estilo en mi vida.

—Espero que el vino sea de tu agrado —comento con un tono desenfadado, intentando disimular mi excitación.

—Es muy bueno —dice tras saborearlo. Imaginar cómo el líquido desciende por su garganta, me hace apretar las mandíbulas. Intento llenar los pulmones de forma profunda, pero sin que sea demasiado evidente, en un intento de tranquilizarme.

Camino hasta el ventanal y le hago un gesto para que se acerque. Frente a nosotros, Manhattan brilla bajo nuestros pies con su caos perfectamente calculado. Es un espectáculo que nunca deja de impresionarme, pero ahora mismo, todo lo que quiero observar está a mi lado y lleva un vestido rojo, que no me permite recuperar la calma ni por un segundo.

—Las vistas son increíbles —murmura ella, deslizando los dedos por el fino cristal de la copa.

—Sí —respondo, girándome levemente para poder ver su perfil—. Me recuerdan lo que he construido. Lo que tengo.

Natalie se gira para mirarme, con una expresión que no sé muy bien qué significa, pero que me atrae.

—¿Siempre has querido esto? —pregunta en voz baja mirando a nuestro alrededor—. El éxito, el poder, el lujo.

Sonrío de lado y doy un sorbo al vino antes de responder.

—Siempre he querido controlarlo todo.

Ella frunce ligeramente el ceño al escucharme.

—¿Controlarlo?

Asiento, observándola con atención.

—El poder es relativo. Lo que hoy tienes, mañana puede desaparecer. Pero el control… El control te permite decidir qué entra y qué sale de tu vida.

Natalie parece procesar mis palabras. Sus labios se separan apenas, como si fuera a replicar algo, pero se detiene.

—¿Y qué pasa cuando algo se sale de tu control? —me pregunta al final.

La observo durante un largo segundo antes de responder.

—No dejo que eso suceda.

Ella baja la mirada a su copa y la gira suavemente entre sus manos, perdida en sus pensamientos. Me gustaría saber qué está pensando exactamente en este momento.

—Ven. Quiero enseñarte algo —le digo finalmente, dejando la copa sobre la mesa y caminando hacia otro lado del ático.

Natalie me sigue en silencio hasta una sala contigua, más pequeña y con una biblioteca que ocupa una pared entera y un sillón de cuero junto a un piano de cola negro.

—¿Tocas el piano? —pregunta sorprendida.

—Lo hago cuando necesito desconectar.

Me acerco y deslizo los dedos por las teclas, tocando una nota al azar. Natalie observa el gesto con curiosidad, como si intentara descifrar algo más sobre mí.

—No te imaginaba tocando el piano —admite con una sonrisa tímida.

—Hay muchas cosas que no imaginas de mí, Natalie —le respondo mirándola directamente a los ojos. Ella se tensa levemente, pero no aparta la mirada. Me apoyo en el piano, inclinándome ligeramente hacia ella.

—Dime, ¿qué es lo que imaginas sobre mí?

Natalie traga saliva y baja la mirada.

—No lo sé… No quiero suponer cosas sobre usted.

—Dijimos que dejaríamos el "usted", ¿recuerdas? —le digo a media voz.

—Lo siento… —susurra.

—No tienes que disculparte. Solo quiero que seas tú misma.

Natalie sonríe con timidez y desvío la mirada hacia la copa que aún sostiene en una de sus manos. Su esmalte rojo resalta contra el cristal, un detalle que no pasa desapercibido para mí.

—¿Por qué me pediste que me pintara los labios de rojo? —pregunta de pronto.

Mi sonrisa se ensancha.

—Porque quería verlo en ti.

No es una respuesta completa, pero tampoco es mentira. Se queda en silencio un momento, observándome como si intentara descifrarme.

—¿Siempre consigues lo que quieres?

Me inclino un poco más hacia ella, sin apartar la mirada de sus ojos.

—Siempre —le susurro acercándome a su oído.

Natalie aguanta mi mirada un segundo más antes de desviar la vista hacia el piano. Toca una de las teclas suavemente y el sonido resuena en la habitación con una nota pura y clara.

—Si te digo que no sé qué hago aquí, ¿te molestarías? —pregunta en voz baja.

—No.

—¿Entonces?

Me enderezo y tomo mi copa de vino.

—Entonces solo relájate y disfruta de la noche.

Natalie exhala un suspiro y asiente lentamente.

—Lo haré —me responde sin pensarlo demasiado.

La cena transcurre con una calma calculada. La cocinera ha hecho un trabajo impecable, como siempre. Un solomillo perfectamente sellado, acompañado de una copa de vino que Natalie ha aceptado sin dudar.

Mientras comemos se mueve con naturalidad, aunque sé que por dentro está en tensión. Lo noto en la forma en que sus dedos se deslizan sobre el tallo de la copa y en cómo sus labios se humedecen de forma inconsciente antes de cada sorbo.

La observo desde mi lado de la mesa, manteniendo una compostura impecable. No quiero apresurarme. No quiero que sospeche lo que estoy a punto de proponerle hasta el momento exacto en el que yo decida que debe saberlo.

—¿Has disfrutado de la cena? —le pregunto, con voz tranquila después de tragar el último trozo de carne.

Natalie levanta la mirada y asiente con una sonrisa.

—Sí, está deliciosa.

—Me alegra que te guste.

Tomo mi copa de vino y doy un sorbo pausado antes de inclinarme ligeramente hacia adelante, apoyando los antebrazos sobre la mesa.

—Quiero hablar contigo sobre algo importante —empiezo a decir sin dejar de mirarla. Al escucharme, parpadea y deja la copa suavemente sobre la mesa.

—¿Algo del trabajo?

Sonrío con calma.

—En parte.

Su postura se tensa, y sé que he captado toda su atención. Perfecto.

—Verás, Natalie, nuestra relación laboral es fundamental para mí. Eres mi asistente personal y eso significa que necesito confiar en ti en todos los aspectos. No solo en los profesionales, sino también en los personales.

Ella asiente lentamente mientras me escucha, con el ceño apenas fruncido.

—Eso lo entiendo.

Me tomo un segundo antes de continuar, disfrutando de su expectación.

—Pero quiero proponerte algo más.

Natalie deja los cubiertos sobre el plato y me mira con cautela.

—¿Más?

—Sí —respondo con tranquilidad—. Me gustaría que nuestra relación no se limitara solo al ámbito profesional.

Sus labios se entreabren apenas al escucharme, pero no dice nada. Sé que su mente está procesando mis palabras y eso me fascina.

—¿A qué te refieres exactamente? —pregunta al final, con un leve desconcierto en la voz.

Me reclino en la silla, observándola con la misma calma depredadora con la que negocio en las salas de juntas.

—Quiero que consideres la posibilidad de que nuestra relación tenga otra… dinámica.

Natalie parpadea y se inclina levemente hacia adelante, como si necesitara escuchar mejor lo que acabo de decir.

—No te entiendo.

Dejo la copa sobre la mesa y cruzo los dedos sobre la madera pulida.

—Lo que te propongo, Natalie, es un acuerdo. Un contrato privado entre tú y yo.

Ella traga saliva y, por primera vez en toda la noche, noto un atisbo de nerviosismo en su mirada.

—¿Qué tipo de contrato? —pregunta arrugando el entrecejo.

—Uno en el que además de tu papel como asistente personal, te conviertas en algo más para mí.

Su respiración se vuelve más superficial y sus mejillas adquieren un leve tono rosado. Pero no me interrumpe y continúa escuchándome.

—Este acuerdo tendría tres reglas fundamentales —continúo explicándole—: exclusividad, confidencialidad y obediencia.

Natalie se queda en silencio, como si no hubiera entendido bien.

—¿Exclusividad?

—Así es. Mientras dure nuestro contrato, no podrás relacionarte íntimamente con otros hombres.

Sus labios se separan apenas, pero no emite sonido.

—¿Confidencialidad?

—Todo lo que ocurra entre nosotros se quedará entre nosotros —le explico con suavidad—. Nadie más debe saberlo.

La noto respirar hondo y mojarse los labios antes de hablar.

—¿Y… obediencia?

Me inclino un poco más hacia ella, bajando el tono de mi voz.

—Significa que deberás obedecerme sin rechistar, en todos los ámbitos.

Su mano se cierra alrededor del tallo de la copa con más fuerza.

—¿En todos los ámbitos?

Sonrío, disfrutando del estremecimiento apenas perceptible en su voz.

—Sí, Natalie. En todos.

El aire entre nosotros se espesa y la habitación parece reducir su tamaño. Ella me mira, intentando encontrar en mi gesto si hablo en serio o si esto es una especie de broma. Pero no es ninguna broma.

—No tienes que darme una respuesta ahora —añado con calma—. Puedes pensarlo.

Natalie baja la mirada a su plato, como si buscara respuestas en el reflejo de su copa.

—Y si acepto… —susurra, como si las palabras le pesaran en la boca—. ¿Qué cambia?

—Tu sueldo se duplicará.

Ella alza la cabeza con sorpresa, claramente sin esperarse eso.

—¿Mi sueldo se duplicará?

—Sí.

—¿Por… esto? —me pregunta sin atreverse a mirarme a los ojos.

—Por aceptar el acuerdo —corrijo con tranquilidad.

Natalie se queda inmóvil por un instante y luego se inclina hacia atrás, como si necesitara más espacio para procesar la situación.

—Esto es…

—Diferente —la ayudo a acabar la frase, con una media sonrisa.

Asiente lentamente, mordiendo su labio inferior, un gesto que sé que hace cuando está nerviosa.

—¿Y qué pasaría si digo que no?

Cruzo los brazos con calma y la observo fijamente.

—Nada. Seguirás siendo mi asistente y todo continuará como hasta ahora.

La respuesta parece tranquilizarla. Se toma un momento más mientras sus dedos juguetean con el filo de su servilleta.

—Esto es mucho para asimilar… —admite con un susurro.

—Lo sé. Por eso te doy tiempo para que lo pienses.

Ella levanta la mirada hacia mí y veo en sus ojos un torbellino de emociones.

—¿Cuánto tiempo tengo para decidir?

—Todo el que necesites —respondo con serenidad—. Pero cuando tomes una decisión, no habrá marcha atrás.

Sus labios se separan apenas y vuelve a bajar la mirada, jugando ahora con el pie de su copa de vino.

—¿Y si tengo preguntas?

Me inclino hacia adelante y apoyo un codo sobre la mesa, manteniendo la mirada fija en ella.

—Puedes hacerlas cuando lo desees.

Traga saliva antes de hablar.

—¿Qué esperas de mí exactamente?

La pregunta es directa, sin rodeos. Me gusta.

—Espero entrega —respondo con calma—. Que me pertenezcas en cuerpo y mente cuando yo lo requiera.

Su respiración se entrecorta.

—¿Y fuera de eso?

—Fuera de eso, sigues siendo tú. Sigues siendo mi asistente y continúas teniendo tu vida. Pero dentro de este acuerdo, me perteneces.

Veo cómo se le eriza la piel de los brazos y cómo aprieta las piernas inconscientemente.

—Y si acepto… —su voz es apenas un susurro—. ¿Cómo funcionaría?

Sonrío, sabiendo que ya la tengo justo donde quiero.

—Si aceptas, te guiaré. No tendrás que preocuparte por nada.

Natalie aparta la mirada y percibo como su pecho sube y baja con la respiración alterada.

—¿Siempre has hecho esto? —pregunta en voz baja.

—Sí.

—¿Y siempre ha funcionado?

Me tomo un segundo para responder.

—Siempre —le respondo con contundencia.

Se muerde el labio y asiente lentamente.

—Necesito pensarlo.

—Por supuesto.

Me levanto con calma y le ofrezco la mano para ayudarla a ponerse de pie. Ella la toma con un leve temblor en los dedos y se incorpora.

—Te llevaré a casa —anuncio con voz firme, aunque lo que me gustaría sería ponerla de rodillas, dominarla, azotarle hasta ponerle las nalgas rojas y después vaciarme dentro de ella. Pero me contengo y trato de sacar esos pensamientos de mi cabeza. Mejor mantener ese tipo de ideas a raya hasta que no firme el contrato.

Ella asiente y camina junto a mí hacia la puerta. Mientras nos dirigimos al coche, sé que su mente sigue dando vueltas. Y eso es exactamente lo que quiero. Porque una vez que la idea está en su cabeza, no hay vuelta atrás.

Capítulo 21

Natalie

A pesar de la brisa nocturna que entra por la ventanilla entreabierta del copiloto del coche, noto cómo arde mi piel, como si me hubieran sumergido en fuego. Lucke conduce con su expresión imperturbable y con la mirada fija en la carretera, como si no acabara de soltarme una bomba que ha hecho que mi mundo entero tambalee.

Un contrato.

Un acuerdo privado entre nosotros.

Exclusividad. Confidencialidad. Obediencia.

Todavía no entiendo cómo hemos llegado hasta este punto o, mejor dicho, sí lo entiendo. Desde el momento en el que acepté cenar a solas en su ático, algo en nuestro trato cambió. Pero nunca imaginé que él me propondría algo como esto.

Trago saliva y bajo la mirada hacia mis manos, que reposan sobre mi regazo. Desde que me lo ha dicho, no he podido pensar en otra cosa. Al principio, la indignación ha sido mi primera reacción. ¿Cómo se atreve? ¿Cómo puede siquiera plantearse que yo aceptaría algo así? Pero a medida que la conversación ha ido avanzando y él me ha ido desglosando cada uno de los términos con esa frialdad calculada tan propia de él, mi cuerpo ha reaccionado de una manera que no esperaba. Y eso me asusta.

La idea de pertenecerle y rendirme por completo a su voluntad me echa un poco para atrás, porque yo no soy así y dudo mucho que pueda llegar a serlo. Sin embargo, una parte de mí, una

que me niego a admitir, se ha estremecido de placer ante sus palabras.

—Estás muy callada —comenta de pronto, sacándome de mis pensamientos. Su voz es grave, tranquila, pero sé que está analizando mi reacción.

—Es que... no sé qué decir —murmuro sin apartar la mirada del cristal.

—Di lo que piensas —me anima con ese tono implacable que siempre usa.

Cierro los ojos un instante antes de girar la cabeza hacia él.

—Pienso que esto es una locura. Que no entraba en mis planes tener ningún tipo de relación con ningún hombre y menos después de lo que viví con Mike.

Él no reacciona de inmediato, simplemente sigue conduciendo sin inmutarse. Pero noto la tensión en su mandíbula y la manera en que sus dedos se ajustan ligeramente sobre el volante.

—No es una relación convencional, Natalie —responde con calma—. No te estoy pidiendo amor, ni promesas vacías. Te estoy ofreciendo algo claro, sin margen de error.

Me muerdo el labio al escuchar lo que me dice.

—¿Y qué se supone que soy yo en todo esto? —pregunto con tono desafiante—. Porque si lo que buscas es alguien que satisfaga tus necesidades cuando a ti te apetezca y encima te obedezca sin rechistar… eso me suena a que lo único que quieres es una puta exclusiva.

Lucke suelta una carcajada baja y profunda, como si mi respuesta le divirtiera.

—No seas vulgar —dice con una sonrisa de lado—. No serías mi puta. Eso implica un intercambio demasiado frío. Lo que yo te estoy proponiendo es que tú me pertenezcas. Siempre estarías disponible para mí. No solo para el sexo, sino en todos los aspectos de mi vida.

Sus palabras me golpean con una intensidad inesperada.

Me pertenecerías.

La idea es tóxica, peligrosa e inconcebible. Pero joder... también me excita. Y mi cuerpo, el muy traidor... Siento el cosquilleo

húmedo entre mis muslos, la tensión palpitante en mi sexo y cómo mis pezones se endurecen bajo la fina tela del vestido rojo que llevo. Maldición. Me cruzo de brazos sutilmente, pero es inútil. Lucke está demasiado atento a cada uno de mis gestos y cuando su mirada se desliza hacia mi pecho, sé que lo ha notado.

Mi respiración se agita y, por un segundo, pienso que va a decir algo, que va a provocarme aún más. Pero en lugar de eso, vuelve a concentrarse en el tráfico con una sonrisa apenas perceptible en sus labios.

Este hombre es peligroso. Y lo peor es que lo sabe.

Cuando llegamos frente a mi edificio, él se baja y corre a abrirme la puerta. Me da la mano para ayudarme a salir y me acompaña hasta la puerta poniendo una mano en la parte baja de mi espalda, un contacto breve pero suficiente para hacerme estremecer.

—Voy a pensarlo —le digo al llegar frente a la portería.

Lucke asiente, pero en sus ojos leo la satisfacción de quien ha ganado la primera batalla.

—Tómate tu tiempo —responde con tranquilidad—. No hay prisa.

Pero la hay. Lo noto en su mirada. En la manera en que sus ojos recorren cada movimiento que hago. Nos quedamos callados, porque la tensión se ha instalado entre nosotros. Latente. Explosiva. Cada vez que nuestros ojos se encuentran, el calor sube un poco más.

Mi cuerpo está demasiado ocupado lidiando con todo lo que me hace sentir este hombre. Cuando se reclina para darme un beso en la mejilla, que me sorprende y excita a partes iguales, tengo la sensación de que estoy a punto de cruzar esa línea que marca el contrato que me ha propuesto. Me muerdo el labio inferior y saco las llaves de casa de mi bolso, sin atreverme a mirarlo. Antes de que meta las llaves en la cerradura del portal, me toma por la barbilla con sus dedos y me mira a los ojos y en ese momento tengo la sensación de que estoy peligrosamente cerca de permitir que él se salga con la suya y, lo peor, es que no estoy segura de querer evitarlo.

Cuando cierro la puerta de mi apartamento tras de mí, me apoyo en ella y cierro los ojos por un instante. Mi cuerpo sigue sintiendo la cercanía de Lucke, el calor de su palma sobre mi espalda y la presión de sus dedos sujetándome por la barbilla.

La tensión de esta noche ha sido abrumadora. No solo por la propuesta que me ha hecho, sino por la forma en que lo ha dicho, con esa seguridad absoluta, como si supiera que tarde o temprano aceptaré. Y lo más aterrador de todo es que una parte de mí no puede dejar de pensarlo.

Camino hasta el salón y me dejo caer en el sofá, con la mirada perdida en la oscuridad del apartamento, Everly y Hellen duermen. Todo está en silencio, salvo mi propia respiración entrecortada y el eco de sus palabras resonando en mi cabeza.

«Me pertenecerías». Esa frase me quema por dentro. Me hace enfadarme y excitarme al mismo tiempo. Nunca he sido una mujer que se someta a las reglas de nadie. Siempre he sido independiente, he tomado mis propias decisiones, aunque muchas de ellas me hayan llevado a situaciones que preferiría olvidar. Y, sin embargo, aquí estoy, planteándome seriamente la idea de rendirme ante un hombre que apenas conozco y que, además, es mi jefe y uno de los hombres más poderosos de la ciudad.

Suelto un suspiro y me paso las manos por la cara. No quiero una relación. Después de Mike, he jurado que no volvería a confiar en nadie. Pero esto... esto no es amor, ni promesas vacías. Lucke lo ha dicho con claridad. No me está ofreciendo una relación convencional. Es solo un acuerdo. Algo claro y sin margen de error. Sexo y obediencia, a cambio de seguridad y placer.

El simple pensamiento de lo que podría implicar hace que mi piel se erice. Me levanto y camino hacia mi dormitorio, incapaz de quedarme quieta. Me quito los tacones y los dejo a un lado antes de sacarme el vestido rojo por los hombros. Lo dejo caer hasta el suelo y me miro en el espejo de cuerpo entero, con solo la ropa interior de encaje y las medias sujetas al liguero. La imagen que me devuelve el espejo es una versión de mí misma que apenas reconozco. Mis pezones están endurecidos bajo la tela fina del sujetador y el rubor en mis mejillas es evidente. La idea de que Lucke me viera así, de

que me ordenara arrodillarme frente a él, de que tomara el control de mi cuerpo... Me muerdo el labio con fuerza al notar el calor entre mis muslos. Joder. Suelto un bufido y me quito la lencería de golpe antes de meterme en la ducha. Necesito agua fría. Mucha.

Mientras el agua resbala por mi piel, mis pensamientos siguen atrapados en él. No puedo negar lo que siento. Lucke me atrae, de una manera que ningún hombre lo ha hecho antes. Su presencia, su forma de moverse, su voz grave y pausada, la forma en la que sus ojos parecen traspasar mi piel y leer lo que estoy pensando. Es un hombre enigmático, peligroso y seguro de sí mismo. Y eso me atrae más de lo que debería.

Respiro hondo y cierro los ojos, dejando que el agua caliente relaje mis músculos. Pero ni siquiera el vapor consigue disipar la sensación de anhelo que se ha instalado en mi vientre.

Lucke podría enseñarme muchas cosas. No tengo demasiada experiencia en el sexo. Con Mike fue monótono, sin pasión ni emociones. Solo un conjunto de rutinas que acabaron por desgastarme hasta el punto de no desearlo más. Pero Lucke... él es un hombre que trasnpira sexo por cada poro de su piel. Se nota en la forma en que me mira, en cómo se mueve y en la manera en que cada una de sus palabras tienen un peso calculado.

Quizás podría aprender de él y entregarme a la experiencia sin esperar nada más que placer. Pero ¿realmente podré soportarlo?

Abro los ojos de golpe y salgo de la ducha. Mee envuelvo en una toalla y camino de regreso al dormitorio. Me tumbo en la cama con el pelo húmedo sobre la almohada y miro el techo con la respiración todavía agitada. Tengo que tomar una decisión. Y, sobre todo, no puedo dejar que mis emociones me dominen.

Pero cuando cierro los ojos, la imagen de Lucke vuelve a aparecer en mi mente. Y, por mucho que intente negarlo, algo dentro de mí ya ha empezado a ceder. No sé si voy a aceptarlo, ni si quiero entregarme de esa manera, pero lo que sí sé es que Lucke Cooper ha sembrado una semilla dentro de mí. Y no importa cuánto lo intente, esa semilla ya ha empezado a echar raíces. Y temo que, cuando me dé cuenta, ya sea demasiado tarde para arrancarla.

Capítulo 22

Natalie

Las palabras de Lucke siguen resonando en mi cabeza y eso me sumergen en una especie de neblina de la que no soy capaz de escapar. «Me pertenecerías». «Exclusividad». «Obediencia». Trago saliva y noto cómo el corazón me late fuerte en el pecho solo al recordar su manera de mirarme mientras las pronunciaba. He pasado la noche en vela, dándole vueltas a la propuesta, a lo que significa realmente y, sobre todo, a lo que implicaría para mí aceptar algo así. Es una locura, una absoluta locura. Y, sin embargo, aquí estoy, con el contrato en mis manos, leyéndolo una y otra vez como si las letras fueran a cambiar de significado si las releo las suficientes veces.

El simple hecho de pensarlo hace que mi pecho se contraiga y que mi cuerpo se tense de una manera que no sé si es miedo ni excitación. O, tal vez, es ambas cosas. Porque lo que más me desconcierta no es la idea del contrato en sí, sino lo que despierta Lucke en mí.

Necesito una opinión externa, alguien que vea las cosas desde otro punto de vista, aunque no sé si realmente quiero escucharla. Everly está en el trabajo, así que busco a Hellen que la oigo trastear en la cocina. Salgo de mi habitación y voy has allí, donde la veo que está sirviéndose un café en pijama.

—¿Tienes un momento? —le pregunto con el ceño fruncido, sosteniendo el contrato con fuerza entre mis manos.

—¡Buenos días! ¿Qué sucede? —pregunta arqueando una ceja mientras le da un sorbo a su café y se sienta en la mesa de la

cocina.

Me muerdo el labio y respiro hondo antes de soltarlo de golpe.

—Buenos días, perdona, pero es que no sé ni dónde tengo la cabeza…

—¿Qué te pasa?

Lanzo un resoplido antes de hablar.

—Lucke me ha propuesto algo… poco convencional.

Hellen me mira con una mezcla de curiosidad, pero también con un gesto divertido en su cara.

—¿Poco convencional cómo? —me sonríe al preguntar.

—Me ha dado un contrato.

—¿Un contrato? Pero de eso se ocupan los de recursos humanos, ¿no?

—Sí, sí, ese ya lo firmé el primer día que empecé a trabajar —le aclaro.

—¿Entonces? —me pregunta con desconcierto?

—Es un contrato diferente…—intento explicarlo bajando la mirada hacia los papeles que tengo entre mis manos.

—¿Diferente? No te entiendo… Explícate por qué no tengo ni idea de lo que pretendes decirme —me ruega después de dar otro sorbo a su taza de café.

—Me ha propuesto firmar un contrato, porque quiere que sea su… sumisa —digo finalmente, sintiendo como al pronunciar esas palabras me quito un gran peso de encima.

Hellen parpadea y deja la taza sobre la mesa con más fuerza de la necesaria.

—Espera, ¿qué?

—Lo que oyes… —vuelvo a bajar la mirada y a morderme el labio inferior.

—Pero… que seas su sumisa ¿sexual? —quiere saber Hellen abriendo mucho los ojos.

—Sí… —asiento bajando la voz—. Además, quiere exclusividad, confidencialidad y obediencia. Dice que no seré su amante ni su novia, sino que le perteneceré.

Hellen me observa fijamente y, por primera vez durante todo el tiempo que hace que nos conocemos, parece que no tiene palabras para responderme.

—Tía… —comienza, frotándose la frente—. ¿Estás segura de que esto no es solo otro tío tan tarado como Micke que quiere tener una relación tóxica?

Sus palabras me golpean de lleno en medio del pecho y un escalofrío me recorre la espalda.

—No lo sé… —respondo en un susurro.

—Porque, a ver, Natalie, que un tío quiera follarte cuando quiera y que encima tengas que obedecerle como si fuera un rey… Eso me suena a bandera roja. No, a bandera roja… si no, a pancarta gigante ¡rojo pasión!

Aparto la mirada y me remuevo en mi asiento.

—No es solo sexo —le explico, aunque ni siquiera estoy segura de lo que estoy diciendo—. Dice que hay reglas, que hay control y que nada pasará sin mi consentimiento.

Hellen apoya los codos sobre la mesa y me observa con una expresión seria.

—¿Y tú qué sientes con todo esto?

Abro la boca, pero no sé qué responderle. No quiero mentirme a mí misma.

—Me asusta —admito al fin—. Pero también me excita.

Ella suspira y se pasa una mano por el pelo.

—A ver, tía, si realmente quieres esto, hazlo. Pero solo si estás segura. Porque si te mete en su mundo y luego te arrepientes… Puede que salir no sea tan fácil.

Muerdo mi labio inferior y asiento.

—Sí, tienes razón… Por eso le estoy dando tantas vueltas —le cuento bajando la mirada hasta mis pies, aunque la verdad es que ya lo he decidido.

Parece que hoy las horas en la oficina son más largas de lo normal, porque el tiempo transcurre con una lentitud insoportable. Lucke actúa como si no hubiera pasado nada, como si no hubiera puesto

sobre la mesa la oferta más indecente que me han hecho en la vida. Pero yo lo noto distinto. Lo noto en la forma en que su mirada se posa sobre mí cuando cree que no me doy cuenta y en cómo sus dedos tamborilean sobre su escritorio con una paciencia contenida. Está esperando mi respuesta.

A las seis en punto, después de reunir todo el valor que soy capaz, entro en su despacho. Lucke levanta la vista y su profunda mirada azul se encuentra con la mía. Durante un segundo, me pregunto si de verdad estoy lista para esto, si de verdad sé en qué me estoy metiendo. Pero cuando él arquea una ceja en silencio, como si ya supiera lo que voy a decir, me doy cuenta de que ya no hay vuelta atrás.

—Voy a firmarlo —digo, con la voz más firme de lo que esperaba.

Lucke sonríe con satisfacción, aunque su sonrisa es lenta y lobuna.

—Bien —sin intercambiar ninguna palabra más, saca una copia del contrato de un cajón de su escritorio y me lo acerca junto a un bolígrafo. Lo sostengo en mis manos durante un instante, una última oportunidad para echarme atrás. Pero no lo hago. Tomo aire y estampo mi firma con trazos seguros.

Cuando levanto la mirada, Lucke me observa con una intensidad peligrosa.

—Ven a mi casa después del trabajo —ordena con calma—. Hay algo que quiero enseñarte.

Al escucharlo, me trago mis dudas y asiento.

Tres horas más tarde, estoy frente a la puerta de su ático.

Cuando la abre, lo primero que noto es el olor de su perfume, esa mezcla de madera y especias que se ha convertido en mi nueva obsesión. Da un paso hacia atrás y abre un poco más la puerta para dejarme pasar. En el mismo recibidor, me quita él mismo la chaqueta y el bolso.

—Quiero mostrarte algo —me dice y me guía con un gesto de la cabeza para que le siga.

El ático es tan impresionante como la primera vez que estuve aquí, pero esta vez me parece que hay algo distinto en el ambiente. Algo más oscuro. No me lleva al salón. En su lugar, camina por un pasillo que no había visto antes y abre una puerta.

—Quiero que veas esto —dice, con voz grave.

Entro y el aire se me queda atrapado en la garganta. Es una habitación completamente diferente a todo lo demás.

—Bienvenida a la habitación de juegos —me dice con una sonrisa y me toma de la mano para que entre.

Nada más cruzar el umbral, el ambiente de la habitación me envuelve como una segunda piel. La iluminación es tenue y está estratégicamente colocada para proyectar sombras suaves en las paredes de piedra oscura, creando un juego de luces y sombras que acentúa cada uno de los elementos que habitan la estancia. No hay ventanas, lo que aumenta el absoluto control del entorno, donde cada detalle parece diseñado para provocar una sensación de expectación y sumisión.

En el centro de la sala, la gran cama redonda domina el espacio con una presencia imponente. Los postes de hierro negro que la rodean tienen anillas a diferentes alturas, que supongo que deben servir para sujetar correas de cuero o cadenas de metal según la ocasión. La cabecera, alta y acolchada, está revestida en un terciopelo oscuro que absorbe la luz de las lámparas indirectas, reforzando la sensación de intimidad y control absoluto. Sobre el colchón forrado en piel, descansan esposas acolchadas, listas para ser utilizadas.

Continúo deslizando la mirada por la estancia y la detengo en la pared de la derecha, donde un mueble de madera maciza alberga una colección de instrumentos cuya función puedo intuir, aunque muchos de ellos me resultan completamente desconocidos. Hay látigos de diferentes longitudes y materiales, algunos parecen de cuero suave y flexible, otros más rígidos y amenazantes. Fustas con empuñaduras adornadas, paletas de distintos tamaños y acabados, desde madera pulida hasta piel reforzada. También hay una variedad de esposas, algunas de metal con forro interior para no marcar la piel y otras de cuero con hebillas ajustables. Cuerdas de seda roja y

negra descansan enrolladas con una precisión casi obsesiva, listas para ser utilizadas con la misma maestría que todo lo demás.

Junto a la pared de instrumentos, una estructura de madera oscura con una barra horizontal destaca. Se trata de un potro de sujeción, con correas ajustables en cada esquina y una base acolchada diseñada para garantizar comodidad sin perder su funcionalidad. Justo al lado, veo una silla de sujeción, con grilletes en los reposabrazos y en la parte inferior para inmovilizar las piernas.

En la pared opuesta, una cruz de madera se impone con su madera barnizada y correas de cuero estratégicamente dispuestas. Cada anclaje está colocado con precisión y supongo que debe estar diseñado para sujetar las muñecas y los tobillos en una posición de absoluta vulnerabilidad. La madera tiene un acabado impecable, como todo en esta habitación: no hay nada dejado al azar.

Mis ojos recorren el resto del espacio, notando otros detalles que refuerzan la atmósfera de la sala. Un mueble de castigo, con un diseño elegante pero inquietante, que permite la inclinación del cuerpo para restringir los movimientos. También hay un mueble de almacenaje, donde intuyo que se guardan más accesorios, tal vez máscaras, mordazas, pinzas o cualquier otro objeto que complete el arsenal de este santuario de control y placer.

El aire está impregnado con un aroma tenue de cuero y madera pulida, un aroma que no resulta invasivo, pero que añade un matiz más a la experiencia de estar aquí. Todo en esta habitación está diseñado para provocar sensaciones y despertar la sumisión, la obediencia y la entrega.

Siento cómo mi pecho sube y baja con más rapidez de lo normal. La mezcla de excitación y nerviosismo es palpable en mi piel. Todo lo que hay aquí, cada objeto tiene su función y cada función está pensada para provocar una respuesta y lo peor de todo es que mi cuerpo ya está reaccionando a ello.

El estómago se me contrae.

Lucke se coloca detrás de mí y susurra en mi oído.

—Este es el lugar donde traeré a mi sumisa.

Mi respiración se entrecorta.

—¿Y qué… qué quieres de mí?

Él se inclina aún más y noto cómo su aliento acaricia la piel de mi cuello.

—Quiero que entiendas lo que significa pertenecerme.

Me giro para mirarlo.

—¿Y qué significa?

Lucke me sostiene la mirada y con un movimiento lento, levanta la mano y me acaricia el cuello con la yema de los dedos.

—Significa que aquí dentro, solo existimos tú y yo. Que confías en mí lo suficiente como para permitir que te guíe y que me obedeces sin dudar.

Siento un escalofrío bajando por mi columna mientras proceso lo que me acaba de decir.

—¿Y si no puedo hacerlo?

Lucke sonríe de lado y me sujeta la barbilla con suavidad.

—Entonces, dime que no.

Pero no lo hago. Porque la verdad es que la idea me asusta tanto como me excita y lo peor es que él lo sabe.

Esta habitación sigue envolviéndome en su atmósfera, oscura y cargada de promesas veladas. Todo aquí parece diseñado para provocar reacciones, desafiar límites y empujar a quien cruce esta puerta a un terreno completamente desconocido. Mi piel aún conserva el rastro de sus dedos cuando me acarició la barbilla, y mi respiración sigue siendo más errática de lo que me gustaría.

Lucke sigue observándome con paciencia y sin prisas, como si estuviera esperando mi reacción. En cualquier otro contexto y con otro hombre, habría retrocedido, habría sentido la necesidad de apartarme, de salir corriendo. Pero con él no. Con él, quiero saber más.

Doy un paso atrás y rodeo la estancia con la mirada, observando con más detalle cada uno de los elementos de esta habitación. Los látigos, las esposas, la cruz de madera… todo me resulta ajeno y, al mismo tiempo, cada uno de esos objetos hace que una corriente eléctrica recorra mi cuerpo de arriba abajo.

—No tienes experiencia en este tipo de cosas —dice Lucke de pronto y el tono profundo de su voz reverbera en mi interior.

Me quedo inmóvil, con la mirada aún fija en el potro de sujeción, y trago saliva antes de girarme para mirarlo.

—No —admito en voz baja—. Solo he estado con un hombre en toda mi vida.

Lo digo sin adornos ni excusas. Y, por alguna razón, decirlo aquí y delante de él, en esta habitación que grita deseo y sumisión, me hace sentir vulnerable.

Lucke no reacciona con sorpresa. Ni con burla.

—Lo sé —me responde simplemente.

Al escucharle, mi ceño se frunce levemente.

—¿Cómo lo sabes?

Una sonrisa se dibuja en su rostro mientras se acerca con calma hasta mí.

—Porque te observo, Natalie. Desde el primer día. Y lo veo en tu manera de moverte, en tu forma de reaccionar cuando te provoco y en la manera en que te muerdes el labio y te sonrojas cuando te pones nerviosa.

Mi pulso se acelera cuando su cuerpo se queda a centímetros del mío.

—Lo veo en cómo te estremeces cuando te toco —continúa— y en cómo tu piel se enciende con una simple orden mía.

Sus palabras hacen que el aire se me quede atrapado en los pulmones. Soy demasiado consciente de la cercanía de su cuerpo, del calor que emana y de la forma en la que su mirada me desnuda sin tocarme.

—Por eso te he elegido —afirma con voz baja—. Porque quiero enseñarte.

Mi estómago se contrae.

—¿Enseñarme?

Lucke asiente y toma mi mano con una lentitud calculada.

—Sí —susurra, llevándosela a los labios y dejando un beso en el dorso. Un beso suave, lento, que contrasta con la intensidad de todo lo que me acaba de decir—. Quiero ser tu maestro y abrirte la puerta a un mundo completamente nuevo para ti.

El contacto de sus labios en mi piel de mi mano me provoca un escalofrío que me recorre la columna. Me quedo inmóvil,

observándolo, sintiendo cómo mi cuerpo responde de una manera tan intensa que me asusta.

Lucke desliza sus dedos entre los míos y me mira con esa calma suya que me enerva y me fascina al mismo tiempo.

—Pero solo si tú me lo permites.

Mis labios se entreabren y, por un segundo, no sé qué responder. Porque todo esto es demasiado, es completamente nuevo y peligroso… pero también es seductor.

Me muerdo mi labio y aspiro hondo.

—Sí —susurro sin pensarlo demasiado.

Su sonrisa se ensancha, y su pulgar acaricia el dorso de mi mano antes de soltarla lentamente.

—Bien.

La calidez de su contacto sigue impregnada en mi piel, y necesito apartar la mirada de él para recuperar el control de mi respiración.

Lucke se gira y camina hasta la puerta, sin prisa.

—Quiero que vengas mañana por la noche.

Levanto la vista y parpadeo con confusión.

—¿Mañana?

—Sí. —Se apoya contra el marco de la puerta y cruza los brazos sobre su pecho—. Es viernes, no trabajamos al día siguiente. Y quiero que dediquemos la noche a que empieces a conocer lo que este mundo puede ofrecerte.

Al escuchar lo que me acaba de decir, noto cómo un escalofrío me recorre la espalda.

—¿Aquí?

Lucke asiente.

—Vendrás directamente conmigo al salir de la oficina. No pasarás por tu casa antes.

Trago saliva y asiento lentamente.

—De acuerdo…

—Habrá ropa esperándote aquí. Quiero que te la pongas cuando llegues.

Mis mejillas se calientan ante la orden implícita en su tono.

—¿Y si no me gusta lo que has elegido? —pregunto, a modo de provocación.

Él sonríe de lado.

—Te gustará.

Y, con esas palabras, sé que estoy perdida. Me giro hacia la puerta, porque necesito salir de esta habitación antes de que mi cuerpo me delate aún más. Pero, antes de que pueda cruzar el umbral, Lucke me detiene con una última frase:

—Piensa en lo que significa pertenecerme, Natalie.

Me quedo quieta, sin atreverme a girarme. Mi respiración es inestable, y sé que, si lo miro ahora, no podré ocultar el deseo que me ha ido envolviendo desde que entré en esta habitación. Así que no digo nada. Solo me marcho. Pero lo que no sabe Lucke es que, a pesar de que no miro atrás, cada centímetro de mi piel ya está ardiendo con su nombre grabado en ella.

Capítulo 23

Natalie

El motor del coche ruge suavemente mientras atravesamos la ciudad a última hora de la tarde, después de acabar nuestra jornada laboral. Las luces de los rascacielos parpadean como estrellas artificiales en la noche, pero nada de lo que veo a través de la ventanilla me calma. Mi mente sigue atrapada en lo que está a punto de suceder.

Lucke conduce con la misma calma con la que hace todo, con esa precisión milimétrica que parece aplicarse tanto a los negocios como a su vida personal. No dice nada, pero no tiene que hacerlo. Su mera presencia llena el espacio del coche, dominándolo con esa energía contenida que siempre me hace sentir en peligro.

Mis dedos se aprietan sobre el bolso que llevo en mi regazo. Siento que mi respiración es más irregular de lo que debería, no sé si es por el contrato que firmé ayer o por lo que eso significa. Lo único que tengo claro es que esta noche no es como las anteriores, porque esta noche atravesaré una línea que no sé si debería cruzar.

Lucke gira por una calle secundaria y en cuestión de minutos estamos en el garaje de su edificio. El portero le abre sin decir nada y pronto estamos en el ascensor privado, ascendiendo hasta su ático en un silencio tan tenso que podría cortarse con un cuchillo.

—Sigues nerviosa —murmura Lucke, sin siquiera mirarme.

Muerdo el interior de mi mejilla y asiento, porque no tiene sentido negarlo.

—No sé qué esperar de esta noche —le confieso en un susurro.

Al escucharme, se gira ligeramente hacia mí y noto cómo me estudia con calma, pero en el fondo de sus ojos hay algo más oscuro e intenso.

—Eso es bueno —me dice con una media sonrisa, que sugiere mucho más de lo que dice.

El ascensor se detiene y la puerta se abre. Sigo a Lucke hasta el interior de su ático. Pero esta vez no me guía al salón ni a la cocina. Me lleva directamente por el pasillo hasta la puerta que anoche me dejó sin palabras: la habitación de juegos. Me detengo en el umbral, con el corazón latiéndome en la garganta. Lucke entra sin dudar y yo lo sigo, sintiendo que cada paso me aleja un poco más de la persona que era antes. Cierra la puerta con calma y se gira hacia mí. En su gesto no hallo rastro de ternura ni de duda, solo de control absoluto.

—Antes de que demos un paso más —me dice con voz grave —, vamos a repasar las reglas.

Asiento lentamente y me esfuerzo por mantenerme erguida, mientras él da un paso hacia mí y me abruma con su cercanía.

—Obediencia —empieza mirándome fijamente a los ojos—. Cuando entres en esta habitación, sigues mis órdenes. Sin excusas y sin cuestionarlas.

Trago saliva, sintiendo cómo el peso de sus palabras se instala en mi pecho.

—Exclusividad —continúa—. Mientras dure este contrato, eres mía y solo mía. No habrá otros hombres en tu vida, porque no tolero compartir lo que me pertenece.

Sus palabras son tan tajantes, que al escucharle un escalofrío me recorre de pies a cabeza.

—Y por último… —Su tono se vuelve más bajo, más íntimo—. Castigos y recompensas.

Mi respiración se acelera.

—Si obedeces, recibirás placer. Si fallas… aprenderás de tus errores.

Mi estómago se contrae ante la promesa velada en su voz. Lucke extiende el contrato entre nosotros y me lo entrega con calma.

—Quiero que me obedezcas sin cuestionar —dice con un tono de voz aún más bajo y profundo.

Alzo la mirada y me encuentro con sus ojos, que arden con una intensidad abrasadora.

—No sé si puedo…

Él inclina la cabeza con una sonrisa oscura.

—Claro que puedes, solo debes confiar en mí.

Mi corazón golpea contra mis costillas cuando da un paso más, hasta que su aliento roza mi piel.

—Arrodíllate —ordena, con un tono que no me deja lugar a dudas.

Este es el momento en el que decido si cruzar la línea. Mi cuerpo tiembla. No sé si es miedo o deseo o, tal vez, ambas cosas. Pero cuando mis rodillas tocan el suelo, lo sé con certeza. No hay vuelta atrás.

Siento cómo el frío del mármol se filtra a través de la tela de mi pantalón a la altura de mis rodillas. Mi respiración es irregular, pero no me muevo. Lucke me observa desde arriba, con una mirada que parece envolverme como una sombra, atrapándome en su órbita.

—Bien —dice en voz baja, con una calma que me desarma—. Ahora, quítate la blusa.

Mi corazón se dispara al escuchar lo que me acaba de decir. ¿Aquí? ¿Así, tan rápido?

Me muerdo el labio y alzo la mirada. Lucke no repite su orden. No lo necesita. Su mirada habla por él. Espera que obedezca, sin excusas ni dudas. Así que, con dedos temblorosos, desabrocho el primer botón de mi blusa. Luego el segundo. El tercero. Cada vez que deslizo los botones fuera de sus ojales, mi piel se eriza con más intensidad. Siento el aire frío de la habitación rozándome la piel desnuda mientras dejo caer la prenda a un lado. Después deslizo los tirantes de mi sujetador por los hombros para, finalmente, desabrochar la prenda y quedarme desnuda de cintura para arriba frente a Lucke. El calor asciende por mi cuerpo y me muerdo la mejilla por dentro. Lucke permanece en silencio, observándome con

su expresión imperturbable, pero sus ojos recorren mi torso desnudo con una intensidad abrasadora.

—Termina —ordena, sentándose en un sofá de cuero negro frente a mí.

Sabe que estoy temblando y que el mero hecho de estar expuesta de esta manera me lleva al límite y, sin embargo, espera.

Me levanto con torpeza y, con movimientos lentos, deslizo la cremallera de mi pantalón. Lo bajo por mis caderas y lo dejo caer hasta mis pies. Ahora solo me cubre la ropa interior. Dudo un segundo, sintiéndome más vulnerable que nunca.

—Natalie —su voz resuena firme—. No te detengas.

Contengo la respiración mientras deslizo mis braguitas por mis muslos. Cuando las dejo caer al suelo y me quedo completamente desnuda, siento que mi piel arde bajo su mirada.

—Ahora, ponte de rodillas otra vez.

Obedezco sin pensarlo demasiado y vuelvo a la posición anterior. Mi pulso es un caos y mis muslos están tan juntos que apenas respiro con normalidad. Lucke se reclina ligeramente en el sofá y entrecierra los ojos con una expresión de absoluto control.

—Pídelo.

Parpadeo, confundida.

—¿Pedir qué?

Sus labios se curvan en una media sonrisa.

—Pídeme que te vista como deseo verte.

Un escalofrío me recorre entera. Mi orgullo lucha contra lo que está pasando, pero otra parte de mí… esa parte sumergida en un fuego lento y desea saber hasta dónde me puede llevar.

Lleno mis pulmones de aire y hablo.

—Vísteme como deseas verme.

Un destello de satisfacción cruza sus ojos antes de levantarse y caminar hasta un mueble oscuro de madera, de donde saca una prenda de tela negra y unos accesorios que no alcanzo a ver desde donde estoy.

—Levántate y ven aquí.

Hago lo que me dice. Cuando me acerco, me rodea con un corsé negro de satén, ajustándolo alrededor de mi cintura con una

precisión que me deja sin aliento. Aprieta las cintas poco a poco, moldeándome hasta que mi postura se mantiene completamente erguida.

—Perfecto —murmura.

Mis pezones rozan la tela con cada inhalación, y la falta de ropa interior me hace sentir completamente expuesta.

Lucke se mueve detrás de mí y desliza algo por mis muslos. Un liguero de encaje que se ajusta perfectamente a mi piel. Tira de las correas con movimientos calculados y engancha las medias de seda a los sujetadores del liguero.

—No llevas braguitas.

Lo dice como si fuera un hecho y no un detalle que hace que mi piel se incendie aún más.

—No.

Lucke desliza las manos por mi espalda y luego hasta mis caderas.

—Así es como quiero que estés siempre aquí. Abierta para mí.

Su tono me hace estremecer.

—Ahora, quiero que cierres los ojos.

Dudo un instante, pero entonces siento el roce de una venda de seda deslizándose sobre mis párpados. La ajusta con cuidado, bloqueando mi visión por completo. Mi respiración se vuelve errática.

—Quiero que sientas —susurra en mi oído—. Nada más.

Su mano se desliza lentamente por mi brazo desnudo, descendiendo con una paciencia tortuosa hasta mi cadera. Cada caricia es un incendio contenido, un roce calculado que solo aumenta la tensión entre mis muslos. Pero entonces, deja de tocarme. No sé por qué. No puedo ver dónde está, porque tengo los ojos vendados, así que intento escuchar qué sucede a mi alrededor, pero solo hay silencio. Mi piel arde ante la expectativa. No sé cuándo ni dónde volverá a tocarme. Y entonces… siento cómo sus dedos recorren la curva de mis nalgas. Suelto un leve jadeo, pero no me muevo.

—Bien —murmura—. Aprendes rápido.

La calidez de su palma se posa sobre la parte baja de mi espalda, y un segundo después, sus labios rozan mi clavícula.
No sé cuánto tiempo me mantiene así, atrapada en esta mezcla de ansiedad y placer. Su boca, sus dedos, su aliento… todo me rodea y me consume, pero cuando creo que me va a dar más… se detiene.

—Dame la mano —ordena.

Le obedezco y, en cuestión de segundos, me guía hasta su regazo.

—Inclínate.

Mi pulso se acelera aún más cuando me tumba sobre sus piernas.

El aire caliente de la habitación acaricia mi piel desnuda y mi corazón late con tal fuerza que apenas puedo respirar.

—Vamos a establecer otra norma muy importante —murmura.

Su mano acaricia la curva de mis nalgas antes de levantarla.

—Si rompes una regla… —Su voz es una advertencia silenciosa.

Y entonces, el primer azote cae sobre mi piel desnuda. Un jadeo se escapa de mi garganta antes de que pueda contenerlo. El golpe no es fuerte, pero la sensación me deja sin aliento.

—Uno —susurra, como si estuviera marcando el ritmo.

Su mano vuelve a levantarse y el segundo golpe cae sobre mi nalga, provocando un ardor dulce que se extiende por mi piel.

—Dos.

Cada azote es calculado para que sea una lección silenciosa que mi cuerpo empieza a comprender. Cuando llega al quinto, mi piel arde y mi entrepierna está tan húmeda que apenas puedo soportarlo. Lucke desliza una mano por mi muslo, pero en lugar de tocar donde más lo necesito, me obliga a separarlas.

—Recuerda que no puedes correrte hasta que yo te lo permita.

Me muerdo el labio inferior con fuerza, reprimiendo un gemido de frustración. Lucke me endereza lentamente, me acomoda sobre su regazo y desliza sus dedos por mi mandíbula.

—Quiero que recuerdes esto —dice en voz baja junto a mi oído—. Tu placer es mío y solo yo puedo controlarlo.

Las palabras de Lucke aún resuenan en mi cabeza cuando me suelta y me obliga a mantenerme de pie frente a él, completamente desnuda salvo por el corsé negro que me ciñe la cintura y el liguero que sostiene las medias de seda. Mi piel está caliente, arde por los nervios que me invaden. Mi respiración es errática y mi corazón late con tanta fuerza que apenas puedo escuchar otra cosa que no sea el eco de su última advertencia.

«Tu placer es mío y solo yo puedo controlarlo».

Lucke sigue sentado en el sofá de cuero negro, observándome con una paciencia que me inquieta y con una intensidad que parece devorarme.

—Acércate —ordena con voz grave.

Mis pies descalzos apenas hacen ruido contra el suelo mientras me muevo hacia él.

—Arrodíllate —me vuelve a decir, esta vez con una cadencia más lenta y dominante.

Lo hago sin dudar, sintiendo el peso de su mirada recorriendo cada centímetro de mi cuerpo expuesto. La posición es humillante, pero también extrañamente excitante. Estoy justo entre sus piernas y, en ese momento me libera de la venda que me cubre losojos, cuando levanto la mirada veo que su gesto es una mezcla de control y lujuria contenida. Necesito apartar la mirada, para bajarla hasta el suelo, pero me sujeta la barbilla con los dedos y me obliga a mantenerla fija en la suya.

—Esta será tu primera lección —murmura, inclinándose un poco hacia mí—. Quiero que uses esa boca preciosa como yo te diga.

Trago saliva, sintiendo cómo mi piel se estremece. Sé lo que va a pedirme y, aunque una parte de mí aún está atrapada en la vergüenza, la otra… la otra está ansiosa por saber cómo será someterme a él de esta manera. Lucke desabrocha con calma el cinturón de su pantalón con su mirada fija en la mía, midiendo cada una de mis reacciones. Cuando baja la cremallera y saca su tremenda erección de sus pantalones, mi respiración se entrecorta.

Es enorme. Su miembro es grueso y palpitante y tiene la punta ligeramente húmeda. Lo sostiene en su mano, deslizándola lentamente de la base hasta el glande, y sé que está esperando mi reacción. Me muerdo el labio, con el rostro completamente encendido. Nunca había estado de rodillas frente a un hombre de esta manera, ni tampoco había sentido tanta expectativa y deseo a la vez.

—Dame tu lengua —ordena con voz grave.

Titubeo, pero finalmente saco la lengua, sintiéndome vulnerable e indecente al mismo tiempo. Lucke roza la punta de su erección contra mi boca, manchando mis labios con su humedad.

—Abre más la boca—me exige, envolviendo mi melena rubia en su mano y echando mi cabeza ligeramente hacia atrás.

Obedezco y él desliza su miembro en mi boca poco a poco. Al principio solo dejo que la punta descanse en mi lengua, pero cuando presiona más profundo, siento cómo mi mandíbula se tensa por el grosor.

—Así… muy bien —gruñe mientras suelta un suspiro.

Empieza a moverse con lentitud, sujetando mi cabeza con una firmeza calculada, asegurándose de que no retroceda. Cada vez que avanza un poco más dentro de mi boca, mi garganta se cierra instintivamente y mis ojos se humedecen.

—Respira por la nariz y relájate —me instruye con un tono bajo, su otra mano acaricia mi mejilla mientras mi lengua recorre cada centímetro de su dureza.

Su sabor es una mezcla de sal y piel caliente, que me sorprende y excita por completo. Cuando empieza a guiar mi ritmo y me obliga a tragarlo más profundo, mi cuerpo entero se tensa.

—Eso es, pequeña… Eres muy buena.

Su erección se desliza cada vez más hondo hasta que mis labios tocan la base y la presión en mi garganta es insoportable. Mis ojos se llenan de lágrimas y jadeo, tratando de acostumbrarme a la invasión. Lucke suelta una maldición y se queda quieto, disfrutando la sensación de estar enterrado completamente en mi boca. Cuando por fin me deja tomar aire, un hilo de saliva conecta mis labios con

su miembro al salir de mi boca. Mi pecho sube y baja rápidamente, y mi entrepierna palpita con cada segundo que pasa.

—Mírate —me dice con voz ronca, señalando el espejo grande que cubre una de las paredes de la habitación.

Giro la cabeza y veo mi reflejo. Estoy de rodillas entre sus piernas, con los labios hinchados y húmedos, mis mejillas sonrojadas y mi pecho subiendo y bajando con agitación. La imagen es erótica y perversa a partes iguales.

—Estás preciosa—murmura, deslizando su pulgar sobre mi labio inferior antes de tirar de mí para levantarme.

Me empuja con suavidad hasta la cama redonda que domina la habitación y me tumba sobre ella, posicionándose sobre mí. Su cuerpo es imponente y su calor me envuelve por completo y su mirada hambrienta me deja sin aliento.

—Voy a follarte—me anuncia con la voz ronca—. Y quiero que mires cómo lo hago.

Me toma por la cadera y me gira para que me quede a cuatro patas y de cara al espejo. Mi reflejo me muestra completamente expuesta, con la espalda arqueada y el corsé realzando mis curvas de una manera obscena. Lucke desliza su mano por mi espalda, bajando lentamente hasta mis nalgas.

—Eres perfecta —murmura antes de darme un azote firme en la piel desnuda.

Gimo, sorprendida por la intensidad del golpe. Mi piel arde, pero el placer es inmediato. Lucke vuelve a azotarme, esta vez con más fuerza, y un jadeo ahogado escapa de mis labios.

—Me encanta verte así, entregada a mí —susurra con voz gutural.

Sin darme tiempo a reaccionar, su erección se desliza entre mis pliegues húmedos, frotándome con lentitud hasta que su punta presiona contra mi entrada.

—Dime que lo quieres —me exige, sujetándome por la cadera con ambas manos.

—Lo quiero —jadeo sin pensarlo.

Con un solo movimiento firme, se hunde en mí hasta el fondo. Grito, arqueando la espalda, sintiendo cómo me llena por completo.

—Joder, estás tan apretada… —gruñe entre dientes, moviéndose con lentitud, asegurándose de que sienta cada centímetro de él dentro de mí.

Mis dedos se aferran a la cama mientras él empieza a moverse con un ritmo tortuoso, saliendo casi por completo antes de volver a hundirse en mi interior con una fuerza que me hace ver estrellas. Cada embestida me empuja contra el colchón, mis pechos rebotan con el movimiento y mi piel arde con cada azote que cae sobre mis nalgas. Lucke me obliga a mirarnos en el espejo. La imagen es abrumadora. Mi cuerpo es un reflejo de la entrega y de la lujuria desbordada que ahora me consume.

—Mírate, Natalie. Mira lo preciosa que estás mientras te follo.

Gimo con fuerza, incapaz de apartar la vista de nuestro reflejo. Cuando sus dedos empiezan a deslizarse entre mis pliegues húmedos para estimularme aún más, mi cuerpo se tensa. Estoy al borde del orgasmo y la presión en mi vientre es insoportable.

Pero entonces, justo cuando estoy a punto de explotar, se detiene.

—No te corras —me ordena con firmeza.

Mi gemido se convierte en un grito de frustración y él sonríe y acaricia mis nalgas con suavidad antes de bajar su mano hasta mi entrada. Sus dedos se deslizan lentamente entre mis pliegues hinchados antes de mojarse con mi excitación y recorrer la piel más sensible de mi trasero. Cuando su dedo empieza a presionar contra mi otra entrada, mi cuerpo se tensa de inmediato.

—Tranquila —murmura—. No voy a hacer nada que no puedas soportar.

Pero cuando intenta empujar un poco más, mi instinto toma el control y me aparto de golpe.

—¡No, espera! —grito, sintiendo el pánico recorrerme.

Lucke se detiene en seco y acaricia mi espalda con calma.

—Está bien —susurra contra mi oído—. Iremos poco a poco… hasta que seas tú quien me lo pida.

Y sé que lo haré. Sé que, cuando llegue el momento, seré yo quien le suplique que me tome por completo.

Mi cuerpo sigue temblando mientras me apoyo en Lucke, intentando recuperar el aliento. Cada músculo de mi cuerpo palpita, sensible después de las horas de sexo intenso que acaban de suceder. Nunca había sentido algo así. Nunca me habían follado de esta manera, explorando cada rincón de mi piel y llevándome al borde del placer para luego negármelo, enseñándome que mi deseo ya no me pertenece.

Mi piel sigue ardiendo, mis muslos están empapados y mis nalgas palpitan con un calor que no desaparece. Lucke me ha poseído en todos los sentidos de la palabra, sin dejarme ningún resquicio de duda sobre quién manda entre él y yo.

Pero ahora que todo ha terminado, algo dentro de mí hace que me sienta extrañamente vacía.

La habitación aún está impregnada de nuestro sexo, del aroma de su piel y del mío, mezclados en un solo aliento. Me estremezco cuando siento su mano en mi cintura, guiándome hacia la salida.

—Vamos —me dice con voz firme, pero ya no tiene ese tono cargado de deseo. Ahora solo me parece práctico y relajado.

Me lleva al baño, donde me ayuda a limpiarme sin intercambiar palabras. Sus movimientos son eficientes, casi mecánicos, como si esta rutina estuviera tan grabada en él que no le hiciera falta intercambiar ninguna palabra. Me pasa una toalla húmeda entre las piernas y yo me estremezco ante el contacto, porque tengo la zona todavía hipersensible.

Levanto la mirada y me encuentro con la suya reflejada en el espejo. Por primera vez, hay algo que no sé interpretar en su expresión. Me observa con intensidad, como si estuviera midiendo algo en mí, pero no me dice nada. Cuando termina de limpiarme, me entrega la ropa. Me visto en silencio, sintiéndome extrañamente vacía mientras él se arregla la camisa y se abrocha los gemelos del puño con una calma absoluta. Como si nada hubiera pasado. Como si no acabara de follarme con la intensidad de un hombre que exige devoción absoluta.

Cuando salimos de la habitación de juegos y cruzamos el pasillo hacia la entrada del ático me siento distinta, como si algo en

el ambiente hubiera cambiado. Ya no percibo ese fuego ardiendo entre nosotros como dentro de la habitación de juegos. Ahora solo hay una extraña sensación de distancia que me hace sentir extraña en mi propia piel.

Cuando llegamos al garaje, el chófer, pese a que es de madrugada, nos está esperando con el coche encendido. Lucke abre la puerta trasera y me indica con un gesto que suba.

—Te llevaré a casa —me dice simplemente.

Asiento sin decir nada y me acomodo en el asiento de cuero. Apenas él cierra la puerta, el silencio dentro del coche se vuelve insoportable. No es el mismo silencio cargado de tensión sexual que hubo antes. Este es distinto. Es frío.

Lucke se sienta a mi lado con la misma compostura impecable de siempre, sacando el móvil del bolsillo de su chaqueta y revisando la pantalla con total indiferencia. Como si yo no estuviera ahí. Como si no acabara de tener gritando su nombre y abierta de piernas para él hace menos de una hora.

Me humedezco los labios y bajo la mirada a mis manos entrelazadas en mi regazo. Quiero decir algo. Preguntar por qué se comporta tan frío ahora conmigo. Pero las palabras se me quedan atascadas en la garganta. El coche avanza a través de la ciudad, dejando atrás la zona más exclusiva de Manhattan en dirección a Brooklyn. Sigo con la mirada las luces difusas de la ciudad a través del cristal de la ventanilla, tratando de ignorar la sensación de extrañeza que me invade.

Cuando el coche se detiene frente a mi edificio, Lucke finalmente levanta la mirada del móvil. Se gira ligeramente hacia mí y me observa con la misma expresión neutra que usa en la oficina.

—Nos vemos el lunes, Natalie.

Eso es todo. No me dice nada más. Nada de «descansa». Nada de «duerme bien». Solo eso. Nos vemos el lunes. Como si lo que acabamos de hacer no hubiera cambiado nada.

Asiento lentamente, sintiéndome más confusa de lo que me gustaría.

—Nos vemos el lunes —murmuro y abro la puerta y salgo del coche.

Cuando cierro la puerta tras de mí, el chófer arranca de inmediato y el coche se aleja sin que Lucke siquiera vuelva a mirarme. Me quedo de pie en la acera, abrazándome a mí misma mientras observo las luces rojas de los frenos del coche desvaneciéndose en la distancia.

¿Qué acaba de pasar?

No sé qué esperaba después de esta noche, pero definitivamente no era esto. Respiro hondo y me giro hacia la entrada del edificio. Subo en silencio hasta mi apartamento y, en cuanto cierro la puerta detrás de mí, me dejo caer contra ella. La adrenalina aún recorre mi cuerpo. El recuerdo de sus manos en mi piel, su boca devorándome, su voz ordenándome… todo sigue ahí.

Pero él ya no.

Él está en su mundo, frío y calculador, como si yo fuera solo una más. Solo una pieza dentro de su juego.

Aprieto los ojos con fuerza y me dirijo a mi habitación, intentando ignorar el vacío que crece dentro de mí. Y, sobre todo, intentando ignorar el hecho de que, aunque lo niegue, quiero más.

Capítulo 24

Lucke

La imagen de Natalie de rodillas frente a mí, con sus labios hinchados y la respiración entrecortada, sigue grabada en mi mente. La manera en que sus ojos azules me miraban con esa mezcla de sumisión y deseo ha sido jodidamente perfecta. Tal como lo había imaginado y planeado.

Me recuesto en el sofá de mi despacho, con un vaso de whisky en la mano y la ciudad extendiéndose frente a mí a través de los ventanales del ático. Manhattan brilla con su caos estructurado, con su indiferencia cruda y su ambición devoradora. Es un reflejo de lo que soy, de lo que siempre he sido: un hombre que no deja nada al azar.

Excepto, tal vez, ella.

No estaba en mis planes que Natalie despertara algo más allá del simple placer de domarla. No quería que ella fuera especial, ni distinta a las demás. Pero desde el primer momento en que se arrodilló y me entregó su cuerpo sin reservas, algo dentro de mí se activó de una forma que no debería haber sucedido.

Apuro de un trago el whisky y dejo que el ardor del alcohol me devuelva al control. Todo esto es solo un juego. Un juego en el que yo dicto las reglas, y ella, mi pequeña aprendiz, debe seguirlas sin cuestionarlas. Y lo está haciendo increíblemente bien, mucho más de lo que esperaba. Me gusta su inexperiencia.

No porque disfrute de la inocencia como tal, sino porque significa que todo lo que aprenda, lo hará bajo mi mano. No hay comparaciones, ni hábitos de otros hombres que tenga que corregir.

Solo está mi enseñanza y mi guía. Cada una de sus reacciones, estremecimientos y jadeos contenidos son míos y solo míos. Y eso me excita como nada más lo había conseguido en mucho tiempo.

Dejo el vaso sobre la mesa de cristal y me paso una mano por la mandíbula. Pero hay un problema. Un problema que no esperaba y que no me gusta nada. Siento algo. Algo que no sé lo que es, porque no sé cómo llamarlo, pero está ahí, jodiéndome. No es cariño, ni amor. No lo es, porque no puede serlo. Pero hay algo en Natalie que se me mete bajo la piel y no consigo arrancármelo.

La necesidad de control es lo único que me mantiene estable. Siempre ha sido así. Desde que tengo memoria, desde el primer día en que entendí que la vida no te da nada si no lo tomas por la fuerza. Mi padre me lo dejó claro desde pequeño. Él nunca fue un padre que me criara con afecto, porque nunca intentó crear lazos emocionales conmigo. Me educó como a un soldado, no como a un hijo. Su único interés era que me convirtiera en el hombre que debía sucederlo, en su heredero y en el líder que debía tomar las riendas del imperio empresarial sin cuestionar su autoridad. Y lo hice. Aprendí que el poder y el control son lo único que importan, y que las emociones son una debilidad que solo los estúpidos pueden permitirse.

Pero luego estaba mi madre. La única persona que alguna vez me mostró algo parecido al cariño. La única que me traicionó. Cierro los ojos y dejo que los recuerdos se filtren como un veneno en mi mente. La última vez que la vi, yo tenía siete años. Ella estaba en su habitación, guardando su ropa en una maleta. Recuerdo cómo le temblaban las manos temblaban, aunque su gesto era firme.

—¿A dónde vas, mami? —le pregunté desde la puerta.

Ella se giró y me sonrió, pero no era una sonrisa real. Era una de esas sonrisas que los adultos ponen cuando van a mentir.

—Tengo que irme un tiempo, cariño. Pero volveré.

Mi padre apareció detrás de mí y se cruzó de brazos mientras la miraba. Su gesto era una máscara de hielo, sin emoción, ni ira, ni tristeza. En su cara solo había indiferencia.

—No hagas esto más difícil, Victoria.

Mi madre le sostuvo la mirada por un instante y luego desvió los ojos hacia mí. Se inclinó, me besó en la frente y se marchó de casa solo con una maleta. La esperé durante meses. Esperé en la puerta, en la ventana y en cada rincón de la casa. Pero nunca volvió. Nunca me envió un mensaje, ni me hizo una llamada… Solo me dejó su ausencia.

Mi padre nunca habló de ella. Para él, era como si jamás hubiera existido. Y yo aprendí la lección. Aprendí que el amor es una mentira y que la única manera de no perder nunca nada, es no encariñarse con nadie. Y es por eso que, ahora mismo, mirando el reflejo de mi rostro en el cristal del ventanal, me cabreo conmigo mismo, porque lo que siento por Natalie no es parte del plan. El sexo, el placer de domarla y su obediencia absoluta sí, pero esta mierda de sentir algo más... no.

Y lo peor de todo es que no sé por qué me sucede esto. No sé si es la manera en que me mira cuando la obligo a sostenerme la mirada o la forma en que su cuerpo responde a cada una de mis órdenes, con esa mezcla de miedo y deseo que la hace jodidamente adictiva. O tal vez es el hecho de que, por primera vez, siento que tengo algo que no puedo controlar por completo. Y eso es peligroso.

Me sirvo otro trago de whisky y bebo otro sorbo. Tengo que cortar esto de raíz. Natalie es mi sumisa. Nada más. Un contrato firmado. Un acuerdo claro. Un juego de control y poder donde yo marco los límites. No voy a cometer el error de mi padre y dejar que una mujer se convierta en mi debilidad. No voy a repetir la historia y mucho menos, con ella.

Capítulo 25

Natalie

El lunes por la mañana, la oficina me parece más fría de lo normal. O quizás sea yo quien aún no ha logrado deshacerse de la sensación de su piel contra la mía y de sus manos sujetándome con fuerza mientras me miraba a través del espejo.

Intento concentrarme en la pantalla del ordenador, pero mis pensamientos no dejan de viajar a la noche del viernes. Al corsé ajustado que me hizo llevar. A la forma en que sus dedos trazaban mi piel desnuda, acariciándome justo hasta el límite del placer antes de alejarse. Y, sobre todo, a su mirada. Esa mirada calculadora y posesiva que me hacía temblar tanto de miedo como de excitación.

Suelto un suspiro y me obligo a repasar la agenda del día, tratando de hacer caso omiso a la calidez que me sube por el cuello cada vez que me doy cuenta de que en unos minutos tendré que verlo. ¿Cómo se supone que voy a mirarlo a la cara después de lo que pasó? Parece una idea absurda, porque en teoría todo estaba claro: dentro del ático de Lucke, soy su sumisa. Aquí, en la oficina, soy su asistente personal. Dos roles distintos. Dos mundos que no deberían mezclarse, nunca. Pero ¿cómo se supone que separo la imagen de mi jefe impecablemente vestido y sentado en su despacho, de la imagen del hombre que me tenía a cuatro patas, golpeando mi culo hasta hacerlo arder mientras me embestía con fuerza? Aprieto los muslos y trago saliva. No. No puedo pensar en eso ahora.

El sonido de la puerta del despacho abriéndose me hace dar un pequeño respingo. No tengo que levantar la vista para saber que

es él. El aroma de su perfume—amaderado, intenso y familiar— llena el aire antes de que siquiera diga una palabra.

—Buenos días —me saluda con esa voz grave y pausada que me hace estremecer sin querer.

Parpadeo varias veces, fingiendo estar absorta en la pantalla mientras intento recuperar la compostura.

—Buenos días, señor Cooper —respondo, con la voz más neutral que puedo fingir.

Sé que es absurdo tratarlo de usted después de todo lo que ha pasado entre nosotros, pero es la única forma en la que siento que puedo mantener una mínima distancia.

Pero no tardo ni dos segundos en darme cuenta de que ha notado mi nerviosismo. Se detiene frente a mi escritorio y me observa con detenimiento, con los brazos cruzados y la cabeza ligeramente ladeada, como si estuviera analizándome.

—¿Te sucede algo?

Maldita sea.

Levanto la vista con cautela y lo miro. Grave error. El azul de sus ojos es letal. Inmenso. Implacable. Me arden las mejillas y desvío la mirada de inmediato.

—¿Qué? No, nada —digo rápidamente, volviendo a fijar mis ojos en la pantalla.

Siento que su mirada se clava en mí y eso solo hace que mis pensamientos se desordenen aún más. Sé que si me analiza un segundo más va a descubrir lo que estoy pensando y sintiendo.

Suelta una leve exhalación, como si estuviera debatiéndose entre presionarme o dejarlo pasar. Pero, por supuesto, él nunca deja nada al azar.

—No pareces muy convencida —me dice con calma—. Y sé cuándo algo te incomoda.

Me humedezco los labios y me remuevo en mi asiento. Odio que sea capaz de leerme tan bien.

—Solo es que… —murmuro, sintiéndome aún más ridícula por lo que voy a decir— me resulta difícil separar lo que pasó en la habitación de juegos del trabajo.

Se hace un breve silencio. Me atrevo a mirarlo de reojo y veo cómo sus labios se curvan ligeramente, pero sin llegar a una sonrisa. Es un gesto apenas perceptible, pero que me pone aún más nerviosa.

—Entiendo —dice con tono tranquilo.

Me quedo callada, esperando su respuesta.

—Pero tienes que hacerlo —añade con esa autoridad suya que no deja espacio para la discusión—. En esta oficina eres mi asistente. Fuera de aquí, ya sabes lo que eres para mí.

Mis mejillas arden y asiento de inmediato.

—Sí… de acuerdo.

Lucke me observa un momento más y sé que está disfrutando de mi nerviosismo. Lo veo en la forma en que sus ojos se oscurecen sutilmente y en el leve giro de su cabeza. Pero, en lugar de seguir jugando conmigo, se gira con total calma y se dirige a su despacho como si nada hubiera pasado.

—Tienes la agenda de reuniones en tu correo —me dice, justo antes de cerrar la puerta tras de sí.

Y así, sin más, vuelve a su papel de jefe implacable. Respiro hondo, intentando recuperar la tranquilidad, aunque me cuesta bastante conseguirlo.

El lunes apenas acaba de empezar y ya estoy al borde del colapso. Y lo peor es que sé que esta no será la última vez que suceda. Sé que cada vez que Lucke me mire de esa manera, mi cuerpo recordará todo lo que me hizo en esa habitación y lo que prometió que volvería a hacerme.

Y lo peor de todo es… que lo deseo.

Capítulo 26

Natalie

Los días pasan con una normalidad engañosa. La rutina de la oficina me envuelve, dándome una sensación de estabilidad, que no sé si es real o simplemente un espejismo. Me repito a mí misma que todo está bajo control, que puedo manejar esta situación sin que afecte a mi trabajo. Que puedo separar mi rol de asistente de mi rol de… lo otro. Pero hay momentos en los que me cuesta más. Como cuando Lucke entra en su despacho y el eco de su voz resuena en mi cabeza, llevándome de vuelta a la habitación de juegos. O cuando pasa junto a mí en el pasillo y siento la electricidad recorriéndome la piel, recordándome el tacto de sus manos sobre mi piel, sus órdenes y la forma en que me doblegó hasta hacerme suya.

Estoy aprendiendo a mantener la compostura y a fingir que todo sigue igual, aunque en el fondo sé que nada lo está. Pero lo que no esperaba era que Lucke, el hombre que impone límites y reglas con precisión quirúrgica, empezara a difuminarlas a su antojo.

Al principio son detalles sutiles. Miradas que duran demasiado en medio de una reunión. Pequeños gestos, como el roce de sus dedos al entregarme un informe o la manera en que su voz baja de tono cuando me llama a su despacho. Cosas que nadie más notaría, pero que yo las percibo como órdenes silenciosas y recordatorios constantes de que, incluso aquí, en horario de oficina, sigo siendo suya.

Hoy tenemos reunión con Richard Monroe, un empresario que ha trabajado con Cooper Holdings en varias ocasiones y que, por lo que sé, tiene fama de ser bastante arrogante. El encuentro se

celebra en la sala de reuniones anexa al despacho de Lucke. El aire acondicionado mantiene la temperatura perfecta en la sala, pero mi piel arde bajo la atenta mirada de Lucke. Estoy de pie junto a la mesa de cristal, organizando los documentos de la presentación mientras los socios de la empresa toman asiento. Entre ellos está Richard Monroe.

La reunión transcurre con profesionalidad. Lucke expone los puntos clave del acuerdo y Monroe escucha con aparente interés. Todo parece ir bien hasta que noto la forma en que Monroe me mira. Primero es una sonrisa casual cuando le entrego un informe. Luego, un comentario sobre lo eficiente que soy. Hasta ahí, nada fuera de lo normal. Pero después, cuando tomo asiento a la derecha de Lucke, Monroe se inclina un poco más de la cuenta hacia mí y murmura en tono bajo:

—¿Siempre eres tan eficiente? Porque con una asistente como tú, cualquiera se sentiría afortunado.

Su tono es demasiado familiar e insinuante para ser un simple halago. Siento la mirada de Lucke clavarse en mí antes de que tenga tiempo de reaccionar.

—Monroe —su voz es suave, pero con un tono que corta el aire—. Mi asistente es excepcional, pero te agradecería que mantengas la conversación dentro del ámbito profesional.

Me tenso al escuchar lo que acaba de decir. No por la advertencia, sino por la manera en que la dice. Monroe suelta una risa despreocupada y levanta las manos como si no hubiera intención alguna detrás de su comentario.

—Tranquilo, Cooper. Solo hago una observación. No es común encontrar asistentes tan competentes… y encantadoras.

Mi cuerpo se pone rígido. No por Monroe, sino por la forma en que Lucke se endereza en su asiento. Su mandíbula se tensa y su mirada se oscurece con algo que denota que no solo le molesta, sino que yo soy de su posesión.

—Richard —le dice ahora con un tono más frío ahora, afilado como una cuchilla—, creo que estamos perdiendo el enfoque de esta reunión. Si tienes algo más que aportar sobre la negociación, te escuchamos. Si no, podemos dar por terminada la sesión.

El ambiente se vuelve espeso. Monroe sonríe, pero en sus ojos hay un destello de desafío.

—No hay problema, Lucke. Solo bromeaba.

La reunión continúa, pero siento la tensión en el aire, oprimiéndome el pecho. Me obligo a mantener la compostura, a fingir que todo sigue igual, pero cuando la reunión termina y Monroe me dedica una última sonrisa antes de salir de la sala de reuniones, tengo la certeza que nada está igual, porque cuando me giro hacia Lucke, lo veo con la expresión de un depredador que acaba de marcar su territorio.

Cuando regresamos a su despacho después de que los asistentes a la reunión se marchen, apenas cierro la puerta tras de mí, él deja los papeles sobre el escritorio y se apoya en el respaldo de su silla, cruzando los dedos sobre su abdomen.

—¿Te ha incomodado lo que ha dicho Monroe? —me pregunta con voz neutra, pero sé que no es una simple curiosidad.

Cruzo los brazos sobre mi pecho.

—No me ha importado —digo con calma—. Estoy acostumbrada a ese tipo de comentarios en el mundo de los negocios. No es la primera vez que un socio intenta coquetear conmigo.

Su mandíbula se tensa.

—No deberían hacerlo.

Me río sin humor.

—No puedes controlar cómo me miran los demás, Lucke.

Él se inclina ligeramente hacia adelante y su mirada se vuelve más intensa.

—Pero puedo controlar cómo respondes.

Sus palabras me golpean de lleno en el pecho.

—¿Cómo respondo? —repito con incredulidad—. No he hecho nada. Sólo me he limitado a ser profesional.

Lucke se levanta con calma, pero hay algo depredador en la manera en que rodea el escritorio y se acerca a mí.

—Y debes seguir siéndolo —me dice con un tono de voz grave—. En la oficina, eres mi asistente. No quiero que ningún hombre crea que puede dirigirse a ti de esa manera.

Algo dentro de mí se revuelve.

—Entonces, ¿qué se supone que debo hacer? ¿Ignorar a todo aquel que intente ser amable conmigo?

Lucke se detiene justo frente a mí, tan cerca que su aroma me envuelve por completo.

—No es amabilidad lo que Monroe buscaba.

Su mirada me perfora. Por un segundo, me pregunto si está celoso. Pero no… no es celos. Es control. Posesión.

—Lucke —susurro, obligándome a no retroceder—, fuiste tú quien me dijo que lo que pasaba entre nosotros no debía afectar el trabajo, pero parece que solo aplicas las reglas cuando te convienen.

Su mandíbula se tensa y veo un destello peligroso en sus ojos.

—No confundas las cosas—su voz es baja, pero firme—. En esta oficina, eres mi empleada. Fuera de aquí, eres mía.

Mi piel se eriza ante sus palabras.

—Entonces, ¿quieres que haga como si nada pasara cuando estamos en la oficina, pero fuera de aquí… quieres que recuerde cada una de las cosas que me has hecho?

Lucke inclina la cabeza y su boca se curva en una sonrisa casi cruel.

—Exacto.

Cierro los ojos un instante y respiro hondo. Sé que debería estar molesta, porque esto es injusto. Pero lo que más me asusta es que, en el fondo, la forma en que me reclama hace que me estremezca de deseo.

Levanto la mirada y me encuentro con sus ojos, y veo algo oscuro y peligroso en ellos. Algo que me advierte que este juego solo acaba de empezar y no estoy segura de que quiera salir de él.

Capítulo 27

Lucke

El rugido sordo de los motores de mi *jet* privado resuena a través de la cabina, mientras dejamos atrás Nueva York en dirección a Los Ángeles. La luz tenue del interior y el confort absoluto de la cabina me envuelven en una sensación de control absoluto. Me inclino en mi asiento de cuero negro, con una copa de whisky en la mano, observando a Natalie que está sentada frente a mí.

Lleva un vestido de seda azul oscuro que resalta el tono pálido de su piel, y su melena rubia cae suelta sobre su espalda. Su postura es tensa, sus manos descansan sobre su regazo y aunque intenta parecer impasible, sus labios la delatan. Se los ha estado mordiendo desde que despegamos y sé perfectamente por qué.

Levanto la copa con calma, dejando que el whisky acaricie mi lengua antes de hablar.

—¿Estás cómoda?

Ella asiente de inmediato, sin mirarme directamente.

—Sí, señor Cooper.

Ahí está. La formalidad. La barrera artificial que intenta erigir entre nosotros. Sonrío de lado y cruzo una pierna sobre la otra, dejándome caer en el respaldo con absoluta tranquilidad.

—¿Segura? —repito, observando su reacción.

Natalie alza la vista un instante, y nuestros ojos se encuentran. Puedo ver la lucha interna en ellos, la duda y la sumisión que ya he moldeado en ella, pero también un rastro de

orgullo, que aún no ha desaparecido del todo y eso me excita más de lo que debería.

—Sí —responde con firmeza, aunque el rubor en sus mejillas la delata.

Dejo la copa sobre la mesita de cristal a un lado y me inclino hacia adelante, apoyando los codos en mis rodillas.

—Recuérdame cuáles son las reglas.

Su respiración se acelera apenas, pero se endereza en su asiento.

—Obediencia —susurra.

Asiento con calma.

—¿Y?

—Exclusividad.

—¿Y?

Traga saliva.

—Castigos y recompensas.

Sonrío despacio, dejando que mis ojos se paseen por su cuerpo.

—Bien. —Muevo un dedo y le hago un gesto con la mano—. Ven aquí.

Ella duda un segundo. Solo uno. Luego se levanta y camina hacia mí con pasos inseguros. Cuando está a mi lado, le indico que se arrodille. Sus rodillas tocan la alfombra gruesa de la cabina privada y su mirada se clava en el suelo, esperando mi siguiente orden. Deslizo mis dedos por su mejilla y luego bajo hasta su barbilla, obligándola a alzar la vista hacia mí.

—Eres mía, Natalie. Aquí, en este avión y en cualquier parte del mundo donde estemos.

Asiente lentamente con la respiración irregular.

—Sí, señor.

Me relamo el labio y deslizo la yema de mis dedos por su cuello, bajando hasta su clavícula, disfrutando del estremecimiento involuntario que sacude su piel.

—Quiero que me obedezcas sin dudar. Que hagas exactamente lo que te ordeno.

—Sí…

—Sí, ¿qué?

Sus mejillas arden.

—Sí, señor.

La satisfacción me invade y dibujo una sonrisa en mis labios. Noto cómo aprieta las manos sobre sus muslos mientras espero un poco más, prolongando su expectativa, sabiendo que la incertidumbre es parte de la lección.

—Quítate el vestido.

El chasquido apenas audible de su respiración retenida me indica que no se lo esperaba. Pero lo hace. Con dedos temblorosos, desliza la cremallera lateral y deja que la prenda resbale hasta el suelo. Bajo el vestido, solo lleva una lencería de encaje negro, elegante y delicada, que resalta aún más la desnudez de su piel. La observo, disfrutando la manera en que su pecho sube y baja con cada respiración, y de sus pezones erectos tras el fino encaje del sujetador.

—Dime qué sientes ahora mismo.

Su boca se entreabre, dudando.

—No sé…

—Dímelo, Natalie.

Baja la mirada y veo cómo se sonrojan sus mejillas.

—Siento… que me observas de una forma que me hace arder.

Sonrío con satisfacción.

—Porque es exactamente lo que hago.

Me reclino en mi asiento y me acomodo mejor, disfrutando de la vista.

—Ahora, quiero que subas sobre mis muslos y te sientes sobre mí.

Ella parpadea, sorprendida, pero obedece. Cuando sus piernas se colocan a ambos lados de mis caderas y sus rodillas presionan contra el cuero del asiento, mi erección se endurece aún más bajo el pantalón.

Su respiración se vuelve errática cuando apoyo mis manos en sus caderas, presionándola ligeramente contra mí.

—¿Sientes eso? —murmuro en su oído.

Asiente sin voz.

—Eso es lo que provocas en mí. Cada vez que me miras como si quisieras correr y quedarte al mismo tiempo.

Mis labios rozan su cuello y mis dedos bajan lentamente por su espalda, desabrochando su sujetador con un solo movimiento. Lo deslizo por sus brazos y lo dejo caer al suelo. Ella aprieta los labios, temblando contra mí.

—Eres tan jodidamente hermosa cuando te entregas a mí por completo...

Mi mano sube hasta su cuello y lo rodeo con un agarre firme pero controlado. Sus labios se separan con un jadeo silencioso y su espalda se arquea ligeramente.

—Dime quién te domina.

—Usted…

Presiono apenas un poco más su cuello.

—Dímelo como es debido.

Cierra los ojos y su cuerpo tiembla sobre el mío.

—Usted, señor.

Sonrío, inclinándome hasta su oído.

—Buena chica.

Deslizo mis manos hasta su cintura y la guío en un movimiento lento sobre mí. Mi polla aún está atrapada bajo mi pantalón, pero la fricción contra su sexo húmedo la hace jadear.

—Me gusta ver cómo te retuerces contra mí, desesperada por más.

Muerdo suavemente su clavícula mientras la muevo contra mi erección, creando un roce tortuoso.

—Pero aún no es el momento.

Ella gime en protesta, pero no se atreve a quejarse.

—Quítame la corbata.

Sus manos temblorosas suben hasta mi cuello y tiran con cuidado del nudo, deslizándola con lentitud.

—Ahora, átame las muñecas.

Se detiene un segundo, sorprendida, pero lo hace.

Cuando sus dedos terminan el nudo alrededor de mis muñecas, sonrío.

—Eres obediente. Me gusta eso.

Y con un solo movimiento, me libero del nudo con facilidad, mostrándole lo inútil que era su intento de atarme. Sus ojos se agrandan, mientras su pecho sube y baja.

—Lección número uno, Natalie.

Me inclino sobre ella, invirtiendo nuestra posición hasta tenerla tumbada en el asiento mientras mi peso la atrapa debajo de mí.

—No creas ni por un segundo que puedes controlarme.

Mis labios capturan los suyos con una exigencia que no deja espacio para dudas. Su aliento es cálido, entrecortado, y siento el leve temblor de su cuerpo cuando mis manos se deslizan por su cintura, moldeándola a mi gusto. Su boca se abre en una sumisión instintiva, permitiéndome explorarla con mi lengua, provocando un jadeo ahogado que me enciende aún más.

El avión sigue su trayecto en la oscuridad de la noche, pero aquí dentro, en la cabina privada, el tiempo se vuelve relativo. Cada roce de su piel contra la mía y cada gemido contenido y orden que le susurro con voz baja y peligrosa la arrastra más al abismo que he diseñado para ella.

Su cuerpo se tensa bajo el mío cuando mis dedos recorren sus muslos desnudos, acariciando la seda de sus medias antes de empujarla contra el asiento de cuero, atrapándola entre mi cuerpo y la sensación de inevitabilidad que nos rodea. Su respiración se vuelve errática cuando mi boca abandona la suya y desciende lentamente por su cuello, dejando un rastro de besos y mordiscos calculados que marcan su piel como un recordatorio silencioso de a quién pertenece. No hay escapatoria. No la quiere. Sus dedos se aferran a mi camisa con desesperación, como si su única forma de mantenerse anclada a la realidad fuera sujetarse a mí. Pero la realidad que le espera es la que yo dicto, y pienso regalarle una tortuosa espera antes de concederle lo que tanto ansía. Porque este viaje no es solo de negocios, es su prueba de fuego y pienso disfrutar cada segundo de su rendición.

Capítulo 28

Lucke

Los Ángeles brilla con una ostentación vulgar, llena de empresarios ávidos de poder, alfombras rojas y promesas vacías envueltas en contratos millonarios. No es como Nueva York. No tiene esa energía feroz y despiadada. Aquí todo es una farsa, y yo detesto las farsas.

Ajusto las mangas de mi chaqueta mientras observo a Natalie en el reflejo del espejo de la *suite*. Se está maquillando con calma, delineando sus labios con un tono rojo oscuro. Lo hace con concentración y sin notar que la estoy mirando. Me recuesto contra el marco de la puerta y cruzo los brazos.

—Quítate las braguitas —le ordeno con voz firme.

Ella se queda inmóvil un instante con la barra de labios en el aire. Sus pestañas tiemblan cuando me mira a través del espejo. No pregunto si me ha oído, porque sé que lo ha hecho. Solo quiero ver si obedece sin cuestionar.

Nos quedamos en silencio durante unos segundos hasta que veo como muy lentamente, sus dedos abandonan el pintalabios y bajan hasta el dobladillo de su vestido negro. Con movimientos lentos y deliberados, desliza la tela de encaje por sus muslos hasta que la deja caer al suelo.

—Buena chica.

Me acerco y me inclino junto a su oído.

—Espero que recuerdes quién manda esta noche.

Ella asiente despacio, pero yo quiero algo más.

—Dilo.

Su respiración se entrecorta.

—Usted, señor.

Sonrío con satisfacción y me enderezo.

—Perfecto. Vamos.

La cena de negocios se celebra en el *Château Marmont*, un lugar elegante, aunque lleno de ese aire de falsedad que tienen los millonarios con demasiados contactos. Nos reciben en un salón privado con una mesa impecablemente dispuesta, rodeada de empresarios que han trabajado con Cooper Holdings durante años.

Al llegar, coloco mi mano en la parte baja de la espalda de Natalie y la guío hacia la mesa con una presión leve, pero firme. Ella mantiene la compostura, pero su respiración es más rápida de lo normal. Lo sé porque mis dedos están sobre su columna y noto cada uno de sus movimientos.

La conversación fluye con facilidad, centrada en números, estrategias y oportunidades de inversión. Pero mi atención está en ella. En la forma en que se sienta con las piernas juntas, sin atreverse a moverse demasiado. En la manera en que su mirada se pierde en la conversación, mientras intenta ignorar la humedad que se acumula entre sus muslos. En ese momento, me inclino ligeramente y bajo la voz para que solo ella pueda escucharme.

—Abre las piernas.

Al escucharme, da un pequeño respingo, pero no me mira. Finge estar atenta a la conversación como si nada pasara.

—Lucke, ¿qué opinas de las proyecciones para el segundo trimestre? —pregunta uno de los socios, girándose hacia mí.

Tomo un sorbo de whisky y respondo con calma, mientras mi otra mano viaja bajo la mesa y se posa sobre el interior del muslo de Natalie. La siento tensarse al instante.

—Las cifras son favorables, pero la clave está en el capital extranjero. —Mi pulgar traza un lento círculo sobre su piel desnuda —. Si logramos la exclusividad en la próxima negociación, los beneficios serán más altos de lo estimado.

Mi socio asiente, satisfecho con la respuesta. Pero yo no he terminado. Me inclino un poco más hacia Natalie y murmuro contra su oído:

—Más separadas.

Ella contiene el aliento y obedece. Su rodilla roza la mía al moverse y puedo sentir el calor de su piel irradiando hacia mí.

—Muy bien —susurro con satisfacción—. Ahora quédate así y no hagas ruido.

Su respiración es inestable, y sé que está al borde del colapso con solo la expectativa de lo que vendrá. Pero esta noche no la tocaré. No con mis manos. Esta noche jugaré con su mente, con su deseo y con su control.

La conversación continúa a nuestro alrededor, pero Natalie ya no escucha. Sé que su mente está atrapada en mí, en mis órdenes y en el roce fantasma de mis dedos sobre su piel.

Entonces, ocurre algo que me desagrada.

Monroe, uno de los inversores que ya se había atrevido a coquetear con ella en la oficina y que también está en este encuentro en Los Ángeles, sonríe y le dirige una mirada demasiado apreciativa.

—Natalie, dime —su tono es desenfadado, pero cargado de interés—, ¿cómo es trabajar para este cabrón?

El grupo suelta una carcajada y yo mantengo la expresión imperturbable.

—Exigente —responde ella, con una sonrisa medida.

Demasiado medida.

—Eso me lo imagino —Monroe se apoya en la mesa, inclinándose ligeramente hacia ella—. Pero dime, ¿cómo consigues que te deje respirar?

Natalie ríe y noto cómo mi mandíbula se tensa. No me gusta que le sonría así, ni tampoco que otro hombre disfrute de su risa. Así que, me inclino sobre la mesa con calma y la atrapo con la mirada.

—Si vuelves a sonreírle así, te azotaré hasta que solo puedas sonreírme a mí —susurro en su oído con un tono de voz grave.

El color desaparece de sus mejillas por un instante, pero luego regresa con un rubor intenso. Sus labios se separan apenas y su respiración se vuelve más pesada.

—¿Todo bien por ahí? —pregunta uno de los socios con tono relajado.

Sonrío con calma y me reclino en mi asiento.

—Todo en orden —respondo, con la seguridad de que Natalie ha entendido el mensaje.

Cuando la cena llega a su fin y nos despedimos de los socios, ella se mantiene en silencio hasta que entramos en el coche. Entonces, gira la cabeza y me mira.

—¿Por qué has hecho eso? —me dice con indignación.

Cruzo una pierna sobre la otra y la observo con calma.

—Define *eso*.

—Esa amenaza —me dice con las mejillas encendidas—. ¿Te parece normal?

—Solo era una advertencia.

—No estabas jugando, Lucke.

Me inclino hacia ella y le sujeto la barbilla con dos dedos.

—No. No lo estaba.

Sus labios se separan apenas y su pecho sube y baja con respiraciones profundas.

—¿Te gustaría que lo estuviera? —pregunto con voz baja, dejando que mis labios rocen su mandíbula.

Ella se queda sin palabras y sonrío con satisfacción.

—Eso pensé.

Le suelto la barbilla y me apoyo en el respaldo del asiento.

—Ahora, sé una buena chica y quédate callada hasta que lleguemos al hotel.

Natalie me mira, con una mezcla de frustración y deseo en sus ojos, pero no dice nada.

La ciudad de Los Ángeles se despliega ante nosotros mientras el coche avanza en la noche, pero lo único que tengo en mente es cómo voy a recordarle, una vez más, que su cuerpo y su placer me pertenecen.

Capítulo 29

Lucke

La *suite* del hotel está en completo silencio cuando entramos. Natalie camina unos pasos por delante de mí, con la espalda recta y la cabeza alta, pero su lenguaje corporal la delata. Su respiración es irregular y sus brazos están tensas a los lados de su cuerpo. Sabe que la estoy castigando y que cada segundo que paso sin dirigirle la palabra, ni mirarla, es una forma de control. Y eso es justo lo que quiero.

Cierro la puerta tras de mí con calma y me dirijo al minibar, para servirme un whisky sin prisa. Ella se queda de pie junto a la cama, sin saber qué hacer. Espero, permitiendo que la tensión crezca dentro de ella y sienta la incertidumbre, la duda y la sumisión que he moldeado en ella desde el primer día.

Bebo un sorbo, disfrutando del ardor del alcohol mientras observo su reflejo en el espejo. Sé que está esperando que diga algo. Que la castigue, la toque o la reclame. Pero no lo haré. Aún no.

—Déjate el vestido puesto y vete a dormir —le digo con frialdad.

Ella parpadea y me mira a través del espejo. Su expresión es una mezcla de confusión y, quizá también, algo de rabia, pero no lo dice en voz alta. No se atreve a protestar. Asiente y se mete en la cama, sin cambiarse de ropa ni hacer ruido. Yo me quedo en el sillón, con el vaso entre los dedos, observando las luces de la ciudad por la ventana. La noche avanza y, a pesar de la fatiga acumulada del viaje, no pego ojo. Solo espero. Porque mañana, cuando estemos de regreso en mi *jet* privado, haré que me ruegue.

El rugido de los motores del *jet* privado llena la cabina de ruido mientras despegamos. Natalie está sentada frente a mí, con la espalda recta y las piernas cruzadas, fingiendo que nada ha cambiado. Pero lo ha hecho. La noche anterior la dejé con la cabeza llena de dudas y la piel ardiendo, pero no la toqué, ni la hice mía. Y ahora, puedo ver cómo esa frustración la consume por dentro.

Me inclino hacia adelante, apoyando los codos sobre mis rodillas y la observo con detenimiento.

—Quítate las medias —le ordeno con voz baja.

Ella levanta la mirada, sorprendida, pero no dice nada. Solo se inclina ligeramente y desliza las medias por sus muslos con movimientos lentos. Cuando termina, las dobla con cuidado y las deja sobre la mesita frente a ella.

—Y ahora, las bragas.

Su respiración se entrecorta, pero obedece. Suelta la tela con manos temblorosas y se las quita con un movimiento sutil. Las deja junto a las medias y vuelve a cruzar las piernas, tratando de aparentar normalidad.

Me levanto y camino hasta ella, inclinándome para apoyar las manos en los reposabrazos de su asiento, atrapándola entre mi cuerpo y el respaldo.

—Abre las piernas.

Ella obedece sin dudar, separándolas lentamente hasta que su falda se sube lo suficiente para exponer la piel desnuda de sus muslos.

—Buena chica —murmuro contra su oído.

Mi mano sube por el interior de su pierna, marcando el ritmo exacto que quiero que siga su respiración. Lentamente, la obligo a abrirse más, haciendo que la expectativa sea su verdadera tortura.

—Dime quién te controla.

—Usted, señor —susurra con un leve temblor en la voz.

Sonrío con satisfacción.

—Exacto.

Mi mano la acaricia con firmeza, sintiendo cómo su cuerpo se humedece al instante. Su pecho sube y baja con respiraciones

entrecortadas, mientras su espalda se arquea apenas contra el asiento.

—Pero aún no te lo has ganado.

Me separo de ella, dejándola al borde del abismo, sintiendo el vacío de mi ausencia. En este momento, su mirada es una mezcla de frustración y deseo, justo donde quiero tenerla.

—Túmbate en el suelo —ordeno.

Al instante, se desliza con gracia del asiento y cae de rodillas sobre la alfombra mullida de la cabina. Me coloco frente a ella y la observo, sintiendo cómo la erección en mi pantalón se vuelve insostenible.

—Abre la boca.

Ella obedece y me relamo los labios antes de desabrocharme el cinturón y liberar mi erección ante sus ojos.

—Ahora, demuéstrame que sigues siendo mi buena chica.

Se inclina hacia adelante y envuelve mi dureza con su boca, cerrando los ojos mientras su lengua me explora con lentitud. Un gruñido gutural escapa de mi garganta cuando la siento relajar la mandíbula para tragarme más profundo. Enredo mis dedos en su cabello para controlar el ritmo, guiarla y moldearla a mi voluntad.

—Eso es… así me gusta.

Mi respiración se acelera y mis caderas se mueven en un ritmo pausado pero firme. Cada vez que gime alrededor de mí, siento cómo mi control se resquebraja, pero me obligo a no perderlo. No todavía. Porque ella tiene que aprender que su placer es mío, pero el mío también es suyo.

La obligo a mirarme mientras sigue con su tarea, hasta que la detengo de golpe. La levanto de un tirón y la giro, presionándola contra la mesa de la cabina.

—Ahora voy a follarte como realmente quiero.

La penetro con un solo movimiento muy profundo. Mi mano se enreda en su cabello y la estiro suavemente hacia atrás, obligándola a arquearse contra mí. Cada una de mis embestidas es una declaración de poder, de dominio y de pertenencia absoluta. Su piel choca contra la mía en un ritmo brutal y controlado,

arrancándole gemidos que se ahogan en el sonido de los motores del avión.

Cuando la siento temblar, al borde del orgasmo, detengo mis movimientos y la aprieto contra mi pecho.

—Aún no.

Ella gime con desesperación, aferrándose a mis brazos.

—Por favor…

Sonrío y la sujeto más fuerte.

—Ahora puedes.

Y cuando finalmente la dejo correrse, su cuerpo se estremece con espasmos violentos, mientras mis manos la sostienen con firmeza. Yo la sigo segundos después, enterrando mi rostro en su cuello mientras el placer me consume. Cuando acabo, nos quedamos así, jadeando, enredados en la sensación de haber cruzado otro límite. Pero esto no ha hecho más que empezar, porque Natalie es mía y pienso recordárselo todas las veces que sea necesario.

El avión surca el cielo en una calma engañosa mientras recupero el aliento. Natalie sigue atrapada contra mi pecho, con la respiración errática y el cuerpo aún temblando de los espasmos que la han recorrido hace un instante. Mi piel aún arde, la sensación de su interior ajustado alrededor de mí sigue marcada en cada músculo de mi cuerpo y, sin embargo, no me muevo.

Debería hacerlo. Debería apartarme, vestirme y dar por terminada esta sesión como tantas otras. Es lo que siempre he hecho, lo que mi cabeza me ordena hacer, pero mis manos actúan por su cuenta. Antes de darme cuenta, mis dedos recorren la curva de su cadera con una lentitud que no me permito ni a mí mismo.

El aire en la cabina parece cargado, no solo por el calor de nuestros cuerpos, sino por algo más. Algo que no quiero nombrar y que no debería tener lugar aquí.

Ella está inmóvil. Su mejilla descansa sobre mi clavícula y su cabello suelto roza mi piel con suavidad. Puedo notar el peso de su respiración contra mi pecho. Un suspiro, luego otro. Sigue con los

ojos cerrados y me doy cuenta de que no está fingiendo. No se atreve a moverse, esperando mi siguiente orden, aguardando a que retome el control, pero no lo hago.

Mis dedos ascienden lentamente hasta su espalda y trazo un camino invisible con la yema sobre su piel desnuda. Cuando deslizo una mano hasta su nuca y enredo mis dedos en su cabello, su cuerpo se relaja con una facilidad alarmante.

¿Qué coño estoy haciendo?

Me detengo, tensando la mandíbula. Esto no es parte del acuerdo. No es parte del control que impongo. El sexo ha terminado. Ella es mía, su placer me pertenece, pero su descanso y su comodidad no deberían importarme. Y, sin embargo, aquí estoy, con una mano enterrada en su melena, enredando los mechones entre mis dedos como si su tacto me resultara tan adictivo como su cuerpo. Aparto la mano con brusquedad y me enderezo, obligándome a recuperar la compostura.

—Vístete.

Mi voz suena más áspera de lo que pretendía, como si necesitara recordarme a mí mismo quién soy y lo que esto significa realmente. Ella parpadea, confusa. Sé que ha sentido la diferencia y ha notado el cambio en mi actitud. Pero no pregunta, ni dice nada. Simplemente asiente con la cabeza y empieza a moverse de forma lenta.

Me subo la cremallera del pantalón y ajusto los puños de mi camisa mientras la veo recoger sus medias y el resto de su ropa del suelo de la cabina. Sus movimientos son más lentos de lo normal, como si procesara lo que acaba de suceder y lo que casi pasó después.

Me giro hacia la ventanilla y observo la inmensidad del cielo nocturno, con la ciudad reduciéndose a un puñado de luces en la lejanía. Necesito recordarme que todo esto es parte del juego, que no hay más allá del control y la sumisión, que Natalie es solo mía mientras yo lo decida. Porque si dejo que esto se convierta en algo más, perderé el control. Y yo jamás pierdo el control.

Capítulo 30

Natalie

El trayecto de regreso desde el aeropuerto hasta las oficinas de Cooper Holdings transcurre en silencio. Lucke se mantiene ocupado con su teléfono y documentos de la empresa, mientras yo miro por la ventanilla del coche, intentando ordenar mis pensamientos. Pero es imposible. Mi cabeza es un torbellino, una maraña de sensaciones y pensamientos que no debería tener.

Acaricio la tela de mi vestido con los dedos, notando como mi piel todavía conserva el rastro invisible de sus manos, de sus órdenes, de su control absoluto. Pero ahora, aquí sentada, con la frialdad que Lucke vuelve a imponer entre nosotros, siento que todo ha sido un sueño distorsionado. Un juego que él maneja con precisión quirúrgica y en el que yo soy una pieza más, maleable a su voluntad. Sé que no debería afectarme. No firmé este contrato con la intención de sentir nada. Pero cuanto más tiempo paso con él, más difícil me resulta ignorar la verdad. Estoy perdiendo el control sobre mí misma.

Lucke levanta la mirada de su teléfono y sus ojos azules me atrapan con una intensidad que me hace estremecer.

—Estás demasiado callada.

Tardo un segundo en procesar que me está hablando. Lo miro e intento forzar una sonrisa.

—Estoy cansada. Ha sido un viaje intenso.

Sus labios se curvan apenas en lo que podría ser una sonrisa burlona.

—Eso ha sido lo de menos.

Mi garganta se seca. No sé si se refiere al trabajo o a lo que ha pasado entre nosotros en el avión hace apenas unas horas. Probablemente a ambas cosas.

—Cuando lleguemos a la oficina, quiero que vayas a casa y descanses —dice con tono neutro, como si fuera una simple instrucción de trabajo—. Mañana tenemos una reunión a primera hora y quiero que estés al cien por cien.

Asiento, intentando ignorar la punzada que siento que me atraviesa el pecho. Su frialdad debería ser algo a lo que ya estoy acostumbrada, pero después de la manera en que me ha tocado y en que me ha poseído en el *jet* privado durante el viaje de regreso, me parece como un muro impenetrable que se levanta entre nosotros.

Me repito una y otra vez que esto es lo que firmé. Que Lucke no es un hombre que se involucre más allá de la piel y que esto no es amor, ni lo será nunca. Pero entonces, … ¿por qué me duele tanto?

Cuando llego a casa, Everly y Hellen están en el sofá viendo una película. No se necesita ser un genio para notar que ambas están esperándome con impaciencia.

—Ahí está nuestra trotamundos —dice Everly con una sonrisa traviesa—. Cuéntanos, ¿cómo ha ido el viaje?

Hellen me mira de arriba abajo con una ceja arqueada.

—Vaya. Tienes cara de haber vivido algo más que reuniones de negocios.

Suelto un suspiro y dejo mi bolso sobre la mesa y mi maleta de cualquier manera en el suelo.

—No quiero hablar de ello.

Everly y Hellen se miran y, por supuesto, eso solo aviva su curiosidad.

—¡Oh, vamos! —Everly se levanta y me toma del brazo, arrastrándome hasta el sofá—. Necesitas desahogarte. Pareces a punto de explotar.

Me dejo caer entre ellas y cierro los ojos un instante.

—Solo estoy cansada.

—Estás cansada, pero también estás frustrada —dice Hellen, observándome como si pudiera ver a través de mi piel—. Y si es por ese hombre, no me sorprende.

Abro los ojos y suelto una risa amarga.

—No es tan fácil como creéis.

Everly ladea la cabeza.

—Explícate.

Me muerdo el labio dudando de si debo contárselo o no. Pero necesito soltarlo. Necesito escucharme decirlo en voz alta para entenderlo mejor.

—Creo que Lucke no es tan frío como pretende aparentar. —Las palabras salen más rápido de lo que esperaba de mi boca—. Creo que oculta algo, algo que lo hace ser así.

Hellen bufa.

—Los hombres como él no ocultan nada. Son fríos porque quieren ser así.

Everly, sin embargo, parece más pensativa.

—Tal vez haya algo más... Algo que lo ha convertido en lo que es.

Me paso una mano por el pelo y suspiro.

—No lo sé. Solo sé que cuando está conmigo, hay momentos en los que parece que se permite sentir algo. Pero en cuanto se da cuenta, se aleja. Como si se obligara a no hacerlo.

Everly entrecierra los ojos.

—Eso suena a alguien que ha construido muros demasiado altos como para no poder derribarlos fácilmente.

Hellen me observa con atención y entonces suelta lo que más temo escuchar.

—Natalie, ¿te estás enamorando de él?

Mi estómago se contrae y las palabras se me quedan atrapadas en la garganta. No quiero responder. Porque si lo hago, significará que tengo que enfrentarme a la verdad y tengo la sensación de que no estoy preparada para eso.

Capítulo 31

Natalie

El despacho de Lucke es un reflejo de él. Elegante, calculado, frío e imponente. Cada cosa tiene su lugar, desde los libros perfectamente alineados en las estanterías de madera oscura, hasta la mesa de cristal inmaculada, sin un solo papel fuera de sitio. Aquí dentro, todo está bajo su control. Excepto yo, aunque tenga un contrato firmado que así lo diga.

Cierro la puerta con sigilo, con el corazón golpeándome con fuerza en el pecho. No debería estar aquí. Lo sé. Pero después del viaje a Los Ángeles y después de cada orden y de cada momento en el que me ha moldeado a su antojo, siento que mi vida gira únicamente en torno a él. Y eso no es lo que yo quiero. No puedo seguir perdiéndome en él.

Avanzo hasta su escritorio, con la intención de dejar un informe y marcharme, pero algo en el borde de la mesa llama mi atención: una carpeta negra, gruesa y cerrada a medias. No es como los documentos de trabajo que solemos utilizar. No tiene el logo de Cooper Holdings, ni parece formar parte de ninguna negociación.

Miro la puerta, conteniendo la respiración. Lucke está en una reunión fuera de la oficina y sé que no volverá hasta dentro de una hora.

Mis dedos se deslizan sobre la cubierta de la carpeta antes de que pueda detenerme a pensar en lo que estoy haciendo. La abro con cuidado y mis ojos se encuentran con algo que hace que mi estómago se encoja.

Fotos, documentos e información personal sobre mí.

Paso las hojas con manos temblorosas. Hay registros de mis trabajos anteriores, direcciones de los apartamentos en los que he vivido, mi historial académico... Incluso hay fotografías mías de hace años, algunas en eventos y otras en la calle. En una de ellas, estoy con Everly y Hellen, riéndonos mientras salimos de una cafetería. Al verlo, siento un escalofrío recorrerme la espalda.

Lucke me ha estado investigado antes de que firmara el contrato y de que todo esto comenzara. Mi piel se eriza mientras la furia se enciende en mi pecho. No soy suya. No soy una posesión que pueda analizar, controlar y vigilar a su antojo. Cierro la carpeta de golpe y la dejo exactamente donde estaba. Salgo del despacho con pasos decididos, mientras siento como el corazón me late con fuerza en mis oídos.

Esta noche, le exigiré respuestas.

Cuando llego al ático de Lucke, me recibe una sirvienta, que no había visto hasta ahora, y me indica que lo espere en el salón. Pero no pienso esperar, no voy a aguantar más órdenes. Así que camino por el pasillo con un propósito claro. Conozco el camino hasta la habitación de juegos, el santuario donde él lo controla todo, donde dicta las reglas y donde yo he aceptado seguirlas hasta ahora. Pero esta vez no vengo a rendirme. Esta vez vengo a pelear.

Pero primero paso por su habitación y cuando abro la puerta, lo encuentro de espaldas a mí, desabrochándose los gemelos de la camisa. Se gira al escucharme y arquea una ceja con calma.

—La sirvienta te dijo que esperaras en el salón —su voz es baja, contenida.

Aprieto los puños.

—Me da igual.

Su ceja se eleva un poco más.

—¿Esa es la manera en la que me hablas ahora?

Cruzo los brazos sobre mi pecho y doy un paso más hacia él.

—Encontré la carpeta en tu despacho.

Algo en su expresión cambia. Es mínimo, casi imperceptible, pero lo noto.

—No deberías haber hurgado entre mis cosas —su tono sigue siendo tranquilo, pero ahora hay algo más en él. Algo peligroso.

—¿Por qué? ¿Porque podrías descubrir más cosas sobre mí que ni siquiera yo sé? —escupo con sarcasmo.

Lucke se toma su tiempo para responder. Despacio, se remanga la camisa hasta los codos y camina hacia mí con pasos firmes.

—Lo que he hecho simplemente es protegerme. No confío en nadie a ciegas, y menos en una mujer que ahora tiene acceso a mi mundo.

Su frialdad me golpea con fuerza.

—No soy una amenaza para ti.

—Eso lo decido yo.

Me río sin humor, pero la rabia me consume.

—No soy tuya, Lucke.

Al instante, la atmósfera de la habitación cambia. Algo se rompe entre nosotros. Su mirada se endurece y en menos de un segundo cierra la distancia entre nosotros.

—Repítelo.

Su voz es un susurro peligroso, un desafío envenenado.

Levanto la barbilla.

—No. Soy. Tuya.

El brillo oscuro en sus ojos me avisa de lo que está a punto de pasar, pero no retrocedo. Porque, aunque sé lo que viene, aunque sé que me castigará por mi desafío, una parte de mí lo desea con la misma intensidad con la que lo odio en este instante.

Lucke desliza los dedos por mi muñeca y tira de mí con un solo movimiento. Mi espalda choca con su pecho y sus labios rozan mi oído cuando murmura:

—Eso lo veremos.

El sonido del cuero rompiendo el aire es lo único que llena la habitación. Estoy inclinada sobre un banco acolchado, con las muñecas esposadas y las piernas separadas. Mi respiración es

errática y mi piel arde con el castigo que Lucke está imprimiendo en mi cuerpo con cada azote. Pero lo peor de todo no es el dolor, es el placer que todo esto me provoca. Porque me gusta. Porque cada vez que el cuero impacta contra mi piel desnuda, mi cuerpo se arquea en busca de más y él lo sabe.

—Has dicho que no eres mía —su voz es un murmullo grave mientras desata mis muñecas con una lentitud tortuosa—. Pero cada vez que te toco, te rindes a mí.

Mis piernas tiemblan cuando me ayuda a incorporarme. Me envuelve con su calor y su cuerpo es una jaula que me atrapa y me obliga a aceptar la verdad.

Soy suya y eso me destroza.

Cuando finalmente me suelta, no me muevo. Mi piel arde, mi corazón late demasiado rápido y mis ojos se nublan de lágrimas.

No debería sentir esto, ni debería desearlo así y, mucho menos, debería quererlo. Pero cuando Lucke se gira y su mirada se encuentra con la mía, lo sé con certeza. Estoy enamorándome de él y estoy completamente jodida.

Capítulo 32

Lucke

La ciudad bulle con su energía frenética, su ambición devoradora y su indiferencia hacia aquellos que caen en el juego del poder. Pero esta vez, todo me parece diferente.

Esta mañana me ha llegado un mensaje, un sobre sin remitente, que alguien, aún no sé cómo, ha dejado directamente sobre la mesa de mi despacho sin pasar por Natalie, ni por los filtros de seguridad del edificio. Un detalle que me irrita más de lo que me preocupa. Nadie se acerca a mí sin mi permiso y mucho menos para atreverse a amenazarme y, sin embargo, aquí está.

Me recuesto en mi silla de cuero, observando el contenido del sobre con una calma tensa. Un documento, fotos y una carta con una advertencia clara:

«Sabemos lo que hiciste.
Sabemos cómo lo hiciste.
Nada permanece enterrado para siempre».

Las fotografías muestran imágenes de transacciones, movimientos de capital que, a ojos de cualquier idiota, podrían parecer inocentes. Pero yo sé lo que significan y lo que implican y, sobre todo, sé quién está detrás de esto: Gabriel D'Arcy.

Hacía años que no escuchaba ese nombre. D'Arcy fue un antiguo socio de mi padre, un hombre con el que nunca debimos hacer negocios. Cuando asumí el control de la empresa, rompí todo vínculo con él y con su organización. Me aseguré de que no tuviera forma de volver a conectar con Cooper Holdings, pero parece que

subestimé su capacidad para colar sus largos tentáculos por todos sitios.

Mi mandíbula se tensa mientras sostengo la carta entre los dedos. Si está intentando presionarme, significa que quiere algo. Y si quiere algo, significa que no ha encontrado aún la forma de destruirme, por tanto, aún tengo ventaja. Aunque lo que me molesta no es la amenaza en sí, sino el riesgo que supone no para mí, sino para Natalie.

Desde que volvimos de Los Ángeles, he notado un cambio en ella. Se mueve con la misma profesionalidad de siempre, pero hay algo en su mirada cuando me observa que me irrita, como si estuviera a la expectativa. Como si esperara algo de mí que no estoy dispuesto a darle. Después de lo que pasó en el avión y de lo que ocurrió en la habitación de juegos, sé que he cruzado una línea con ella. No solo en su cuerpo, sino en su mente. Y eso es peligroso para ella y para mí.

Tomo la carta y la quemo en el cenicero que tengo en la mesa, la mejor manera de que no quede rastro ni pruebas de ella. Solo cenizas de un recordatorio de que el pasado nunca desaparece del todo, por mucho que lo intentemos.

En ese mismo momento, la puerta de mi despacho se abre y Natalie entra con un expediente en la mano.

—Los informes de la reunión con Baxter están listos —me dice con su tono formal de siempre, aunque su voz tiene un matiz que antes no estaba allí. Un matiz que ahora noto, porque he aprendido a leer cada pequeño detalle de su cuerpo y de su expresión.

—Déjalo sobre la mesa —asiento sin mirarla, aunque la siento tensarse. No le gusta que la ignore. Lo noto en la forma en que aprieta los labios y en cómo sus dedos se cierran ligeramente sobre la carpeta antes de soltarla. Como no digo nada más, se queda un segundo de más en la habitación, esperando algo. Una palabra o, tal vez, un reconocimiento por mi parte, pero no se lo doy. Finalmente, da media vuelta y se dirige a la puerta.

—Natalie.

Se detiene y gira la cabeza apenas lo suficiente para mirarme por encima del hombro.

—Mañana por la noche, en mi ático. A las nueve.

Sus pupilas se dilatan apenas, pero su voz sale firme cuando responde:

—Sí, señor.

Y con eso, se va.

Observo la puerta cerrarse tras ella y me paso una mano por la mandíbula. Tengo demasiados frentes abiertos. Natalie es uno de ellos, y ahora D'Arcy es otro. La diferencia es que a D'Arcy puede eliminarlo.

Tomo mi móvil y marco un número. Al otro lado, una voz que no he escuchado en mucho tiempo me responde.

—Sabía que llamarías —dice con tono divertido.

—Necesito información. Gabriel D'Arcy. Quiero saberlo todo.

—Eso te va a costar, Cooper.

—Manda la factura.

Cuelgo sin despedirme. No tengo tiempo para juegos.

El peligro está más cerca de lo que imaginaba. Y aunque me niego a admitirlo, hay una única persona en la que pienso cuando evalúo las consecuencias: Natalie.

Lo que significa que debo actuar antes de que ella se convierta en mi punto débil. Porque si hay algo que he aprendido en este negocio, es que los puntos débiles se convierten en armas en las manos equivocadas.

Capítulo 33

Natalie

El despacho de Lucke siempre está impecable. No hay nada fuera de lugar, ni un solo documento mal apilado, ni una carpeta abierta al azar. Este lugar es como él: calculado, meticuloso y frío. Pero cuando estoy aquí dentro, rodeada de su mundo, sé que hay muchas cosas que no encajan. Demasiadas preguntas sin respuesta.

Mientras estoy colocando unos papeles en la bandeja de papeles descartados, donde se apilan los documentos antes de pasarlos a la trituradora, un sobre amarillo resalta entre los demás. No tiene ningún sello ni distintivo de Cooper Holdings. De hecho, parece algo personal. Me sorprendo al ver que mi nombre está escrito en la parte superior en una caligrafía precisa. «¿Otro jueguecito de detectives, Lucke?», me pregunto para mí con el ceño fruncido y saco el sobre fuera de la pila con cuidado. Mi instinto me dice que lo deje, que no lo abra, pero mi lógica no tarda en contradecirme. Si es algo que Lucke ha descartado, significa que ya no lo necesita. Y si tiene mi nombre en la portada, entonces… ¿por qué está en la bandeja de papeles que van a ser destruidos? Con un nudo en el estómago, lo abro y saco los papeles que contiene. Los abro y veo que es un informe, pero lo más sorprendente es que no tiene nada ver con mis habilidades como asistente, ni con mis antecedentes laborales o mi historial financiero. Es algo mucho más personal. El nombre que aparece en la primera página es como una bofetada en la cara: Michael Carter, mi ex.

Paso las hojas con el pulso acelerado, leyendo fragmentos sueltos de información que no debería estar aquí. Fechas. Lugares.

Registros de llamadas. Una copia de su expediente universitario. Incluso hay menciones a la empresa en la que trabajaba cuando estábamos juntos. Cada palabra es un golpe seco en mi pecho, que me entrecorta la respiración. Lucke también lo ha investigado a él. Pero ¿por qué? Mike y yo terminamos hace tiempo y, desde entonces, no ha intentado ponerse en contacto conmigo, ni tampoco ha aparecido en mi vida de ninguna manera. No tiene sentido que Lucke haya gastado recursos en investigar a un hombre que ya no forma parte de mi vida. A menos que… La idea es absurda, pero al mismo tiempo se instala en mi mente como una espina. «No, no puede ser…» me digo mientras niego con la cabeza. «¿Está celoso?». Me obligo a respirar. No. Lucke no siente celos. No es el tipo de hombre que se preocupa por relaciones pasadas. Su mundo es el control, la posesión y la obediencia y no el sentimentalismo barato.
Pero entonces, ¿qué sentido tiene todo esto?
Releo las páginas de nuevo, intentando encontrar una respuesta lógica. Entonces, me detengo en un apartado que me hiela la sangre.

"Michael Carter: ninguna actividad reciente de contacto con Natalie Williams. Sin embargo, antecedentes de episodios agresivos en relaciones previas. Altercado en un bar hace cinco años con un compañero de trabajo, reportado por testigos, pero sin denuncia oficial".

Suelto el papel como si me quemara. No. Micke nunca me maltrató físicamente. Nuestra relación tuvo sus altibajos, como cualquier otra, pero nunca vi ese lado de él. Su parte peor fue engañarme y arruinarme por su adicción al juego. No obstante, aquí está, registrado en un informe como si fuera un peligro potencial para mi supervivencia.

Sin duda, Lucke no solo lo investigó por celos. Lo investigó porque lo consideró una amenaza, porque pensó que Mike podría volver. Y la pregunta más aterradora de todas es: ¿Qué habría hecho Lucke si Micke hubiera regresado?

Mi respiración se entrecorta cuando escucho la puerta del despacho abrirse. Levanto la vista justo cuando Lucke entra, con el móvil en la mano y el ceño fruncido. Parece que acaba de terminar una llamada, pero en cuanto me ve, se detiene. Sabe que he encontrado algo. Lo noto en la forma en que sus ojos se entrecierran apenas un milímetro, evaluando la situación. El sobre sigue en mis manos y el informe está abierto sobre la mesa.

—¿Qué es esto? —pregunto, con la voz más firme que puedo.

Lucke deja el móvil sobre la mesa con calma y se acerca hasta estar a apenas un metro de mí.

—Sabes perfectamente qué es —responde, con esa voz grave e imperturbable que usa cuando quiere mantener el control de una situación.

Aprieto los labios y levanto el informe, agitándolo en el aire.

—¿Me has estado investigando, Lucke? ¿A mí y a mi exnovio?

No parpadea. Ni siquiera intenta negarlo.

—Sí.

Su confesión me golpea con más fuerza de lo que debería.

—¿Por qué?

—Porque quería asegurarme de que no volvería.

Mi estómago se contrae.

—¿Y qué más da eso? —pregunto, sintiendo la rabia burbujear en mi interior—. Mike no tiene nada que ver conmigo desde hace tiempo. No hay razón para que lo investigaras.

Lucke exhala con impaciencia y da un paso más, acortando la distancia entre nosotros.

—Claro que la hay —su voz es baja, controlada y peligrosa—. No dejo cabos sueltos, Natalie. No permito que nada ni nadie interfiera en lo que es mío.

Sus palabras me golpean en lo más profundo.

—No soy tuya.

Las palabras salen de mis labios antes de que pueda detenerlas. Al escucharme, su expresión se oscurece. Sus ojos se

vuelven acero puro, su mandíbula se tensa y sus dedos se flexionan ligeramente antes de que hable de nuevo.

—Dilo otra vez.

Trago saliva, sintiendo cómo el aire a mi alrededor parece volverse más denso.

—No. Soy. Tuya.

Se hace un silencio absoluto. Entonces, sin previo aviso, Lucke atrapa mi muñeca y tira de mí con firmeza, arrastrándome hacia él.

—Vas a aprender lo que significa desafiarme —susurra contra mi oído. Su aliento caliente roza mi piel y mi cuerpo reacciona antes que mi mente y sé exactamente hacia dónde nos dirigimos.

La habitación de juegos es como un universo paralelo donde todo lo que soy desaparece. Estoy inclinada sobre un banco acolchado, con las muñecas atadas a los postes de hierro y las piernas separadas. La tela de mi vestido ha sido retirada y mi piel arde bajo la promesa de lo que está por venir.

Lucke camina a mi alrededor, con la seguridad depredadora de un hombre que sabe exactamente cómo romperme y volver a ensamblarme a su antojo.

—¿Sabes cuál es tu problema, Natalie? —pregunta, con un tono pausado mientras desliza la punta de una fusta por la curva de mi espalda desnuda—. Crees que puedes decirme que no y saldrás impune.

Contengo la respiración, pero no hablo.

—Te di reglas —continúa, trazando un camino lento con la fusta hasta la curva de mis nalgas—. Y hoy has decidido ignorarlas.

El primer golpe cae antes de que pueda prepararme.

Un jadeo escapa de mis labios y mi espalda se arquea por instinto.

—Vas a recordar a quién perteneces.

Cada azote es una lección silenciosa y cada golpe enciende un fuego en mi interior que me consume. Y cuando finalmente,

después de lo que me parecen horas, me libera de las ataduras y me gira para enfrentarme a él, sé que ha ganado.

Mis ojos están llenos de lágrimas y mi cuerpo aún tiembla. Lucke me sostiene el rostro entre sus manos y murmura:

—Dijiste que no eres mía… —desliza los pulgares por mis mejillas húmedas—. Pero cada vez que te toco, te rindes para mí.

Y la peor parte de todo es que tiene razón. Porque, aunque quiera negarlo, aunque quiera luchar contra ello… Sigo entregándome a él. Una y otra vez.

Capítulo 34

Lucke

Natalie está delante de mí, desafiante, con los brazos cruzados sobre el pecho y los ojos mirándome directamente. En este momento, no sé si quiero azotarla o besarla hasta que se le olvide que ha intentado plantarme cara.

—¿Me has estado investigando a mí y a mi exnovio por celos? —repite con un tono insolente, como si desafiarme fuera una opción válida.

Aprieto la mandíbula. No me gusta que me provoque, ni que cuestione mis decisiones como si yo tuviera que explicarme.

—No fue por celos —le respondo con frialdad, acercándome con pasos firmes hasta quedar a escasos centímetros de ella.

Ella levanta la barbilla, orgullosa. Un movimiento que debería hacerle parecer más fuerte, aunque lo único que consigue es que quiera atraparla entre mis manos y recordarle quién manda aquí.

—¿No? —alza una ceja—. ¿Entonces por qué, Lucke? ¿Por qué metiste las narices en mi pasado y en Mike, cuando él ya no es nada para mí?

Respiro hondo, tratando de no perder la paciencia.

—Porque necesitaba asegurarme de que no volvería a meterse en tu vida.

Natalie resopla y se cruza de brazos con más fuerza.

—Eso suena a celos —insiste, con una sonrisa burlona—. ¿No puedes admitir que la idea de que alguien más haya estado en mi

cama te molesta?

Mis dedos se flexionan a los lados de mi cuerpo. Está jugando conmigo y lo sabe.

—No confundas posesión con celos. No me importa quién estuvo antes contigo, lo que me importa es que ahora eres mía.

Sus labios se entreabren con sorpresa, pero no retrocede ni un centímetro.

—Eso no te da derecho a decidir por mí.

Su desafío me incendia.

—Claro que sí. Desde el momento en que aceptaste mi contrato, cada decisión que tenga que ver contigo me pertenece.

La veo tomar aire como si fuera a soltar una réplica mordaz, pero en lugar de eso, su expresión cambia. Sus ojos se oscurecen con algo más que enfado. Lo noto en el rubor de sus mejillas, en la forma en que su pecho sube y baja más rápido y en la tensión de su cuerpo, que lo que siente ya no es solo furia.

Joder. Está excitada y eso es lo que me jode más que cualquier otra cosa, porque yo también lo estoy. Mis ojos bajan hasta sus labios, que apenas se entreabren. No debería. Sé que no debería. No aquí, ni en mi despacho, ni en la empresa. No en el lugar donde dejé claro que esto nunca pasaría, pero cuando Natalie se humedece el labio inferior con la lengua, pierdo la cabeza. La atrapo por la cintura y la subo en la mesa con un movimiento seco. Un jadeo escapa de su garganta cuando su espalda choca con el cristal.

—Dime que no lo quieres —gruño, con la boca a milímetros de la suya.

Su respiración es acelerada y sus manos, en lugar de apartarme, se aferran a los bordes de la mesa.

—Dímelo, Natalie. Dime que no te mueres porque te folle aquí mismo.

No emite ni el más mínimo sonido. En lugar de eso, me desafía con la mirada y desliza una de sus piernas entre las mías, provocando que mi erección roce su muslo. En ese instante, me lanzo sobre su boca sin pensarlo más. El beso es brutal, desenfrenado. No hay delicadeza ni paciencia. Es un choque de

lenguas, dientes y respiraciones entrecortadas. Mis manos bajan por sus muslos y la levanto con facilidad, haciéndola sentarse sobre el borde de la mesa.

Mis dedos encuentran el borde de su falda y la subo con un tirón rápido. Natalie jadea contra mis labios y se aferra a mis hombros cuando deslizo la tela hasta subírsela hasta la cintura y la dejo expuesta solo con sus braguitas de encaje.

—Eres una maldita provocación —murmuro contra su boca mientras mis dedos se deslizan entre sus piernas, sintiendo su humedad.

Ella gime y echa la cabeza hacia atrás cuando presiono con dos dedos sobre su clítoris, trazando círculos lentos que la hacen temblar.

—Lucke… —susurra con un tono que me enciende aún más.

—Dilo.

—Por favor…

No necesito más. En ese instante, me desabrocho la cremallera del pantalón y libero mi erección con un suspiro contenido. Sin darle tregua, la giro sobre la mesa y la empujo suavemente contra el cristal, inclinándola hasta que su pecho toca la superficie fría.

—Así es como quiero verte —gruño contra su oído, sujetando su cadera con una mano mientras con la otra alineo mi dureza contra su entrada—. Entregada a mí.

Y, sin más preámbulos, me hundo en su interior de una sola embestida. Natalie grita, pero no de dolor, sino de puro placer. Su espalda se arquea y sus dedos se aferran al borde de la mesa mientras me acomodo en su interior con movimientos bruscos y calculados.

—Joder… estás tan apretada —gruño, moviéndome con un ritmo feroz, propinándole cada embestida más profunda y dura que la anterior.

La mesa tiembla con cada empuje y el sonido de nuestras pieles chocando resuena en mi despacho. Natalie se muerde el labio para no gritar, pero yo quiero oírla. Me inclino sobre su espalda y muerdo suavemente su hombro.

—No te calles —le ordeno con voz ronca—. Quiero oír cómo te follo.

Ella gime más alto, sin contenerse, y eso me vuelve loco. Mis manos recorren su cuerpo, sintiendo el calor de su piel y la tensión de sus músculos al borde del clímax.

—Dime a quién perteneces —susurro contra su oído.

—A ti… —jadea sin dudarlo.

—Dilo otra vez.

—Soy tuya, Lucke.

Sus palabras me hacen perder el control. Me hundo en ella con más fuerza, sintiendo cómo se contrae a mi alrededor mientras su orgasmo la sacude por completo. Su cuerpo tiembla contra la mesa y cuando la siento rendirse completamente, yo la sigo. Un gruñido gutural y profundo escapa de mi garganta mientras me libero en su interior, sosteniéndola con firmeza para no dejar que se derrumbe.

Nos quedamos así unos segundos, con las respiraciones entrecortadas llenando el silencio. Y entonces, la jodida realidad me golpea con fuerza. El despacho huele a sexo, a piel y a deseo descontrolado. Mierda. Me aparto de ella de golpe y me paso una mano por el cabello, todavía recuperando el aliento. Acabo de follármela en mi despacho. En la oficina. Justo donde dejé claro que esto nunca pasaría.

Joder, he roto mi propia norma. Chasqueo la lengua y me subo la cremallera del pantalón con furia y me giro hacia Natalie, que sigue apoyada sobre la mesa, aún temblando ligeramente.

—Esto no volverá a pasar —gruño, más para convencerme a mí mismo que a ella.

Sus labios se curvan en una sonrisa ladina mientras se incorpora lentamente y recoge su ropa del suelo.

—Claro, Lucke. Lo que tú digas.

Su tono me hace apretar los dientes. Me doy la vuelta y miro por la ventana con los puños cerrados. Sí, claro. Lo que yo diga. Porque si hay algo que está quedando claro en todo esto, es que cuando se trata de Natalie, pierdo el puto control.

Capítulo 35

Lucke

La espera me está jodiendo la cabeza. Estoy en mi apartamento, sentado en el sofá con un vaso de whisky en la mano, observando la vista panorámica de Manhattan como si la ciudad tuviera alguna respuesta para mi maldita impaciencia. Pero la ciudad sigue siendo la misma, tan indiferente e impasible como siempre. Y yo sigo aquí, como un jodido adolescente esperando a que una mujer cruce mi puerta.

Esto no es normal en mí. No debería sentirme así. Debería estar en la habitación de juegos, preparando cada detalle y pensando en la manera en la que voy a follarla esta noche y en cómo haré que se rinda de nuevo a mi voluntad. Pero en lugar de eso, he pedido a la cocinera que prepare una cena informal, sin protocolos, para los dos. Algo que jamás hago. Algo que, si lo pensara demasiado, me haría replantearme qué coño estoy haciendo con Natalie. Pero no quiero pensarlo. Solo quiero que llegue.

Me sirvo otro whisky, intentando distraerme con el peso de la rutina, con la lógica que siempre me ha definido. Después de follarme a Natalie en el despacho como un loco, he pasado el resto de la tarde en reuniones, asegurándome de que la empresa sigue funcionando con la precisión quirúrgica que exijo. Pero, aun así, en los pocos momentos en los que mi mente ha divagado, ha sido en ella en lo único que he pensado. En la manera en que su cuerpo se amoldó a la mesa de mi despacho, en los sonidos que hizo cuando la follé sin reservas, en la forma en que me miró después cuando

sentía mi semen salir de su sexo y deslizarse poco a poco por sus muslos.

Y eso es un problema. Porque no debería importarme cómo me miró.

Tomo un sorbo y dejo el vaso sobre la mesa con fuerza, porque tengo la impresión de que la sensación de control absoluto que siempre me acompaña se tambalea, aunque no estoy dispuesto a reconocerlo.

El sonido del ascensor privado llega a mis oídos y me tenso en el acto. Un par de segundos después, la puerta del ático se abre y aparece Natalie. En cuanto la veo, la ansiedad que llevaba sintiendo toda la tarde se disipa como humo.

Lleva un vestido negro ajustado y sencillo, pero jodidamente efectivo, que resalta cada curva de su cuerpo. Su melena cae suelta sobre sus hombros y su expresión es neutral, aunque sus ojos me estudian con la misma intensidad con la que yo la observo a ella.

Cierro la distancia entre nosotros en unos pocos pasos y veo cómo su respiración se acelera cuando me acerco. No digo nada al principio, solo me quedo ahí, observándola, marcando territorio con mi sola presencia.

—No has ido a la habitación de juegos —me dice a modo de saludo.

Sonrío de lado.

—No.

Su ceja se arquea con curiosidad.

—¿Por qué?

Deslizo mis dedos por su brazo lentamente, disfrutando de la forma en que su piel se eriza ante mi contacto.

—Porque esta noche quiero algo diferente.

Natalie parpadea, sorprendida. Sé que no se esperaba esto. Se esperaba que la llevara directo a la sala de juegos y que comenzara la sumisión y continuar con lo que hasta ahora ha sido la dinámica de nuestra relación. Pero esta noche quiero otra cosa.

Tomo su mano y la guío hacia el comedor, donde la mesa ya está servida. Platos elegantes, una botella de vino abierta, una luz tenue que hace que la estancia parezca más cálida de lo habitual.

Natalie observa la escena con desconfianza, como si intentara descifrar mis intenciones.

—¿Vas a decirme qué significa esto?

Me siento primero y señalo la silla frente a mí.

—Siéntate y lo descubrirás.

Ella duda un segundo, pero finalmente me obedece. Tomo la botella de vino y sirvo en ambas copas antes de inclinarme ligeramente hacia adelante.

—Esta noche no hay órdenes —le digo, observándola fijamente—. No hay juegos. Solo una cena de la que disfrutar, tú y yo.

Natalie me mira con escepticismo. Toma su copa y le da un sorbo, sin apartar sus ojos de los míos.

—¿Y qué se supone que vamos a hacer?

Apoyo el codo en la mesa y esbozo una media sonrisa.

—Hablar.

Ella suelta una carcajada suave y ladea la cabeza con diversión tras escucharme.

—¿Tú? ¿Hablando?

—Parece que me subestimas, Natalie.

—No, solo… —deja la copa sobre la mesa—. No te imagino siendo el tipo de hombre que hace cenas relajadas.

—Porque no lo soy —respondo sin titubear—. Pero esta noche quiero hacer una excepción.

Natalie entrecierra los ojos y me estudia como si intentara averiguar mi verdadera intención. Pero no hay trampa tras mis palabras. Solo quiero ver hasta dónde llega esto cuando no hay cuero, esposas o castigos de por medio.

Ella toma los cubiertos y empieza a comer con calma, sin romper el contacto visual. Por primera vez, compartimos un momento sin la tensión sexual dominándonos por completo. Y aunque la tensión sigue ahí, latente bajo la superficie, esta noche parece diferente.

Mientras cenamos hablamos de trivialidades, de trabajo, de Nueva York y de lo asfixiante que puede ser a veces vivir aquí. Ella se relaja con cada minuto que pasa y, sin que me dé cuenta, yo

también lo hago. Cuando terminamos de cenar, Natalie deja el tenedor sobre el plato y me observa con intensidad.

—Esto ha sido raro.

—¿Raro?

—Sí. No esperaba una cena tranquila contigo.

Sonrío con calma.

—Siempre hay una primera vez para todo.

Ella me sostiene la mirada durante un segundo y puedo ver la confusión en sus ojos. Como si, de algún modo, intentara entender qué estamos haciendo exactamente, pero yo tampoco tengo la respuesta correcta. Lo único que sé es que no quiero que se vaya todavía.

El ambiente ha cambiado y lo siento en la forma en que Natalie me mira mientras desliza los dedos por el borde de su copa de vino, con una media sonrisa que no logra ocultar su curiosidad. Sé que no esperaba una cena así, tranquila, sin órdenes ni límites preestablecidos. Ni tampoco esperaba que la conversación fluyera sin que la convirtiera en un interrogatorio. Y eso me jode más aún.

Bebo un sorbo de vino y me recuesto en el respaldo del sofá, observándola mientras ella deja la copa sobre la mesa con un gesto elegante. Hay algo en ella esta noche que me hace querer alargar este momento más de lo necesario, lo suficiente para que la sensación de control absoluto que siempre tengo sobre nuestra relación se tambalee, aunque no quiera admitirlo.

Natalie se acomoda en el sofá y cruza las piernas con naturalidad. Su vestido negro se desliza ligeramente sobre su muslo y mis ojos siguen el movimiento sin que pueda evitarlo. Joder. Estoy hambriento de ella.

—Ha sido una cena agradable —me dice con un tono ligero, aunque veo cómo sus ojos me estudian con atención—. Algo distinto a lo habitual.

Inclino la cabeza, sin apartar la vista de ella.

—¿Te sorprende?

—Me intriga —responde sin dudar—. No eres el tipo de hombre que permite que la rutina cambie.

Sonrío de lado. Es perspicaz. Demasiado.

—Tal vez solo quería verte relajada por una vez —añado con calma, aunque incluso yo escucho lo poco convincente que suena mi frase.

Natalie suelta una leve carcajada y se inclina hacia mí.

—No creo que te guste verme relajada, Lucke. Creo que te gusta más verme tensa.

Mi mandíbula se aprieta y antes de que pueda replicar, apoya una mano en mi muslo y la desliza lentamente hacia arriba.

—O quizás —susurra con una sonrisa provocadora— eres tú quien necesita relajarse.

No me da tiempo a responder cuando se acerca aún más y sus labios rozan los míos en un beso lento, sin prisas y sin órdenes. Y esa maldita suavidad me desarma más que cualquier acto de sumisión.

No hay prisa en su beso, ni dominio, solo el roce de su boca con la mía, explorando, probando y tentándome a seguirle el juego en un terreno que no suelo pisar. Y eso me jode, porque quiero más, porque la deseo de una forma que no tiene nada que ver con el control ni con las reglas.

Mis dedos se deslizan por su cintura y la acerco más a mí. Su cuerpo encaja contra el mío con una facilidad insultante y mi lengua invade su boca con más hambre de la que esperaba. La beso con la intensidad de alguien que lleva demasiado tiempo aguantándose, y ella me responde con la misma necesidad contenida.

Se aparta un poco, con la respiración acelerada, y sus manos se aferran a los botones de mi camisa, desabrochándolos con una paciencia que me desespera.

—Vamos a la habitación de juegos —susurra contra mis labios.

Pero niego con la cabeza y atrapo su barbilla entre mis dedos para obligarla a mirarme.

—No. Aquí —mi voz es grave, decidida—. Esta noche el servicio tiene la noche libre. Nadie nos interrumpirá.

Veo la sorpresa en sus ojos, pero no protesta. Sé que está acostumbrada a que en cada uno de nuestros encuentros siga mis reglas y a que la lleve a ese lugar donde cada límite está marcado

con precisión. Pero esta noche no hay límites. No hay esposas, ni órdenes, ni juegos de control. Esta noche solo estamos nosotros.

Cojo el mando de la chimenea de gas y la enciendo con un clic. Las llamas crecen al instante y la luz del fuego se refleja en sus ojos cuando me mira y, aunque me niego a llamarlo así, sé que esto es jodidamente romántico.

Me deshago de mi camisa y ella me observa, siguiendo cada uno de mis movimientos con la mirada. Luego la agarro de la cintura y la levanto con facilidad, sentándola sobre mi regazo.

—No hay reglas esta noche, Natalie —murmuro contra su oído mientras deslizo los tirantes de su vestido por sus hombros—. No hay señor ni sumisa. Solo tú y yo.

Ella al escucharme, tiembla ligeramente y se muerde el labio, pero no se aparta. Mis manos recorren su piel desnuda mientras el vestido se desliza hasta el suelo. Sus pezones se endurecen al contacto con el aire cálido de la estancia y la estrecho más contra mí, haciendo que su sexo presione contra la dureza de mi erección a través de mi pantalón. Gime y su cabeza cae ligeramente hacia atrás.

—Me vuelves loca —susurra, enredando los dedos en mi pelo.

La tumbo sobre la alfombra con cuidado, colocando su cuerpo justo delante del fuego. Su piel brilla con la luz de las llamas y, por un momento, me quedo mirándola, memorizando sus curvas y cada jodido detalle de su cuerpo. Deslizo mis labios por su cuello, bajando por su clavícula hasta sus pechos. Los atrapo con la boca, succionando uno de sus pezones mientras mi mano baja por su vientre, hasta encontrar su humedad. Está completamente empapada y eso hace que me vuelva loco. Mis dedos se deslizan dentro de ella con facilidad y su cuerpo se arquea bajo el mío. Bajo mi boca hasta su sexo y lo beso, primero de forma tímida, hasta que su clítoris, cada vez más erecto y sobresaliente entre sus pliegues, me ruega clemencia. Justo en ese momento lo devoro con ansia, haciéndole gritar mi nombre entre jadeos, mientras pierde sus dedos en mi pelo.

—Lucke… —jadea, aferrándose a mis hombros.

—Dímelo —gruño contra su piel.

—Te quiero dentro —suplica, mirándome con desesperación.

Mi autocontrol desaparece en ese momento. Me deshago del resto de mi ropa y me coloco entre sus piernas, alineando mi erección con su entrada. Pero antes de entrar, la miro a los ojos.

—No hay reglas esta noche —repito en un susurro—. Esto es diferente.

Natalie asiente y envuelve mis caderas con sus piernas, atrayéndome hacia ella.

—Lo sé.

Y con esa confirmación, me hundo en su interior con una embestida profunda. Su cuerpo me recibe sin resistencia, húmedo y caliente, y ambos jadeamos al unísono cuando nos fundimos por completo. Pero esta vez no hay brutalidad, ni ritmo despiadado, ni órdenes. Solo movimientos profundos y acompasados, una conexión que no quiero nombrar, pero que está ahí, en la forma en la que nuestros cuerpos se buscan y encajan con una perfección peligrosa.

La beso mientras me muevo dentro de ella, dejando que sus manos recorran mi espalda y que sus uñas se hundan en mi piel, mientras la llevo al borde del placer una y otra vez.

—Lucke… —susurra mi nombre como si fuera lo único que existe en este momento.

Me hundo más fuerte en ella, sintiendo cómo su cuerpo se tensa alrededor del mío.

—Córrete conmigo —le ruego en un jadeo y lo hace.

Grita mi nombre cuando se deja llevar, su cuerpo se estremece bajo el mío y eso me arrastra con ella al jodido abismo. Me derramo dentro de ella con una intensidad que me deja sin aliento, sujetándola con fuerza, como si fuera a desaparecer en cuanto la suelte.

Nos quedamos así un instante, respirando el uno contra el otro, con el calor del fuego envolviéndonos. Cuando recupero el aliento, me separo ligeramente y la observo. Su expresión es tranquila y satisfecha, pero sus ojos me hablan de algo más, de algo que me asusta. En ese instante y sin pensarlo, la tomo en brazos y la levanto con facilidad.

—¿Qué haces? —murmura, medio dormida.

—Llevarte a la cama.

—Puedo caminar… —me dice divertida.

—Lo sé.

Pero no la dejo en el suelo y cruzo la estancia con ella en mis brazos hasta mi habitación. En el dormitorio, la dejo sobre la cama y me tumbo a su lado, acariciando su espalda con movimientos lentos y pausados.

Sé que no debería hacer esto, ni permitirme este momento de calma, pero no puedo evitarlo. Natalie respira tranquila entre mis brazos, su cuerpo relajado contra el mío, con una mano apoyada en mi pecho como si fuera su sitio natural. Su pelo dorado se esparce sobre la almohada y su piel aún conserva el calor de nuestras caricias.

No puedo dormir. Me quedo mirándola en la penumbra de la habitación, con la luz tenue de la ciudad filtrándose por las cortinas. Es una imagen jodidamente perfecta, una escena que no debería afectarme, pero que me tiene atrapado en un dilema al que nunca me había enfrentado.

Nunca me quedo con una mujer después de follar, ni tampoco permito que una mujer duerma en mi cama. Pero aquí estoy, acostado junto a Natalie, sin moverme ni apartarme de ella. Y no porque no pueda hacerlo, sino porque no quiero.

Me paso una mano por la cara y exhalo lentamente, sintiendo el peso de la realidad asentándose sobre mis hombros. Esto no es solo sexo, ni tampoco es solo control, ni la satisfacción de verla rendirse ante mí una y otra vez. Es algo más, que está metiéndose bajo mi piel como una maldita enfermedad y que no puedo quitármela de encima, por mucho que lo intente.

Deslizo los dedos por su pelo con una suavidad que me irrita. Es un gesto que no tiene sentido para mí, una caricia que no responde a una necesidad física, sino a algo más profundo, que no sé cómo nombrar. Natalie suspira en sueños y su mano se aprieta un poco más sobre mi pecho y mi mandíbula se tensa.

Joder. No me gusta sentirme así. No me gusta lo que ella provoca en mí, ni que mi control se tambalee cada vez que está

cerca. Pero lo que más me jode es que, a pesar de todo, no quiero soltarla. Me apoyo sobre un codo y la observo con detenimiento, memorizando cada detalle de su gesto relajado, la curva de sus labios entreabiertos y la manera en que su pecho sube y baja con cada respiración. Mis dedos siguen recorriendo su pelo y, por primera vez en mi jodida vida, me siento indefenso.

No hay contratos, ni reglas ni sumisión ni dominio en este momento. Solo hay ella y yo, mirándola como un idiota.

Algo en mi pecho se aprieta y sin pensarlo, sin poder detenerme, susurro las palabras que jamás han salido de mi boca. Palabras que nadie me ha oído decir antes, porque nunca han tenido razón de existir.

—Te amo.

El susurro se desvanece en la habitación, engullido por la noche, por el sonido lejano de la ciudad y por la única testigo de mi debilidad: ella.

Pero Natalie sigue dormida, ajena a la confesión que acabo de hacer y eso me aterra. Porque sé que si estuviera despierta, si me hubiera oído, todo cambiaría. Y yo no sé si estoy preparado para lo que vendría después.

Me tumbo de nuevo, con la mandíbula tensa y la mirada fija en el techo, sin soltarla. No. Esto no puede pasar. Esto no debía pasar. Pero ha pasado y ahora, ya no hay vuelta atrás.

Capítulo 36

Natalie

Estoy sentada en mi cama con las piernas cruzadas y la mirada perdida en la ventana. Afuera, Brooklyn sigue su curso con su ajetreo incansable, pero aquí dentro, en este pequeño espacio que debería ser mi refugio, todo me parece demasiado pequeño y asfixiante.

Mi piel aún guarda el calor de la noche pasada. Cada vez que cierro los ojos, siento las manos de Lucke recorriéndome, su boca devorándome y su cuerpo hundiéndose en el mío con una intensidad que todavía me recorre las venas como un incendio. Pero lo que me atormenta no es eso, sino lo que pasó después.

Anoche no fue como las otras veces. No hubo órdenes, ni sumisión, ni castigos. No fui su sumisa, ni él mi amo. Solo fuimos dos personas haciéndose el amor frente al fuego, sin barreras y sin juegos de poder. Y luego, cuando me llevó en brazos hasta su cama y me abrazó contra su pecho y me acarició hasta que me quedé dormida, algo dentro de mí se rompió. Lucke nunca me había hecho nada parecido antes. Y sé que no fue solo sexo y ese pensamiento me consume. Porque no debería haber sucedido. Porque me prometí a mí misma que jamás dejaría que esto fuera más allá del placer y que nunca confundiría lo que hacemos con algo más profundo y, sin embargo, lo hice.

Tomo una bocanada de aire y me paso una mano por el pelo, intentando alejar la sensación de que estoy perdiéndome en algo que no tiene futuro. Pero ¿cómo voy a alejarme cuando ya estoy demasiado dentro?

Si sigo así, si continúo en esta relación con Lucke bajo los términos que dicta el contrato, voy a acabar completamente enamorada de él y tengo la total certeza de que eso no entra en sus planes. Sé que, para él, el control lo es todo y que este acuerdo fue diseñado para evitar complicaciones emocionales y poder mantenernos en una línea perfectamente definida entre placer y obediencia. Pero después de lo de anoche, después de cómo me miró antes de que me quedara dormida, ¿realmente sigue existiendo esa línea? O, peor aún, ¿fui yo la única que la cruzó?

Me abrazo a mí misma, sintiendo un nudo en la garganta. No puedo seguir así. No quiero ser la mujer que se aferra a la esperanza de que él pueda sentir algo más, cuando sé que lo único que haré será destruirme en el proceso. Y lo más jodido es que las únicas personas que puede ayudarme a salir de esto son Hellen y Everly.

Cuando salgo de mi habitación, me encuentro a mis amigas en el sofá, con una botella de vino abierta y una película en la televisión. Pero en cuanto me ven aparecer en el salón, sus miradas se centran en mí como si vieran un fantasma.

—Tienes la cara de alguien que está al borde de un colapso emocional —dice Everly, dándome una palmadita en el sitio libre del sofá—. Siéntate y suéltalo.

Suspiro, me acerco hasta ellas y me dejo caer en el sofá.

—He dormido con Lucke.

Hellen levanta una ceja.

—Eso no es novedad. Llevas semanas follando con él.

—No —sacudo la cabeza y me aprieto las sienes con los dedos—. No me refiero a eso. Anoche hicimos el amor. Y después me llevó a su cama y dormimos juntos.

Un silencio absoluto se instala en la sala. Everly y Hellen se miran la una a la otra, y luego me miran a mí.

—¿Y ahora qué? —quiere saber Hellen.

—No lo sé —admito encogiéndome de hombros y con la voz más rota de lo que me gustaría.

Everly me estudia con esa mirada suya que siempre ve más allá de lo que quiero mostrar y luego suelta el aire y se inclina hacia mí.

—No intentes engañarte, Nat —dice con suavidad—. Ese hombre te ha marcado para siempre.

Trago saliva y bajo la vista. No quiero admitirlo, pero sé que tiene razón.

—No puedo seguir con esto —susurro—. Si continúo, me voy a enamorar más de él y eso me va a destrozar.

Hellen chasquea la lengua y se inclina hacia adelante, apoyando los codos en las rodillas.

—Entonces, déjalo. Mándalo a la mierda y sigue con tu vida.

—No es tan fácil —murmuro.

—Sí que lo es —Hellen alza las manos—. Es un cabrón controlador con problemas de emociones reprimidas. No puedes salvarlo, tía. Solo te va a acabar haciendo daño.

Everly frunce el ceño y sacude la cabeza.

—No creo que sea tan simple.

Hellen la mira con el ceño fruncido.

—¿Qué?

—Que creo que Lucke siente algo por ella —dice Everly con tranquilidad—. Y creo que Natalie también lo sabe.

Cierro los ojos con frustración. No quiero hablar ni pensar en eso.

—Lucke no siente nada —les aclaro con la voz apagada—. No es un hombre que se permita eso.

—¿Y si lo hace, pero no lo sabe? —inquiere Everly, con el tono de quien lanza una idea que no puede ignorarse.

Pero yo no quiero darle vueltas, porque si me aferro a la idea de que hay algo más, de que Lucke también está sintiendo algo, entonces me quedaré atrapada y no puedo permitírmelo, porque si lo hago, sé que él nunca me dará lo que necesito.

—Tengo que terminar con esto —murmuro, con el corazón en un puño.

Hellen asiente de inmediato. Everly, en cambio, me observa con una expresión extraña. Como si supiera que lo que acabo de decir no es tan simple como parece y tiene razón, porque, aunque diga que voy a dejarlo, aunque decida que esto tiene que acabar,

hay una parte de mí que no quiere soltar a Lucke Cooper y esa es la parte que me aterra de todo.

Capítulo 37

Lucke

El whisky desciende por mi garganta dejándome a su paso un ardor lento y familiar, pero no lo suficiente como para acallar el caos que me consume. Estoy sentado en la penumbra de mi salón, con la vista fija en el skyline de Manhattan, esa jungla de acero y luces donde el poder lo es todo y la debilidad se paga con sangre. He construido mi vida con la misma frialdad con la que la ciudad opera: sin concesiones, ni sentimientos, ni espacio para lo incierto. Y, sin embargo, aquí estoy, con la mandíbula tensa y el vaso sujeto con más fuerza de la necesaria, mientras mi cabeza sigue atrapada en la imagen de Natalie durmiendo en mi cama.

No, eso no debería haber sucedido. No de esa manera, ni con la forma en que la sostuve entre mis brazos después de follarla frente al fuego. Ni tampoco la forma en que me quedé despierto horas, acariciando su pelo y sintiendo su respiración acompasarse con la mía. Ni mucho menos la forma en que pronuncié en voz baja algo que jamás he dicho antes, algo que ni siquiera debía pensar.

«Te amo.»

Esas dos malditas palabras vuelven a mi mente como un golpe seco. No las dije en voz alta para que las escuchara, pero yo las escuché y con esto tengo suficiente para que el pánico se extienda por mis venas como una maldita infección.

Aprieto los dientes y me sirvo otro trago, como si el alcohol pudiera purgarme de esto y pudiera convencerme de que lo que pasó anoche no fue real, pero lo fue. Joder, claro que lo fue. Definitivamente, he perdido el control.

En algún punto de esta relación, en algún instante entre los límites perfectamente establecidos del contrato, Natalie se ha colado donde no debía. Se ha infiltrado en cada jodido rincón de mi mente y de mi piel, y lo peor es que no sé cómo sacarla de ahí.

Siempre he sabido quién soy y qué quiero. Siempre he tenido claro que no hay lugar para los sentimientos en mi vida, porque los sentimientos son un problema, una debilidad y una grieta en la coraza que he construido con años de disciplina y control.

Pero entonces llegó ella y ahora todo es un puto desastre. Me paso una mano por la cara y exhalo con impaciencia. Tengo que recuperar el control. Lo que tengo con Natalie es simple. Es un contrato, un acuerdo de poder, control y placer. No hay sentimientos, ni espacio para debilidades, ni tampoco para las emociones. Y, sin embargo, ahí estaba yo, tumbado junto a ella, sin ser capaz de soltarla, acariciando su pelo como un maldito idiota.

Esto no puede seguir así.

Anoche, cuando la miré dormida en mi cama, cuando supe que podía quedarme así toda la noche, sentí el abismo abrirse bajo mis pies. Y eso no es algo que pueda permitirme.

Porque cuando dejas entrar a alguien demasiado, cuando bajas la guardia y permites que alguien más tenga el poder de herirte… pierdes.

Y yo no pierdo, nunca.

La solución es clara. Voy a restablecer las reglas y a recordarle a Natalie lo que somos y lo que no somos. Sí, voy a demostrarme a mí mismo que aún tengo el control, porque Natalie solo tiene lugar en el único sitio donde puede estar: bajo mis órdenes, bajo mis reglas y dentro de los estrictos límites del contrato. No hay sentimientos ni amor en el contrato y eso es lo único que nos une.

Me levanto de la silla y cruzo el salón con pasos pesados. Me acerco al ventanal y miro la ciudad bajo mis pies. La ciudad no cambia, nunca se detiene, nunca mira atrás y nunca duda. Y yo voy a hacer lo mismo. Voy a cerrar esta jodida puerta antes de que sea demasiado tarde y voy a convertirme en el hombre que siempre he sido. Asegurándome de que, la próxima vez que Natalie entre por

esa puerta, recuerde exactamente quién soy y quién es ella: mi sumisa. Nada más.

Capítulo 38

Natalie

Me quedo de pie en la entrada de Cooper Holdings, con los dedos apretados en torno a la carpeta que llevo en las manos. Mi carta de renuncia está dentro, junto con el contrato. Todo está listo. Todo está decidido. Solo tengo que subir en el ascensor, cruzar el pasillo hasta el despacho de Lucke, dejar la carpeta sobre su mesa y marcharme.

Pero no puedo moverme, siento las piernas pesadas y los pies pegados al suelo.

El vestíbulo sigue igual de impecable, con sus suelos de mármol pulido reflejando las luces blancas del techo y las recepcionistas respondiendo llamadas con eficiencia mecánica. Es el mismo sitio en el que entré hace meses, cuando acepté este trabajo sin saber que mi vida entera cambiaría por completo. Sin saber que Lucke Cooper me dominaría por completo, destruiría todas mis barreras y me haría sentir lo que jamás creí posible.

Y ahora me marcho. Porque no puedo quedarme, porque esto no es solo sexo para mí. Porque lo amo, aunque sé que él nunca sentirá lo mismo que yo.

Respiro hondo y camino hacia el ascensor. Me tiemblan las piernas, pero me obligo a seguir poniendo un pie tras otro sobre este suelo que parece un espejo. Siento los ojos de algunos empleados sobre mí mientras cruzo el vestíbulo, pero no me detengo. Aprieto el botón del ascensor y, cuando las puertas se abren, entro y miro mi reflejo en la pared de acero pulido.

Mi rostro está sereno, pero por dentro soy un absoluto caos.

Las puertas se abren en el último piso y salgo sin dudar. La oficina está en su habitual estado de eficiencia y control absoluto. Pero mi atención está fija en la puerta de su despacho.

Voy a hacerlo. Voy a mirarle a los ojos y decirle que lo dejo. Que me voy. Que no quiero ser parte de su vida si solo puedo serlo con un contrato y con límites impuestos por él.

Abro la puerta sin llamar.

Lucke está sentado en su escritorio, con la mirada fija en unos documentos, pero en cuanto nota mi presencia levanta la vista. Sus ojos se clavan en los míos con esa intensidad azul que siempre me ha desarmado. Pero esta vez no dejo que me atrape. Me acerco a su escritorio con paso firme y dejo la carpeta sobre la superficie de cristal. Él observa lo que acabo de hacer y luego vuelve a mirarme.

—¿Qué significa esto? —me pregunta con tono frío y neutro. Como si ya supiera la respuesta y solo esperara que yo la verbalizara.

Cojo aire antes de hablar.

—Me voy.

El silencio que sigue a mis palabras me resulta ensordecedor.

—¿Cómo que te vas?

—Voy a dejar Cooper Holdings y voy a romper también nuestro contrato.

Él cierra la carpeta con calma y entrelaza los dedos sobre el escritorio.

—Si esto es un capricho o una rabieta, piénsalo mejor. Porque no hay vuelta atrás, Natalie.

Su voz es dura y cortante. Pero esta vez no voy a dejar que me haga dudar.

—No es una rabieta —digo, sintiendo cómo me tiembla la voz —. Es lo único que puedo hacer si quiero salvarme.

Frunce el ceño al escucharte.

—¿Salvarte de qué?

Suelto una carcajada amarga.

—¿De qué crees, Lucke? De ti. De esto.

Me mira con el ceño fruncido, como si no entendiera qué estoy diciendo. Como si todo lo que ocurre entre nosotros estuviera

perfectamente delimitado y controlado. Pero no lo está, al menos, no para mí.

—Natalie…

—No, déjame hablar —le interrumpo y empiezo a hablar sin freno—. Sé que esto no es amor para ti, pero para mí sí lo es, y por eso no puedo seguir aquí.

Mis palabras flotan en el aire, llenando cada rincón del despacho con una verdad que ya no puedo callar. Lucke me observa en silencio, con los labios apretados y la mirada tensa. Pero no dice nada.

No me detiene. Ni me dice que me quede, ni que estoy equivocada y eso me hiere más de lo que jamás podría haber imaginado.

Respiro hondo y niego con la cabeza.

—Lo sabía —susurro—. Sabía que no ibas a detenerme.

Sus manos se cierran en puños sobre la mesa, pero su rostro sigue impasible.

—No voy a retenerte si no quieres estar aquí.

Las lágrimas se agolpan en mis ojos, pero me niego a dejarlas salir.

—Eso lo dice todo.

Me doy la vuelta y camino hacia la puerta. Cuando la abro, siento su mirada en mi espalda, pero no me giro. No le doy el placer de ver cómo me derrumbo por dentro.

Salgo del despacho y cierro la puerta detrás de mí con la sensación de que algo dentro de mí se ha roto para siempre. Pero no puedo quedarme en su mundo si en ese mundo no hay espacio para mí. Así que me marcho y, esta vez, es para siempre.

Capítulo 39

Lucke

La puerta se cierra con un sonido hueco que resuena en mi cabeza como un maldito disparo. Me quedo de pie, con los puños apretados sobre el escritorio, viendo la carpeta con su renuncia aún allí, como si fuera una maldita burla. Como si ese papel de mierda pudiera ser el punto final a algo que ha calado mucho más hondo en mí que cualquier otra cosa.

Pero no la he detenido. Ella se fue y yo la he dejado ir.

La imagen de su espalda alejándose, la tensión en sus hombros, la rabia y el dolor en su mirada cuando me ha dicho que lo que hay entre nosotros para mí no es amor, pero para ella sí… Todo eso se clava en mi pecho como una jodida puñalada.

Maldigo en voz baja y golpeo el escritorio con el puño. El ruido resuena en el despacho, pero no alivia ni un poco el ardor que me consume por dentro. ¿Por qué no he abierto la boca? ¿Por qué no la he detenido? Podría haberlo hecho. Podría haberle dicho que no se marchara, que no podía hacerlo, que no quería que lo hiciera. Que estaba equivocado, que me estaba equivocando desde el momento en que intenté meter esto dentro de las reglas del contrato. Pero me quedé en silencio, porque soy un puto cobarde de mierda.

Me dejo caer en la silla y apoyo los codos sobre los muslos, inclinándome hacia adelante, mientras intento encontrar un resquicio de lógica en esta mierda de situación. Pero no hay lógica en el caos que tengo en la cabeza. Solo imágenes de ella: su risa contenida cuando se mordía el labio para no sonreírme demasiado, o la forma en que su piel temblaba bajo mis manos, o la manera en que su

cuerpo encajaba contra el mío como si siempre hubiera sido suyo y, joder, lo era.

Natalie era mía y yo la he dejado ir.

Cierro los ojos y me paso las manos por la cara, sintiendo el peso de la desesperación asentarse en mi pecho. No puedo vivir así. No puedo seguir convenciéndome de que el control lo es todo, cuando ha sido precisamente esta mierda de control lo que ha acabado de destruirlo todo.

He pasado toda mi vida construyendo barreras. Ya empecé a levantarlas cuando era un crío, cuando entendí que el afecto era un privilegio que no estaba destinado para mí. Cuando mi padre me enseñó que las emociones eran debilidades y que los sentimientos eran cadenas que te ataban a algo que podías perder. De esa manera aprendí que el control era la única forma de no sufrir y he seguido esa jodida lección toda mi vida.

Pero ahora estoy aquí, con las manos y el pecho vacíos, sintiendo el puto sufrimiento que llevo evitando toda mi vida. Y ¿de qué coño me ha servido vivir así durante tantos años?

Natalie se ha ido. Y yo estoy jodido.

Mierda.

Me levanto de golpe y camino hasta el ventanal. La ciudad sigue girando ahí fuera, con su caos organizado y su frialdad infinita, como si nada hubiera cambiado. Como si el mundo no se hubiera derrumbado en el momento en que Natalie cruzó esa puerta.

Tomo aire y apoyo una mano en el cristal. Tengo que recuperarla. No puedo dejar que esto termine así. No quiero.

Pero, joder, ¿cómo lo hago?

¿Cómo le digo que la quiero cuando llevo tanto tiempo diciéndome a mí mismo que no soy capaz de amar?

¿Cómo le hago entender que cada vez que la miraba, mi mundo se tambaleaba y yo lo ignoraba porque no sabía qué hacer con eso?

¿Cómo le digo que no quiero esta vida sin ella?

Mi mandíbula se tensa y me giro de nuevo, con el corazón latiéndome con fuerza en el pecho. Tengo que hacer algo, porque si

no lo hago, la perderé para siempre y esa es una jodida pesadilla de la que no sé si podría despertar.

Capítulo 40

Natalie

Las primeras veinticuatro horas después de haber dejado Cooper Holdings son un absoluto desastre. Me despierto demasiado temprano, con el corazón acelerado y la sensación de que algo no está bien. Necesito unos segundos recordar por qué. Entonces lo recuerdo: he dejado mi trabajo. He dejado a Lucke. He dejado todo.

El aire se me atraganta mientras me quedo tumbada en la cama, mirando el techo de mi habitación. No puedo seguir así. Me repito que he tomado la decisión correcta, que alejarme era la única opción si no quería terminar destrozada, pero sigo sintiendo el peso en mi pecho inamovible.

Me levanto de la cama y me arrastro hasta la cocina, donde encuentro a Everly y Hellen ya sentadas en la mesa, con sus tazas de café humeante entre las manos. Apenas cruzo la puerta, las dos levantan la mirada y clavan los ojos en mí como dos halcones listos para atacar.

—Vale, ya basta —dice Hellen, apoyando la taza en la mesa con un golpe seco—. No he querido presionarte, pero ahora sí necesito una explicación. ¿Por qué has dejado el trabajo de la noche a la mañana?

Everly, más serena, ladea la cabeza y me observa con atención.

—Eso mismo quiero saber —murmura—. Tienes una carrera brillante, un sueldo que ya quisiera cualquier persona de nuestra edad y lo has dejado todo de repente. ¿Qué ha pasado, tía?

Me quedo de pie, inmóvil, sintiendo la presión de sus miradas clavándose en mí. No puedo contarles la verdad, o al menos no toda. No puedo decirles que he roto un contrato de sumisión con mi jefe, porque me he enamorado de él y eso no entraba en los términos del acuerdo. No puedo decirles que me he marchado, porque quedarme significaba aceptar que mi amor nunca sería correspondido.

Me aclaro la garganta y miro a Hellen primero, luego a Everly.

—Necesitaba hacerlo —respondo, con la voz más firme que consigo reunir.

Hellen entrecierra los ojos.

—Esa no es una respuesta.

—Lo es para mí —contesto, sentándome frente a ellas y rodeando la taza de café, que acaba de servirme Everly, con ambas manos—. No puedo seguir trabajando allí. No era lo que quería.

Everly me mira con escepticismo.

—Antes lo querías. Antes hablabas de ese trabajo como si fuera una oportunidad increíble, como si fuera lo mejor que te había pasado. ¿Qué ha cambiado?

Aprieto los labios y bajo la mirada hasta mi taza. Todo ha cambiado. Mi corazón, mi forma de ver a Lucke, mi manera de entender lo que sentía por él. Pero no puedo decirles eso. No puedo decirles que el problema no era el trabajo, sino el hombre con el que compartía cada día en esa oficina.

—Simplemente ya no era para mí —murmuro.

Hellen suelta un bufido y se cruza de brazos.

—Mierda, Nat, ¿vas a decirnos la verdad o vas a seguir con excusas vagas?

Everly le lanza una mirada de advertencia, pero yo me mantengo en silencio, porque no tengo nada más que decir.

Hellen suspira y sacude la cabeza.

—Sea lo que sea, espero que no tenga nada que ver con Cooper.

El nombre de Lucke en su boca me provoca un escalofrío.

—No tiene nada que ver con él —miento.

Pero Everly me observa con atención y su expresión cambia, como si acabara de atar todos los cabos.

—Dios, Natalie —susurra—. No es por el trabajo, ¿verdad? Es por él.

No respondo. No hace falta. Everly ya lo sabe y Hellen lo capta de inmediato.

—Joder —masculla Everly—. ¿Me estás diciendo que has dejado ese trabajo por él? Por favor, dime que no es cierto.

Everly no aparta la mirada de mí y, cuando vuelve a hablar, su voz es más suave, casi compasiva.

—Nat, ¿estás enamorada de él?

El nudo en mi garganta se aprieta tanto que apenas puedo respirar. Bajo la mirada, sintiendo que el peso de mis emociones me aplasta contra la silla.

—No intentes engañarte, tía —continúa Everly, con un tono de certeza que me desarma por completo—. Ese hombre te ha marcado para siempre.

La frase golpea algo dentro de mí y todo se rompe en un solo segundo. Porque sé que tiene razón. Porque sé que por más que intente alejarme, por más que me haya convencido de que marcharme era la mejor opción, mi corazón sigue atado a Lucke Cooper y no tengo ni idea de cómo voy a seguir adelante sin él.

La frase de Everly sigue resonando en mi cabeza incluso cuando me meto en la ducha con la esperanza de despejarme. Pero el agua caliente no borra nada. Ni su voz, ni la certeza de que tiene razón. Lucke me ha marcado, lo ha hecho en cada parte de mí, y no hay forma de seguir adelante como si nada. Pero tengo que intentarlo.

No quiero quedarme en este apartamento, sintiendo cómo el vacío se expande en mi interior hasta devorarme por completo. Así que me visto con lo primero que encuentro y cojo mi bolso sin pensarlo demasiado. Necesito salir de aquí y respirar otro aire, limpio y fresco, que no me recuerde a él.

Las calles de Brooklyn están llenas de vida a esta hora de la mañana. Gente apresurada con cafés en la mano, niños de camino al colegio, el tráfico denso y las bocinas impacientes de los

conductores. Pero yo me siento ajena a todo. Camino sin rumbo fijo hasta que mis pies me llevan, como por inercia, a la cafetería donde suelo ir cuando necesito estar sola.

El sitio es pequeño, acogedor y con un aroma a café recién hecho que reconforta de inmediato. Me acerco al mostrador y pido un capuchino para llevar, pero cuando me giro con el vaso entre las manos, mis ojos se encuentran con el cartel de «Se busca personal» pegado en la cristalera. Me quedo mirándolo durante varios segundos.

No es lo que quiero. No es un puesto de dirección en una empresa de prestigio, ni un trabajo acorde con mi formación, pero en este momento no me importa. Necesito ocupar mi tiempo y hacer algo que me mantenga la cabeza ocupada unas horas al día, porque si no, lo único que haré será pensar en Lucke y en lo miserable que me siento sin él.

Antes de que mi sentido común me haga dar media vuelta, me acerco a la barra de nuevo y le hago una seña a la chica que atiende.

—He visto el cartel —le digo, señalando la ventana—. ¿Sigue disponible el puesto?

Ella me mira de arriba abajo, como si evaluara si encajo en el sitio.

—¿Tienes experiencia?

—Sí —miento sin dudar—. He trabajado antes en cafeterías.

No sé por qué lo digo. Ni siquiera es cierto, pero en este momento no me importa si tengo que aprender sobre la marcha. Solo quiero algo que haga que las horas sean más llevaderas.

—¿Puedes empezar mañana?

Asiento de inmediato.

—Por supuesto.

—Bien, ven a las ocho y habla con el encargado. Él te explicará todo.

Le doy las gracias y salgo de la cafetería con una extraña sensación en el pecho. No es felicidad ni satisfacción. Ni siquiera es alivio. Pero es algo que ocupará mi cabeza durante un tiempo, aunque sea temporal. Y la verdad es que no tengo ni idea de si esto

me ayudará a seguir adelante. Ni si trabajando unas horas al día en este sitio conseguiré que el dolor se disipe un poco. Pero es lo único que puedo hacer por ahora y para no perderme por completo.

Capítulo 41

Lucke

El sobre negro descansa sobre mi escritorio. No lo he abierto todavía. Llevo demasiado tiempo mirándolo, con la mandíbula tensa y los puños apretados. Sé lo que voy a encontrar dentro, porque tengo muy claro que D'Arcy no ha terminado conmigo. Quiere joderme y hundirme.

Alargo la mano y rompo el sobre sin delicadeza. Un puñado de fotos cae sobre la superficie de cristal del escritorio y me encuentro exactamente con lo que temía. Natalie. Está en una cafetería. Con su delantal negro y el pelo recogido en una coleta alta, atendiendo a los clientes como si nada en el mundo pudiera perturbarla. Hay una imagen de ella preparando un café, otra en la que sonríe a un cliente y una última, la que más me duele, donde está sentada sola en una mesa, removiendo su bebida con la mirada perdida. Al verla, siento una presión en el pecho que me impide respirar con dificultad.

Gabriel D'Arcy ha dejado de lado las amenazas veladas contra mí. Ahora ya no soy yo su objetivo directo, porque ahora lo es ella.

Los bordes de las fotos se doblan entre mis dedos cuando las aprieto con fuerza. No es una advertencia, ni un simple aviso. Es una declaración de guerra en toda regla por parte de D'Arcy.

Siento la rabia subir por mi garganta como si fuera un veneno ardiente. Podría haberme atacado de cualquier otra manera. Podría haber ido directamente contra mi empresa, mis contactos o

mis negocios, pero ha decidido hacerlo a través de la única persona que realmente puede hacerme daño. Natalie.

Gabriel ha encontrado mi punto débil y acaba de pisarlo con toda su fuerza.

Golpeo el escritorio con el puño y las fotos se desparraman por la mesa. No puedo permitirlo. No puedo dejar que Natalie esté en peligro. Y no puedo seguir sentado aquí, en esta oficina de mierda, sin hacer nada.

Agarro el móvil y marco su número sin pensarlo dos veces. Una, dos, tres, cuatro señales… nada. Joder, Natalie, contesta. Aprieto los dientes y vuelvo a intentarlo. Cinco, seis, siete veces. Ni rastro de ella. El vacío en mi estómago se expande con rapidez. No responde a mis mensajes, ni a mis llamadas. No responde nada. Está evitándome. Y yo estoy empezando a perder la paciencia. Agarro el móvil con más fuerza y marco de nuevo.

—Coge el puto teléfono.

Su buzón de voz es el único que me responde de nuevo.

Me levanto de golpe, incapaz de estar quieto, y camino hasta el ventanal. Miro la ciudad desde arriba, ese mundo caótico y despiadado que nunca duerme, pero esta vez no encuentro el control que suelo sentir al observarlo. Ahora no me produce satisfacción ni calma, porque ahora lo único que siento es y un miedo sordo que me carcome el pecho.

Ella no entiende en qué la han metido sin ella quererlo. No sabe lo que D'Arcy es capaz de hacer. Maldigo en voz baja y marco otro número.

—Ronan, necesito que encuentres a Natalie.

—¿Dónde la viste por última vez?

—Está en Brooklyn. Trabaja en una cafetería. Voy a enviarte las fotos que recibí.

Ronan guarda silencio unos segundos antes de responder.

—¿Es D'Arcy?

—Sí.

—Voy a ocuparme de esto.

Cuelgo sin decir nada más y aprieto los puños.

No sé cómo explicarle lo que pasa sin que parezca que estoy volviéndome loco, pero esto no es paranoia. D'Arcy está jugando conmigo y acaba de subir la apuesta. Cada minuto que pasa siento que el control se me escapa de las manos.

No he estado en contacto con Natalie desde que se marchó. No me dio opción, me dejó en mi despacho con una carpeta sobre la mesa y las palabras más dolorosas que jamás había escuchado. Pero eso ahora no importa. Esto no es cuestión de orgullo. No es una maldita pelea de pareja. Es su seguridad y su vida y si tengo que quemar toda la ciudad para mantenerla a salvo, así lo haré.

Capítulo 42

Natalie

Las calles de Brooklyn están abarrotadas a esta hora de la tarde. La gente camina deprisa, algunos con la vista fija en sus móviles, otros con el ceño fruncido mientras luchan por abrirse paso entre el tráfico humano. Yo avanzo entre ellos con el abrigo bien cerrado y la bufanda ajustada hasta la barbilla.

Hoy ha sido un día largo en la cafetería. Demasiadas órdenes, demasiados clientes impacientes y un jefe que se pasa el tiempo quejándose de que la leche de avena está demasiado fría o caliente. Es un trabajo agotador, repetitivo y sin ninguna satisfacción, pero lo prefiero así. Ocupa mi cabeza y me mantiene en movimiento y, sobre todo, también me mantiene lejos de Lucke.

Ese pensamiento me golpea en mitad de la calle como un golpe seco en el estómago. Acelero el paso, hundiendo las manos en los bolsillos. No quiero pensar en él, ni tampoco recordar su voz, ni su mirada, ni cómo era el tacto de su piel contra la mía.

Debo dejar todo eso atrás y pasar página.

Me concentro en la acera, en la gente que me rodea, en el murmullo de conversaciones ajenas que se diluyen entre las bocinas de los coches y el traqueteo del metro bajo mis pies. Pero entonces, una sensación extraña me recorre la espalda, una punzada en la nuca que hace que mi piel se erice. Alguien me está mirando. Es un instinto primario, una advertencia sorda que se clava en mi pecho y me hace girar la cabeza con discreción. No veo nada extraño. Solo una multitud de desconocidos con abrigos oscuros y bufandas subidas hasta la nariz. Pero la sensación sigue ahí.

Continúo caminando. Doy un par de pasos más y, por impulso, echo otro vistazo por encima del hombro. Nada. Sacudo la cabeza, sintiéndome ridícula. Estoy paranoica. ¿Quién me iba a seguir a mí? Soy una chica más en esta ciudad inmensa, una persona irrelevante entre millones de habitantes. No soy nadie importante, ni tengo enemigos. La idea de que alguien pueda estar siguiéndome es absurda. Aun así, siento cómo mi pecho se aprieta y mis piernas se tensan, como si mi cuerpo supiera algo que mi cabeza se niega a aceptar.

Doblo una esquina y acelero el paso.

Las luces de los escaparates parpadean a los lados de la calle, proyectando sombras en los charcos que ha dejado la lluvia de la mañana. Me obligo a respirar hondo y centrarme en el sonido de mis propios pasos. Nada ha cambiado. Todo sigue igual. Pero la sensación persiste. Una vez más, miro de reojo hacia atrás. Esta vez mi estómago se contrae. Un hombre con chaqueta oscura y gorro negro está a unos metros de distancia. Podría ser casualidad. Podría ser solo otro peatón cualquiera que ha tomado la misma ruta que yo o podría no serlo.

Sigo caminando, fingiendo que no me importa, pero ahora estoy atenta. Lo noto en cerca de mí. Cada vez que giro una esquina, él también lo hace. Cada vez que me detengo frente a un escaparate, él desacelera el ritmo.

El miedo se instala en mi pecho, extendiendo sus raíces en mi piel. Vale. Esto ya no es una tontería. Aprieto los labios y acelero el paso, con el corazón golpeándome fuerte contra las costillas. Saco el móvil del bolsillo y finjo escribir un mensaje, pero en realidad activo la pantalla para ver el reflejo detrás de mí.

Sigue ahí.

Joder.

Mi respiración se vuelve superficial. Brooklyn es una ciudad segura. No es como si me hubiera metido en un callejón oscuro o en una zona peligrosa. Pero eso no significa que no haya locos o gente que se divierte acosando mujeres solas. Intento mantener la calma.

Piensa, Natalie.

Doblo otra esquina y, en lugar de seguir recto, entro en una tienda de libros usados. Camino hasta el final del pasillo y me escondo entre las estanterías, con el corazón desbocado. Cuento los segundos.

Uno.

Dos.

Tres.

Espero ver su silueta atravesando la puerta de la librería. Espero encontrarlo husmeando entre los pasillos, fingiendo que está hojeando un libro mientras me vigila de reojo. Pero nada de eso ocurre. Respiro hondo y cierro los ojos un instante. Me estoy volviendo loca. Paso una mano por mi frente y suelto una risa nerviosa.

«Estás paranoica, Natalie. Te has montado una película en la cabeza y ya está. Nadie te sigue», me digo y trato de respirar hondo para calmar mis nervios. Abro la boca para disculparme con el dependiente por haber entrado de golpe sin comprar nada, pero en ese instante mi móvil vibra en mi bolsillo. Lo saco con un movimiento torpe y veo en la pantalla que el número que me llama es desconocido. Me quedo helada. Dudo un segundo antes de descolgar.

—¿Hola?

Silencio.

Hay alguien al otro lado, pero no dice nada. El escalofrío que me recorre es inmediato.

—¿Quién es?

Nada. El sonido de mi propia respiración llena el espacio, y entonces, justo cuando estoy a punto de colgar, una voz rasposa y grave susurra:

—No deberías estar sola por la noche, Natalie. Nunca sabes quién puede estar observándote.

La llamada se corta y el móvil casi se me cae de las manos. El miedo me atrapa con garras de acero. No me lo he imaginado. No estoy paranoica. Alguien me está siguiendo y sabe mi nombre.

Capítulo 43

Lucke

D’Arcy siempre ha sido un cabrón con tendencia a morder más de lo que puede tragar. Un perro rabioso al que nunca hay que darle la espalda, porque no duda en atacar si nota algún tipo de debilidad, por pequeña que sea, en su enemigo. Y ahora cree que ha encontrado la mía.

Agarro la chaqueta del respaldo de la silla y salgo de mi despacho sin decir una palabra. Ronan me sigue de cerca, pero no pregunto si ha conseguido localizar a Natalie. Sé que la está buscando, pero yo no puedo seguir esperando. No cuando sé exactamente quién está detrás de esto.

El coche avanza por las calles de Manhattan en dirección al Bronx. D’Arcy no es estúpido. Nunca ha tenido problemas con la ley, porque sabe moverse en las sombras, manipulando a la gente adecuada y untando los bolsillos correctos. Pero no es inmortal, ni invencible, y si cree que puede joderme usando a Natalie, está a punto de descubrir que ha cometido el peor error de su vida.

El tráfico se vuelve más denso según nos acercamos a su territorio. El edificio donde tiene su despacho es un bloque de oficinas decrépito con ventanas tintadas, nada que ver con el rascacielos de Cooper Holdings. Aparentemente, es una empresa de inversiones, pero cualquiera con dos dedos de frente sabe que D’Arcy no hace negocios limpios.

Ronan se gira hacia mí cuando el coche se detiene.

—Esto no es buena idea. —me dice con un tono de voz grave —. Sabes cómo se maneja este cabrón. No le gusta que le planten

cara.

Lo miro sin expresión.

—No me gusta que amenacen a la gente que me importa.

Abro la puerta del coche y salgo sin esperar respuesta. Según me acerco a la puerta, los dos hombres apostados en la entrada del edificio me miran con atención, pero no intentan detenerme. Me reconocen. Saben quién soy. Y también saben que, si estoy aquí, es porque quiero ver a D'Arcy.

Subo en el ascensor viejo ascensor hasta la última planta. Las puertas se abren y me recibe un pasillo alfombrado en tonos oscuros. Una mujer con un vestido ajustado y gafas de montura fina me lanza una sonrisa profesional.

—El señor D'Arcy lo está esperando.

Asiento y cruzo las puertas dobles sin llamar.

El despacho de D'Arcy es más ostentoso de lo que recordaba. Tiene un enorme ventanal con vistas a la ciudad y paredes cubiertas con obras de arte demasiado caras para alguien que, oficialmente, solo gestiona inversiones.

D'Arcy está sentado detrás de su escritorio, con una copa de whisky en la mano. Su sonrisa de serpiente hambrienta y a punto de atacar me recibe antes de que pueda decir una palabra.

—Lucke Cooper en persona. Qué honor.

Cierro la puerta detrás de mí y doy unos pasos hasta quedar frente a su escritorio.

—Déjate de mierdas. —Mi tono es serio y grave—. Hablemos de negocios.

D'Arcy se recuesta en su silla y entrelaza los dedos sobre el cristal del escritorio.

—Todo lo que teníamos que hablar, ya lo hemos hablado. Me debes dinero, Cooper. Y no me gusta la gente que no paga sus deudas.

Suelto una carcajada fría al escuchar lo que acaba de decir.

—No te debo nada.

—Ese es tu problema —responde con un tono de falsa paciencia—. Crees que puedes decidir lo que debes y lo que no. Pero el mundo no funciona así.

Se levanta con calma y camina hasta un pequeño mueble lleno con botellas de licor situado a un lado de la oficina. Se sirve otro whisky con movimientos pausados, como si no tuviera prisa.

—Sabes lo que más me jode de todo esto, Lucke —dice mientras gira el vaso entre sus dedos—. Que podríamos haber sido grandes juntos. Pero tú decidiste jugar a ser un hombre de negocios recto y ahora mira dónde estás.

Lo observo en silencio. Sé que esto es parte de su estrategia. Quiere hacerme perder la paciencia y que me descontrole. Pero no voy a darle ese placer. D'Arcy se apoya en la barra y su expresión se endurece.

—Págame lo que me debes y nadie saldrá perjudicado.

—¿Y si no lo hago?

Su sonrisa se vuelve aún más cruel.

—Entonces, alguien a quien quieres lo pagará por ti.

Un fuego helado me recorre la sangre. No necesito que me diga quién es ese alguien, porque sé a quién se refiere.

—Si le tocas un solo pelo a Natalie, te juro que te enterraremos en este jodido edificio.

D'Arcy ladea la cabeza, como si estuviera considerando mis palabras.

—Te has encariñado con la chica, ¿eh? —Niega con la cabeza con una sonrisa burlona—. Creí que eras más listo que eso.

Cada músculo de mi cuerpo está tenso. Me está provocando.

—Mi paciencia se está agotando, D'Arcy.

Da otro sorbo de whisky y deja el vaso sobre la barra.

—La mía también. Así que deja de perder el tiempo y págame o atente a las consecuencias.

Nos quedamos mirándonos con los ojos inyectados en rabia. Esto no ha terminado aquí.

D'Arcy cree que tiene ventaja, pero aún no sabe con quién está jugando. Si ha decidido convertir esto en una guerra, entonces vamos a jugar con mis reglas. Sin decir una palabra más, me giro y salgo del despacho. La sangre me hierve en las venas, pero tengo

claro lo que voy a hacer. Esto no ha terminado. Apenas acaba de empezar.

Capítulo 44

Natalie

El sonido insistente de los golpes en la puerta hace que me detenga en seco en mitad del salón. Me quedo inmóvil, con el corazón latiéndome desbocado en el pecho y el aire atrapado en mis pulmones. Sé quién es. No necesito mirar por la mirilla ni preguntar. Sé que es Lucke.

Lo ha intentado todo. Llamadas, mensajes, incluso ha enviado a Ronan a la cafetería para que me dijera que necesitaba hablar conmigo, pero lo he ignorado. Me prometí que no iba a ceder. Que esta vez iba a ser fuerte. Pero ahora está aquí, en la puerta de mi apartamento, y cada golpe que da en la madera hace que mi resistencia se resquebraje un poco más.

—Natalie, abre la puerta —me exige desde el otro lado.

Me muerdo el labio con fuerza y cierro los ojos. No. No voy a hacerlo.

—No me voy a ir hasta que hablemos —añade cada vez con un tono de voz más alto.

Su voz es grave, apremiante y, por primera vez, noto algo que nunca había escuchado en él: urgencia. Pero ¿por qué ahora? ¿Por qué después de todo?

Los golpes vuelven, más fuertes esta vez.

—Natalie, joder, abre la puerta.

Un nudo se forma en mi garganta. Si no lo dejo entrar, seguirá insistiendo. Lo conozco. No se rendirá fácilmente. Su insistencia solo hará que Hellen y Everly se enteren y no quiero que se metan en esto más de lo necesario.

Con una exhalación tensa, avanzo hasta la puerta y la abro de golpe. Lucke está allí, con su abrigo negro, la mandíbula apretada y la mirada fija en mí con una intensidad que me hace estremecer.

—Tienes dos minutos —le digo, sin apartarme del marco.

Él me observa en silencio, como si estuviera intentando decidir por dónde empezar. Pero entonces, su mirada cambia y su expresión se endurece.

—Cierra la puerta y siéntate —ordena con voz baja.

Suelto una carcajada sin humor.

—No estás en condiciones de darme órdenes, Cooper. Si tienes algo que decir, dilo.

Lucke aprieta los labios y entra sin esperar invitación, cerrando la puerta tras él. Su presencia llena el espacio de inmediato, absorbiendo todo el aire de la habitación. Me cruzo de brazos y me mantengo firme.

—Tienes que irte de aquí, Natalie.

Su afirmación me toma por sorpresa. Frunzo el ceño y doy un paso atrás.

—¿Qué?

—Necesito que te marches de la ciudad unos días.

Suelto una risa seca y niego con la cabeza.

—Vaya. Esto sí que es nuevo. Primero me ignoras, luego me buscas y ahora quieres que me largue. ¿Se puede saber qué juego es este, Lucke?

Él exhala con frustración y se pasa una mano por la mandíbula.

—No es un juego. Es por tu seguridad.

Entrecierro los ojos.

—No juegues conmigo, Cooper. Yo no soy como las otras.

Lucke me mira con la mandíbula apretada y la tensión entre nosotros se vuelve sofocante.

—Lo sé.

El tono de su voz me desarma por un instante, pero me obligo a mantenerme firme.

—No voy a irme a ninguna parte. Si tienes un problema o hay algo que deba saber, dímelo. Pero no voy a desaparecer solo

porque tú lo digas.

Lucke cierra los ojos un segundo, como si estuviera debatiéndose consigo mismo. Pero cuando los abre, su mirada vuelve a ser la de siempre: fría, impenetrable y controlada.

—No puedes quedarte aquí.

Siento una punzada en el pecho.

—Entonces dime la verdad. ¿Por qué quieres que me vaya?

Lucke me observa con algo parecido a la frustración en su mirada. Pero no responde. No me da una razón. Solo se queda ahí, observándome como si estuviera atrapado en su propia maldita guerra interna y entonces lo entiendo.

No puede decírmelo. No puede decirme la verdad, porque eso significaría bajar la guardia y reconocer algo que no está preparado para aceptar.

Mis labios se curvan en una sonrisa amarga.

—No puedes hacerlo, ¿verdad? No puedes ser sincero ni por un segundo.

Lucke se mantiene en silencio y yo asiento con la cabeza, como si todo encajara por fin.

—Lo entiendo —susurro.

Doy un paso atrás y abro la puerta.

—Si no tienes nada más que decir, puedes irte.

Lucke no se mueve al instante. Me mira fijamente, como si estuviera debatiéndose entre cruzar esa puerta y dar un paso hacia mí. Pero no lo hace. Y eso es todo lo que necesito saber.

Finalmente, pasa por mi lado y sale sin una palabra. La puerta se cierra tras él con un sonido seco, como un eco final de todo lo que podría haber sido, pero nunca será.

Me quedo de pie, inmóvil, sintiendo el vacío extenderse dentro de mí. Esta vez no hay dudas ni ilusiones. Lucke Cooper nunca cambiará y yo ya no pienso esperarle.

Capítulo 45

Natalie

Las luces de la cafetería parpadean antes de apagarse por completo. Con un suspiro pesado, me cuelgo el bolso al hombro y me envuelvo en mi abrigo. Ha sido un día largo y estoy agotada. Las pocas horas que llevo durmiendo desde que dejé Cooper Holdings empiezan a hacer estragos en mi cuerpo. Aun así, me obligo a mantenerme erguida. No quiero que Everly y Hellen me vean débil cuando llegue a casa.

Echo un último vistazo al interior de la cafetería antes de girar la llave y bajar la persiana metálica con un chirrido. La calle está desierta. A estas horas, Brooklyn se convierte en un lugar extrañamente silencioso, donde las sombras parecen alargarse más de lo normal y los sonidos se amplifican en la soledad de la noche. Un escalofrío me recorre la espalda, y me ajusto mejor la bufanda alrededor de mi cuello, la temperatura ha bajado bastante a esta hora.

El sonido de mis tacones resonando sobre la acera me parece demasiado fuerte, como si fuera una llamada de atención demasiado evidente. Desde hace días tengo la sensación de que alguien me sigue, por lo que me siento estúpida por llevar unos zapatos que hacen tanto ruido cada vez que doy un paso. Me apresuro, deseando llegar cuanto antes al apartamento. Es solo cansancio, me digo. No hay nadie siguiéndome. Llevo días con esta paranoia absurda, que seguro que es un efecto residual de haber trabajado para un hombre como Lucke Cooper, donde la tensión, el control y el peligro parecían formar parte del contrato.

Cruzo la calle con el corazón acelerado. La sensación de que alguien me observa se intensifica. Trago saliva e intento ignorarlo. Mis pasos se vuelven más rápidos, pero cuando llego a la esquina y giro, una sombra se mueve al final del callejón, que me hace detenerme en seco.

«No puede ser. No hay nadie. No hay nadie», me repito intentando acompasar mi respiración cada vez más agitada, aunque el nudo en mi estómago me dice lo contrario.

Apresuro el paso sin atreverme a correr. Si corro, si muestro pánico, le daré la razón a esa sensación horrible, que habita dentro de mi cabeza, y que me repite una y otra vez, que algo está a punto de suceder. La adrenalina me hormiguea bajo la piel, y mi respiración está cada vez más agitada.

Estoy a dos calles de casa. Solo dos calles.

El sonido de unos pasos apresurados resuena tras de mí. Mi sangre se hiela. Muevo los labios en silencio, intentando tranquilizarme, pero es imposible. Alargo la mano para coger el teléfono, pero justo cuando lo saco del bolso, una mano grande y fuerte me agarra del brazo y tira de mí con brutalidad. Un grito queda ahogado en mi garganta cuando algo se estampa contra mi cara. Un pañuelo. Un olor dulzón y denso me invade. Intento patalear, arañar, luchar con todas mis fuerzas, pero otra mano me atrapa de la cintura y me levanta del suelo como si fuera de trapo.

La furgoneta está aparcada junto a la acera. La puerta trasera se abre de golpe. Intento gritar, pero el pañuelo empapado en químicos, que tengo la sensación de que me van a asfixiar, me nubla la mente. Unos brazos me empujan al interior y mi espalda golpea contra el suelo metálico. Me retuerzo, lanzo golpes al aire, pero unas rodillas me sujetan con fuerza mientras unas cuerdas gruesas apresan mis muñecas.

No. No, no, no.

Mis piernas también son inmovilizadas, y la sensación de estar atrapada en un caparazón de angustia se intensifica. Intento respirar, pero el pañuelo sigue pegado a mi nariz, llenándome los pulmones de un vapor dulzón que me marea.

Mi visión se vuelve borrosa.

La última imagen que capto antes de que todo se oscurezca es la de un par de ojos gélidos mirándome desde la penumbra. Y después, nada más.

Capítulo 46

Natalie

Despierto con la boca seca y un dolor punzante en la sien, que parece partirme el cráneo en dos. Un zumbido retumba en mis oídos, ensordecedor, como si me hubieran sumergido bajo el agua y todo lo que ocurre a mi alrededor llegara distorsionado, lejano e irreal. Intento abrir los ojos, pero la oscuridad es casi absoluta. Apenas un tenue resplandor se filtra por las rendijas de una puerta al otro lado de la habitación.

Intento moverme y un ardor lacerante me sacude los brazos. Las cuerdas me muerden la piel de las muñecas con tal brutalidad, que noto el pulso latiendo con violencia bajo la presión del nudo. Están tan apretadas que apenas puedo sentir mis dedos. Intento flexionar las piernas, pero los tobillos también están atrapados. La sensación de inmovilidad me golpea como un muro de plomo. Mi pecho sube y baja con dificultad. El aire es espeso, cargado de humedad y un hedor agrio y rancio.

Abro la boca, pero mi garganta está tan seca, que apenas logro emitir un gemido ahogado. La claustrofobia se cierne sobre mí como un monstruo invisible que me aprieta el pecho.

—¡Ayuda! —logro gritar, pero mi voz suena débil, rota. —¿Hay alguien ahí?

El eco de mi propio miedo me devuelve el sonido. Nada más. No hay pasos, ni voces. Solo un silencio que me estrangula. Cierro los ojos e intento no hiperventilar.

Piensa, Natalie. Piensa.

Me obligo a recordar. La imagen de una furgoneta blanca destella en mi mente. Unas manos grandes sujetándome con fuerza. Un olor dulzón del pañuelo que me cubrió la boca y la nariz. El metal frío contra mi espalda cuando me lanzaron al suelo de la furgoneta como si fuera un objeto sin valor.

¿Quién me ha secuestrado? ¿Por qué?

Lucke. Su nombre golpea mi mente con la fuerza de un trueno. Él debe estar buscándome. Él no permitiría que me hicieran daño. Pero... ¿Y si no lo sabe? ¿Y si cree que simplemente me he ido? ¿Y si nadie me encuentra?

El terror se instala en mis entrañas. La boca me sabe a miedo.

Un sonido sordo interrumpe mis pensamientos. Un crujido. Me quedo inmóvil, mi corazón retumba con tanta violencia dentro de mis costillas que duele. La luz del pasillo se filtra en un destello pálido cuando la puerta se entreabre con un chirrido que me hiela la sangre. Mi cuerpo entero se tensa. Una sombra alargada se proyecta en el suelo es la silueta de un hombre.

Intento tragar saliva, pero mi garganta es un desierto. Me esfuerzo en controlar los temblores que recorren mi cuerpo. Aprieto las mandíbulas para no dejar escapar el grito que amenaza con abrirse paso.

El hombre entra, avanzando con paso seguro y pausado. Su rostro se mantiene oculto en la penumbra, pero su presencia es imponente y letal.

—Buenos días, preciosa.

Su voz es un veneno que repta bajo mi piel, como un cuchillo que se desliza despacio, asegurándose de que cada segundo sea una tortura. El miedo me paraliza y mis pulmones se aprietan con un espasmo doloroso. Y, en este instante, comprendo que esto es solo el principio.

Capítulo 47

Lucke

El teléfono vibra sobre la mesa con un zumbido corto, casi imperceptible, pero lo suficiente para hacerme alzar la mirada de la pantalla del portátil. Es tarde. Demasiado tarde para que alguien me llame sin motivo y algo en mi interior se crispa.

Tomo el móvil y observo el número desconocido que parpadea en la pantalla. Contesto sin vacilar.

—Cooper.

Al otro lado de la línea solo escucho silencio. Me pongo en pie de inmediato, al notar un hormigueo incómodo que me recorre mi espalda. Luego, una voz distorsionada e impersonal, me golpea de lleno.

—La tenemos.

Al escuchar esas dos palabras tengo la sensación de que me falta el aire. Me quedo quieto, completamente rígido y mi instinto se activa al instante.

—¿De qué coño hablas? —gruño, con la mandíbula tensa.

—Si quieres volver a ver a tu asistente, tienes que pagar tres millones de dólares. En efectivo. No juegues con nosotros, Cooper.

El corazón me late con fuerza, pero mi voz se mantiene firme.

—Necesito una prueba de que la tenéis y de que está bien.

Silencio. Solo se escucha una respiración controlada al otro lado. Me humedezco los labios y aprieto el móvil con tanta fuerza que los nudillos se me ponen blancos. La idea de que Natalie esté en manos de estos hijos de puta me enciende la sangre.

—No soy idiota. No muevo ni un solo dólar hasta que me demostréis que está viva —espetó con frialdad.

La llamada se corta.

El pitido seco resuena en mis oídos, pero no tengo tiempo para perderlo en el eco del vacío. Mi mente trabaja deprisa, organizando las piezas de este rompecabezas con la rapidez de un depredador acorralado. Tomo el teléfono y marco de inmediato.

—Ronan, necesito que rastrees una llamada entrante a mi móvil. Número desconocido. Quiero saber quién es y desde dónde ha llamado en menos de cinco minutos.

—¿Problemas?

—Han secuestrado a Natalie.

El silencio al otro lado dura una fracción de segundo antes de que Ronan responda con la frialdad que lo caracteriza.

—Voy para allí.

Cuelgo y me obligo a respirar hondo, aunque mi cuerpo ya está en alerta máxima. Camino hacia la pared de cristal de mi despacho y miro la ciudad iluminada bajo mis pies. No hay tiempo para pensar, solo para actuar.

El pánico quiere abrirse paso, pero lo aplasto con la disciplina que he cultivado toda mi vida. Esto no va a quedar así. Me prometo que encontraré a Natalie. Y cuando lo haga, haré que esos cabrones deseen no haber nacido.

El teléfono vuelve a vibrar en mi mano, pero esta vez el número es de Ronan.

—Dime que tienes algo.

—La llamada fue enmascarada, pero hemos detectado un punto de origen en las afueras de la ciudad, en un polígono industrial abandonado. No es una localización exacta, pero es lo más cerca que podemos estar ahora mismo.

—Manda a tu equipo. Quiero ojos en ese sitio en diez minutos.

—Ya están en camino. Pero, Lucke, si van a pedir un rescate, no la soltarán con facilidad.

Aprieto la mandíbula. La imagen de Natalie atada y asustada, me quema por dentro. No voy a dejarla en manos de esos

bastardos. No me importa lo que tenga que hacer.

—Si creen que esto se va a resolver con dinero, se han equivocado de hombre.

—¿Qué vas a hacer?

Miro la hora. Tengo mi *jet* privado listo en todo momento. Mi red de contactos es extensa y tengo recursos que no conocen.

—Voy a cazar a estos cabrones. Y cuando los encuentre, desearán haber muerto antes de ponerle una mano encima a Natalie.

Capítulo 48

Natalie

Las voces al otro lado de la puerta son un murmullo bajo, apagado por la gruesa madera que me separa del mundo exterior. Intento descifrar lo que dicen, pero mi cabeza late con tanta fuerza que cada palabra se entremezcla con el dolor punzante de mi sien. No sé cuánto tiempo he estado aquí. Horas, quizá un día entero. La oscuridad que me envuelve es absoluta, opresiva, y el aire es denso, cargado de humedad y un hedor metálico que me revuelve el estómago.

El crujido de la cerradura me hiela la sangre y mi cuerpo entero se tensa. Me obligo a respirar hondo, pero la ansiedad se enreda en mi pecho como una serpiente aferrándose a su presa. La puerta se abre con un chirrido prolongado y la luz del pasillo se filtra débilmente, suficiente para que mis ojos, acostumbrados a la penumbra, se vean obligados a parpadear varias veces para adaptarse. Poco después, veo una figura alta y corpulenta en el umbral. Su silueta me impone en alerta antes incluso de verle la cara.

—Vamos —ordena con voz ronca.

Mi cuerpo se niega a moverse. El instinto me grita que no debo obedecer, que cualquier cosa que me espere fuera de esta habitación es peor que el encierro. Me pego a la pared como si eso pudiera protegerme, pero la sombra avanza sin piedad hasta mí. Unas manos ásperas me agarran del brazo y me arrancan de mi rincón con violencia.

—¡Suéltame! —grito al notar el tirón.

Me retuerzo, intento arañarle el brazo, patearle la pierna, cualquier cosa que me dé una mínima oportunidad de huir. Mi resistencia parece divertirle, porque suelta una risa seca antes de estrechar su agarre hasta que siento los huesos crujir bajo su mano.

—Tienes agallas, pero te aseguro que no te servirán de nada aquí.

Me arrastra fuera de la habitación con facilidad. El suelo está frío bajo mis pies descalzos, el pasillo estrecho y de paredes grises me resulta aún más asfixiante que la celda en la que me tenían. La angustia me golpea con más fuerza cuando veo a otro hombre esperándonos más adelante. Es más delgado que el primero, pero la expresión de su rostro me hiela más que el aire viciado de este lugar.

—Ya era hora —masculla con impaciencia.

El corpulento suelta una carcajada.

—Se ha resistido. Parece que no sabe cómo funcionan las cosas.

—Pues que aprenda.

No tengo tiempo de reaccionar. Un golpe seco me sacude la cabeza con tal violencia que mi rostro se vuelve hacia un lado. Un latigazo de dolor me atraviesa la mejilla antes de que el ardor se instale en mi piel. Me tambaleo, mareada. Un sabor metálico inunda mi boca antes de que la primera gota de sangre resbale por mi labio partido.

Los dos hombres me observan, esperando una reacción. No les daré la satisfacción de verme llorar, aunque mi cuerpo entero tiemble de rabia y miedo. Me paso la lengua por el corte, sintiendo el escozor del contacto.

—¿Ya estás lista para portarte bien? —pregunta el más delgado con una sonrisa cruel.

No le respondo. No porque no quiera, sino porque el odio me ha dejado sin palabras.

Me obligan a caminar por el pasillo con pasos torpes, empujándome sin miramientos cada vez que intento retrasarme. El dolor en la

cabeza sigue punzando con cada latido, pero no me permito pensar en ello. Mi mente está centrada en lo que pueda suceder a continuación. No me llevan de vuelta a la celda, sino a otra habitación.

La puerta se abre con un chirrido y me lanzan dentro. Tropiezo, pero consigo mantener el equilibrio. Un golpe seco resuena cuando cierran la puerta tras de mí. La estancia es más grande que la celda donde me habían tenido, pero sigue siendo lúgubre, con paredes de hormigón desnudas y una única silla en el centro. Frente a mí, una cámara está montada sobre un trípode. Mi estómago se revuelve.

—Siéntate —ordena una voz.

No me muevo. Sé lo que quieren. Y sé que, si cedo, será solo el principio. El hombre más delgado, el que me golpeó antes, da un paso adelante y me agarra del brazo con fuerza. Su aliento apesta a tabaco y a algo rancio.

—Te conviene cooperar, preciosa. No querrás que las cosas se pongan difíciles, ¿verdad?

Me resisto, pero su fuerza es mayor. Me empuja hasta la silla y me obliga a sentarme. La madera cruje bajo mi peso. Un escalofrío me recorre la espalda cuando veo al otro hombre encender la cámara.

Otro, que parece el jefe de todos, se acerca con una expresión que me hiela la sangre. Sus ojos fríos recorren mi rostro con diversión antes de hablar.

—Vas a hacer exactamente lo que te digamos. Vas a mirar a la cámara y vas a decirle a tu querido Lucke que nos pague tres millones si quiere verte de una pieza. ¿Entendido?

Escupo la sangre que aún tengo en la boca al suelo y le sostengo la mirada.

—Vete al infierno.

Su sonrisa se ensancha. Sabe que esto le divierte, que disfruta con mi resistencia. Se inclina hacia mí para hablarme con un tono bajo de voz.

—Si sigues así, vamos a tener que buscar maneras más creativas de hacerte hablar.

Mis manos se aferran a los bordes de la silla. La amenaza se clava en mi piel como una garra invisible. El jefe me observa unos segundos, como si disfrutara viéndome sopesar mis opciones, hasta que decide continuar.

—Podría ser peor. Podríamos grabar otro tipo de vídeo. Uno que Lucke tampoco quiera ver, pero que le dolerá mucho más. Y a ti, ni te cuento.

El asco y el miedo se mezclan en mi interior como veneno. Aprieto los dientes, porque sé que no están bromeando y estoy convencida de que lo harían sin dudar. No tengo opción.

Con una mueca de desprecio, fijo la mirada en la lente de la cámara cuando el hombre delgado se coloca detrás y le da al botón de grabar.

—Dilo. Y sonríe —susurra el jefe.

Mi voz sale áspera, temblorosa, pero consigo mantenerla firme.

—Lucke… estoy bien. Me tienen aquí y quieren tres millones de dólares. Si los pagas, me soltarán.

No es una súplica, pero tampoco un desafío. Solo la verdad que quieren oír. La cámara se apaga y el jefe asiente con satisfacción y se vuelve hacia el otro hombre.

—Mándaselo. Quiero que lo vea cuanto antes.

La rabia arde bajo mi piel mientras los observo salir de la habitación. Sé que esto no ha terminado y que es solo el principio de un infierno mucho peor.

Me quedo quieta en la silla mientras los pasos de los hombres se alejan por el pasillo, después de haberme encerrado de nuevo. El silencio que dejan tras de sí no me reconforta, al contrario. Es opresivo, cargado de una tensión que me hace sentir atrapada en una pesadilla de la que no puedo despertar.

La realidad me golpea con la misma violencia. Estoy sola. De nuevo en esta habitación helada y gris, con el eco de sus amenazas aún resonando en mi cabeza. Las palabras del que parecía el jefe se repiten sin cesar: Lucke está involucrado. Esto es por él. No me lo

puedo creer. Aprieto los puños sobre mis muslos, sintiendo la rabia subir por mi garganta como un grito ahogado. ¿Cómo he acabado aquí? ¿Cómo he permitido que mi vida gire en torno a ese hombre, a sus sombras y a su peligroso mundo?

El pecho se me encoge y la angustia me rompe por dentro. No debería haberlo conocido, ni debería haber aceptado trabajar en Cooper Holdings, ni haber permitido que me arrastrara a su vida, ni tampoco que me deslumbrara con su presencia y con su manera de mirarme como si fuera suya.

Una lágrima tibia se desliza por mi mejilla, siguiendo la línea de la sangre seca de mi labio partido. Luego otra y otra. Hasta que mi capacidad para contener las lágrimas se desmorona y el llanto me sacude entera. Un sollozo desgarrador se me escapa antes de poder morderme el labio para contenerlo. La desesperación me inunda y ya no hay vuelta atrás.

Me muerdo la manga de la blusa para ahogar mis gritos y cierro los ojos con fuerza, como si así pudiera bloquear el dolor y la impotencia que me invaden. Pero es inútil. El pánico me embarga y las lágrimas siguen cayendo, empapando el tejido gastado de la camisa.

Me abrazo a mí misma, encogiéndome sobre la silla como si pudiera desaparecer dentro de mi propio cuerpo. Maldita la hora en que me crucé con Lucke Cooper. Desde el momento en que supe de su existencia, mi vida no ha sido más que un torbellino de caos y peligro. No me ha provocado más que problemas, miedos y ahora esto.

¿Y si no salgo de aquí? ¿Y si esta es la última vez que pienso en él y que lo culpo por todo lo que me está pasando?

El miedo se mezcla con la rabia, porque, a pesar de todo, una parte de mí sigue esperando a que Lucke haga algo. Que me encuentre. Que me saque de aquí. Y me odio por ello.

Capítulo 49

Lucke

El teléfono vibra sobre la mesa y su zumbido resuena en la habitación como un presagio de muerte. Miro la pantalla y veo que aparece un número desconocido en ella, que me hace una videollamada, y no dudo en responder.

—¿Qué quieres? —gruño con la mandíbula tensa.

El silencio que sigue es peor que cualquier amenaza. Unos segundos después, el vídeo comienza. La pantalla se ilumina con una imagen que hace que mi estómago se hunda hasta el infierno.
Natalie.
Atada a una silla, con el labio partido y la mejilla enrojecida por el golpe. Sus ojos, normalmente llenos de luz, reflejan miedo y dolor. Detrás de ella, un hombre con una máscara negra la vigilas, como si disfrutara de su vulnerabilidad. Me cuesta respirar. Una presión invisible me oprime el pecho y siento que el suelo bajo mis pies se abre en una grieta insondable.

—Lucke… estoy bien. Me tienen aquí y quieren tres millones de dólares. Si los pagas, me soltarán. —Su voz suena temblorosa, como si cada palabra le pesara.

La imagen se congela y el vídeo termina y también la llamada.
En ese instante, no respiro, ni pienso, ni siento nada más que un vacío absoluto que me devora desde dentro. El móvil se me resbala de la mano y cae sobre la alfombra sin que me moleste en recogerlo. Mis pulmones no funcionan. La presión en el pecho aumenta, clavándose como una daga en mi esternón. Intento tomar

aire, pero no lo consigo. La habitación se encoge, el aire se vuelve irrespirable y las luces parecen parpadear como si todo el mundo a mi alrededor estuviera a punto de colapsar.

Un rugido de pura desesperación me arranca del letargo. Me llevo las manos a la cabeza y cierro los ojos con fuerza, tratando de encontrar un ancla, algo que me saque de este abismo en el que caigo sin control. Pero no hay nada.

La imagen de Natalie sigue grabada en mi retina, como si me hubieran tatuado su dolor directamente en el alma. Me apoyo contra la pared y noto cómo los latidos de mi corazón golpean con una violencia insoportable. Nunca he sentido algo así. Siempre he controlado mi vida con mano de hierro, siempre he ido con un paso por delante y con un plan claro y diseñado previamente. Pero ahora… Ahora estoy perdido.

El miedo es un animal salvaje que me destroza desde dentro. Si le hacen daño… Si no la recupero…

La idea me sacude de tal forma que mi cuerpo se rinde. Caigo de rodillas en el suelo y mis manos temblorosas me sujetan sobre la alfombra, mientras intento recuperar el control de mi respiración. Pero es inútil. El pánico me atenaza la garganta, me asfixia y me retuerce. Aprieto los dientes con tanta fuerza que la mandíbula me cruje.

Levanto la cabeza con los ojos inyectados en furia y recuerdo la imagen de Natalie… Esto no es un problema, esto es una guerra.

Me encierro en mi ático con el aliento contenido, las manos crispadas y el pulso desbocado. Cierro la puerta con un golpe seco y camino directo al mueble bar. El cristal de las botellas brilla bajo la tenue luz de la estancia, tentador y cruel. No suelo recurrir al alcohol para ahogar las penas. No lo necesito. Pero ahora… ahora sí.

Tiro del tapón de la botella de whisky con un movimiento brusco, sin molestarme en servirlo en un vaso. Bebo directamente de la botella y el líquido abrasador me rasga la garganta, pero no me detengo. Siento el ardor expandirse por mi pecho, confundiéndose con la ira, el miedo y la impotencia que me devoran

por dentro. Camino de un lado a otro, con la mandíbula tensa y la mirada clavada en la ciudad que se extiende bajo mis pies. Nada me parece suficiente. Nada alivia el nudo que me oprime el pecho.

Con un rugido gutural, lanzo la botella contra la pared. El estallido del cristal me produce un extraño alivio. Pero no es suficiente, nunca es suficiente. Empujo la mesa con violencia y los objetos que reposaban sobre ella caen al suelo con un estrépito que resuena en el ático vacío. No me detengo. Golpeo la pared con el puño hasta que los nudillos se me desgarran y la sangre resbala por mi piel.

El eco de mi respiración entrecortada llena el espacio. Me apoyo en la pared, sintiendo el dolor latente en las manos. Pero no es nada comparado con lo que arde en mi interior. Cierro los ojos y, de repente, no estoy aquí. Estoy en otro sitio y en otro momento.

El recuerdo me llega con la fuerza de un golpe seco en el estómago. Veo a mi madre haciendo la maleta con manos temblorosas. La observo desde la puerta, con el corazón en un puño, incapaz de comprender lo que ocurre.

—Mamá… ¿a dónde vas? —pregunto con un hilo de voz.

Ella se detiene un instante, como si dudara. Pero no gira la cabeza para mirarme y continúa guardando su ropa con movimientos frenéticos.

—Tengo que irme, Lucke.

Mis pequeñas manos se aferran al marco de la puerta con desesperación.

—Pero… ¿por qué?

El silencio es ensordecedor. Finalmente, se gira y veo sus ojos, los mismos que me han mirado con ternura toda mi vida y en ese momento solo reflejan cansancio y resignación.

—Porque no puedo quedarme aquí más tiempo.

Y entonces se va. Sin mirar atrás ni despedirse.

El niño que fui se queda en el umbral de la habitación, con el estómago vacío y el pecho oprimido por una sensación desconocida hasta ese momento, pero que, a partir de ese instante, será una constante en su vida: el abandono.

Vuelvo al presente de golpe, con el aliento acelerado y los puños cerrados. Me paso una mano por la cara, tratando de alejar la imagen de mi madre desapareciendo por la puerta, pero es inútil. El miedo que sentí entonces es igual al que me devora ahora. El mismo vacío y la misma impotencia. La única diferencia es que, esta vez, no soy un niño y puedo hacer algo al respecto y lo voy a hacer, cueste lo que me cueste.

Las luces de la ciudad titilan a través del ventanal, pero no las veo. Estoy atrapado en el eco de mi propia desesperación, en la rabia que me consume y en la impotencia que me está matando. El whisky arde en mi garganta, pero no es suficiente para apagar el fuego que me quema por dentro.
Natalie.

Ella es lo único que ocupa mi cabeza. Su voz temblorosa en el vídeo, la forma en la que intentó que su voz sonara fuerte, a pesar del miedo evidente en sus ojos. Ese miedo que ahora me destroza por dentro. Mi teléfono sigue en el suelo, con la pantalla apagada, como si fuera un objeto inútil. Porque lo es. No me sirve para nada si no puedo usarlo para traerla de vuelta.
Los nudillos me laten con un dolor sordo. La sangre resbala por mis dedos y gotea sobre la alfombra, pero no me importa. Me apoyo en la pared con la respiración pesada, intentando recomponerme, pero no lo consigo, porque nada me calma. Entonces, la puerta del ático se abre de golpe y Ronan entra sin pedir permiso. No me molesto en girarme. Sé que me ha estado buscando desde que dejé de responder las llamadas.

—Joder, Lucke… —exhala, cerrando la puerta tras él—. Me ha costado encontrarte.

No respondo. Me quedo de espaldas a él, mirando la ciudad como si en alguna parte de ese maldito horizonte pudiera encontrar la respuesta a esta mierda. Escucho sus pasos acercándose y después su voz, más baja y firme.

—No puedes hacer esto.

Su tono es tan seco y tajante que me obliga a girar la cabeza. Lo miro con los ojos encendidos de furia, pero él no retrocede. Me sostiene la mirada con una calma tensa que solo consigue cabrearme más.

—¿Qué cojones se supone que tengo que hacer, Ronan? —gruño con la voz rasposa.

—Pensar —responde sin dudar—. Porque si sigues dejándote llevar por esto, por la rabia, por el miedo… la perderás.

Me acerco a él con pasos pesados, como un animal acorralado.

—Si no hago algo, ya la habré perdido —escarbo las palabras desde el fondo de mi garganta—. No puedo quedarme aquí sentado mientras D'Arcy la tiene en sus manos.

Ronan aprieta los labios en una línea fina.

—Lo sé. Pero si actúas sin cabeza, si te precipitas… puedes hacer que no vuelva.

Mis dientes rechinan al escucharle y me paso una mano por el pelo, empapado en sudor.

—D'Arcy cree que me tiene contra las cuerdas.

—Porque lo estás —me interrumpe Ronan, sin rodeos—. Y él lo sabe.

Ambos nos quedamos en silencio durante unos segundos.

—Escúchame, Lucke. Conozco este mundo tan bien como tú. He visto a cabrones como D'Arcy jugar con la gente, apretarles hasta que ya no pueden más. Pero lo que él no sabe es que tú no eres como los demás.

Suelto una risa sin humor.

—¿Y qué se supone que significa eso?

Ronan me observa un instante y luego cruza los brazos.

—Significa que él piensa que va a ganar, pero no tiene ni puta idea de hasta dónde estás dispuesto a llegar por ella.

Su declaración me golpea con fuerza directamente en medio del pecho.

—No puedo perderla —susurro, con la voz rota—. A ella no.

Ronan asiente, como si esperara escuchar esas palabras de mi parte.

—Entonces, cálmate. Y actúa con cabeza.

Respiro hondo, pero el aire me duele al entrar en mis pulmones.

—¿Qué tienes? —pregunto con la voz algo más firme.

Ronan saca su móvil y me muestra una imagen de una nave industrial.

—Hemos rastreado la llamada y creemos que la tienen aquí.

Mis músculos se tensan.

—¿Creéis?

—Estamos seguros en un noventa por ciento. Pero no podemos entrar ahí sin un plan.

Me acerco a él, tomando el teléfono con fuerza.

—Vamos a traerla de vuelta.

Ronan asiente y se gira hacia la puerta.

—Entonces será mejor que empecemos ahora.

No dudo ni titubeo. Porque no importa lo que cueste, Natalie va a volver conmigo. Y si tengo que destruir a D'Arcy para lograrlo, lo haré sin pestañear.

Capítulo 50

Lucke

El rugido del motor llena el silencio del interior del coche mientras avanzamos a toda velocidad por la autopista. Afuera, la ciudad sigue con su ritmo indiferente, sin saber que esta noche se convertirá en un campo de batalla. En el asiento del copiloto, Ronan revisa el plano de la nave industrial donde tienen a Natalie. Su expresión es tensa, concentrada, como siempre cuando estamos a punto de meternos en la boca del lobo.

—Nuestros hombres ya están posicionados alrededor del edificio —informa sin apartar la mirada de la tableta que tiene entre las manos—. Hay dos vigilantes en la entrada principal y otros dos en la parte trasera. Según la información que hemos conseguido, D'Arcy tiene al menos a cinco hombres dentro.

Cinco hombres. Podrían ser diez o veinte, y me daría igual. Voy a sacarla de ahí.

—¿Cámaras? —pregunto con voz grave, sin apartar la vista de la carretera.

—Un par en la entrada y otras dos en el interior. Tenemos a nuestro hacker trabajando en cortarlas en cuanto demos la orden.

Asiento en silencio. Mi mente ya está trabajando en todas las posibilidades y las maneras en las que esta operación puede salir mal.

—Nosotros entramos por delante —añado con tono decidido —. Quiero que dos hombres cubran la salida trasera por si intentan moverla.

Ronan asiente, pero sé que no le gusta la idea de que yo vaya al frente.

—Podrías quedarte en la segunda línea —sugiere con un tono cuidadosamente neutral—. Coordinar desde afuera y asegurarte de que todo sale según el plan.

Le dedico una mirada de advertencia.

—No voy a quedarme en un puto coche, mientras tienen a Natalie dentro.

Él suelta un suspiro y sacude la cabeza con resignación. Sabe que no va a convencerme de lo contrario.

—Bien —cede—. Pero vamos a hacerlo con cabeza. Si nos precipitamos, pueden hacerle daño antes de que lleguemos a ella.

Mis manos aprietan el volante con tanta fuerza que los nudillos se me tensan. Solo imaginar lo que acaba de decir Ronan hace que la sangre me hierva en las venas.

—No van a tener la oportunidad —gruño.

El coche se detiene en una calle oscura, a unas manzanas del punto de encuentro. Bajo sin esperar a que Ronan diga nada y camino con pasos firmes hacia el equipo que nos espera. Tengo que controlarme. No puedo dejar que la rabia me ciegue, porque esto no es venganza, es un rescate.

Uno de los hombres de seguridad me acerca un chaleco antibalas. Me lo pongo sin decir palabra mientras los demás repasan el plan. La tensión en el aire es más que evidente, como la calma antes de la tormenta.

—Entramos en tres minutos —nos advierte Ronan mientras revisa su reloj—. ¿Todos listos?

Los murmullos de afirmación resuenan en la oscuridad. Cierro los ojos un segundo, inhalo profundamente y dejo que la ira se convierta en mi combustible.

«Voy a por ti, Natalie», me digo.

La cuenta regresiva en mi reloj llega a cero. Ronan hace una señal con la cabeza y el equipo se mueve en silencio hacia la nave. El aire está cargado de una electricidad que eriza la piel. Todos sabemos

que este tipo de operaciones pueden salir mal en un segundo, pero eso no va a detenerme.

Apenas el primer guardia se gira, Ronan lo reduce con un golpe seco en la nuca. Su cuerpo cae al suelo con un susurro amortiguado y el equipo se mueve con precisión quirúrgica. Nos acercamos a la puerta lateral mientras el hacker corta la alimentación de las cámaras. En menos de cinco segundos, estamos dentro.

El interior de la nave está envuelto en sombras, con el tenue resplandor de unas pocas bombillas parpadeantes. Me muevo pegado a la pared, con el arma lista en la mano y los latidos golpeándome el pecho.

Y entonces la oigo, es la voz de Natalie, en un murmullo ahogado, apenas un susurro, pero suficiente para hacer que mi sangre hierva. Está cerca. Mi mandíbula se tensa mientras escaneo la nave con la mirada. A unos metros, un pequeño cuarto iluminado con un neón viejo. Me muevo con sigilo, pero la rabia me consume.

Dos de los hombres de D'Arcy están apostados en la entrada. El primero cae con un disparo limpio en la pierna y antes de que el segundo pueda reaccionar, Ronan lo inmoviliza, retorciéndole el brazo con un chasquido brutal. Empujo la puerta de golpe y la veo. Está atada a una silla, con la mejilla marcada por los golpes y los labios entreabiertos por el cansancio. Su respiración es rápida y su mirada brilla con alivio y desesperación al mismo tiempo cuando me ve.

—Lucke… —su voz es apenas un jadeo.

Doy un paso al frente, pero el sonido de un clic metálico me detiene.

—Vaya, vaya… Qué escena más conmovedora.

D'Arcy está apoyado contra la pared, con una pistola apuntando directamente a la cabeza de Natalie. Su expresión es de una satisfacción venenosa, como si disfrutara del poder que tiene en este momento.

—Suelta el arma —gruño con los dientes apretados.

Él sonríe con desdén.

—¿Y perder mi única ventaja? No me hagas reír, Cooper.

Mis manos se tensan en torno a la pistola. Sé que, si disparo ahora, hay una posibilidad de que él también lo haga y no puedo arriesgarme. No con Natalie en medio.

—No tienes escapatoria, D'Arcy —digo en voz baja, intentando contener mi furia—. Mis hombres han tomado la nave. No tienes salida.

—Siempre hay una salida —responde con una media sonrisa y veo cómo su dedo roza el gatillo y mi pulso se acelera.

Natalie cierra los ojos, su respiración temblorosa. No, joder. No voy a permitirlo.

En un solo segundo, Ronan se mueve detrás de D'Arcy, pero el cabrón es rápido. Gira la pistola, apuntando hacia mí.

No pienso.

No dudo.

Disparo y un sonido ensordecedor llena el lugar.

D'Arcy cae de rodillas, con la pistola resbalando de su mano. Su rostro se contorsiona de dolor mientras presiona su abdomen con los dedos manchados de sangre. Camino hacia él con pasos lentos y con la furia goteando de cada uno de mis movimientos. Me agacho, lo agarro por el cuello de la camisa y lo acerco a mí.

—Si vuelves a acercarte a Natalie… —mi voz es un susurro letal y cada una de mis palabras está impregnada de una amenaza palpable—. Te juro que no vivirás para arrepentirte.

D'Arcy me escupe sangre en la mejilla y suelta una risa ronca.

—Siempre fuiste un jodido sentimental…

Le estampo la cabeza contra el suelo con un golpe seco y su cuerpo cae inerte, apenas consciente. No me importa. No quiero perder ni un segundo más con él. Me giro y corro hacia Natalie.

Sus ojos están llenos de lágrimas cuando corto las cuerdas que la atan. En cuanto sus muñecas quedan libres, se lanza contra mi pecho y yo la rodeo con mis brazos con fuerza, sintiendo su cuerpo temblar contra el mío.

—Estoy aquí, cariño… Estoy aquí… —murmuro contra su cabello, sin importarme que el resto del equipo nos mire.

Por primera vez en mi vida, el miedo que he sentido hasta este instante se disipa. Porque ella está aquí, conmigo y no pienso permitir que jamás dejaré que nada ni nadie la toque.

Capítulo 51

Natalie

El silencio en la habitación es denso, como un peso invisible que oprime el aire. La única luz proviene de la lámpara de la mesilla. Estoy sentada en la cama, rodeando con mis brazos mis piernas dobladas mientras intento encontrar consuelo en la calidez de mi propio cuerpo. Pero no lo consigo, porque ahora ya no hay nada que me haga sentir segura como antes. Continúo sintiendo la presión de las cuerdas en mis muñecas, las ataduras en los tobillos y el frío de la silla de metal contra mi piel. Cierro los ojos con fuerza, esperando que, al hacerlo, las imágenes desaparezcan, pero no lo hacen. Los susurros siguen ahí, igual que las risas burlonas de mis captores aún siguen resonando dentro de mi cabeza, igual que lo hacen la impotencia, el miedo y la sensación de que todo iba a terminar mal en cualquier momento.

Sacudo la cabeza, intentando alejar esos recuerdos, pero la angustia se aferra a mí como una segunda piel. En ese momento, el sonido de unos golpes en la puerta me hace levantar la vista y me tenso de inmediato. Sé quién es, sin necesidad de comprobarlo. Sé que es él, Lucke.

Ha intentado hablar conmigo desde que Ronan y su equipo me sacaron de aquella maldita nave, pero me he negado. No he querido verlo, ni escuchar su voz, porque sé que en cuanto lo haga, todo se romperá dentro de mí.

—Natalie… —me dice en un susurro, como si temiera que alzando la voz fuera a desaparecer en cualquier momento.

Cierro los ojos con fuerza. No lo hagas. No lo escuches. No caigas.

—Vete, Lucke —susurro, sin girarme para mirarle.

Siento su respiración pesada desde la puerta y sé que no se va a mover de ahí.

—No me voy a ir.

Mi mandíbula se tensa.

—No tienes derecho a estar aquí.

—Por supuesto que lo tengo.

Su voz es firme, pero hay algo más en ella que no suele mostrar: desesperación. Suelto una risa amarga al escucharlo y me giro lentamente para mirarlo y entonces lo veo. Lucke está ahí, en el umbral de la puerta, con la ropa arrugada y el rostro marcado por el cansancio. Tiene los nudillos vendados y una sombra oscura bajo los ojos, como si no hubiera dormido en días. Pero lo que más me afecta es ver su expresión. Siempre ha sido un hombre que proyecta una imagen de fuerza, control y superioridad. Ahora, en cambio, parece... perdido y eso me enfurece.

—¿Crees que con venir aquí y poner esa cara de mártir voy a perdonarte? —le espeto con voz cortante.

Lucke aprieta los labios y avanza un paso dentro de la habitación.

—No he venido a pedir perdón. He venido porque necesito verte.

Mi pecho se contrae con rabia.

—¿Porque tú lo necesitas? —me burlo, cruzando los brazos —. ¿Sabes qué es lo que yo necesito? Necesitaba no haber sido secuestrada, ni haber estado atada a una jodida silla, mientras unos malnacidos me miraban como si fuera un objeto por el que podían negociar una gran suma de dólares.

Cada una de mis palabras me parece un disparo a bocajarro y cada una de mis sílabas está cargada de veneno.

Lucke baja la cabeza y aprieta los puños a los costados.

—Sé que has sufrido mucho.

—¡No, no lo sabes! —grito, con la voz rota—. Tú no estabas ahí. No tuviste que escuchar cómo apostaban por cuánto tiempo aguantaría antes de derrumbarme.

Sus pupilas se dilatan y sus músculos se tensan.

—Natalie…

Levanto una mano para detenerlo.

—Me metiste en tu mundo sin que yo lo pidiera —susurro—. Me empujaste a un abismo del que no tenía idea, y casi no salgo con vida.

Él traga saliva, pero no dice nada.

—Dime la verdad, Lucke. Si pudieras retroceder… ¿me habrías mantenido lejos?

Silencio.

Un segundo.

Dos.

Tres.

—No —confiesa con la voz rota—. Porque te quiero.

Parece que la habitación se queda sin aire. Mi respiración se entrecorta y mis piernas pierden fuerza.

Me quiere.

Suelto una carcajada incrédula y doy un paso hacia atrás.

—¿Y crees que eso lo arregla todo? —murmuro, sintiendo como arde mi piel—. ¿Crees que puedes venir aquí, soltarme esas dos palabras y que mágicamente todo lo que ha pasado desaparecerá?

Lucke se acerca un paso más a mí, con el rostro endurecido por la culpa y la desesperación.

—No espero que lo olvides, ni tampoco que me perdones de inmediato. Pero si algo tengo claro es que no quiero perderte, Natalie, por nada del mundo.

Mis ojos se humedecen, pero me niego a dejar que las lágrimas caigan.

—No quiero vivir con miedo, Lucke.

—No lo harás.

Niego con la cabeza.

—No puedes prometerme eso.

—Puedo prometerte que haré todo para protegerte —su voz es firme, pero desesperada—. No quiero que te alejes de mí, ni perderte.

Respiro hondo.

Lo amo. Dios, lo amo tanto que duele.

Pero también me duele lo que ha pasado y todo lo que he sufrido. Y, sobre todo, me duele saber que, si me quedo a su lado, esto puede que en cualquier momento vuelva a repetirse.

—Necesito tiempo —le susurro finalmente—. Para pensar.

Lucke me mira fijamente. No quiere aceptarlo. Pero tampoco puede obligarme a quedarme. Hasta que finalmente, asiente.

—Tómate el tiempo que necesites, pero no te alejes de mí, Natalie.

Me acerco a la puerta y coloco una mano en el marco, indicándole que se vaya. Lucke me observa un largo instante y, después, se marcha.

Cuando la puerta se cierra, las lágrimas que había estado conteniendo finalmente se precipitan por mis mejillas sin freno. Me dejo caer en la cama y me cubro la cara con las manos, sintiendo la soledad extenderse a mi alrededor.

Lo amo, aunque no sé si eso es suficiente.

Capítulo 52

Lucke

El silencio en mi apartamento es asfixiante. Este no es el tipo de silencio tranquilo que te permite pensar con claridad, sino el que te devora por dentro, el que deja demasiado espacio para los pensamientos que no quieres afrontar.

Estoy en el salón, con la mirada fija en el horizonte de la ciudad, pero no la veo. No veo las luces parpadeantes, ni los coches deslizándose como hormigas entre las avenidas. Solo veo el reflejo de mi propio rostro en el cristal, los ojos sobre hondos y oscuras ojeras y la expresión tensa de un hombre que no reconoce lo que siente.

Natalie necesita tiempo. Me lo ha dicho con las palabras justas, con la voz cargada de dolor y con la determinación de alguien que ha sufrido demasiado. Y he tenido que aceptarlo. Me he quedado ahí, escuchándola mientras mi instinto me gritaba que hiciera lo contrario, que la agarrara entre mis brazos y no la soltara, que le dijera que se quedara conmigo, que no se alejara, porque no soportaría perderla.

Pero no lo he hecho, porque el hombre que soy, el hombre que siempre he sido, nunca ha sabido cómo retener algo sin destrozarlo en el proceso.

Me paso la mano por la cara y me dejo caer en la butaca con un hondo suspiro. El whisky en mi vaso sigue intacto, reflejando la luz tenue de la lámpara, pero no lo toco. No quiero alcohol ni distracciones. Quiero a Natalie.

Cierro los ojos y su imagen me golpea con fuerza. La forma en que me miró antes de decirme que necesitaba espacio y el brillo de sus ojos cuando todo se rompía entre nosotros. Ella me ama. Lo sé. Pero también sé que el miedo la aleja de mí. Y yo, joder, yo he sido la causa de ese miedo.

Aprieto los puños con fuerza hasta que mis maltrechos nudillos protestan. Me odio por haberla metido en este mundo, por haber sido el motivo por el que terminó con la piel marcada por la violencia de D'Arcy. Si hubiera sido más cuidadoso, si la hubiera mantenido al margen, si hubiera dejado de ser tan egoísta…

No. No voy a engañarme con eso.

Si la hubiera mantenido lejos, no significaría que la habría protegido, sino que la habría perdido desde el principio.

Exhalo el aire de mis pulmones despacio y me obligo a centrarme. No puedo retroceder en el tiempo, ni deshacer lo que pasó. Pero sí puedo asegurarme de que nunca vuelva a ocurrir de nuevo, porque, aunque puede estar alejada de mí en este momento, eso no significa que deje de protegerla.

Tomo el teléfono y marco un número.

—Ronan —digo en cuanto responde—. Quiero vigilancia sobre Natalie las veinticuatro horas del día. Quiero a los mejores hombres en esto, sin margen de error. No quiero que ella lo note, pero si alguien se acerca a ella con intenciones que no sean inofensivas, actúas sin preguntar.

Ronan no duda.

—Lo haré. ¿Y tú?

Me paso la mano por la mandíbula, notando la tensión acumulada.

—Voy a darle espacio. Pero eso no significa que me aparte.

El silencio al otro lado de la línea es corto, antes de que Ronan hable.

—¿Y qué vas a hacer, Lucke?

Miro el reflejo de mi propio rostro en el cristal y la respuesta llega sin esfuerzo.

—Voy a recuperar lo que es mío.

Cuelgo la llamada y dejo el móvil sobre la mesa con el convencimiento de que, aunque Natalie pueda odiarme ahora, necesite distancia y creer que lo mejor es alejarse de mí. Pero hay algo que no ha entendido todavía: No voy a rendirme. Voy a protegerla. Y cuando esté lista para enfrentarse a la verdad, cuando se dé cuenta de que su sitio está a mi lado, estaré esperándola, porque lo que siento por ella no es algo que pueda desaparecer con la distancia. Lo que siento por Natalie Williams es una maldita condena y no pienso escapar de ella.

Capítulo 53

Natalie

El avión aterriza con suavidad en la pista del aeropuerto de Los Ángeles, pero mi cuerpo sigue tenso, como si estuviera esperando a que algo explotara en cualquier momento. Quizás porque los últimos meses han sido exactamente así: una bomba tras otra, destruyendo todo lo que creía seguro en mi vida.

Respiro hondo y observo por la ventanilla. La ciudad brilla bajo la luz de la tarde, cálida, como siempre. Hay algo reconfortante en este lugar, en el ritmo pausado de la vida aquí, en la forma en que la brisa acaricia la piel y en el sonido del océano de fondo. Es tan distinto a Nueva York, a su caos y a su velocidad implacable, que, por un instante, casi me convenzo de que regresar a casa es lo mejor. Pero la verdad es que no lo sé.

Me he pasado las últimas semanas diciéndome a mí misma que necesitaba este tiempo. Que, si me alejaba, podría pensar con claridad. Que, si dejaba a Lucke atrás, podría decidir qué es lo que realmente quiero. Pero ahora que estoy aquí, con una maleta en la mano y la ciudad extendiéndose frente a mí, me doy cuenta de que la distancia no cambia nada. Porque él sigue dentro de mi cabeza.

—¡Natalie!

La voz de mi madre me saca de mis pensamientos y, cuando alzo la vista, la veo corriendo hacia mí en la zona de llegadas. Su melena oscura brilla bajo las luces del aeropuerto y su sonrisa aliviada me golpea directamente en el pecho. Me recibe con un abrazo apretado, como si quisiera asegurarse de que esto aquí y de que sigo entera.

—Mamá… —susurro contra su hombro, sintiendo un nudo en la garganta.

—Dios mío, hija… —me dice, apartándose un poco para mirarme bien—. Cuando dijiste que volvías, pensé que era una broma.

Sonrío con esfuerzo.

—Pues ya ves que no lo es —le respondo con una sonrisa, ero aguantándome las lágrimas.

Ella me estudia con los ojos entornados, como si supiera que hay mucho más que no estoy diciendo, pero no insiste. En lugar de eso, toma mi maleta y me guía hacia la salida tomándome de la mano, hablando de cosas triviales, del tráfico, del clima y de cómo ha cambiado el vecindario desde la última vez que estuve aquí. Pero yo apenas la escucho. Mi mente sigue atrapada en otro lugar, en otra ciudad, en un ático donde dejé mi corazón junto a un hombre al que amo, pero al que no estoy segura de poder perdonar.

Mi habitación sigue igual que siempre, con las paredes en un tono lavanda suave y la colcha blanca sobre la cama perfectamente hecha. Mamá la ha mantenido intacta, como si esperara que algún día volviera a ocuparla.

Dejo la maleta junto a la puerta y me dejo caer sobre el colchón con un suspiro. Estoy en casa, aunque realmente no lo siento así. Mi madre entra un minuto después y se sienta junto a mí en la cama.

—¿Quieres que hablemos de por qué has venido? —me pregunta directamente. A mi madre nunca le ha gustado andarse con rodeos y yo aprieto los labios al escucharla

—Solo necesito un descanso, por eso he vuelto a casa.

Ella ladea la cabeza con paciencia, como si esperara que continúe y le diga la verdad de mis motivos.

—Natalie… —suspira—. Hija, te conozco.

Trago saliva.

—No quiero hablar de él, mamá.

—No he dicho que tengas que hacerlo, tesoro —me dice pasándome la mano por uno de mis brazos para reconfortarme.

—Pero lo harás.

Ella sonríe con tristeza.

—No quiero presionarte, pero algo te ha pasado. Puedo verlo en tu cara, en cómo te mueves y en la forma en que miras el teléfono cada cinco minutos.

Cierro los ojos con fuerza.

Lucke.

Aún no he borrado sus mensajes. Ni siquiera los he abierto. Pero sé que están ahí, como un recordatorio de lo que dejé atrás.

—No sé qué hacer —admito en voz baja—. Le quiero. Pero también me da miedo volver a esa vida.

Mi madre, a quién ya le puse al día de mi situación sentimental cuando todo sucedió, toma mi mano entre las suyas.

—El amor nunca debería dar miedo, cariño.

La miro y mi pecho se aprieta.

—A veces sí lo hace.

Ella suspira y me acaricia el pelo como hacía cuando era niña.

—Entonces, tal vez solo necesitas un poco de tiempo.

Asiento despacio.

—Eso es lo que quiero.

Pero ¿y si el tiempo no arregla nada?

Los días pasan sin que me dé cuenta. Me acostumbro al ritmo pausado de la vida aquí, al aroma del café en la terraza de mamá por las mañanas y a los paseos por la tarde a orillas del mar. Intento convencerme de que estoy bien y de que puedo reconstruirme sin él. Pero en cada esquina y en cada sombra, lo sigo viendo.

Lucke.

Aparece en mi mente cuando veo un coche negro cruzando la calle, cuando una melodía en la radio me recuerda a la música que ponía en su ático y cuando el viento me trae el olor a cuero y a

madera, que se quedó impregnado en mi piel después de cada noche entre sus brazos.
Intento distraerme. Me esfuerzo en no pensar en él. Me obligo a salir con viejos amigos, a sonreír en reuniones familiares y a fingir que mi corazón no está hecho pedazos.
Pero por las noches, cuando la ciudad duerme, no tengo escapatoria.

Mientras contemplo las macetas de mamá llenas de colores vivos, siento la vibración de mi teléfono sobre la mesa de la terraza. Miro la pantalla con el estómago encogido. Es un número desconocido, pero sé quién es. Dudo un instante antes de deslizar el dedo por la pantalla y llevarlo a mi oído.

—¿Natalie?

Su voz es grave, baja, casi un susurro. Al escucharle, cierro los ojos y el mundo se detiene.

—Lucke… —susurro.

Hay un silencio entre nosotros, cargado de todo lo que no hemos dicho.

—¿Cómo estás? —me pregunta, con un tono tenso.

No le respondo enseguida.

—No lo sé —le respondo finalmente—. Aún intento descubrirlo.

—Te extraño.

Mi garganta se cierra.

—No deberías llamarme.

—Lo sé —suspira—. Pero no puedo evitarlo.

Aprieto los labios con fuerza.

—Lucke, necesito tiempo.

—¿Cuánto?

—No lo sé.

Su respiración se entrecorta al otro lado de la línea.

—Voy a esperarte, Natalie.

Mi pecho se contrae con fuerza.

—No me hagas promesas que no puedes cumplir.

Él suelta una risa baja, sin humor.

—No te lo estoy prometiendo, lo estoy afirmando.

Y con esas palabras, sé que no importa cuánta distancia haya entre nosotros, ni cuántas millas me separen de Nueva York. Porque él sigue ahí, esperándome. Y lo peor de todo es que una parte de mí sabe que, al final, voy a volver.

Capítulo 54

Lucke

El silencio en mi ático es como una maldita sentencia de muerte. Nunca me había molestado la soledad, siempre la había preferido antes que el ruido innecesario de la gente, antes que las conversaciones vacías y las relaciones superficiales. Pero ahora… ahora la soledad es un castigo que no sé cómo soportar.

Miro el whisky en el vaso sobre la mesa, pero no lo toco. El alcohol no me va a devolver lo que realmente necesito. No me va a traer de vuelta a Natalie.

Apoyo los codos en las rodillas y me paso una mano por la cara. Desde que ella se fue a Los Ángeles, todo en mi vida ha seguido funcionando como siempre. Los negocios siguen en marcha, Cooper Holdings sigue creciendo, las reuniones se suceden una tras otra, y el mundo, jodidamente indiferente, sigue girando. Pero nada, absolutamente nada, me llena.

Las noches son lo peor de todo. Cuando el peso del día cae sobre mis hombros y la ciudad se queda en silencio y me tumbo en mi cama y la miro, sabiendo que ella debería estar ahí, que debería sentir su cuerpo junto al mío, su respiración tranquila mientras duerme y su aroma impregnando mis sábanas. Sin embargo, la cama está vacía. Igual que mi puta vida sin ella.

Me levanto con brusquedad y camino hacia el ventanal. Las luces de Nueva York brillan como siempre, pero hoy parecen más frías y lejanas que nunca. Todo parece más jodidamente vacío sin ella.

Natalie me ha pedido tiempo. Me ha dicho que necesita espacio para pensar en lo que quiere, para decidir si volverá a mi lado o si lo que pasó entre nosotros se quedará como un recuerdo, como un error que no está dispuesta a repetir y eso es lo que me mata. No la ausencia de su cuerpo, ni la falta de las noches en la sala de juegos, ni siquiera la imposibilidad de tenerla sumisa ante mí como antes. No. Lo que realmente me está destrozando es la posibilidad de que nunca vuelva a estar entre mis brazos y de que nunca vuelva a besarla con la desesperación de saber que es mía. De que nunca vuelva a hacer el amor con ella de la única manera que realmente importa: sin barreras, sin juegos y sin contratos. Solo ella y yo.

Cierro los ojos y el recuerdo de aquella noche me golpea con fuerza. La primera vez que lo supe. La primera vez que entendí que la amaba. Recuerdo que estábamos en mi cama, ella estaba dormida entre mis brazos. Esa noche habíamos hecho el amor frente al fuego y sobre la alfombra del salón. Esa noche no había habido reglas ni etiquetas, solo nosotros, consumidos por un deseo que iba más allá del placer físico. Tampoco hubo órdenes ni control. Solo pasión. Solo una entrega mutua, sin juegos de poder ni límites impuestos. Y cuando ella se quedó dormida en mis brazos, supe que me había jodido por completo y que ya no había vuelta atrás.

Porque ya no había solo sexo entre nosotros. No era solo la satisfacción de verla rendirse ante mí, entonces ya era solo ella: Natalie. Con su risa, con su maldita forma de mirarme como si pudiera ver más allá de lo que quiero mostrar y con la manera en la que su cuerpo encaja contra el mío como si siempre hubiera estado hecho para pertenecerme.

Y ahora, puede que la haya perdido. Me paso una mano por el pelo y dejo escapar un suspiro frustrado. ¿Cómo coño he llegado hasta aquí? ¿Cómo he permitido que una mujer se convierta en el centro de mi universo?

No lo sé. Solo sé que, si ella no regresa, nada de lo que tengo, ni el dinero, ni el poder, ni la vida que he construido, va a valer una mierda, porque sin Natalie, nada tiene sentido.

Capítulo 55

Natalie

Los Ángeles brilla bajo un cielo despejado mientras camino por el sendero del parque con la correa de Toby, el labrador de mi familia, bien sujeta en mi mano. El aire cálido y salado del océano acaricia mi piel, y el sonido lejano de las olas mezclado con las risas de los niños jugando a la pelota deberían hacerme sentir en paz. Pero la verdad es que, por más que lo intento, no consigo relajarme.

Toby avanza con energía, olfateando cada arbusto y tirando de la correa con entusiasmo. Su alegría me arranca una sonrisa fugaz, aunque en mi pecho sigue instalada una presión constante. Acaricio su lomo con la otra mano, disfrutando de la calidez de su pelaje dorado.

—Parece que alguien tenía muchas ganas de salir —murmuro, pero Toby no me presta atención.

Mis pasos son lentos, pesados, como si cada metro que avanzo fuera en contra de lo que realmente quiero. Estoy aquí, en Los Ángeles, rodeada de la gente que más me quiere, en el lugar donde siempre he encontrado consuelo y, sin embargo, no me siento en casa.

Me obligo a concentrarme en el presente. En el azul intenso del cielo, en la brisa que agita las palmeras y en la forma en la que Toby se detiene cada pocos segundos para inspeccionar cualquier rastro de olor nuevo. Pero todo, absolutamente todo, me recuerda a él, a Lucke.

Cierro los ojos por un instante, intentando contener el nudo en la garganta. Su nombre sigue grabado en mi piel, en mi pecho y

en lo más profundo de mí. Creí que poner distancia me ayudaría a borrarlo, pero es justo lo contrario. Cuanto más lejos estoy de él, más presente se vuelve en mi mente. Es como si todo se hubiera empeñado en recordarme lo que estoy tratando de olvidar.

Los recuerdos me atacan sin previo aviso. La intensidad de su mirada, la sensación de su piel contra la mía o la manera en que su voz grave se deslizaba por mi columna como un escalofrío cada vez que pronunciaba mi nombre. Lanzo un hondo suspiro y agarro con fuerza la correa de Toby, intentando anclarme a la realidad. Pero las imágenes siguen golpeándome sin piedad. Lucke y yo en su apartamento. Lucke besándome con desesperación. Lucke prometiéndome que haría lo que fuera por protegerme. Joder. Sacudo la cabeza, tratando de espantar esos pensamientos. No puedo permitirme esto. No aquí, ni ahora. Me alejé de él, porque necesitaba recuperar mi vida y aprender a respirar sin él. Y, aun así, me continúa doliendo cada centímetro de mi ser.

Suelto un suspiro tembloroso y me esfuerzo en concentrarme en otra cosa. En cualquier cosa. Miro a mi alrededor y veo a familias paseando, corredores pasando por mi lado, el sonido de los niños jugando en el parque infantil. Estoy rodeada de vida y, lo mejor de todo, es que es una vida sin caos, sin miedo y sin la oscuridad que rodea a Lucke y que amenazó con engullirme. Esto es lo que necesito. Tranquilidad, pero la tranquilidad no llena el vacío que él me ha dejado.

Toby se detiene de repente y empieza a olfatear el aire con atención. Su cuerpo se tensa y se pone alerta, como si hubiera detectado algo fuera de lo común.

—¿Qué pasa, grandullón? —murmuro, rascándole la cabeza, pero él sigue quieto, con las orejas erguidas y los ojos fijos en algo a lo lejos.

Frunzo el ceño y sigo su mirada. Un hombre, vestido con una sudadera oscura y gafas de sol, está apoyado en un banco no muy lejos de donde estoy. No parece hacer nada sospechoso, pero hay algo en la forma en la que está sentado, en la manera en que sostiene el móvil y en cómo, de vez en cuando, parece girar la cabeza en mi dirección que me hace sentir… observada.

Mi pulso se acelera. Sacudo la cabeza. No. No empieces con eso otra vez, Natalie. No todos los desconocidos son una amenaza, ni todos los hombres con sudaderas negras son peligrosos. No todos los hombres son Lucke. Pero no es él lo que me preocupa. Es la sensación de que alguien me sigue. De que alguien sabe quién soy. Respiro hondo y trato de calmarme. Quizás es solo mi paranoia, quizás aún estoy demasiado rota por todo lo que pasó, pero no puedo evitarlo. Porque, aunque Lucke no está aquí, su sombra continúa siguiéndome a donde quiera que vaya, y tengo miedo de que, por más que huya, nunca pueda escapar por completo de él.

Cuando llego a casa, el olor a café recién hecho me envuelve. Mamá está en la cocina y yo la observo en silencio desde el umbral de la puerta, con su melena recogida en un moño bajo y el delantal atado a la cintura. Siempre ha sido una mujer fuerte, el tipo de persona que encuentra paz en los pequeños rituales y en las cosas simples de la vida. Pero yo no tengo esa suerte. No importa cuánto intente aferrarme a la rutina de Los Ángeles, porque continúo sintiendo que me falta algo.

—Tienes esa cara otra vez —comenta mamá sin girarse, mientras sirve café en dos tazas.

Frunzo el ceño.

—¿Qué cara?

Se gira despacio y me mira con esa expresión de *madre que lo sabe todo*.

—Esa. La que tienes desde que llegaste. Como si llevaras un peso encima del que no te puedes librar.

Respiro hondo y dejo las llaves sobre la encimera.

—Estoy bien, mamá. Solo ha sido un día largo.

Ella alza una ceja y me ofrece una de las tazas.

—No me mientas, cielo, ya sabes que a mí no puedes engañarme, te conozco demasiado bien.

Cojo la taza que mi madre me acaba de servir con las manos frías y la llevo a mis labios, pero no bebo. Me quedo mirando el líquido oscuro, con la garganta seca y el corazón encogido.

—No es fácil —murmuro, finalmente.

—¿Lucke? —pregunta sin rodeos.

Suelto un suspiro y asiento.

—Desde que lo conocí, todo en mi vida ha sido un caos. Pero también me ha hecho sentir cosas que jamás había sentido antes. Me hizo sentir viva, deseada… Pero también vulnerable. Expuesta. Como si todo lo que creía seguro ya no lo fuera.

Mamá se apoya en la encimera, con la mirada fija en la mía.

—¿Y eso te asusta?

Asiento con un nudo en la garganta.

—Sí. Me asusta lo que siento por él y lo que su mundo implica, y también que, aunque quiera alejarme y olvidarme, siga pensando en él todo el tiempo.

Mamá se queda en silencio durante unos segundos, como si estuviera eligiendo con cuidado sus palabras que va a decir. Luego, se sienta en la mesa y me hace un gesto para que me una a ella.

—Ven aquí, mi amor.

Me acerco y me siento a su lado, con la taza entre las manos, buscando en el calor del café la tranquilidad que no encuentro en mi pecho.

—¿Sabes qué es lo que más amé de tu padre? —me pregunta de repente.

Frunzo el ceño por la repentina mención a papá.

—Su sentido del humor —respondo automáticamente.

Ella sonríe con nostalgia.

—Sí, era un hombre divertido. Pero lo que más amé de él fue que siempre me hizo sentir que, pasara lo que pasara, estaríamos juntos.

Mi pecho se aprieta con fuerza al escucharla y al recordar a mi padre.

—¿Y nunca dudaste? —susurro.

Mamá me mira con ternura.

—Claro que dudé. Amarle significaba entregarle mi corazón con la certeza de que, si algún día lo perdía, no sabría cómo seguir adelante. Y cuando se fue… creí que iba a morirme con él.

Sus palabras me golpean con fuerza.

—Mamá…—susurro con un nudo en la garganta.

Ella sacude la cabeza y me toma la mano.

—Pero ¿sabes qué? —continúa, con una sonrisa que me rompe el alma—. Volvería a elegirlo una y otra vez. Volvería a amarlo, aun sabiendo el dolor que vendría después, porque cada día que pasamos juntos valió la pena.

Mis ojos se llenan de lágrimas sin poder evitarlo

—Pero ¿cómo supiste que era él, el hombre de tu vida?

Mamá aprieta mi mano con más fuerza.

—El corazón lo sabe, Natalie. No importa lo que diga la cabeza, ni lo que intentes razonar… Al final, lo único que manda es el corazón.

Mi respiración se vuelve temblorosa y bajo la mirada.

—No sé si Lucke puede cambiar.

—Nadie cambia por obligación, hija. Se cambia porque se ama lo suficiente a alguien como para querer ser mejor.

Mis lágrimas amenazan con caer y mamá me envuelve en un abrazo cálido y fuerte, como cuando era niña y creía que su abrazo podía protegerme de todo.

—Solo escucha a tu corazón, cielo —murmura contra mi cabello—. Él te dará la respuesta que buscas.

Y, en ese instante, lo sé. Lo sé, porque a pesar de todo, a pesar del miedo y a pesar de las dudas… lo sigo amando con una fuerza que me aterra. Pero ¿bastará con eso?

Capítulo 56

Lucke

Los Ángeles se extiende ante mí con su cielo despejado y su brisa cálida que trae consigo el olor del océano. Pero nada de eso me importa. Nada de lo que hay a mi alrededor tiene sentido cuando el único motivo por el que he cruzado el país está a unos metros de mí, sin siquiera imaginar que la estoy observando.

Estoy dentro de un coche oscuro alquilado, estacionado en una calle que da acceso directo a la playa. Las ventanas tintadas me permiten mirar sin ser visto. Es una posición de ventaja, pero también de tortura. Porque la veo. Natalie está ahí. Caminando por la arena con un perro de pelaje dorado corriendo a su lado, jugando entre las olas y riendo cuando el agua salpica sus pies descalzos. Libre. Libre de mí, claro.

Me obligo a no apartar la mirada de ella, aunque cada segundo que pasa me hace sentir como si una mano invisible me arrancara algo dentro. Porque Natalie ya no me pertenece, aunque quizá nunca lo hizo.

Respiro hondo y dejo caer la cabeza contra el reposacabezas. En mi pecho hay una presión insoportable, un nudo de rabia, frustración y un dolor que no sé cómo sobrellevar. Golpeo el volante con el puño, sintiendo el cuero caliente ceder bajo mis nudillos. Pero el golpe no cambia nada, porque la trae de vuelta a mis brazos. Joder.

Aprieto los dientes y vuelvo a mirarla. Está de espaldas al mar, con los ojos cerrados y el rostro relajado. Parece en paz. Como si aquí, a tantísimas millas de mí, hubiera encontrado la calma que

tanto anhelaba. Y pensar eso es lo que más me jode, porque yo no he tenido un solo instante de paz desde que se fue.

Desde que entró en mi vida, todo lo que creía seguro y firme se ha derrumbado a su paso. Me ha jodido y lo peor es que no me arrepiento. Porque también me ha hecho sentir más vivo que nunca.

Cierro los ojos un instante y dejo que los recuerdos me golpeen con la misma violencia con la que me gustaría ahora mismo golpear algo. La primera vez que la besé o cuando se rindió ante mí en la sala de juegos o la primera vez que hicimos el amor sin barreras ni roles impuestos, lo que me sirvió para entender que la amaba como nunca había amado a nadie.

Y ahora está aquí, a unos metros de mí, sin saberlo, y no puedo tocarla.

Muevo la mano para abrir la puerta del coche, para salir y cruzar la arena hasta ella, abrazarla y sujetarle el rostro entre mis manos y decirle que no puedo más, que la amo y que no quiero pasar ni un solo jodido día más sin ella, pero no lo hago. Porque sé que, si lo hiciera, ella me miraría con esos preciosos ojos azules que tiene y me recordaría lo que me dijo la última vez que hablamos.

«Necesito tiempo».

«No sé si lo nuestro tiene futuro».

«No sé si puedes cambiar».

Golpeo el volante de nuevo, aunque esta vez con más fuerza. Por supuesto que puedo cambiar, pero no quiero cambiar para ella. No quiero que me pida ser alguien distinto. Solo quiero que me acepte y que entienda que la amo con la misma intensidad con la que deseo protegerla, pero quizás eso no sea suficiente para ella.

Aprieto la mandíbula y dejo que la ira y la desesperación se mezclen en mi interior como un veneno. Nunca me había sentido tan impotente como ahora. He pasado toda mi vida controlándolo todo. Mis negocios, mis emociones y mis relaciones. Siempre he ido un paso por delante manteniendo todo bajo mi control más estricto. Hasta que llegó ella.

Y ahora estoy aquí, escondido en un coche como un maldito cobarde, observándola desde la distancia, porque es lo único que me queda.

—Mierda… —gruño, golpeando el salpicadero con la palma de la mano.

Mis nudillos ya están enrojecidos de tanto descargar mi frustración contra el cuero del volante. Pero no me detengo. No puedo detenerme, porque el dolor físico es lo único que me mantiene anclado a la realidad, a la única verdad que realmente me importa ahora: la he perdido.

El sol comienza a ocultarse en el horizonte y Natalie sigue en la orilla, con la mirada clavada en el agua y con los brazos cruzados sobre su pecho como si intentara protegerse de algo. ¿De qué? ¿De mí? ¿De lo que siente? Porque sé que siente algo. Lo vi en sus ojos cuando me pidió tiempo y en su forma de temblar cuando me aparté de ella y también en la manera en que me miró como si le estuviera rompiendo el corazón. Y aun así, me dejó ir.

Mi teléfono vibra en el asiento del copiloto. Lo cojo sin apartar la vista de ella y veo el nombre de Ronan en la pantalla. Cuelgo sin responder. No quiero hablar con nadie, porque no quiero que nadie me diga que debería marcharme de aquí, ni quiero escuchar a nadie más diciéndome que la deje tranquila. Porque no quiero dejarla tranquila, aunque ya sé que no me queda otra opción.

Me ha pedido tiempo y espacio. Y si la amo tanto como creo, debo respetar su decisión, aunque por dentro note cómo me arde el corazón cada vez que pienso en ella.

La observo por última vez antes de arrancar el motor y marcharme. Su silueta sigue ahí, recortada contra la luz del atardecer. Parece pequeña, frágil y perfecta. Y todo mi cuerpo grita para que baje de este coche y la rodee con mis brazos y la bese hasta que olvide por qué se alejó de mí. Pero en lugar de eso, pongo las manos en el volante con fuerza, trago saliva y me obligo a alejarme. Conduzco sin mirar atrás, porque si lo hago, sé que no podré irme. Y sé que, por mucho que la ame, si ella no está lista, no puedo obligarla a volver. Pero también sé que no voy a rendirme, porque Natalie puede haberme pedido tiempo, pero yo ya sé a quién pertenece su corazón. Y aunque hoy me haya alejado, volveré por ella.

Capítulo 57

Lucke

El vuelo de regreso a Nueva York es una condena. Miro por la ventanilla de mi *jet* privado sin ver realmente nada. Las luces de la ciudad quedan atrás, pero la sensación de vacío sigue instalada en mi pecho como una maldita losa. La imagen de Natalie en la playa, su gesto sonriente mientras jugaba con el perro y su tranquilidad sin mí, no deja de repetirse en mi mente. Y la rabia me golpea con la misma intensidad con la que me golpea la certeza de que la he perdido.

Aterrizo en un aeropuerto que me resulta más ajeno que nunca. La ciudad que solía ser mi territorio y mi imperio, ahora solo es un recordatorio constante de que algo dentro de mí se ha roto. Ronan me espera a la salida, con la expresión impenetrable de siempre, pero con esa mirada calculadora que sé que no se pierde nada.

—¿Todo en orden? —me pregunta cuando subo al coche.

No le respondo, solo me paso una mano por la cara y miro por la ventanilla mientras avanzamos por la carretera. La verdad es que nada está en orden. Por primera vez en mi vida, no tengo el control de nada, ni siquiera de mí mismo.

—Tienes reuniones programadas para mañana —continúa Ronan—. También hay asuntos pendientes en la junta de Cooper Holdings. ¿Quieres que avise para que se posponga?

Niego con la cabeza. Aunque ahora mismo todo me da igual, lo único peor que pensar en Natalie es quedarme atrapado en mi propia cabeza. Necesito movimiento y algo que me distraiga de la mierda de vacío que me carcome por dentro.

—Déjalo como está —murmuro—. Pero hay algo más que quiero que hagas.

Ronan, que además de ser mi jefe de seguridad, desde hace unas semanas prácticamente se ha convertido en mi niñera, me observa expectante.

—Quiero que busques al mejor terapeuta de esta jodida ciudad. No me importa cuánto cueste, ni si hay que sobornar a media clínica para que me hagan un hueco. Quiero que me den cita para mañana mismo.

Lo digo con la misma seguridad con la que cerraría un trato, pero por dentro me cuesta admitirlo. Nunca he creído en esa mierda de hablar de los problemas y de escarbar en el pasado para justificar errores. Pero ahora… Ahora solo sé que, si quiero recuperar a Natalie, tengo que hacer algo más que esperar a que regrese sola.

Ronan asiente con un leve gesto.

—Lo tendrás. ¿Algo más?

Cierro los ojos un instante antes de responder.

—Sí. No quiero que nadie más se entere de esto.

No es por orgullo, solo es por miedo a parecer débil. Además, si la terapia no me sirve para nada, si ni siquiera esto logra traerla de vuelta, prefiero que nadie lo sepa y que este fracaso sea solo mío.

—Descuida, así será —me contesta Ronan asintiendo con la cabeza.

Me siento en el sillón de cuero, cruzo los brazos y miro al hombre sentado frente a mí con escepticismo y desconfianza. No es la primera vez que estoy aquí, pero cada vez que cruzo la puerta de este despacho tengo la sensación de que estoy perdiendo el tiempo. Sin embargo, aquí estoy, intentando no levantarme y largarme a la primera de cambio.

—Dime, Lucke —la voz del terapeuta es calmada y sin darme la sensación de que me esté juzgando—. ¿Por qué crees que estás aquí?

Exhalo con pesadez y miro por la ventana. La ciudad se extiende frente a mí, indiferente a la tormenta que llevo dentro.

—Porque necesito entender por qué jodo todo lo que toco —le respondo con amargura.

El terapeuta asiente con un leve movimiento de cabeza, como si esperara esa respuesta por mi parte.

—Dices que lo arruinas todo, pero ¿realmente crees que es así? ¿O es que sientes que el control es lo único que te mantiene a salvo?

Me remuevo en mi asiento. La palabra control me hace sentir incómodo, porque sé que tiene razón. Siempre he tenido la necesidad de controlar cada aspecto de mi vida, especialmente mis relaciones, porque no soporto la incertidumbre. Odio no saber qué va a pasar, es superior a mí.

—Siempre he hecho lo que debía hacer —murmuro—. Lo que era correcto para mantener las cosas en orden.

El terapeuta deja el bolígrafo sobre la libreta y me observa con paciencia.

—¿Y quién te enseñó que el orden significaba controlar a los demás?

La pregunta me golpea más fuerte de lo que esperaba y me quedo en silencio, mientras el terapeuta no me quita ojo. Mis pensamientos comienzan a enredarse en un recuerdo que nunca he querido analizar. La imagen de mi madre llenando una maleta aparece en mi cabeza. La veo con las manos temblorosas y la expresión tensa. Siempre pensé que simplemente se había cansado de nosotros y había decidido irse. Creí que nos había abandonado sin más. Pero ahora, algo en su mirada en aquel recuerdo me hace dudar. Ahora soy capaz de ver su miedo y su desesperación contenida.

El terapeuta parece notar mi conflicto y habla con suavidad.

—Lucke, dime lo primero que recuerdas de ese día.

Cierro los ojos y dejo que las imágenes fluyan. Mi padre estaba allí. No lo había pensado antes, pero ahora lo veo claro. Estaba en la puerta, con los brazos cruzados, mirándola sin decir una palabra. Su presencia era una amenaza en sí misma para mí, pero especialmente para mi madre.

Abro los ojos, al notar cómo un escalofrío me recorre la espalda.

—Él la obligó a marcharse —susurro, sorprendido por mis propias palabras.

El terapeuta asiente, como si hubiera esperado que llegara a esa conclusión por mí mismo.

—¿Por qué crees que lo hizo?

Trago saliva y le respondo, con una sensación de ahogo que me amenaza con no dejarme decir ni media palabra.

—Porque ella quería estar con otro hombre.

Me quedo en silencio con la mirada perdida, hasta que, de repente, me doy cuenta de que cada relación que he tenido cobra un sentido diferente. Cada vez que he intentado mantener a una mujer bajo mi control, o he querido imponer mis reglas, o me he obsesionado con que no me dejaran… Siempre me he convertido en mi padre, repitiendo su historia sin saberlo.

Me paso las manos por la cara y me inclino hacia adelante, apoyando los codos en las rodillas. Es demasiado para mí, para intentar asimilarlo de repente. El terapeuta se queda en silencio dándome espacio para procesarlo todo esto antes de hablar de nuevo.

—Lucke, esa es la clave. No solo estás aquí por Natalie. Estás aquí porque necesitas romper con todo lo que te ha hecho daño, con todo lo que te ha convertido en el hombre que eres ahora. ¿Estás dispuesto a hacerlo?

Levanto la cabeza y lo miro a los ojos.

—No lo sé —admito en voz baja.

Pero lo que sí sé es que no quiero seguir viviendo en la sombra de un hombre al que he pasado toda mi vida odiando por hacer que mi madre nos abandonara.

Las sesiones se suceden una tras otra y, aunque al principio cada minuto en este despacho me parece una tortura, empiezo a notar cómo las piezas del rompecabezas comienzan a encajar. Hablar nunca ha sido mi fuerte, pero cuando lo hago, cuando dejo que las palabras salgan sin miedo a parecer débil, descubro cosas de mí mismo que jamás habría imaginado.

No solo es el control, ni el miedo a perder lo que me daña. También es la herida abierta de un niño que se quedó solo y creció creyendo que, la única manera de no volver a ser abandonado era dominarlo todo.

—Lucke, no puedes cambiar el pasado —dice el terapeuta en una de nuestras sesiones—. Pero puedes decidir qué hacer con lo que has descubierto. ¿Vas a seguir repitiendo la historia de tu padre o vas a ser el hombre que realmente quieres ser?

La pregunta queda flotando en el aire del despacho con un peso mucho mayor que cualquier otra cosa que haya escuchado antes.

Esa noche, en mi ático, miro mi reflejo en la ventana. Nueva York brilla a mis pies y, por primera, soy consciente de que Natalie merece algo mejor. Y si quiero que vuelva a mi lado, no puedo seguir siendo el hombre que era antes, pero no solo por ella, ni por nadie más que por mí mismo.

Los días en la oficina ya no son lo que eran. Antes, cada mañana era para mí una lucha constante por controlar cada aspecto de Cooper Holdings y conseguir estar al frente de cada decisión, para asegurarme de que nada se hiciera sin mi aprobación directa. Ahora, mientras observo la ciudad desde la enorme cristalera de mi despacho, sé que eso tiene que cambiar.

Ronan que en este tiempo se ha convertido en mucho más que mi jefe de seguridad, llega a mi despacho con una carpeta en la mano. Me tiende un informe detallado sobre las operaciones en curso, pero esta vez, en lugar de revisarlo con la minuciosidad con la que siempre lo hacía, lo dejo sobre la mesa.

—A partir de ahora, voy a delegar más responsabilidades entre los ejecutivos de confianza —le digo sin rodeos.

Ronan me observa con cautela, como si esperara que fuera una trampa. Nunca he dejado nada al azar. Pero ahora entiendo que tenerlo todo bajo mi puño solo me ha llevado a perder lo que más me importa.

—Necesito que esto siga funcionando sin que yo tenga que estar encima de cada decisión —continúo—. Quiero que se establezca una estructura en la que no todo dependa de mí.

—¿Estás seguro? —pregunta, cruzando los brazos—. Esto es lo que has construido. ¿De verdad quieres alejarte?

No le respondo enseguida. Me tomo un momento para recorrer con la mirada la sala, la mesa de reuniones y la pared cubierta de premios y reconocimientos, símbolos del éxito, que tanto me ha costado conseguir desde que heredé todo tras la muerte de mi padre. Pero ninguno de ellos ha significado nada desde que Natalie se fue.

—No alejarme, pero sí dejar de vivir para esto —respondo con firmeza—. Quiero que cada uno de mis directivos tome las riendas de sus respectivas áreas y que confíen en sus capacidades para hacerlo. Deseo que esta empresa sea sostenible sin que mi sombra lo cubra todo.

Ronan asiente, aunque sigue analizándome con detenimiento.

—Bien. Haré los ajustes necesarios y comunicaré los cambios.

—Hay algo más —añado antes de que salga.

Ronan se detiene, esperando a que hable.

—Quiero que elimines cualquier rastro de negocios turbios relacionados con D'Arcy o con cualquier otro cabrón que haya tenido tratos con nosotros en el pasado. No quiero más conexiones con personas que puedan poner en peligro lo que he construido. Ni mi vida y, por supuesto, tampoco la de Natalie.

Sus ojos se oscurecen un instante. Ronan es la única persona que realmente entiende la magnitud de lo que esto significa. Lo que estamos dejando atrás no es solo una estrategia empresarial, sino

una forma de operar que ha sido parte de Cooper Holdings durante demasiado tiempo.

—Eso no será fácil —responde con voz grave—. Hay acuerdos, inversiones, personas que no estarán contentas con tu decisión.

—Me importa una mierda —gruño—. Quiero que lo limpies todo y si alguien tiene un problema, que lo resuelva conmigo.

Nos mantenemos la mirada por unos segundos. Ronan no discute. Sabe que esto es lo correcto.

—Me encargaré de ello. Pero tienes que saber que esto cambiará muchas cosas en el ámbito financiero.

—Lo sé —le digo sin dudar—. Pero no quiero más amenazas.

—De acuerdo —asiente antes de irse. Pero antes de que desaparezca por la puerta de mi despacho, le freno.

—Ronan, por cierto.

—¿Sí?

—Gracias por hacerme de niñera durante todo este tiempo…

—Solo he cumplido con mi deber —me responde encogiéndose de hombros a lo que yo le respondo apretando los labios en una sonrisa.

Cuando Ronan se marcha, me quedo de pie junto a la ventana. La ciudad sigue ahí, con su ruido, su caos y su vorágine interminable, pero yo ahora tengo la certeza de ya no soy el mismo hombre que necesitaba controlar cada pieza del tablero y eso me hace sentir mucho más libre.

Capítulo 58

Natalie

El avión aterriza con un leve impacto en la pista, pero mi estómago ya lleva rato encogido por los nervios. Nueva York se extiende tras la ventanilla, gris y vibrante como siempre, aunque hoy la veo con otros ojos. Hace semanas que me fui y, aunque no creía que volver a pisar esta ciudad me removería tanto, aquí estoy, con el pulso acelerado y una mezcla de emoción y nervios metida en el cuerpo.

Cuando bajo del avión y atravieso la terminal, el sonido de la gente se vuelve un murmullo de fondo. Solo busco dos caras entre la multitud, y cuando las veo, suelto una carcajada. Helen y Everly están en primera fila, sujetando una pancarta ridículamente grande con mi nombre escrito en purpurina y globos de colores atados a sus muñecas. Ambas gritan mi nombre en cuanto me ven y empiezan a agitar los brazos como si yo volviera de la guerra o de algo peor.

—¡Natalie! ¡Aquí, diosa! —chilla Everly con una energía desbordante.

Helen, más comedida, pero con los ojos brillando de emoción, le sigue el juego y suelta un silbido ensordecedor. No puedo contener la risa mientras me acerco corriendo y caigo en sus brazos. Ambas me envuelven en un abrazo aplastante que casi me deja sin aire, pero no podría importarme menos.

—¡Al fin de vuelta, maldita! —exclama Helen, apartándose lo justo para mirarme con ojos acusadores—. ¿Cómo has podido abandonarnos tanto tiempo?

—Nos has dejado solas y desamparadas en el caos de Nueva York —añade Everly, dramatizando con una mano en la frente.

Suelto una risa sincera y me dejo arrastrar por su entusiasmo.

—Os he echado mucho de menos, chicas —admito, con una punzada real en el pecho. Porque es cierto. Estas dos han sido mi familia en esta ciudad desde que llegué y verlas ahora de nuevo, me hace sentir que, pese a todo lo que ha cambiado, al menos algo sigue igual.

Helen me observa de arriba abajo con ojos evaluadores y frunce el ceño.

—Has adelgazado —sentencia—. Y no de forma saludable.

Everly asiente con gravedad y me coge de la barbilla como si fuera a examinarme los dientes.

—Eso significa que necesitamos comer algo inmediatamente. Así que, vamos, muévete, que hemos preparado un plan para tu regreso.

Me río y las dejo tirar de mí y de mi maleta, mientras salimos de la terminal y, por suerte, por primera vez en semanas, siento que estoy en casa.

El trayecto en coche de regreso a nuestro apartamento está lleno de risas y anécdotas. Helen y Everly se turnan para contarme los chismes más recientes, desde el vecino de arriba que se ha liado con la casera, hasta el drama en la oficina donde trabajan ambas. Me dejo llevar, disfrutando la calidez de su compañía.

—¿Cómo estás? Pero de verdad, ¿eh? —pregunta Helen de pronto, mirándome con seriedad desde el asiento del copiloto.

Mi sonrisa titubea un segundo, pero la mantengo.

—Bien. Me ha ido bien este tiempo para poder pensar, pero necesitaba volver.

Everly resopla.

—Traducción: aún no está bien, pero tampoco quiere admitirlo. Lo típico en nuestra Natalie.

Ruedo los ojos y apoyo la cabeza en el respaldo del asiento.

—Solo quiero recuperar un poco de normalidad. Volver a casa, estar con vosotras, reírme un rato…

Helen asiente y aprieta mi mano.

—Pues has venido al lugar adecuado. Y te aseguro que no vamos a dejarte en paz.

Cuando llegamos al apartamento, una enorme pancarta con la frase «Bienvenida de nuevo, perra» cuelga en el salón. La decoración es exagerada, con globos por todas partes y una tarta ridículamente grande en la mesa del comedor.

—Esto es demasiado —me río, llevándome una mano al pecho—. Sois lo peor.

—Lo mejor —corrige Everly—. Ahora, a beber y a ponernos al día.

Por primera vez desde hace mucho, me siento en paz y realmente bien.

El olor a vainilla y chocolate inunda el apartamento cuando Helen corta una generosa porción de la tarta que ha preparado para mi regreso. Mientras, Everly prepara tres tazas de té con una eficiencia digna de un ejército.

—Este es un desayuno de bienvenida digno de una reina —comenta Helen con satisfacción mientras coloca el plato frente a mí —. Y créeme, después de semanas sin ti, nos merecemos una celebración.

Sonrío y cojo el tenedor, sintiendo el calor de la taza entre mis manos. La primera cucharada de tarta se deshace en mi boca y no puedo evitar cerrar los ojos por el placer del sabor.

—Está increíble —murmuro, saboreando cada bocado—. ¿Desde cuándo eres tan buena con la repostería?

Helen alza una ceja con superioridad.

—Desde que te fuiste y tuve que encontrar maneras de sobrellevar la tristeza de tu ausencia.

Everly resopla.

—Por favor, lo único que hicimos fue criticar a todos los hombres con los que hemos salido últimamente y ver *reality shows* de mala calidad. Pero sí, Helen ha mejorado mucho en la cocina. Ya era hora.

La carcajada que me sale es sincera, algo que no sentía desde hacía demasiado tiempo. Este es mi hogar y con ellas, la vida parece mucho más sencilla.

—Bueno, dejemos de hablar de mí. Quiero saberlo todo. ¿Qué ha pasado en mi ausencia?

—Oh, cielo, más bien qué no ha pasado —Everly se inclina hacia adelante con los ojos brillantes de emoción—. Pero antes de entrar en el salseo, hay algo que tenemos que hablar contigo.

Su tono me pone en alerta, pero intento mantener la calma.

—¿Qué pasa? —quiero saber arrugando el entrecejo.

Helen y Everly se miran antes de que Helen deje el tenedor en el plato y respire hondo.

—Lucke ha cambiado —dice con voz firme—. Sé que no quieres oírlo, pero es la verdad.

Al escuchar el nombre de Lucke, me tenso al instante y dejo la taza en la mesa con más fuerza de la necesaria.

—No quiero hablar de él.

Everly suspira.

—Nat, escúchanos. No estamos diciendo que debas volver con él. Solo que deberías escuchar lo que tiene que decirte. Se ha estado esforzando mucho y ha hecho cambios reales en su vida.

—¿Y por qué debería importarme eso ahora? —Mi voz suena más fría de lo que esperaba.

Helen me observa con ternura y paciencia.

—Porque sigues enamorada de él —sentencia Helen.

Su comentario me deja sin palabras. Miro la tarta, el té y mis dos mejores amigas, que me conocen mejor que nadie, y sé que no tengo escapatoria. Everly se encoge de hombros con una sonrisa resignada.

—Y te diré algo más. Siempre he sido la más escéptica sobre el amor, pero después de ver todo lo que tú y Lucke habéis pasado, empiezo a pensar que quizás… el amor de verdad sí existe —suelta Helen de carrerilla y sus palabras resuenan en mi mente mientras corto un trozo de tarta con el tenedor. No quiero admitirlo en voz alta, pero algo en mi interior se retuerce. ¿De verdad habrá cambiado tanto Lucke como para que mis amigas me lo digan? ¿O

simplemente sea una estrategia por su parte para conseguir lo que quiere?

—No sé qué decir —susurro finalmente.

—No tienes que decir nada ahora —Helen me da un golpecito en la mano—. Solo piénsalo. Y mientras lo haces, vamos a seguir con nuestro plan de bienvenida.

Everly se levanta con un salto y saca una botella de champán del frigorífico.

—Brindemos por el regreso de nuestra Natalie. Y por el caos maravilloso que seguro traerá de vuelta a nuestras vidas.

Río, porque tiene razón. Siempre impera el caos cuando estoy con ellas. Pero esta vez, no estoy segura de si el caos viene de fuera… o de dentro de mí.

Capítulo 59

Natalie

Abro la puerta del apartamento con una sensación extraña en el pecho, como si, pese a haber vuelto, algo en mí siguiera en otro lugar, en otra época o en otra vida. Helen y Everly me siguen de cerca, aún llenas de ilusión por volver a tenerme en casa, pero ahora, con una expresión diferente en sus rostros, como si supieran algo que yo no.

—Hay algo que tienes que ver —me dice Helen mientras cierra la puerta del apartamento.

Everly asiente y se aleja un momento. Un instante después, regresa con un sobre entre las manos y un gesto más serio habitual.

—Llegó hace unos días… —me dice tendiéndomelo— Es de Lucke.

Cuando escucho su nombre, se me corta la respiración. Bajo la vista al sobre, que ahora tengo entre mis manos, y siento el peso de las palabras que contiene y que aún no he leído. El nombre escrito con su letra firme y reconocible me provoca una sacudida en el estómago. Trago saliva, sin saber si quiero abrirlo o lanzarlo lejos.

—¿Qué dice? —mi voz suena más baja de lo que esperaba.

—No lo hemos abierto —responde Helen con suavidad—. Es para ti. Pero creemos que deberías leerlo.

Vuelvo a mirar el sobre, incapaz de moverme durante unos segundos. Mis dedos lo recorren con cuidado antes de deslizar la uña por la solapa y abrirlo. Extraigo la hoja de papel y empiezo a leer con el estómago aún hecho un puño.

Natalie,
No sé si esta carta llegará a ti en un buen momento o si, cuando la leas, simplemente decidirás ignorarla. Lo entendería. Pero hay algo que necesito decirte y esta es la única forma que tengo de hacerlo sin exigencias ni presiones. Solo quiero que sepas lo que pienso.
He cambiado. No solo por ti, sino porque he descubierto que llevaba toda mi vida huyendo de quien soy realmente. Me he enfrentado a mis propios demonios y, por primera vez, he dejado de pelear contra lo inevitable. He comprendido que el amor no es control, ni imposición, ni miedo. Y también he entendido que amarte significa dejarte elegir, aunque esa elección no me incluya.
Siempre te amaré. Pero si tu felicidad está lejos de mí, estoy dispuesto a aceptarlo.
Lucke.

Mis ojos recorren la carta una y otra vez, como si necesitara asegurarme de que realmente estoy leyendo esas palabras. No sé qué esperaba, pero esto… esto me ha dejado sin aire.

—¿Nat? —la voz de Everly suena cautelosa.

—No lo sé —respondo en un susurro, sintiendo cómo una avalancha de emociones se apodera de mí.

Porque, por primera vez, es él quien está dispuesto a soltarme y yo no tengo muy claro si eso es lo que realmente quiero.

El silencio en el apartamento se vuelve insoportable. La carta de Lucke sigue en mis manos, mientras mis ojos recorren sus palabras una y otra vez, como si en algún punto pudiera encontrar un significado distinto al que ya he entendido. Por lo que parece, él está dispuesto a dejarme ir, aunque ¿es eso lo que quiero realmente?

—¿Y bien? —me pregunta Helen, con los brazos cruzados y la mirada fija en mí.

Everly, que hasta ahora había guardado silencio, se inclina hacia adelante en el sofá.

—Natalie, tienes que hablar con él. No puedes quedarte solo con lo que te dice en la carta sin escuchar lo que tenga que decirte en persona.

Cierro los ojos y respiro hondo, intentando ordenar todo el caos de pensamientos que me asfixia ahora mismo. La lógica me dice que esto es lo que necesitaba. Un cierre definitivo, pero no tengo demasiado claro si mi corazón está de acuerdo con eso.

—No sé si puedo hacerlo —susurro, sintiendo cómo la duda se apodera de mí.

—Mira, sé que todo lo que pasó con Lucke fue complicado… También es normal que tengas miedo y que no quieras volver a salir herida. Pero ¿de verdad quieres dejar esto así? ¿Quieres pasarte la vida preguntándote qué habría pasado si hubieras escuchado lo que Lucke tenía que decir? —me dice Helen con un tono más suave, pero sin dejar de ser firme.

Everly asiente con vehemencia.

—Si después de hablar con él sigues sintiendo que lo mejor es seguir adelante, entonces, al menos, lo habrás decidido con todas las cartas sobre la mesa.

—No se trata de darle otra oportunidad —continúa Helen—, se trata de darte una a ti. Para entender y cerrar bien este capítulo. O para abrir uno nuevo, si eso es lo que quieres. Pero si no lo haces, no te engañes, Nat… Esto te va a perseguir siempre.

Mis dedos aprietan el papel mientras las escucho. Sé que tienen razón, aunque, ahora mismo, me duela admitirlo.

—Vale —murmuro tras un largo silencio—. Hablaré con él.

Everly da un pequeño salto de alegría y Helen sonríe con satisfacción.

—¡Por fin! —Everly me da un empujón juguetón en el brazo —. Ahora, vamos a hacer un plan. Si vas a verlo, al menos que estés espectacular.

No puedo evitar reírme entre dientes al escuchar su ocurrencia. Me río mientras pienso que, a pesar del miedo que sigue instalado en mi pecho, algo en mi interior está… en paz. O, al menos, un poco más aliviado.

El móvil sigue en mi mano y con la pantalla iluminada con la conversación abierta, pero mis dedos aún no se mueven. La carta de

Lucke continúa dentro de mi cabeza y sus palabras resuenan con cada latido de mi corazón. Decido dejar de darle vueltas. No voy a tener las respuestas que necesito si no hablo con él. Así que, lanzo un suspiro, deslizo los dedos por la pantalla y empiezo a escribir.

Natalie:
He vuelto a Nueva York.

Mi mensaje es simple y directo. Y lo envío, antes de poder arrepentirme y echarme atrás. No pasa ni un minuto cuando el teléfono vibra en mi mano con la respuesta de Lucke.

Lucke:
Me alegro de saberlo.
¿Puedo verte?

Me muerdo el labio y respiro hondo. Claro que quiere verme. ¿Qué esperaba? Decido no darle más vueltas y escribo antes de que mi mente me convenza de borrar el mensaje.

Natalie:
No lo sé.

Casi de inmediato, recibo otro mensaje de él.

Lucke:
No tienes que prometerme nada.
Solo deja que te invite a cenar.
Sin expectativas ni presiones.
Solo hablar.

Cierro los ojos y apoyo la cabeza en el respaldo del sofá. Mi cuerpo entero está en tensión. Sé que debería decirle que no, porque mantener las distancias es lo más sensato. Pero… algo dentro de mí quiere escuchar lo que tiene que decirme y comprobar por mí misma si ha cambiado tanto como dice.

Mis dedos se mueven por voluntad propia.

Natalie:
Está bien.

¿Cuándo?

El mensaje de respuesta llega en segundos.

Lucke:
Esta noche en mi casa.
Te enviaré un coche para que te recoja.

Suelto un suspiro tembloroso y dejo el móvil sobre la mesa. Mis manos aún tiemblan un poco.

—Bueno… ya está hecho —murmuro.

Helen y Everly, que han estado observando toda la escena con interés, intercambian una mirada cómplice.

—Oh, esto se pone interesante —dice Everly con una sonrisa traviesa.

—Sí, me ha invitado a cenar en su casa…

—¿Y qué le has dicho? —quiere saber Helen.

—Que sí…

Helen se cruza de brazos y asiente, satisfecha.

—Pues ahora, querida, toca prepararte. Porque vas a ir a esa cena totalmente espectacular.

Capítulo 60

Lucke

El ático está en completo silencio. Miro a mi alrededor y repaso cada detalle, asegurándome de que todo está exactamente como quiero. La mesa está preparada con una vajilla impecable, copas de vino y velas encendidas que arrojan una luz cálida sobre el mantel de lino. La chimenea está encendida, aportando una sensación acogedora, que rara vez se habita este apartamento. Pero hoy es diferente, porque hoy, esta noche, Natalie va a estar aquí.

Camino hacia el ventanal con un vaso en la mano. No he bebido nada, pero necesito sujetarlo, aferrarme a algo que no sea la avalancha de emociones que llevo dentro. No quiero arruinar esta noche, no puedo permitírmelo. Esta es mi única oportunidad para demostrarle que no soy el mismo hombre del que se alejó.

El sonido del ascensor me saca de mis pensamientos. Me giro justo cuando las puertas se abren y ahí está ella. Natalie entra con paso contenido, como si aún no estuviera segura de que esto es una buena idea. Pero ha venido y eso es lo único que importa ahora mismo.

—Hola —murmura con voz suave.

—Natalie —respondo, tragándome el nudo en la garganta.

Cruza el salón despacio, como si estuviera redescubriendo el lugar. Durante semanas este ático ha estado vacío y frío, pero ahora, con ella aquí, vuelve a parecer algo más que cuatro paredes de cristal y mármol.

—Todo esto… —Natalie observa la mesa, las velas y la chimenea encendida—. No tenías que hacerlo.

—Quería hacerlo —respondo sin dudar—. Quiero que esta noche sea especial.

Se queda en silencio un instante, luego asiente y se sienta a la mesa. Sirvo vino en su copa y después en la mía antes de sentarme frente a ella. La miro a los ojos y sé que no puedo andarme con rodeos.

—Te escribí esa carta porque necesitaba que supieras que te amo —digo sin apartar la mirada de sus ojos—. Pero también porque quería que entendieras que, si tú decides seguir adelante sin mí, lo aceptaré, por mucho que me duela. No porque quiera, sino porque te amo lo suficiente como para ponerte por encima de mi propio deseo de tenerte a mi lado.

Natalie deja su copa sobre la mesa con cuidado.

—Lucke… —musita.

—Déjame terminar —le pido con voz ronca—. No soy el mismo hombre que dejaste cuando el que te fuiste. Me he enfrentado a cosas que llevaba años ignorando. He trabajado en mí mismo, en mis miedos y en todo lo que me hacía aferrarme a ti de la peor manera. No quiero que vuelvas a mi lado porque te lo pida, sino porque realmente lo siento y porque desees hacerlo.

Los ojos de Natalie brillan con una emoción que no sé si es nostalgia o algo más profundo.

—No sabía si venir esta noche —confiesa en un susurro—. Tenía miedo de que todo fuera igual que antes. De que todo esto fuera solo una forma más de convencerme de que volviera contigo.

Aprieto los dientes. Lo entiendo. Y duele saber que he sido el responsable de que ella tenga que pensar así.

—No quiero convencerte de nada —aseguro con sinceridad —. Quiero que me escuches y veas por ti misma lo que he hecho. Que sepas que no solo he cambiado por ti, sino porque lo necesitaba.

Natalie se queda en silencio unos segundos que se me hacen eternos. Luego asiente y me mira con una intensidad que me desarma.

—Dímelo entonces. Dime qué has cambiado.

Tomo aire y empiezo a hablar, abriéndome con ella como nunca lo había hecho. Le cuento sobre la terapia que he hecho y continúo haciendo, sobre los recuerdos que enterré durante años y que finalmente he sido capaz de enfrentarme a ellos. Le hablo de mi padre, de la forma en la que creció mi miedo al abandono y cómo eso se convirtió en la necesidad de controlar todo a mi alrededor. Le explico que dejar de controlarlo todo ha sido difícil para mí, pero que lo he hecho porque he entendido, entre otras muchas cosas, que el amor no es posesión.

Sus ojos no se apartan de los míos mientras hablo. Puedo ver cómo absorbe cada palabra que le digo y cómo la procesa. Cuando termino, su expresión es de emoción y vulnerabilidad.

—No sé qué decir —susurra—. Parte de mí quiere creer en esto y en que realmente has cambiado.

Asiento, porque entiendo su duda. No quiero presionarla, ni que sienta que esta cena es una trampa para convencerla de algo.

—No tienes que decir nada ahora —le aseguro—. Solo quería que lo supieras y que me vieras por lo que soy ahora. Y que, pase lo que pase, sepas que lo que siento por ti no ha cambiado.

Cuando acabo de hablar, Natalie lanza un suspiro y toma su copa de vino y la levanta ligeramente.

—Brindemos por la verdad entonces —dice con una sonrisa pequeña, pero sincera.

Levanto mi copa también y la choco con la suya con suavidad.

—Por la verdad.

El eco de nuestras copas chocando aún flota en el aire cuando termino el último sorbo de vino. La cena ha sido tranquila, llena de silencios cargados de significado y de miradas que han dicho más que cualquier palabra. Pero ahora, con los platos retirados y la tensión latente entre ella y yo, sé que hemos llegado al punto crucial de esta noche.

Me levanto despacio y camino hacia el ventanal. La ciudad y observo las luces de la ciudad, pero por primera vez, no me importa

lo que hay ahí fuera, porque ahora solo importa ella. Me giro y la veo observándome con el ceño ligeramente fruncido, como si intentara descifrar lo que hago.

—Nunca he amado a nadie antes —le digo de repente acercándome hasta ella.

Natalie parpadea, sorprendida. No sé si por mis palabras o porque no esperaba que fuera tan directo.

—¿Qué? —pregunta en un susurro.

Me acerco más y apoyo las manos en el respaldo de la silla que tiene frente a ella.

—Nunca he sabido lo que es amar de verdad o, al menos, no como la gente lo describe. Lo que tenía antes era control, necesidad, deseo… Pero, durante años, eso lo he confundido con amor.

La observo mientras procesa mis palabras. Sus dedos juegan con el tallo de la copa y su mirada se clava en la mía con una intensidad que me quema por dentro.

—¿Me amas, Lucke? —me pregunta de repente—. ¿O solo te gusta poseerme?

El golpe es certero y brutal. Mis labios se entreabren, pero ninguna palabra sale de ellos. Por primera vez en mi vida, me quedo sin saber qué contestar. Ella me sostiene la mirada, mientras espera a que le responda. Desafiante. Esperando la verdad, sin excusas, ni promesas vacías.

El silencio se alarga y siento cómo cada segundo pesa sobre mí como una losa. Porque la respuesta es sí: la amo. Pero la realidad es que nunca he sabido expresar lo que siento sin convertirlo en un juego de poder o en un acto de dominio. Pero eso ha sido hasta ahora.

—No sé amar bien —acierto a responderle al fin, con la voz más baja de lo que pretendía—. Pero quiero intentarlo contigo.

Natalie cierra los ojos por un instante, como si procesara lo que acabo de decir. Cuando los abre de nuevo, percibo algo distinto en ellos. No es rendición ni tampoco entrega ciega. Es algo más profundo. Algo que me asusta y me da esperanza a partes iguales.

—Lucke… —susurra, y mi nombre en sus labios me hace sentir más vivo de lo que jamás he estado.

Nos quedamos en silencio y tengo la sensación como si estuviéramos en un punto, donde cada palabra definiera nuestro futuro. Me humedezco los labios y doy un paso más cerca de ella.

—Sé que he cometido errores —continúo, con el corazón latiendo con fuerza—. Sé que mi forma de quererte antes no fue la correcta. Pero ya no quiero volver a ser ese hombre, ahora estoy dispuesto a aprender a amarte bien.

Natalie mantiene la mirada en mí.

—¿Y cómo piensas hacerlo? —pregunta con un tono casi desafiante.

Trago saliva. No tengo una respuesta perfecta para su pregunta, ni tampoco una tengo una estrategia. Solo sé que quiero intentarlo, si ella me lo permite.

—Paso a paso —respondo—. Sin prisas ni presiones. Dejándote elegir. Es más, si decides darme otra oportunidad, esta vez será a tu ritmo.

Ella desvía la mirada, como si tratara de ordenar sus propios pensamientos. La observo, sintiendo que en ese instante mi vida pende de un hilo. Finalmente, exhala con suavidad y vuelve a mirarme.

—No puedo prometerte nada, Lucke —susurra—. Pero quiero creer que todo eso que me dices es verdad.

Cierro los ojos un momento, dejando que esas palabras calen en mí. Cuando los abro, asiento.

—Es real, Natalie. Esta vez, es real.

Capítulo 61

Natalie

El sonido de la copa de vino al tocar la mesa es lo único que rompe el silencio que se ha instalado entre nosotros. La cena ha terminado, pero la sensación de que algo crucial está a punto de suceder todavía flota en el aire. Miro a Lucke desde mi silla y me doy cuenta de que esta es la primera vez que estamos así, sin juegos, ni máscaras, ni barreras entre nosotros.

—No quiero volver a lo de antes —le digo con voz firme, aunque mi corazón late con fuerza en mi pecho.

Lucke levanta la mirada y asiente, como si hubiera estado esperando a que dijera exactamente eso.

—Lo sé —responde—. Yo tampoco quiero que volvamos a lo de antes. No era justo para ti… ni tampoco para mí.

Cruzo los brazos sobre la mesa y lo observo. A pesar de todo lo que ha cambiado y de lo sincero que ha sido, sé que hay algo que tengo que dejar claro antes de tomar cualquier decisión.

—Si vamos a intentarlo de nuevo —empiezo con cautela—, tiene que ser diferente. No quiero sentir que estoy en una relación en la que solo una persona tiene el control. Necesito independencia y que me trates como una igual.

Lucke no duda ni titubea y me responde de forma inmediata.

—Eso es lo que quiero yo también.

Lo miro con escepticismo. No porque no le crea, sino porque aún me cuesta aceptar que él, el hombre que solía querer tener el control de todo, esté dispuesto a cederlo.

—No quiero que tomes decisiones por mí. Quiero ser parte de esto de una manera en la que ambas voces importen y sean igual de importantes—insisto—. Y si alguna vez vuelvo a sentir que pierdo mi libertad… me marcharé, Lucke. Y esa vez lo haré sin mirar atrás.

Lucke asiente de nuevo y veo algo en su expresión que me sorprende: tranquilidad. No veo miedo, ni inseguridad, solo paz y tranquilidad.

—Lo entiendo —me responde con una leve sonrisa—. Y quiero que tengas eso, Natalie. Deseo hacerlo bien esta vez.

El peso que he llevado sobre los hombros desde que llegué esta noche al ático empieza a disiparse. No sé qué nos depara el futuro, pero, por primera vez, siento que tenemos por delante una oportunidad de verdad.

Me recuesto en la silla y exhalo con suavidad. Las llamas de la chimenea hacen que el ambiente sea más relajado, aunque todavía percibo que hay una tensión palpable entre nosotros.

—¿Y qué significa hacerlo bien? —quiero saber mientras estudio la expresión de su rostro.

Lucke se toma un segundo para responderme, como si quisiera asegurarse de elegir bien sus palabras.

—Significa que esta vez quiero que todo sea diferente, que quiero aprender a amarte sin imponer, sin controlar y sin convertir nuestro amor en una batalla de poder —su mirada se vuelve más intensa según habla—. No sé cómo hacerlo, Natalie. Pero estoy dispuesto a aprender.

Sus palabras me golpean de una forma que no esperaba. Siempre lo he visto como un hombre seguro de sí mismo, pero, ahora, sentado frente a mí, me parece vulnerable y dispuesto a abrirse a mí de una manera que nunca podría haber imaginado.

—No va a ser fácil —le advierto—. No quiero que digas todo esto solo para convencerme. Quiero hechos, no promesas.

—Tendrás hechos —me asegura sin titubear—. Y sé que necesitaré tiempo y también que cometeré errores. Pero si me das la oportunidad, quiero hacerlo bien. Contigo.

Sus palabras se quedan suspendidas en el aire entre nosotros. Respiro hondo. No quiero rendirme al primer intento, pero

tampoco quiero ser ingenua. Necesito asegurarme de que esta vez, si lo intento, será bajo mis términos.

—Quiero que respetes mis decisiones —le digo con firmeza —. Quiero que me escuches y que entiendas que mis opiniones son igual de válidas que las tuyas.

—Eso es lo que yo quiero también —me responde con convicción.

—Quiero mi independencia, Lucke. Mi vida. Mi trabajo. Mi espacio. No quiero sentir que dependo de ti para nada.

—Lo sé. Y quiero que lo tengas todo —susurra—. Pero también deseo estar en tu vida, si me dejas.

La sinceridad en sus palabras me desarma. No es una súplica ni una manipulación. Es simplemente él, diciéndome lo que siente y dejando la decisión en mis manos.

—Entonces vamos a hacerlo a mi manera —le digo finalmente—. Poco a poco y sin prisas, y si en algún momento siento que esto se convierte en lo que fue antes, me iré. ¿Me entiendes?

—Lo entiendo —responde sin dudar.

Lo observo unos segundos más antes de asentir. Me siento agotada, pero también aliviada. Esta vez, no cederé mi libertad por nadie.

Lucke me observa en silencio, como si estuviera grabando cada una de mis palabras y gestos. Finalmente, una pequeña sonrisa se dibuja en su rostro. No de triunfo, ni de satisfacción, si no de algo más profundo: de esperanza.

—Gracias —me contesta simplemente.

Y por primera vez, tengo la sensación de que esta vez todo puede ser diferente.

Capítulo 62

Lucke

La cena ha terminado, pero la sensación de que algo trascendental ha sucedido sigue flotando en el aire. Natalie y yo no hemos vuelto a la casilla de salida, pero tampoco hemos dado un salto al vacío. Hemos hecho algo diferente: hemos construido un punto intermedio, un nuevo comienzo basado en la verdad y en la profundidad de nuestros sentimientos.

La acompaño hasta la puerta del ático y cuando el ascensor se abre, le hago un gesto para que pase primero. La sigo, sintiendo cómo la tensión entre nosotros ha cambiado, ya no es ese tira y afloja que solíamos tener y en el que yo me creía con la potestad de imponerme. Ahora es algo más sutil, más íntimo.

En el coche, la observo de reojo mientras conduzco y veo que descansa las manos sobre su regazo, mientras pierde su mirada a través del cristal de la ventana. No sé en qué está pensando, pero la respeto lo suficiente como para no preguntárselo.

—¿Estás bien? —le pregunto finalmente, rompiendo el silencio con suavidad.

Ella se gira y me mira con una pequeña sonrisa.

—Sí. Solo estoy… asimilando todo lo que hemos hablado.

Asiento despacio. Lo entiendo. Para mí también ha sido una noche diferente, una en la que he dejado ir el control al que he vivido aferrado durante tanto tiempo.

Cuando detengo el coche frente a su edificio, me bajo para abrirle la puerta y ella me da las gracias con una sonrisa. La verdad es que no quiero despedirme todavía, pero voy a respetar los

tempos que ella marque. Camino a su lado hasta su portal, con paso lento, como si alargar este momento pudiera hacer que nuestro encuentro un poco más.

—Gracias por venir esta noche —le digo cuando nos detenemos frente a la entrada.

—Gracias a ti por invitarme —responde, y su mirada se suaviza al encontrarse con la mía.

Nos quedamos ahí, de pie, mirándonos como si ambos supiéramos que esto es más que una simple despedida. Entonces, sin pensármelo demasiado, me inclino hacia ella sin dudas ni miedo, solo con el deseo más puro de besarla. En ese instante, nuestros labios se encuentran en un beso que no es precipitado, ni impulsivo, si no lento, profundo y cargado de emociones que hasta ahora habían quedado atrapadas en palabras. Sus manos se posan en mi pecho y las mías acarician su rostro, con una delicadeza que nunca había tenido con ella.

Nuestro beso no es un juego, ni una batalla de poder. Es una reconciliación, una promesa muda de que lo que viene después será diferente.

Cuando nos separamos, nuestros caras siguen cerca y nuestras respiraciones entremezcladas.

—Buenas noches, Lucke —susurra.

—Buenas noches, Natalie —le respondo y la dejo ir, sabiendo que esta vez no voy a volver a perderla.

El frío de la noche se cuela entre nosotros al separarnos. Miro su rostro bajo la luz tenue del portal y me doy cuenta de que la veo de una manera distinta. Ahora es la mujer que me ha hecho querer salir de mi mundo para encontrarla en el suyo.

—Te acompañaría hasta arriba… —comento con una leve sonrisa-

—No, esta vez no…—me responde con una sonrisa dulce en los labios.

Me quedo observándola unos segundos más, memorizando cada detalle de este momento. Sus ojos azules iluminados por la farola cercana, la forma en que se muerde el labio inferior como si

contuviera palabras que no se atreve a decir. Pero no necesito que las diga. Lo entiendo. Lo siento.

—Descansa, Lucke —murmura, y da un paso hacia atrás, cruzando la puerta del edificio.

La veo entrar, pero no me muevo hasta que la puerta se cierra tras ella. Exhalo con fuerza y paso una mano por mi nuca, tratando de procesar lo que acaba de suceder. No es un final. Es un comienzo. Uno completamente distinto a todo lo de antes.

Cuando regreso a mi coche, me acomodo en el asiento y arranco el motor. Mientras avanzo sobre el asfalto, dejo que la ciudad se extienda a mi alrededor mientras pienso en la única certeza que tengo en este instante: esta vez, todo será diferente.

El trayecto de regreso al ático lo hago en silencio, aunque mi mente no se detiene. Me paso los dedos por el mentón, recordando la suavidad de sus labios contra los míos. No ha sido un beso cualquiera, ni tampoco ha sido una despedida. Ha sido un pacto, una promesa sin palabras. Y lo que más me sorprende es que, por primera vez en mi vida, no siento la necesidad de controlar lo que vendrá después. Me basta con saber que existe la posibilidad de que ocurrirá algo nuevo entre nosotros.

Capítulo 63

Natalie

Abro la puerta del apartamento con cuidado, intentando no hacer ruido, pero no sirve de nada. Nada más dar un paso dentro, escucho un murmullo seguido de un movimiento torpe en el sofá. Suspiro antes de entrar del todo al salón, donde me encuentro exactamente lo que esperaba: a Helen y a Everly, enredadas en una manta, con los ojos medio cerrados y el televisor encendido con una película que claramente no les interesa en absoluto.

Helen tiene la cabeza apoyada en un cojín, sujeta el mando a distancia como si en algún momento hubiera intentado cambiar de canal, pero se hubiera quedado dormida antes de lograrlo. Everly, por su parte, está completamente acurrucada, con una manta sobre las piernas y un bol de palomitas en equilibrio precario sobre su regazo. El televisor muestra una escena dramática de una película romántica, pero ninguna de las dos parece estar prestando atención.

Me quedo de pie en el umbral, contemplándolas cruzada de brazos.

—¿De verdad os habéis quedado despiertas para esto? —pregunto, con una sonrisa incrédula.

Helen parpadea varias veces y se incorpora de inmediato, sacudiéndose el sueño con rapidez exagerada.

—¡Por supuesto! —exclama, acomodándose mejor—. ¿De verdad crees que íbamos a dejar que volvieras de una cena con Lucke sin interrogarte debidamente?

Everly resopla y se frota los ojos antes de girarse hacia mí.

—Exacto. Llevamos aquí horas. Bueno, no exactamente viendo la película, pero esperándote, sí. Así que venga, suelta los detalles. ¿Cómo ha ido? ¿Ha sido un desastre? ¿O se ha comportado como un caballero reformado?

Mientras las escucho, dejo mi bolso sobre la mesa y me quito los tacones, disfrutando la sensación de alivio al liberar mis pies.

—Ha ido… bien —respondo con una calma que aún no sé si es real o impostada—. Ha sido diferente esta vez.

Helen y Everly se miran y sé que están esperando que les cuente más, mucho más, sobre la noche.

—¿Diferente en qué sentido? —quiere saber Helen, arqueando una ceja.

Me dejo caer en el sofá junto a ellas y apoyo la cabeza en el respaldo, lanzando un hondo suspiro.

—En que me ha escuchado. No ha intentado controlar la conversación ni imponer nada. Dice que ha cambiado, que ha estado trabajando en sí mismo y que quiere que las cosas sean distintas entre nosotros a partir de ahora.

—¿Y tú qué opinas? —pregunta, Everly sin rodeos.

La pregunta me coge un poco desprevenida, aunque no le respondo de inmediato porque, en realidad, aún estoy intentando saber qué responderle.

Helen me observa con los ojos entornados y un gesto de expectación.

—¿Y te ha acompañado hasta aquí o simplemente te ha dejado en la acera como un caballero a medias? —inquiere con una media sonrisa.

Muerdo mi labio y asiento lentamente.

—Me ha acompañado hasta la puerta —admito, y antes de que puedan preguntar, lo suelto—. Y nos besamos.

El grito que sueltan las dos a la vez es tan repentino y exagerado que salto en mi sitio.

—¡Lo sabía! —chilla Everly, dándome un codazo en el brazo —. ¡Por fin algo interesante en esta historia!

—¡Eso sí que es un avance real! —añade Helen, aplaudiendo emocionada—. A ver, a ver, detállanos ese beso. ¿Fue lento,

apasionado y de esos que te dejan sin aliento?

Resoplo y me cubro la cara con las manos, entre divertida y avergonzada.

—Fue… bonito —les cuento finalmente, apartando las manos y mirándolas—. No fue como antes. No fue un beso para demostrar algo o para imponer. Fue real y sincero. Como si estuviéramos comenzando desde cero.

Everly suelta un dramático suspiro y se deja caer contra el sofá.

—Esto hay que celebrarlo —anuncia con decisión—. Dame un segundo.

Se levanta con entusiasmo y va hasta la cocina, rebuscando en el mueble de los licores.

—¿Qué tienes ahí? —pregunta Helen, siguiéndola con la mirada.

Everly saca una botella de limoncello y la levanta como si fuera un trofeo.

—Esto. Lo único que hay en esta casa, por lo visto.

—¿Limoncello? ¿Otra vez? —repito, arqueando una ceja.

Helen toma la botella de las manos de Everly y la estudia con una mueca.

—Bueno… sigue siendo alcohol —dice Everly encogiéndose de hombros—. Sirve tres chupitos.

Helen obedece y nos pasa los vasos.

—A ver, por Natalie y su beso de reconciliación —dice Helen levantando su chupito—. Y porque esta historia tiene pinta de que nos va a dar más noches como esta.

Nos reímos y alzamos los vasos.

—Por eso —asiento, antes de tomarlo de un solo trago.

El resultado es inmediato. Las tres hacemos una mueca de asco al mismo tiempo.

—¡Puaj! —se queja Helen—. Esto está asqueroso.

—Dios, ¿por qué es tan dulce y fuerte a la vez? —Everly deja su vaso en la mesa y se sacude.

Nos quedamos mirándonos antes de echarnos a reír.

—Vale, hay que comprar otro licor para las celebraciones —declara Helen, aún con cara de disgusto—. Estoy segura de que de ahora en adelante vamos a tener muchas cosas que celebrar.

—Totalmente de acuerdo —le contesto entre risas.

Everly asiente y se deja caer en el sofá.

—Sí, pero esta noche vamos a dormir, pero mañana queremos más detalles.

Suspiro, con el corazón aún acelerado y pienso que mañana será otro día, pero esta noche, me permito sentirme feliz.

Capítulo 64

Lucke

El sol apenas empieza a filtrarse por los ventanales de mi ático cuando abro los ojos, abro los ojos desperezándome y me siento en la cama. Miro a mi alrededor y siento que, a partir de hoy, todo va a ser diferente. Tengo una sensación nueva en mi pecho, algo que no había sentido en mucho tiempo: ilusión. Me levanto de la cama con una energía que creía perdida y camino hacia la cocina. Me sirvo una taza de café mientras mi mente no deja de pensar en Natalie. La mujer que ha desmoronado todo lo que yo creía que era inamovible y que, aun así, ha decidido darme una oportunidad para demostrarle que puedo ser mejor.

Anoche, al despedirme de ella en su portal, sentí algo que nunca había sentido de esa manera: esperanza. No era posesión ni control, sino la certeza de que, por primera vez, estábamos comenzando de nuevo desde un lugar sincero y sin sombras del pasado acechando cada uno de nuestros pasos. Me quedé en la acera durante varios minutos después de que entrara, repasando en mi mente cada segundo de la cena y cada palabra que nos habíamos dicho y, sobre todo, el beso que selló nuestra reconciliación. No fue un beso más, sino el inicio de algo nuevo, un compromiso tácito de que esta vez todo iba a ir bien.

Pero si algo tengo claro es que, si quiero que esto funcione, no puedo quedarme solo con palabras y promesas. Tengo que actuar. Así que apoyo la taza en la encimera y cojo el móvil. Marco un número que no he usado en meses y cuando me contestan, no pierdo tiempo en formalidades.

—Necesito que vengas hoy al ático. Tengo un trabajo para ti.

La voz al otro lado duda por un momento antes de responderme.

—¿Qué tipo de trabajo, señor Cooper?

Recorro el apartamento con la mirada y me detengo en la puerta de la habitación que durante años ha representado algo de lo que ya no quiero ser prisionero: la habitación de juegos. Ese lugar que antes simbolizaba poder y control, ahora solo me parece un vestigio de un pasado al que no quiero regresar. Un pasado en el que confundí deseo con amor y dominio con afecto.

—Vamos a demoler una habitación —respondo con firmeza —. Y a construir algo nuevo en su lugar.

Escucho un silencio breve al otro lado, seguido de una respuesta afirmativa. Cuelgo y me acerco a la puerta. La abro lentamente y dejo que la luz inunde el espacio. Muebles de cuero oscuro, estanterías llenas de objetos que alguna vez tuvieron un propósito en mi vida, pero que ahora solo me parecen fríos y vacíos. Camino por la habitación con pasos lentos y me detengo en el centro junto a la gran cama redonda y respiro hondo.

—Es hora de dejar esto atrás.

Me giro y salgo, cerrando la puerta detrás de mí, pero esta vez con la certeza de que pronto dejará de existir. Y con ella, todo lo que fui antes de que Natalie llegara a mi vida.

La idea me reconforta y me da una nueva sensación de control, no el tipo de control al que me aferraba antes, sino uno más sereno. Uno que consiste en tomar las riendas de mi propio cambio. Me siento en el sofá y pienso en cómo quiero transformar este espacio. No quiero simplemente deshacerme de la habitación, quiero convertirla en algo nuevo, algo que represente la relación que quiero construir con Natalie.

Tomo una libreta y un bolígrafo y empiezo a hacer bocetos. Me gustaría convertirla en un cine en casa. Algo íntimo, un lugar donde podamos compartir momentos sin roles impuestos, sin desigualdades y sin sombras del pasado. Visualizo cada detalle: un gran sofá cómodo, una pantalla que cubra la pared principal, luces tenues y una pequeña nevera para las noches de películas. Espacios

para que ambos podamos estar cómodos sin barreras y sin dinámicas de poder que nos separen.

Escribo sin parar, emocionado por primera vez en años por un proyecto que no tiene que ver con mis negocios, sino con algo mucho más personal. Pido presupuestos, hago llamadas, establezco citas con arquitectos y decoradores. No quiero que esto sea solo un cambio físico en mi apartamento, quiero que sea una representación tangible del cambio que estoy haciendo en mi vida.

Cuando los contratistas llegan más tarde a mi casa, los recibo con una convicción que antes no tenía. Les explico lo que quiero hacer y les muestro mis bocetos. Me escuchan con atención y, tras algunas sugerencias técnicas, empezamos a definir los pasos a seguir. Derribarán la habitación en unos días y en su lugar comenzará la transformación.

Cuando finalmente me quedo solo en el apartamento, miro a mi alrededor con una sensación de alivio. No puedo esperar a contarle a Natalie los cambios que voy a hacer en casa, pero tampoco quiero apresurarme. Quiero que lo vea cuando esté listo y que sepa que no es solo una promesa vacía, sino un acto real de amor y compromiso.

Me sirvo otra taza de café y me acerco a la ventana, observando la ciudad extendiéndose frente a mí. Por primera vez en mucho tiempo, tengo la certeza de que tengo ante mí una gran oportunidad de crear una nueva vida para Natalie y para mí. Una nueva vida, que empieza a tomar forma, y lo más importante, veo la posibilidad de compartirla con ella, sin miedos ni barreras. Además, esta vez será diferente y haré todo lo que esté en mi mano para demostrarlo.

Capítulo 65

Lucke

El sonido de los tacones de Natalie resuena sobre el mármol de la entrada cuando la puerta se abre. Me giro despacio, con la seguridad de quien sabe que el momento que está por llegar cambiará algo en su interior. Y ahí está, de pie frente a mí, vestida con su ropa, no con algo que yo le haya obligado a comparar con el dinero de Cooper Holdings y que ella tenga que ponerse para mí. Hoy viste con unos vaqueros ajustados, una blusa sencilla y el pelo suelta. La observo con detenimiento y veo cómo su piel parece aún más luminosa bajo la luz tenue de la estancia. Es preciosa. Lo ha sido desde el primer día, pero hoy veo algo en ella diferente. Algo en su mirada, que me hace sentir una punzada en el pecho. No es la mujer que traté de moldear a mi gusto, ahora es ella, completamente ella. Y me fascina.

—Estás preciosa.

Las palabras escapan de mis labios antes de que pueda detenerlas. Natalie levanta la mirada hacia mí, con una leve sorpresa reflejada en su expresión. Parece que no esperaba un cumplido así de mi parte y menos con la facilidad con la que ha salido. Tampoco lo esperaba yo.

La observo acercarse con un paso medido, sin prisa, como si aún no estuviera segura de qué encontraría aquí. Me permito contemplarla sin reservas. Durante demasiado tiempo la he visto a través de una lente de posesión y control. Hoy, en cambio, la veo como lo que es: una mujer increíble, fuerte y hermosa y, sobre todo, que está aquí porque así lo ha decidido.

—Gracias por venir —le digo con la voz serena.

Natalie asiente y deja que su mirada se deslice por la estancia. Sus ojos recorren cada detalle, notando los pequeños cambios que he hecho desde la última vez que estuvo aquí. Ahora mi casa ya no es un espacio frío e impersonal, ni tampoco es el reflejo de un hombre que solo vivía para el trabajo, el poder y la disciplina.

—Has cambiado algunas cosas —comenta en voz baja, rozando con la yema de los dedos la superficie de la mesa de madera oscura.

—Sí. Era necesario.

No solo aquí. En todo. En mí, pero eso no se lo digo.

Sus ojos regresan a los míos con un brillo nuevo en ellos. Curiosidad y tal vez incluso también aceptación. No la culpo por dudar. Después de todo lo que hemos pasado y tras la forma en que traté de moldear nuestra relación a mi conveniencia, tiene todo el derecho del mundo a cuestionar este cambio.

—¿Quieres ver algo más? —le pregunto, ofreciéndole la mano.

Natalie duda por un instante, pero luego la toma con suavidad. Su tacto es cálido y me sirve de recordatorio de todo lo que creí perdido y que, sin embargo, sigue ahí. La guío por el pasillo hasta la puerta que alguna vez albergó el símbolo de mi control absoluto y la abro sin dudar.

Ella entra primero y su reacción es inmediata. Su expresión cambia cuando ve lo que he hecho con la habitación que solía ser mi refugio privado. Donde antes había mobiliario diseñado para el sometimiento, ahora hay un espacio amplio y cálido, con un gran sofá de terciopelo, una pantalla de cine y estanterías con libros. Un rincón diseñado no para el poder, sino para disfrutar de manera relajada.

—Es una sala de cine —dice en un susurro, recorriendo con la vista cada detalle de la estancia.

—Sí. Pensé que podríamos usarla juntos. No como jefe y asistente, ni como amo y sumisa, solo como nosotros dos.

El silencio que sigue es más elocuente que cualquier palabra. Natalie me mira con esa intensidad suya, como si aún estuviera intentando descifrar qué es lo que realmente quiero de ella. Pero no la presiono, porque no tengo prisa. Esta vez, todo está en sus manos.

—No te imaginaba viendo películas —comenta con una sonrisa pequeña.

—Quizás nunca me he permitido hacerlo.

—Quizás…

Nos quedamos allí unos minutos más, ella explorando la estancia y yo observándola con una nueva perspectiva. Se detiene junto a la estantería y pasa los dedos por los lomos de algunos libros y se gira para sonreírme.

Cuando la cena está lista, la acompaño hasta el comedor. Hoy no hay personal de servicio, porque he preferido que nada ni nadie se interponga entre ella y yo. Por eso, he cocinado yo mismo, y aunque nunca he sido un experto, he querido que esta noche fuera especial. Algo hecho directamente por mí, sin filtros, ni imposiciones.

—¿Desde cuándo cocinas? —pregunta con curiosidad, tomando asiento frente a mí.

—Desde que me di cuenta de que quería hacer algo por ti. Puede que no sea el plato más elaborado que hayas probado, pero es honesto. Como lo que siento por ti.

Natalie parpadea, sorprendida y se queda en silencio un instante, como si estuviera digiriendo mis palabras junto con la comida. Pero al final, sonríe. Una sonrisa de verdad. Y entonces sé que todo lo que he hecho, cada cambio y decisión, ha valido la pena.

La cena transcurre mientras hablamos de cosas triviales y yo me siento relajado y feliz. Es la primera vez en meses que compartimos un momento así, sin la sombra de contratos ni acuerdos, solo dos personas redescubriéndose.

Cuando terminamos, caminamos juntos hasta el salón. Nos sentamos en el sofá uno al lado del otro.

—Gracias por venir esta noche, Natalie.

Ella me mira con una expresión que me hace sentir algo dentro del pecho. Algo nuevo. Algo que aún no sé nombrar del todo, pero que tiene que ver con la certeza de que, por primera vez en mi vida, estoy con quién deseo realmente estar.

—Gracias a ti por demostrarme que puedo confiar en esto —responde.

Nos miramos en silencio. Y en ese momento, sé que hemos dado un paso importante. Que esta vez, estamos empezando algo desde cero, sin imposiciones ni máscaras. Y que, por primera vez, amar a alguien significa compartir, no poseer.

Nos quedamos en el sofá después de la cena, el salón solo está iluminada por una lámpara de pie que proyecta una luz tenue y cálida, que baña su rostro con suavidad. Natalie se ha recogido el pelo en un gesto automático y yo la observo sin prisa, memorizando cada detalle de su piel, sus ojos y de la curva de su boca cuando se muerde el labio con un atisbo de nervios.

—Tengo algo para ti —le digo a media voz.

Natalie frunce el ceño con gesto de sorpresa.

—¿Para mí?

Asiento, meto la mano en el bolsillo y saco una pequeña caja de terciopelo negro. Su mirada se clava en el objeto, y noto la forma en que su respiración se vuelve más lenta. Con un movimiento deliberado, me bajo del sofá y me arrodillo frente a ella. Yo, que nunca me he arrodillado ante nadie.

—Lucke… —susurra, con un matiz de incredulidad.

No digo nada de inmediato. Abro la caja y dentro, sobre el suave forro de satén, reposa un collar. No es como el que le ponía antes en la sala de juegos, y que servía para ejercer mi control y posesión sobre ella. Este es diferente. Es una fina cadena de oro con un colgante de diamante, delicado y elegante. No una marca de dominio, sino una elección.

Levanto la mirada y me encuentro con la suya. Sus ojos reflejan todas las emociones que lucha por contener. Me inclino ligeramente hacia ella y bajo la voz.

—Antes, te puse un collar para marcarte como mía —susurro —. Ahora te doy esto para pedirte que estemos juntos porque así lo

elegimos ambos.

Sus labios se entreabren, pero no dice nada. Puedo ver cómo traga saliva y cómo sus manos tiemblan levemente sobre su regazo. Con un cuidado que nunca había tenido antes con nadie, saco la joya de la caja y la sostengo entre mis dedos.

—Es solo un símbolo —continúo—. No quiero que sientas que tienes que llevarlo si no lo deseas. Pero quiero que sepas lo que significa para mí. Lo que significas tú para mí.

Natalie extiende la mano y toca la cadena con la yema de los dedos y se muerde el labio, duda, y luego me mira con una intensidad que me atraviesa.

—Pónmelo, por favor—me pide en voz baja.

No me muevo al instante. Quiero saborear este momento y grabarlo en mi memoria. Después, me acerco más a ella y paso la cadena alrededor de su cuello. Sus cabellos rozan mi piel cuando abro el cierre y lo ajusto con suavidad. Cuando termino, dejo que mis dedos rocen su clavícula, apenas un segundo más del necesario y noto su pulso acelerado por el roce de mi piel.

Ella baja la vista y toca el colgante con una reverencia silenciosa. Y cuando vuelve a alzar la mirada hacia mí, lo veo. La aceptación. La rendición, no a mí, sino a lo que hemos construido juntos.

Me quedo arrodillado frente a ella, sosteniendo su mano en la mía. No hay necesidad de más palabras. Lo único que importa es que, esta vez, ella elige quedarse.

Capítulo 66

Natalie

El silencio que nos envuelve tras la cena crea un instante, en el que no hace falta nada más que la presencia del otro. Lucke se ha quitado de encima esa tensión constante con la que siempre se había movido. Ahora, en cambio, sus gestos son más suaves y su mirada más cálida. Siento que por fin estoy conociendo al hombre que siempre estuvo escondido tras el control y la frialdad.

Estamos en el sofá, frente a la chimenea, tranquilos y relajados. Él me observa con una intensidad diferente, como si intentara memorizar cada rasgo de mi rostro. No me dice nada, pero tampoco hace falta.

Cuando su mano se posa en mi mejilla, su contacto es delicado, como si temiera que en cualquier momento pudiera desvanecerme. Su pulgar roza mi piel con lentitud antes de deslizarse hasta mi mandíbula. Me inclino instintivamente hacia él. No es un gesto premeditado. Es una respuesta natural a lo que hemos construido esta noche.

—Te amo, Natalie.

Las palabras salen de su boca sin vacilación. No es un susurro roto por el deseo, ni una afirmación posesiva. Es una verdad absoluta. Un anhelo que ha contenido durante demasiado tiempo y que al fin ha encontrado la libertad para decírmelo.

El impacto de su declaración me recorre entera. No porque no lo haya sentido antes, sino porque este es el Lucke que quiero. El hombre que ha aprendido que el amor no es una cadena, sino un lazo que se elige cada día.

—Yo también te amo.

Él cierra los ojos por un momento y deja escapar un suspiro contenido. Cuando vuelve a abrirlos, hay algo nuevo en su expresión. Algo que me dice que esto es real y que ha dejado atrás al hombre, que creía que debía ser, para convertirse en quien realmente es conmigo.

Nuestros labios se encuentran sin prisas. Su beso es diferente esta vez. Es tierno, pausado y lleno de una devoción que antes no había. Me acaricia la espalda con lentitud y su pulgar traza pequeños círculos sobre la tela de mi blusa. No hay posesión en su manera de tocarme, solo deseo sincero. Necesidad de sentirme cerca y de conectar conmigo sin ningún tipo de barrera que nos separe.

Sus dedos descienden hasta mi cintura mientras me tumba con cuidado sobre el sofá. Se toma su tiempo, deslizando mis vaqueros con una lentitud deliberada. Ahora ya no hay órdenes, ni control férreo. Solo nosotros dos, explorándonos de nuevo, redescubriéndonos bajo una luz completamente distinta.

Se tumba a mi lado y nos vamos quitando la ropa el uno al otro, despacio, sin prisa. Hasta que totalmente desnudos nos besamos, el se incorpora y se coloca entre mis piernas apoyándose sobre uno de sus antebrazos, mientras con la otra mano se ayuda para rozar mi entrada con la punta de la erección. Nos seguimos besando, con los ojos entrecerrados. Yo muevo mis piernas y le rodeo con ellas su cintura, momento que Lucke aprovecha para entrar poco a poco en mí, permitiendo que mi cuerpo se adapte a su tamaño. Cuando se cuela hasta lo más profundo suelto un suspiro que se convierte en un gemido de placer poco después. Empieza a moverse de forma acompasada mientras yo hundo mis dedos en mi pelo. Nos besamos y nos hablamos sin necesidad de palabras, porque nuestros cuerpos se comunican entre ellos. Me besa con dulzura, con sus labios sobre los míos en un ritmo pausado y profundo. Él entrelaza sus dedos con los míos y me mantiene cerca con su frente apoyada contra la mía. Nunca lo había sentido tan entregado ni tan vulnerable. Y sé que él lo siente igual. No es el sexo crudo e intenso que compartimos en el pasado, ahora estamos haciendo el amor. Un amor tangible en cada caricia y en cada

suspiro que compartimos. Nos amamos a nuestro ritmo, hasta que ambos, invadidos por el placer y el sinfín de emociones que nos embargan, acabamos estallando en un profundo orgasmo que compartimos a la vez.

Cuando todo termina, me abraza con fuerza, con una necesidad que trasciende las palabras. Se queda en silencio con su nariz hundida en mi cabello, respirándome como si quisiera retener este momento para siempre.

—Esto es diferente —susurra contra mi piel.

Me separo ligeramente para mirarlo a los ojos.

—Sí, lo es.

Lucke asiente, como si aceptara por fin lo que siempre temió. Que el amor no le quita nada, ni es una pérdida de poder, sino todo lo contrario. Es entrega y compartir sin miedo.

—Me gusta.

Su confesión me desarma. Le acaricio el rostro, el contorno de su mandíbula fuerte y la sombra de su barba en mi piel. Sonrío, porque entiendo lo que significa para él admitir algo así.

—A mí también.

Nos quedamos en silencio, disfrutando de la tranquilidad de este nuevo comienzo. Y entonces, hace algo que jamás habría esperado.

—Quédate esta noche.

—¿Estás seguro? —le pregunto en voz baja, aunque sé la respuesta.

Lucke no duda ni un segundo. Se inclina y me besa con ternura, acariciando mi mejilla con el dorso de su mano.

—Nunca he estado más seguro.

Capítulo 67

Lucke

Despierto con la sensación de un calor suave y familiar envolviéndome. Durante un instante, mantengo los ojos cerrados, dejando que la tranquilidad del momento se impregne en mi piel. El peso ligero de un brazo sobre mi abdomen me recuerda que no estoy solo. No es un sueño, ni una ilusión. Natalie está aquí, acurrucada contra mi costado, y noto su respiración pausada rozando mi cuello.

Entreabro los ojos y la encuentro dormida, con el rostro relajado, con una serenidad que nunca había tenido el privilegio de ver en ella. Su cabello cae desordenado sobre la almohada, y algunos mechones se extienden por mi pecho. Paso los dedos con suavidad por su espalda desnuda, dibujando su silueta con movimientos lentos. Su piel es cálida y suave. Cierro los ojos de nuevo y recuerdo la noche anterior y sonrío. Un reflejo de excitación invade mi entrepierna. En ese instante, ella se mueve levemente, encajando su cuerpo más cerca del mío, como si en su inconsciencia supiera que sigo aquí. No voy a alejarme, no voy a dejar que esto sea solo un recuerdo más entre las sombras del pasado.

Inclino mi cabeza y le doy un beso en la sien. Ella suspira y parpadea despacio. Abre sus preciosos ojos azules, que aún están pesados por el sueño, y se encuentran con los míos. Durante unos segundos, nos observamos en silencio, como si estuviéramos asegurándonos de que todo lo que ocurrió anoche sigue siendo real a la luz del día.

—Buenos días —me susurra con una voz adormilada y dulce.

—Buenos días —respondo, deslizando mis labios por su frente.

Ella sonríe, desperezándose levemente, pero sin separarse de mí. Su pierna se enreda con la mía y su mano sube por mi pecho con una caricia ligera que enciende de nuevo algo primitivo en mi interior. No es la urgencia arrolladora que una vez compartimos, ahora siento algo más profundo e íntimo. Un deseo nacido de la conexión y de la certeza de que lo que tenemos ahora es más grande que cualquier impulso físico.

Me inclino sobre ella y la beso, despacio, probándola con la misma paciencia con la que un hombre sediento bebe de un manantial inagotable. Ella suspira contra mis labios y sus dedos se aferran a mis hombros. No hay prisa, ni tengo la necesidad de tomar el control. Solo somos dos cuerpos encontrándose en un espacio donde la única regla es el placer compartido.

Nuestros besos se vuelven más intensos y las caricias más profundas. Mis manos descienden por su cintura, acariciando su piel con una reverencia silenciosa. La siento estremecerse bajo mis caricias y su respiración se vuelve más entrecortada. Sus uñas se clavan ligeramente en mi espalda cuando deslizo mis labios por su cuello, explorándola como si fuera la primera vez.

—Lucke… —susurra mi nombre con un tono cargado de deseo y ternura.

No hay órdenes, ni palabras innecesarias, solo el lenguaje de nuestros cuerpos hablándose con cada uno de nuestros roces, suspiros y latidos sincronizados en un ritmo que solo nosotros entendemos. Hacemos el amor con una intensidad que no reside en la brutalidad de antes, sino en la entrega total. En la forma en que nuestros cuerpos se ajustan a la perfección, en la manera en que nuestras miradas permanecen fijas, absorbiendo cada emoción reflejada en el otro.

Cuando alcanzamos el clímax, no nos domina un estallido feroz, sino una ola cálida que nos envuelve y nos arrastra juntos a un abismo de placer compartido. Me hundo en su abrazo con mis labios aún pegados a los suyos, respirando su aire y sintiéndola en cada célula de mi ser.

Nos quedamos con los cuerpos aún enlazados y la piel pegada por el calor de nuestro encuentro. Natalie acaricia mi rostro con la yema de los dedos y sonríe con un brillo en los ojos que me deja sin palabras.

—Así sí quiero despertarme cada mañana —me dice en un susurro.

Le tomo la mano y la beso con delicadeza, enredando mis dedos con los suyos.

—Entonces quédate. Todas las mañanas, todos los días y todo el tiempo que quieras.

Y en su mirada, en la forma en que me besa de nuevo, sé que la respuesta ya está dada.

Nos quedamos en la cama, envueltos en la calidez de la mañana, con nuestras piernas entrelazadas y su cuerpo aún pegado al mío. La miro y no quiero que este momento termine. Quiero más de esto. Más días como este y más despertares con ella a mi lado, sin prisas ni exigencias. La acaricio con la yema de los dedos por la espalda y la beso en la frente antes de apoyar mi barbilla sobre su cabello.

—Estaba pensando en algo —le digo, con la voz aún cargada de sueño.

—¿Sí? —responde con una media sonrisa sin levantar la cabeza de mi pecho.

—Deberíamos hacer un viaje.

Eso consigue que levante la cabeza y me mire con curiosidad.

—¿Un viaje? —pregunta con una sonrisa leve.

—Sí, a las Maldivas. Me gustaría que nos fuésemos unos días, sin preocupaciones, sin trabajo, y sin que nadie nos moleste. Solo tú y yo, en una villa privada, con la playa a nuestros pies y sin nada más en nuestra agenda que hacer que disfrutar.

La veo procesarlo y la idea parece iluminar su cara. Su sonrisa se ensancha y en sus ojos hay un brillo que hace que mi pecho se caliente.

—Suena irresistible —susurra, rozando mis labios con los suyos—. Pero… ¿puedes permitirte desaparecer del mundo por unos días?

—Siempre he hecho lo que debía. Por primera vez, quiero hacer lo que quiero. Y quiero estar contigo sin distracciones, sin llamadas y sin que nada más importe.

Ella apoya su mano sobre mi pecho y me mira en silencio. Sé lo que está pensando. Que esto es un cambio muy grande en mí, porque antes mi prioridad siempre había sido el control y el trabajo. Pero ahora parece que todo eso ha cambiado.

—Entonces vámonos —me dice al fin, y con esa simple respuesta, sé que todo al final está donde debe estar,

Le paso un mechón de cabello tras la oreja y le doy un beso suave en los labios. Mi mente ya está planeando cada detalle de nuestro viaje. No quiero que tenga que preocuparse por nada, quiero que este viaje sea un regalo para ambos. Así que, en un rato me levantaré para hacer las llamadas necesarias y asegurarme de que todo sea perfecto. Pero ahora, en este momento, lo único que quiero es perderme en su boca una vez más.

Capítulo 68

Lucke

Las vistas desde mi despacho en la última planta del rascacielos de Cooper Holdings siempre han sido imponentes, pero hoy no me dicen nada. Me encuentro sentado detrás de mi escritorio de madera oscura, con la mirada fija en la pantalla del ordenador, aunque no estoy realmente mirándola. Lo que tengo delante es un informe detallado sobre la oferta de inversión que ha llegado a la compañía hace apenas unas horas.

Una cifra astronómica. Un acuerdo que, en otros tiempos, habría aceptado sin titubear. Pero ahora, todo es diferente, porque yo soy diferente.

—Señor Cooper, el señor Marshall está aquí —anuncia Kim, la secretaria que está sustituyendo momentáneamente en el trabajo de oficina a Natalie, desde el intercomunicador.

—Hazlo pasar —respondo con voz firme, pero sin la frialdad de antes.

El hombre que entra en mi despacho camina con la arrogancia de quien cree que ya tiene la negociación ganada. Viste un traje impecable, de esos que intentan reflejar poder, pero puesto en él solo transmite exceso. Se acerca con una sonrisa medida y se sienta frente a mí sin esperar invitación.

—Lucke, un placer verte en persona —dice con la voz untuosa de un hombre acostumbrado a tratar con otros como él.

—Vamos al grano, Marshall —le corto sin rodeos, apoyando los codos sobre el escritorio—. ¿Qué tienes que ofrecerme?

Él suelta una carcajada corta y saca de su maletín una carpeta de cuero negro. La desliza sobre mi escritorio con la confianza de alguien que cree que su propuesta es irresistible.

—Es una oferta exclusiva. Una inversión que multiplicaría tus beneficios en menos de un año. Cooper Holdings estaría al frente de la expansión hotelera más ambiciosa de la última década.

Abro la carpeta y reviso los documentos con la atención de alguien que ha aprendido a leer entre líneas. Las cifras son atractivas, eso no se puede negar. Pero no es el dinero lo que me interesa en este momento. Es lo que hay detrás.

Levanto la vista y le sostengo la mirada.

—¿Quiénes son los otros socios? —pregunto, aunque ya conozco la respuesta.

—Inversores privados —responde con un tono demasiado casual.

—D'Arcy estaba involucrado en algo similar antes de que cayera en desgracia —digo sin rodeos, observando cómo su sonrisa se tensa—. Y ahora tú me traes esta oferta. ¿Me tomas por idiota?

Marshall se inclina ligeramente hacia adelante, bajando la voz.

—Lucke, sabes cómo funciona este mundo. No se llega a la cima sin aceptar ciertas condiciones. Esto es solo negocios.

Aprieto la mandíbula y dejo la carpeta sobre la mesa con un golpe seco. Antes, habría jugado esta partida sin dudarlo. Habría cerrado el trato y habría usado a mi favor cada resquicio legal para justificarlo. Pero ahora ya no soy ese hombre.

—No estoy interesado —declaro con firmeza.

La incredulidad cruza su rostro antes de que la esconda tras otra sonrisa forzada.

—¿Perdona? —pregunta, fingiendo no haber escuchado bien.

—He dicho que no. Cooper Holdings no se involucra en negocios turbios. Ni ahora, ni nunca.

—Lucke, esto es una oportunidad irrepetible. Piénsalo bien.

—La decisión está tomada —respondo sin titubear—. Puedes irte.

Marshall me observa durante un largo segundo. Su arrogancia se disuelve, dando paso a una sombra de frustración.

—Te arrepentirás —advierte, levantándose de la silla.

—Lo dudo —digo con calma, sin apartar la mirada de él mientras camina hacia la puerta.

Cuando la puerta se cierra tras su paso, suelto un largo suspiro y me recuesto en la silla. No puedo evitar pensar en cómo habría reaccionado hace unos meses. Supongo que me habría sido tentador y me habría parecido el movimiento lógico. Pero no ahora. No cuando sé que hay algo más valioso que el dinero o el poder.

Tomo el móvil y deslizo el dedo por la pantalla hasta encontrar el nombre de Natalie. Me quedo mirándolo unos segundos antes de dejar el móvil sobre la mesa con una sonrisa leve.

Este es el hombre que quiero ser. No por ella, sino por mí. Y sé que he tomado la decisión correcta.

Me pongo en pie y camino hasta el ventanal que ocupa toda la pared del despacho. La ciudad sigue su curso, los coches se desplazan por las avenidas como hormigas en un hormiguero. Nueva York nunca se detiene, pero yo sí. Hoy, al menos, necesito hacerlo.

Golpean la puerta. Es Kim.

—Señor Cooper, ¿quiere que prepare la reunión con el consejo? —pregunta con tono neutro, pero su mirada inquisitiva lo dice todo.

—No. Hoy no —le respondo, mientras regreso a mi escritorio —. Cancela mi agenda de la tarde.

Kim me observa por un instante antes de asentir.

—Como desee, señor.

Cuando se marcha, me siento de nuevo y abro la carpeta con la oferta rechazada. Podría haber sido un trato millonario, pero no me pesa haberlo descartado. No quiero construir mi futuro sobre cimientos podridos, ni quiero volver a ser el hombre que hacía cualquier cosa por ganar dinero con los negocios.

El teléfono vibra y, esta vez, no lo ignoro. Es un mensaje de Natalie.

Natalie:

¿Te queda mucho en la oficina?

Sonrío y le respondo sin pensarlo demasiado.

Lucke:
No, ya voy para casa.

Recojo mi chaqueta y salgo del despacho, dejando atrás no solo un negocio dudoso, sino una parte de mí que ya no tiene cabida en la vida que estoy construyendo.

Capítulo 69

Natalie

El rugido suave de los motores del *jet* privado es casi un susurro en la cabina. Sentada en uno de los amplios y lujosos asientos de cuero, miro por la ventanilla y veo cómo la ciudad se aleja bajo nosotros, convirtiéndose en una maraña de luces diminutas. Estamos dejando atrás Nueva York, rumbo a un destino que hasta hace poco solo podía imaginar en revistas de viajes o en las pantallas de cine: Las Maldivas.

Me acomodo en el asiento y dejo escapar un suspiro, incapaz de borrar la sonrisa que se ha instalado en mi cara desde que despegamos. Nunca he estado en un sitio así. Un lugar donde el agua es tan cristalina que parece un espejo y donde las playas son de arena blanca y el tiempo se detiene. Es un sueño. Y lo mejor de todo, es que voy a vivirlo con él.

Lucke está sentado frente a mí, con una copa de whisky en la mano. Sus ojos azules me observan con una intensidad tranquila, como si disfrutara viéndome ilusionada. Su aspecto relajado contrasta con la imagen de hombre serio que proyecta en los negocios. Aquí, en este avión, alejados del mundo, parece más accesible y humano que nunca.

—No dejas de sonreír —me dice divertido mientras deja la copa sobre la mesita de que nos separa.

—No puedo evitarlo —le respondo con sinceridad, sin preocuparme de ocultar mi entusiasmo—. Nunca he hecho un viaje a un sitio tan… impresionante.

Lucke inclina hacia delante y apoya un codo sobre la mesa.

—Quiero que disfrutes cada segundo de esto. No solo del destino, sino de todo el viaje. De todo lo que estamos viviendo.

Asiento, notando una calidez en mi pecho, que no tiene nada que ver con la temperatura de la cabina. Me muerdo el labio antes de preguntar lo que llevo pensando desde que despegamos.

—¿Cómo lo has hecho? —pregunto mirando a mi alrededor —. ¿Cómo es posible que tengas todo esto? El avión, los hoteles, las inversiones… Todo.

Se toma su tiempo antes de responder. No porque dude, sino porque sé que está decidiendo hasta dónde quiere abrirse conmigo. Finalmente, su expresión cambia, como si hubiera tomado una decisión definitiva.

—Quiero contártelo todo —me dice, con una seriedad que me hace enderezarme en el asiento.

Tomo su mano sin dudarlo, entrelazando mis dedos con los suyos. Él me observa un segundo antes de exhalar y fijar su mirada en la ventanilla por un instante, como si organizara sus pensamientos.

—Cuando heredé Cooper Holdings, la empresa tenía cimientos sólidos, pero también sombras —empieza a contarme, volviendo su mirada hacia mí—. Durante años, mi padre hizo negocios con personas que no tenían el menor escrúpulo. Socios que no miraban más allá de los beneficios, sin importar lo que quedara a su paso. Y yo… yo seguí ese camino porque era lo que conocía.

Sus palabras me impactan, pero prefiero no interrumpirle y le dejo continuar.

—No voy a mentirte. Hice tratos con gente que no debería haber dejado acercarse a mi empresa. Dinero fácil y conexiones peligrosas. Todo parecía muy sencillo cuando lo único que importaba era aumentar las ganancias.

Mis dedos aprietan los suyos. Lo que está diciendo no me sorprende del todo, pero escucharlo de su boca, con esa franqueza, me hace comprender lo mucho que ha cambiado.

—Cuando tú apareciste, ya llevaba un tiempo cuestionándome muchas cosas. Pero no fue hasta que vi lo que

realmente significabas para mí, que me di cuenta de lo que estaba dispuesto a perder si seguía por ese camino.

Abre un cajón en la mesita que nos separa y saca un sobre. Me lo extiende sin apartar la mirada de mí. Lo tomo con algo de nerviosismo y lo abro, sacando los documentos que hay dentro. Mi vista recorre los papeles y me doy cuenta de lo que son. Renuncias a contratos con ciertos socios. Cuentas cerradas y tratos deshechos.

Levanto la mirada hacia él, incrédula.

—Lucke… ¿Esto es lo que creo que es?

Asiente lentamente.

—Me he deshecho de todo. De cada conexión con negocios turbios y de cada vínculo con inversores corruptos. Limpié Cooper Holdings por completo. No quiero un imperio construido en la sombra. Lo quiero todo limpio, por nosotros y por nuestros hijos.

Mi respiración se detiene por un segundo. No por la magnitud de lo que acaba de decir, sino porque en su voz hay algo más allá del negocio. Hay verdad y amor.

—Nuestros hijos… —repito en un susurro, sintiendo cómo mis ojos se llenan de emoción.

—Sí —asiente, tomándome la otra mano—. Porque quiero que, cuando tengamos una familia, no haya dudas, ni sombras, ni nada que manche lo que estamos construyendo.

La emoción me embarga y me inclino hacia él y lo beso. Porque este es el hombre con el que quiero estar. Porque ha cambiado, no solo por mí, sino porque ha decidido ser mejor. Por él, por nosotros y por lo que venga.

El sonido del agua me envuelve cuando entramos en la villa privada. Desde la terraza, el océano se extiende infinito con sus tonos turquesa perdiéndose en el horizonte. La villa es un refugio de lujo absoluto, con suelos de madera clara, enormes ventanales y una decoración minimalista que transmite paz y exclusividad. La brisa marina se cuela suavemente a través de las cortinas ligeras, trayendo consigo el aroma salado del mar mezclado con el dulzor de las flores tropicales que rodean la entrada.

Lucke deja nuestros bolsos de mano junto a la cama *king size* que preside la estancia, cubierta con sábanas blancas, que invitan a tumbarse y a descansar. Pero en descansar es en lo último en lo que pienso ahora. Me acerco a la terraza y apoyo las manos sobre la barandilla de madera, dejando que la vista del agua me robe el aliento.

—Es aún más hermoso de lo que imaginaba —murmuro sin apartar la mirada del océano.

Lucke se acerca por detrás y me envuelve con sus brazos y noto su pecho firme contra mi espalda. Sus labios rozan mi cuello en un beso pausado y cálido.

—Quiero que te olvides de todo y solo pienses… —susurra, su voz baja, prometedora—. En nosotros.

Me giro para mirarle y su expresión es pura devoción. Me inclino sobre la punta de los pies y lo beso, un beso que empieza tierno, pero que se profundiza con el hambre contenida de días esperando este momento. Sus manos se deslizan por mi cintura y me atraen más hacia él, y en ese instante sé que no hay prisa, porque en este momento solo existimos nosotros dos en este paraíso.

Pasamos la tarde entre risas y caricias, descubriendo cada rincón de la villa. Nos tumbamos en las hamacas junto a la piscina privada, con copas de champán en la mano y los pies rozando el agua templada. Lucke me observa mientras me relajo con los ojos cerrados, y sé que está disfrutando de verme así, completamente suya y en paz.

Cuando el sol empieza a caer, nos dirigimos a la playa privada. Caminamos descalzos sobre la arena, dejando que el agua nos moje los pies, con los dedos entrelazados. La calidez de su piel contra la mía me llena de una felicidad serena.

De regreso a la villa, la noche nos envuelve en un halo de intimidad que parece diferente a cualquier otro momento que hayamos compartido antes. Lucke enciende algunas velas, que la brisa hace que sus llamas bailen. Me quedo observándole, grabando cada detalle de este instante en mi memoria. Me sonríe y me tiende la mano.

—Ven aquí —me dice con esa voz grave que siempre me acelera el corazón.

Camino hacia él, despacio y cuando nuestras miradas se encuentran, no necesitamos las palabras, porque nuestro deseo habla por nosotros. Me quita la fina bata de seda que cubre mi cuerpo y deja que caiga al suelo. Sus dedos recorren mi piel con una ternura que me desarma por completo, deteniéndose en los lugares, que sabe que despiertan mi hambre de él.

Hacemos el amor despacio, sin prisas, explorándonos como si fuera la primera vez. Lucke es todo caricias, sus labios viajan por cada centímetro de mi piel y sus manos exploran mi cuerpo con devoción. Entra en mí con suavidad y nos movemos juntos, en un ritmo que no tiene nada que ver con la pasión desenfrenada de otras veces. Esta vez es diferente. Ahora nuestra complicidad nos lleva mucho más allá del sexo. Ahora, cuando nuestros cuerpos se encuentran, entre nosotros hay una entrega absoluta, amor puro y tenemos la certeza de que no existe otro lugar en el mundo donde quiera estar más que aquí y con él.

Cuando alcanzamos el clímax, lo hacemos juntos, con un jadeo entrecortado y la respiración entrelazada mientras pronunciamos nuestros nombres entre gemidos de placer. Se queda sobre mí unos segundos más, besando mis labios con una dulzura infinita antes de girarnos, abrazados y sin separarnos ni un centímetro.

—Esto es perfecto —murmuro, con los ojos cerrados y una sonrisa en los labios.

—Tú eres perfecta—me responde, hundiendo su cara en mi pelo suelto.

Nos quedamos así, abrazados y escuchando el sonido del mar, dejando que el tiempo se diluya en este instante donde nada más importa.

Capítulo 70

Lucke

La brisa nocturna trae consigo el aroma salado del mar, envolviéndonos en una calma absoluta. La piscina privada de la villa refleja el cielo estrellado como un espejo inmenso, y las luces tenues de las antorchas, que alumbran el jardín, proyectan sombras suaves sobre la madera de la terraza. Natalie está sentada en el borde de la piscina, con los pies sumergidos en el agua templada, su pelo mojado cae sobre su espalda desnuda. Su gesto es sereno y relajado, como si este lugar y momento, la hiciera olvidar el mundo entero.

Observo cada detalle de ella, la forma en que el reflejo del agua ilumina su piel y la manera en que sus labios se curvan ligeramente cuando cierra los ojos. La imagen es tan perfecta, que por un instante dudo si debería interrumpirla. Pero este es el momento. Lo sé, lo siento en cada latido de mi corazón y en la manera en que su presencia lo llena todo, como si nunca nada hubiera existido antes de ella.

Camino hacia Natalie con el pulso firme pero acelerado. Nunca he sentido algo así. No me tiembla el pulso en las reuniones de negocios, ni cuando tomo decisiones que valen millones, pero, ahora, cuando estoy a punto de entregarle algo que no tiene precio, siento que todo dentro de se tambalea como un castillo de naipes en medio de un huracán.

Me siento a su lado y meto los pies también en el agua, dejando que mis dedos rocen el agua junto a los suyos. Ella se gira hacia mí y me sonríe, sin sospechar lo que está a punto de suceder.

—Este lugar no puede ser más perfecto —susurra, cerrando los ojos un segundo, como si quisiera grabar el momento en su memoria.

—Sí, lo es —respondo, sin apartar la vista de ella.

Deslizo la mano en el bolsillo de mi pantalón y saco una pequeña caja de terciopelo azul. Su respiración se entrecorta al ver el objeto en mi palma, pero no dice nada. Solo me mira, con esos ojos que han cambiado mi vida de una forma que nunca creí posible.

—No quiero prometerte un futuro perfecto, porque sé que la perfección no existe —comienzo, con la voz grave y pausada—. Pero quiero prometerte algo real. Quiero prometerte mi amor sin condiciones, sin límites y sin cadenas.

Abro la caja y dentro brilla un anillo de platino con un diamante en el medio. Pero lo que realmente importa es el grabado en su interior. Lo he mandado hacer especialmente para ella, porque no se trata solo de una joya, sino de un juramento escrito en cada trazo.

—«Prometo amarte sin poseerte. Prometo cuidarte sin controlarte. Prometo ser tuyo y deseo que tú seas mía».

Sus labios se separan ligeramente y sus ojos brillan con la emoción contenida. No es solo la sorpresa que le he dado, sino el significado de esas palabras y la certeza de que todo lo que hemos vivido nos ha traído hasta aquí.

—Lucke… —susurra con la voz temblorosa y rota por la emoción.

Tomo su mano con delicadeza y le deslizo el anillo en el dedo, sin apartar la mirada de ella.

—Cásate conmigo, Natalie. Porque ahora esto es nuestra elección y porque deseo ser tuyo en todos los sentidos, de la única manera que importa.

Ella se lleva la mano a su boca, soltando un leve sollozo ahogado. Luego, sin dudarlo un segundo más, se lanza a mis brazos, abrazándome con una fuerza que me atraviesa por completo.

—Sí —murmura contra mi piel—. Sí, Lucke, mil veces sí.

El peso de su respuesta me llena de una sensación indescriptible. La sostengo entre mis brazos, sintiendo su temblor y

su felicidad desbordándose en cada caricia y en cada beso apresurado que deja en mi rostro, mientras llora de alegría.
La sostengo entre mis brazos y, con una delicadeza que pocas veces he tenido en mi vida, deslizo mis dedos por su espalda, sintiendo el temblor de su piel bajo mis caricias. La beso con un fervor que nace de lo más profundo de mí y con la urgencia de un hombre que ha encontrado todo lo que buscaba en una sola persona. Su sabor, su calor y la suavidad de su piel contra la mía… todo se graba en mi memoria con la fuerza de una verdad absoluta.

Nos quedamos abrazados junto a la piscina, mientras la brisa mueve levemente su cabello, mientras se acurruca en mi pecho. Pasa sus dedos por el anillo, girándolo lentamente como si aún no pudiera creer que esto es real.

—Es el anillo más hermoso que he visto —susurra—, pero lo que significa es aún más importante para mí.

—Quería que llevaras algo que te recordara cada día que esto no es una obligación, ni una promesa impuesta —le digo con voz ronca—. Es una elección, mi amor. Cada día y cada momento.

Ella se separa solo lo suficiente para mirarme. Su amor me envuelve y, en este instante no me queda duda de que lo que hemos construido es inquebrantable.

—Te amo, Lucke —murmura con sus labios rozando los míos.

—Y yo a ti —respondo sin titubear, sabiendo que esas palabras nunca han sido más ciertas que en este momento.

Nos quedamos en silencio, con el murmullo del océano como única música de fondo. La noche nos envuelve y nos protege, y en este rincón apartado del mundo, con el cielo estrellado sobre nosotros, sé que tengo todo lo que puedo desear.

La noche avanza, y el reflejo de las estrellas sobre la superficie de la piscina crea un resplandor hipnótico. La villa privada es un refugio exclusivo en medio del paraíso en le que estamos, un espacio solo para nosotros dos, donde el mundo exterior parece que no exista. Natalie y yo seguimos abrazados junto al agua, ella tiene su cuerpo acurrucado contra el mío y noto su piel cálida bajo mis caricias. Su

respiración se ha calmado, pero cuando deslizo los labios por su cuello y mis manos bajan por sus caderas, noto cómo su pulso se acelera de nuevo.

Se separa apenas unos centímetros para mirarme. Y veo su sonrisa traviesa y cómo sus ojos reflejan un deseo que me enciende desde dentro. No necesitamos palabras. Sin dejar de mirarme, se desliza dentro del agua y veo cómo su cabello flota alrededor de su cara como una corona. Me quito los pantalones y la sigo sin dudarlo.

El agua templada nos envuelve y me acerco a ella, acorralándola con mis brazos suavemente contra el borde de la piscina. Su risa se apaga cuando nuestras bocas se encuentran y esta vez no tenemos prisa, por lo que permitimos que nuestras lenguas jueguen mientras no dejamos de besarnos. Sus manos recorren mi espalda y sus uñas se hunden apenas en mi piel cuando mi mano se desliza por su muslo bajo el agua.

—¿Sigues confiando en mí? —murmuro contra su oído, dejando que el aliento caliente de mi voz la haga estremecer.

—Siempre —responde sin dudar, con los ojos encendidos de deseo y entrega.

Esa es la respuesta que quiero. No porque necesite controlarla, sino porque el placer de dominarla en la intimidad es parte de lo que somos. Parte de lo que ambos disfrutamos. Y, aunque nuestra relación ha cambiado, aunque ahora ella es dueña de su vida y sus decisiones, sigue confiando en mí para guiarla en este terreno donde solo existen nuestros deseos más oscuros.

Tomo sus muñecas con delicadeza y las llevo detrás de su espalda, sujetándolas con una sola mano y, en ese instante, noto cómo su respiración se acelera y sus labios se separan en un suspiro.

—Sigue confiando en mí —le ordeno y ella asiente despacio.

Con la otra mano, acaricio su cuerpo bajo el agua, recorriendo cada curva con una devoción casi religiosa. Me encanta verla así, rendida y expectante, y con la piel erizada a pesar del calor del agua.

—Eres mía —susurro contra su cuello—. Pero solo porque sigues eligiéndome.

Ella gime y arquea la espalda, buscando más contacto y compruebo que su entrega es voluntaria y su deseo absoluto. La giro suavemente hasta apoyarla contra el borde de la piscina y libero sus muñecas un segundo, solo para atarlas con un pañuelo de seda que saqué antes de entrar al agua. Su jadeo entrecortado me dice todo lo que necesito saber.

Ella cierra los ojos y se entrega a la sensación de que la ate una vez más. Tiro suavemente de sus muñecas hacia arriba, obligándola a arquearse y a ofrecerme su cuerpo. Sé que la vulnerabilidad la excita, pero lo que la enciende aún más es saber que la tengo así porque lo desea y porque confía plenamente en mí.

Mis labios recorren su clavícula, bajando hasta su pecho, donde la muerdo con lentitud, con la seguridad de quien conoce cada punto exacto donde hacerla arder. Su gemido se funde con el sonido del agua y cuando su cabeza cae hacia atrás, sé que ya está en ese punto donde su mente se vacía y solo queda lugar para el placer. Mis dedos se deslizan por su vientre, bajando entre sus muslos, jugando con la expectación y con su necesidad de más. Sé que quiere que la folle ahora, cuanto antes, pero también sé que disfruta cuando la hago esperar y consigo que me ruegue sin necesidad de palabras.

—Pídelo —susurro contra su oído, tirando apenas del pañuelo para recordarle que es mía en este instante.

—Por favor… —murmura, con la voz entrecortada y con el cuerpo temblando bajo el agua.

—Dímelo —insisto haciendo descender mis labios por su abdomen.

—Fóllame, señor… —susurra al fin, con la voz rota de deseo.

Mi control se resquebraja y penetrándola sin hacerla esperar más, entrando en su interior con la urgencia de quien ha esperado demasiado para este momento. Entro dentro de ella de una sola y certera estocada. Cuando estoy totalmente en su interior dejo de moverme para disfrutar de la sensación de sentirme rodeado por ella. La sujeción de sus muñecas hace que su espalda se arquee aún más, dejándola totalmente expuesta para mí, algo que me enloquece. Empiezo a mover mis caderas y ella me acompaña con

su cuerpo. Con mi mano libre le pellizco los pezones, que sé que enloquece, mientras continúo bombeando dentro de ella sin tregua. Nos movemos juntos, en un ritmo que nos pertenece, entrelazados en el agua, con el cielo como único testigo de nuestra entrega. Los jadeos de ella son cada vez más fuertes, sé que le vuelve loca lo que le hago y que está a punto de explotar de placer, por lo que aumento el ritmo de mis estocadas y ambos acabamos estallando y dejándonos llevar por el más absoluto de los éxtasis. Ella grita mi nombre entre jadeos y yo me pierdo en su cuerpo, en su placer y en la certeza de que no hay nada mejor que esto que hemos construido juntos.

Poco después, la desato con la misma suavidad con la que la he atado y la atraigo hacia mí acogiéndola entre mis brazos. Su respiración sigue agitada cuando apoya la cabeza en mi hombro y entrelaza sus dedos con los míos bajo el agua. Su sonrisa es pura satisfacción.

—Te quiero y te elijo a ti para siempre, Lucke —susurra contra mi piel, y cierro los ojos, sabiendo que esas palabras son mi mayor victoria.

Capítulo 71

Natalie

Unos meses después

Los meses han pasado con la velocidad de un suspiro y ahora me encuentro aquí, de pie frente al gran espejo de la *suite* de este maravilloso hotel en Bali, sintiendo que todo lo que he vivido me ha llevado hasta este preciso instante.

Mi reflejo me devuelve la imagen de una mujer que se ve distinta, no solo por el vestido de novia blanco de seda que acaricia mi cuerpo con la suavidad de una caricia, sino por la luz que brilla en mis ojos. Una luz que había creído perdida, pero que ha regresado más intensa que nunca.

—Deja de morderte el labio —dice Helen con una sonrisa burlona mientras ajusta los últimos detalles del velo sobre mi pelo—. Vas a acabar dejándote una marca y no queremos que Lucke piense que te has peleado con alguien antes de llegar al altar.

Everly, que está sentada sobre la *chaise longue* con una copa de champán en la mano, suelta una carcajada y sacude la cabeza.

—Oh, por favor. Lucke no se fijaría en eso. No dejará de mirarla como si fuera lo único que existe en la faz de la Tierra.

Mi madre, que está acomodada junto a la ventana, con los ojos llenos de emoción, sonríe y asiente despacio.

—Es cierto. No te había visto así con nadie más —susurra—. Siempre supe que encontrarías a alguien que viera lo increíble que eres. Pero jamás imaginé que sería de una forma tan intensa.

Siento el calor subir por mis mejillas y desvío la mirada al suelo un instante antes de volver a encontrarme con la de mis amigas y mi madre en el espejo.

—No me hagáis llorar ahora, por favor, o van a tener que retocarme el maquillaje otra vez.

Everly se levanta de un salto y se acerca con dramatismo hasta mí, sosteniendo su copa en alto.

—Por el amor de Dios, no. Ni una lágrima hasta después de la ceremonia. Pero en cuanto te den el primer beso, puedes llorar como si fueras la protagonista de un drama de Hollywood.

—Creo que no será necesario —respondo con una sonrisa temblorosa—. Estoy demasiado feliz para llorar.

Hellen me aprieta la mano y mi madre se acerca para colocar un mechón detrás de mi oreja, como solía hacer cuando era niña. Su contacto me llena de una calidez familiar, y cuando la miro a los ojos, veo el reflejo de lo mucho que ha cambiado mi vida desde aquella época en la que volví a Los Ángeles para buscar un refugio de todo lo que me atormentaba. Ahora, en cambio, no necesito escapar de nada, porque estoy en el lugar donde siempre desee estar.

—Es increíble —susurra mi madre, con la voz cargada de emoción—. Cuando volviste a casa, parecías una sombra de ti misma. Y ahora… ahora te veo y solo veo felicidad. La felicidad que siempre mereciste.

Tomo aire y asiento, incapaz de responder sin que mi voz tiemble. Aprieto la mano de mi madre en agradecimiento y me vuelvo hacia el espejo de nuevo. Mi reflejo me devuelve una sonrisa que nace desde lo más profundo de mi alma.

—Lo he conseguido, ¿verdad? —pregunto en un susurro.

Helen se acerca y coloca las manos sobre mis hombros.

—Sí, lo has conseguido, Nat. Y hoy es el día en que empiezas el resto de tu vida con el hombre que amas.

Everly se une a nosotras y levanta la copa otra vez.

—¡Por la futura señora Cooper! —exclama con una sonrisa radiante.

Mi madre ríe suavemente y nos abrazamos intentando no llorar para no destrozarnos el maquillaje.

El suave vaivén de las olas acompaña cada paso que doy sobre la arena fina y cálida. El viento marino me acaricia con suavidad, jugando con la delicada seda de mi vestido de novia. A lo lejos, la silueta de Lucke me espera junto al altar, con el océano extendiéndose infinito a sus espaldas. Su figura imponente, su porte seguro y, sobre todo, la intensa mirada azul con la que me observa hacen que la emoción se adueñe de mí.

Las flores blancas y los detalles dorados que decoran el altar resaltan con la luz del atardecer. A ambos lados, nuestros familiares y amigos nos observan con sonrisas llenas de felicidad. Hellen y Everly, mis damas de honor están deslumbrantes con sus vestidos en tonos marfil, sujetando pequeños ramos de rosas y orquídeas. Mi madre, con los ojos húmedos de emoción, me lanza una mirada llena de amor y orgullo.

Cada paso hacia Lucke lo siento como un paso hacia mi destino. Tengo la sensación de que el mundo entero se reduce a este momento, a la forma en que sus ojos azules se clavan en los míos con una devoción absoluta. Cuando llego a su lado, me toma de la mano con firmeza y calidez, entrelazando sus dedos con los míos.

El oficiante nos dedica unas palabras, pero apenas las escucho. Todo lo que importa es él, el hombre que ha cambiado mi vida y que rompió sus propias barreras para amarme sin reservas. Lucke aprieta suavemente mi mano antes de dar un paso adelante. La expectación se palpa en el aire cuando toma la palabra antes de que digamos nuestros votos.

—Hace un tiempo —comienza dirigiéndose a los invitados con la voz grave y cargada de emoción—, pensaba que tenía todo lo que podía desear. Poder, éxito y un control férreo de mi vida. Estaba convencido de que el amor era una debilidad, un concepto

demasiado inestable para alguien como yo. Pero entonces apareciste tú, Natalie. Y en el momento en que entraste en mi vida, todo cambió.

Mis labios se separan ligeramente mientras escucho sus palabras. Lucke nunca ha sido un hombre de discursos sentimentales, pero hoy, aquí, frente a todos, está abriendo su corazón sin reservas.

—Me enseñaste que el amor no es una jaula, sino un refugio, y que la verdadera fortaleza no está en el control, sino en la entrega. Y, por primera vez en mi vida, entendí que no quería seguir caminando solo. Que, sin ti, todo lo que tengo carece de sentido. Por eso hoy, delante de nuestros seres queridos, quiero prometerte que siempre seré tuyo y que no hay ni habrá ni un solo día en el que no elija estar contigo.

Contengo la respiración mientras siento como la emoción me invade poco a poco. Mi corazón late con fuerza y, cuando llega mi turno, apenas consigo mantener la voz firme.

—Lucke… —mi voz tiembla levemente, pero continúo, sin apartar mi mirada de la suya—. Cuando nos conocimos, nunca imaginé que nuestro camino nos traería hasta aquí. Éramos dos almas atrapadas en nuestras propias sombras y teníamos cicatrices que nos impedían ver la luz. Pero contigo, aprendí que el amor no es dolor ni sacrificio, sino elección. Y cada día, desde que te conocí, te he elegido a ti y deseo continuar haciéndolo cada día de mi vida.

Los ojos de Lucke brillan con una emoción contenida mientras aprieta mis manos entre las suyas.

—Por eso hoy, delante de todos, quiero prometerte que te amaré en cada amanecer y en cada anochecer. Que seré tu compañera, tu amante y tu refugio. Que caminaré a tu lado, libre y sin miedos, porque en ti he encontrado el hogar que nunca supe que necesitaba.

La brisa marina nos envuelve mientras el oficiante nos indica que nos intercambiemos los anillos. Lucke toma mi mano con delicadeza y desliza el anillo en mi dedo y sus labios curvándose en una leve sonrisa.

—Con este anillo, te prometo mi amor eterno —me dice con voz firme.

Yo hago lo mismo, con el corazón latiendo desbocado en medio de mi pecho.

—Con este anillo, te entrego mi alma y mi vida.

Apenas el oficiante ha acabado de pronunciar las palabras finales, un estruendo de vítores y aplausos estalla a nuestro alrededor.

—¡Vivan los novios!

Pero antes de que las voces se apaguen, Lucke me atrae hacia él y me besa con una pasión que me roba el aliento. Nuestro beso es profundo y está lleno de promesas silenciosas, de deseo y de amor incondicional.

La arena bajo mis pies, el océano como testigo de nuestra unión y la calidez de los brazos de Lucke… todo me envuelve en una felicidad que nunca imaginé que podría llegar a sentir y lo mejor de todo es que este no es el final de nuestra historia, es solo el principio.

Epílogo

Natalie

Un año después

Nunca imaginé que la felicidad pudiera sentirse tan de verdad, como la siento ahora. Desde la ventana de mi despacho en Cooper Holdings, observo el *skyline* de Nueva York, imponente y vibrante como siempre. La ciudad que un día me pareció un campo de batalla ahora es mi hogar. Mi vida ha cambiado de maneras que jamás habría podido prever. Antes, cada día era una lucha para demostrar mi valía y encontrar mi sitio. Ahora, en cambio, sé exactamente quién soy y dónde pertenezco.

Me acomodo en la silla y una sonrisa se dibuja en mis labios mientras acaricio con suavidad mi vientre abultado. Nuestra hija se mueve dentro de mí, como si ya supiera que su padre está a punto de entrar por la puerta. Lucke, el hombre que transformó mi mundo, el mismo que una vez creyó que el amor era una debilidad, ahora no habla de otra cosa que de su pequeña princesa.

«Será la niña de papá», me dijo hace unas noches, con la mano sobre mi barriga, mientras me miraba con esa devoción que aún consigue desarmarme.

La puerta de mi despacho se abre y la inconfundible presencia de Lucke llena la estancia. Su mirada va directamente a mi

vientre antes de alzar los ojos hasta los míos, como si necesitara asegurarse de que ambas estamos bien.

—¿Cómo están mis chicas? —me pregunta, con esa voz grave que ahora tiene matices de ternura cuando se trata de nosotras.

—Tu hija no ha parado de moverse en toda la mañana —le cuento con una sonrisa—. Creo que está practicando para las futuras clases de ballet que ya le tienes planeadas.

Lucke se acerca, inclinándose para darme un beso en los labios antes de arrodillarse frente a mí y apoyar la mano sobre mi vientre.

—Solo quiere asegurarse de que su madre no trabaje demasiado —susurra, y el movimiento inmediato de nuestra hija parece responderle—. ¿Ves? Es lista como su madre.

Río con suavidad al escucharle y feliz por tener a mi lado a un hombre como él. Lucke y yo hemos construido algo grande y real, algo que trasciende el pasado y nos proyecta hacia el futuro.

Pero la tranquilidad del momento se rompe cuando Kim, mi asistente, entra de repente con expresión alarmada.

—Señora Cooper, los socios ya están en la sala de reuniones. Su intervención es en diez minutos.

Suelto un suspiro y, con esfuerzo, me pongo en pie. Lucke me observa con el ceño fruncido, listo para intervenir si lo necesito, pero le lanzo una mirada de advertencia.

—Estoy embarazada, no inválida —le recuerdo, acomodando mi vestido con una mueca.

—Sí, sí —murmura, tomándome de la cintura con delicadeza —. Pero eso no significa que no deba cuidarte.

Sonrío y me dejo guiar hasta la sala de reuniones, donde los principales socios de Cooper Holdings ya están esperándome. Antes, cuando solo era la asistente personal de Lucke, solía ocupar un asiento discreto en la esquina. Hoy, mi sitio está junto a él, en la mesa principal. He demostrado que soy más que una simple asistente, por lo que trabajo a su lado como su igual, como su socia y como la persona en la que más confía dentro y fuera de la empresa.

La reunión transcurre con normalidad hasta que, de repente, una punzada intensa atraviesa mi vientre, haciéndome perder el hilo de la conversación. Me aferro al brazo de la silla y cierro los ojos un instante. Respiro hondo, intentando ignorar el malestar, pero una segunda contracción, aún más fuerte, me hace soltar un jadeo.

—Natalie, ¿estás bien? —me pregunta Lucke con el ceño fruncido y alarmado.

Abro la boca para responder, pero entonces lo siento. Un líquido cálido resbala por mis piernas y en ese instante la realidad me golpea con fuerza.

—Lucke… creo que… —Mi respiración se entrecorta—. Creo que estoy de parto.

El caos estalla en la sala. Lucke se pone en pie de inmediato y su silla cae hacia atrás con un golpe seco. Los socios nos miran con sorpresa, pero también con pánico, mientras Kim ya está llamando al hospital.

—¡Tenemos que irnos ya! —dice Lucke con su tono autoritario, pero ahora teñido de un nerviosismo evidente.

—Tranquilo, aún hay tiempo… —intento calmarlo, pero una nueva contracción me hace aferrarme a su brazo con fuerza.

—Ni hablar —gruñe—. Nos vamos ahora mismo.

Antes de que pueda protestar, ya me está levantando en brazos, sin importarle la mirada atónita de los presentes. Me aferro a su cuello, dejando escapar un jadeo cuando otra oleada de dolor recorre mi cuerpo.

—Lucke, puedo caminar…

—No voy a discutir esto contigo ahora —sentencia, avanzando con pasos largos y decididos hacia el ascensor.

El trayecto al hospital es una mezcla de adrenalina, emoción y nerviosismo. Lucke sostiene mi mano con fuerza, mientras su otra mano se cierra en un puño sobre su muslo. A pesar de su temple habitual, puedo ver que está tan asustado como yo. Y así, entre el caos de la ciudad y el latido acelerado de nuestros corazones, nos dirigimos al momento que cambiará nuestras vidas para siempre.

Epílogo

Lucke

El silencio de la habitación solo lo interrumpe el suave pitido del monitor cardíaco y la respiración pausada de Natalie. La luz tenue de la lámpara ilumina la escena más perfecta que he contemplado jamás. Mi mujer, mi vida, sostiene en sus brazos a nuestra hija, con una expresión de amor puro y absoluto, que hace que mi corazón lata con fuerza. Nunca he sentido tanto en tan poco tiempo, ni tampoco he conocido una felicidad tan devastadora y absoluta como la que me inunda en este instante.

Doy un paso adelante y me detengo junto a la cama. Contemplo a Natalie con reverencia, grabando cada detalle en mi memoria de este momento. Su piel aún brilla por el esfuerzo del parto, su cabello cae en mechones desordenados alrededor de su cara y sus ojos, esos ojos que tantas veces me han desafiado y amado a partes iguales, me miran ahora con una ternura que me desarma. Se ve cansada, pero también completa. Plena.

Me siento en el borde de la cama y ella, sin decir una palabra, me ofrece a nuestra hija. Mi corazón tamborilea en mi pecho cuando mis brazos envuelven a esa pequeña criatura que es parte de los dos, que es la prueba de que, contra todo pronóstico, encontramos el camino para amarnos de la única forma que sabemos: completa, incondicional y eternamente.

Miro su diminuto rostro, sus pestañas delicadas y la curva suave de sus mejillas. Su manita se mueve ligeramente y sus dedos rozan los míos con una calidez que me derrite desde dentro. En mi vida he cerrado tratos que movían millones de dólares y he

construido un imperio, sin embargo, nada es comparable a esto. Nada se acerca a la magnitud de lo que siento al sostener a mi hija en brazos por primera vez.

—Es perfecta —susurro con la voz ronca, como si mis propias palabras fueran demasiado pequeñas para describir lo que veo y lo que siento.

Natalie sonríe y apoya su cabeza en mi hombro, mientras la rodeo con mi brazo libre. Su respiración es tranquila y por un momento tengo la sensación de que en este preciso momento solo existimos nosotros tres y flotamos en esta burbuja de amor inquebrantable.

Me inclino y beso la cabeza de nuestra hija con la devoción de un hombre que sabe que su mundo entero ha cambiado. Que todo lo que alguna vez creí importante, todo lo que alguna vez me definió, ha quedado en un segundo plano. Que la vida, la verdadera vida, no estaba en las cifras de mi cuenta bancaria, ni en el poder que alguna vez busqué con desesperación. Todo eso y más estaba aquí, en los brazos de mi mujer y en el latido del corazón de nuestra hija.

—Durante toda mi vida, pensé que el poder me daría la felicidad —susurro, con la voz cargada de emoción—. Pero lo único que necesitaba… eras tú y, ahora, vosotras.

Natalie solloza suavemente y apoya la cabeza en mi pecho, cerrando los ojos mientras la niña sigue dormida en sus brazos. Cierro los ojos un instante y respiro hondo. He pasado mi vida entera buscando algo que llenara el vacío dentro de mí. Creí que la respuesta estaba en el éxito, en la riqueza, en el control. Pero la verdad siempre estuvo en otro lugar. Estuvo en Natalie, en su risa, en su amor inquebrantable, en la manera en que me enseñó a ser un hombre que no solo toma, sino que también da. Y ahora, en esta pequeña vida que hemos creado juntos, encuentro la última pieza de mi redención. Miro a mi hija, tan pequeña, tan indefensa, y sé que daría la vida por ella.

Y en este momento y en esta habitación de hospital, con la ciudad esperando más allá de estas paredes, sé que no hay nada

que desee más que esto. No necesito más. Ellas son mi hogar, mi paz y mi amor eterno.

***

Antes de cerrar este libro, por favor, si me dejas tu opinión en Amazon, Goodreads o tus redes sociales, me ayudas a que pueda seguir publicando.
¡Muchas gracias!

Sarah Valentine

Nota de la autora

Querid@ lector@,

Si has llegado hasta aquí, déjame darte las gracias por haberlo hecho. Deseo que hayas disfrutado estas historias y los hayas amado tanto como yo mientras las creaba.

Si te gustan mis historias, te animo a que le des una oportunidad a mis otras novelas publicadas. Mientras, yo continúo trabajando para que dentro de muy poquito puedas seguir leyendo mis nuevas historias.

Hasta pronto y feliz lectura,

Sarah Valentine

¿Dónde puedes encontrarme?

En mi lista de correo: https://sarahvalentine.substack.com/
Instagram: @sarahvalentine_escritora/
TikTok: @sarahvalentine.escritora
Facebook: Sarah Valentine
Fan Page Facebook Sarah Valentine escritora: facebook.com/sarahvalentine.escritora
Mi grupo de lectoras VIP: Las Valentinas de Sarah Valentine
En mi mail: sarahvalentine.escritora@gmail.com

Tengo un regalo para ti

Si te ha gustado la historia de Lucke y Natalie, te animo a que empieces a leer la siguiente entrega de esta serie*:* **Dylan. El deseo más oscuro del heredero: Un romance oscuro, sensual y posesivo en el corazón de Nueva York**

Esta es su sinopsis:

Él es el **hombre más peligroso** que ha entrado en su vida.

Ella es su **deseo más oscuro**, su **tentación prohibida**.

Kiara Spencer tiene dos reglas inquebrantables: no permitir que nadie la controle y jamás involucrarse con los clientes **del *Club LUX*, el exclusivo local** donde trabaja por las noches para pagarse la universidad.

Pero cuando **Dylan Russell**, el **heredero del imperio automovilístico** más poderoso de **Nueva York**, posa sus ojos en ella, su mundo cambia en un instante. Él no es solo un cliente más. **Es peligroso, implacable y letalmente atractivo**. Un hombre que la observa como si ya le perteneciera.

Dylan está acostumbrado a tenerlo todo. **Dinero, poder, mujeres…** pero **Kiara es diferente**. La desea con una

intensidad que roza la **obsesión**. **Quiere poseerla** y hacerla suya. Sin embargo, lo que comienza como un **juego de poder y tentación** pronto se convierte en algo mucho más oscuro.

Kiara no sabe que acercarse a él la pone en **peligro**.

Entre **carreras ilegales**, un mundo lleno de **secretos** y la amenaza de una **traición** que podría romperlo todo, **Kiara y Dylan** se verán atrapados en una **espiral de deseo, pasión y caos** donde solo hay una certeza: **resistirse ya no es una opción**.

Pero cuando la verdad salga a la luz, **¿arderán en las llamas del deseo o quedarán reducidos a cenizas?**

¡Atrévete a descubrirlo!

Sarah Valentine, autora de novelas románticas **Best Sellers**, como su serie **Condes escoceses** y su serie **Duques escoceses,** publica ahora ***Dylan. El secreto más oscuro del heredero. (Serie Herederos)***, un romance oscuro, intenso y adictivo ambientado en Nueva York, dentro de su **serie Herederos**, una serie que copa los primeros puestos en Amazon. **Si te gustan las historias 100% románticas, lee las novelas de Sarah Valentine.**

***Tropos presentes en esta historia:**

- **Age gap.**

- **Hija de mejor amigo.**

- **Hombre poderoso y peligroso.**

- **Protagonista femenina fuerte, pero en apuros**

- **Relación prohibida**

- **Diferencia de estatus**

- **Obsesión y deseo tóxico**

Y ahora, empieza a leerlo:

Dylan. El deseo más oscuro del heredero

Capítulo 1
Kiara

La música retumba con fuerza y marca el ritmo de la noche en el Club LUX. Aquí todo es brillante por fuera, pero basta con observar un poco más allá para notar las sombras que se deslizan entre copas de cristal y las promesas vacías de los socios Y yo… yo solo sirvo copas.

Me muevo entre las mesas con la bandeja en una mano, sorteando con facilidad los cuerpos y los brazos que llenan el local. Esta es mi tercera noche trabajando aquí y ya he aprendido a esquivar

comentarios, miradas y sonrisas vacías. Aquí todo gira en torno al dinero, al poder y a la sensación de que nada tiene consecuencias. Los hombres de traje a medida y relojes obscenamente caros se mezclan con otros de aspecto más rudo, pero igual de peligrosos. La exclusividad del club es solo una excusa para que quienes mandan en esta ciudad puedan jugar sin que nadie los observe demasiado de cerca.

Sigo caminando, centrada en no derramar ni una gota del whisky que va para la mesa cuatro. A pesar de las botas de tacón y el vestido corto, que me obliga a estar más pendiente de cada paso que doy, he perfeccionado el equilibrio a la hora de servir a los socios. El uniforme no es más que una forma de atraer clientes y conseguir propinas más generosas, pero no hay que confundirse: no soy ni bailarina ni prostituta. Solo sirvo copas y me aseguro de que las comandas lleguen en el menor tiempo posible.

—Kiara, la mesa del fondo ha pedido otra ronda —me avisa Marla, la encargada del bar, con un gesto de cabeza mientras seca un vaso con pulcritud.

—Voy enseguida —respondo sin perder el ritmo.

El cansancio pesa sobre mis piernas, pero lo ignoro. Pasar noches en vela se ha convertido en

parte de mi rutina, aunque las mañanas en la facultad se hacen cada vez más difíciles. Entre las clases, estudiar y este empleo, mi cuerpo pide a gritos unas horas de sueño que ahora mismo no me puedo permitir. Pero necesito este trabajo. La beca cubre la matrícula y parte de los libros, pero el alquiler, los gastos y la comida dependen de lo que pueda aportar en casa. No es mucho, pero al menos es algo.

Llego a la mesa del fondo, donde cuatro hombres ríen con la confianza de quienes saben que pueden comprar lo que quieran con un chasquido de dedos. Uno de ellos, un tipo de pelo engominado y mandíbula marcada, me lanza una sonrisa que pretende ser encantadora.

—Doble de whisky para mí, preciosa —dice arrastrando las palabras.

Asiento sin devolverle la sonrisa y tomo nota del resto de la mesa. La atención de los hombres en este sitio es un juego peligroso. Lo he visto en mis otras dos noches aquí: algunas chicas lo fomentan, porque eso se traduce en propinas más altas, aunque otras lo evitan a toda costa. Yo prefiero mantenerme en un punto intermedio. Ser amable sin dar pie a nada más. Aceptar una mirada prolongada sin que se convierta en una invitación.

Me alejo antes de que la conversación se vuelva incómoda y regreso a la barra para recoger las copas. Marla ya está preparando los pedidos cuando llego y me pasa el whisky con un gesto de advertencia.

—Ten cuidado con esos, creen que este sitio es su coto de caza.

—Me lo imaginaba —susurro tomando la copa con firmeza.

No es la primera vez que me topo con hombres así y, lamentablemente, sé que tampoco será la última. Aquí dentro todo es una máscara de lujo y exclusividad, pero la verdad es mucho más sucia. Hay dinero, sí, pero también egos inflados y ambiciones descontroladas. No importa lo caro que sea el traje que estos hombres vistan, porque la esencia sigue siendo la misma.

Respiro hondo antes de regresar a la mesa y dejo las bebidas con cuidado. Los socios siguen riendo y conversando en voz baja, pero uno de ellos, de ojos oscuros y expresión analítica, se queda observándome unos segundos más de lo necesario. No digo nada. Simplemente me giro y sigo con mi trabajo.

La noche avanza entre bandejas que van y vuelven, clientes que exigen sin ni siquiera mirarte cuando lo hacen y una música que sigue latiendo

como el pulso de un monstruo hambriento. Yo sigo moviéndome entre todo eso, manteniendo la compostura y recordándome a cada minuto que esto es solo temporal, porque mi sitio real está entre libros, análisis literarios y aulas llenas de conocimiento. Mi máximo deseo es que algún día pueda dejar este trabajo y no tenga que seguir sirviendo copas a hombres que creen que el mundo les pertenece, aunque, por ahora, ese anhelo me queda aún muy lejos.

El ambiente en el Club LUX no cambia a lo largo de la noche. La música retumba contra las paredes de manera potente, las luces danzan sobre el cuero de los sofás y el tintineo del cristal resuena constante contra la barra. Esta noche, mi tercera jornada de trabajo en este lugar, tiene algo de diferente y efectivamente mi sensación se confirma cuando, después de recoger una comanda en la barra, me giro para dirigirme a una de las mesas y un silencio repentino se extiende como una ola de agua entre los socios. Algunas miradas se deslizan hacia la entrada del club y, cuando me giro para comprobar qué observan con tanto interés, lo veo.
Entra un hombre muy atractivo al club y avanza con una seguridad que desafía el mundo que lo rodea. No necesita pedir espacio, porque gente al verlo, se

aparta sin dudarlo. Su porte es imponente, con una altura que supera a la mayoría de los hombres en la sala y una presencia que se impone sin necesidad de palabras. Viste un traje perfectamente entallado a su cuerpo, que no busca llamar la atención, sino que deja claro su estatus sin esfuerzo.

Su rostro es todo ángulos duros, una mandíbula cincelada y pómulos afilados bajo la tenue iluminación. Los ojos, de un azul frío e hipnótico, recorren el club con calma. No parece de este mundo, porque solo con mirarlo me da la sensación de como si perteneciera a una dimensión donde las reglas son otras y él las dicta.

—¿Quién es? —pregunto en voz baja a Marla, fingiendo que acomodo las copas en mi bandeja.

—Dylan Russell —responde sin apartar la mirada de él, como si temiera perderse algo importante—. Está podrido de pasta. Es el heredero de uno de los imperios empresariales de coches de lujo más grandes del mundo. Dicen que también participa en carreras ilegales entre multimillonarios… Aunque debe tener más de cuarenta años, el tipo está cañón.

Asiento ante lo que me cuenta y un escalofrío me recorre la espalda, pero no es de miedo. Hay algo en los hombres con bastante más años que yo, que tengo veintidós recién cumplidos, que siempre

me ha atraído, aunque nunca he entendido por qué. Y Dylan Russell… él encarna todo lo que me fascina y me intimida al mismo tiempo.

Su paso firme lo lleva hasta su reservado VIP, el que, según me dice Marla, siempre tiene a su disposición. No se molesta en mirar a su alrededor, porque me da la sensación de que el resto del mundo no existe para él. Me acerco con la bandeja y la seguridad de que él es un cliente más y que, por tanto, debo atender con la misma indiferencia con la que sirvo a los demás. Pero cuando alzo la mirada y me encuentro con la suya, todo se tambalea.

Sus ojos no solo me miran, me estudian. Me siento vulnerable bajo su escrutinio, como si pudiera ver más de lo que debería. Tomo aire y coloco la copa sobre la mesa con mano firme, pero en el último momento sus dedos rozan los míos. Un roce intencionado, y breve, aunque suficiente como para que mi pulso se acelere, pero hago lo imposible por mantener la compostura.

—Su whisky —anuncio, obligándome a hablar con la misma neutralidad de siempre.

Dylan Russell toma la copa sin apartar la mirada de mí. Se inclina ligeramente, con la misma calma peligrosa con la que ha entrado en el local. Sus labios se curvan apenas en algo que no llega a

ser una sonrisa y cuando habla, su voz es un murmullo grave que me envuelve por completo.

—No deberías estar aquí.

Su declaración me descoloca. No es una amenaza ni una advertencia, sino un hecho, dicho con una certeza que me atraviesa. Un escalofrío recorre mi piel y, por un segundo, no sé cómo reaccionar.

—¿Perdón? —le pregunto sin poder evitarlo.

Dylan no repite sus palabras, solo me observa con esa intensidad. Algo en su mirada me dice que él sabe algo que yo aún no comprendo y eso me hace sentir inquieta.

Capítulo 2
Dylan

El Club LUX es un refugio para aquellos que tienen suficiente dinero como para olvidar por unas horas lo que ocurre fuera de sus puertas. Para mí, es solo un lugar más donde los excesos son la norma y la lealtad se mide en cifras. Me gusta observar y decidir quién vale la pena y quién es solo un peón más en esta partida.

Cuando entro, las miradas se giran para mirarme, como ocurre siempre. Algunos con respeto, otros con envidia y otros con un poco de ambas cosas. Pero lo que ocurre esta noche al entrar en el

local es distinto. Mis ojos se detienen en una camarera que no he visto antes. Me llama la atención porque, a pesar de que es nueva por aquí, no parece intimidada por el entorno. Además, hay algo en su expresión y en cómo esquiva las miradas, que me dice que aún no es parte de este mundo. Se mueve con soltura, aunque su lenguaje corporal delata que todavía no ha aprendido las reglas del juego que aquí se juega.

La observo mientras avanza con una bandeja entre las mesas, esquivando con destreza a los clientes que intentan llamar su atención. Su vestido ajustado resalta cada una de sus curvas, aunque no detecto ni un atisbo de provocación en su actitud, sino solo una profesionalidad férrea. No es como las demás y eso llama poderosamente mi atención, algo que no suele sucederme y menos en el LUX.

—Señor Russell, su reservado está listo —me dice uno de los encargados, inclinando ligeramente la cabeza.

Asiento sin apartar la mirada de la camarera. Su rostro es joven, fresco y no tiene las marcas del cinismo que suelo ver en las mujeres que frecuentan este lugar. Cuando se vuelve y me atrapa con sus ojos oscuros, algo en mi interior se activa. No es deseo o no solo eso. Es curiosidad, una sensación incómoda pero adictiva.

Me dirijo a mi reservado con paso firme. La sensación de control absoluto es algo que valoro y que domino a la perfección, pero esta noche, esa certeza se tambalea. El motivo de mi inseguridad viste un vestido negro ajustado y posee una mirada que no debería haberme llamado la atención, pero lo ha hecho.

Me acomodo en mi asiento, pero sigo observándola. Noto que evita cruzar miradas conmigo deliberadamente, lo que solo incrementa mi interés por ella. Estoy acostumbrado a que las mujeres me busquen, que se acerquen a mí con sonrisas insinuantes y expectativas claras. Pero ella no. Ella mantiene la distancia. Interesante.

Cuando se acerca a servirme, lo hace con la misma calma medida con la que atiende al resto de los socios. Sin embargo, en el momento en que deja la copa sobre la mesa, mis dedos rozan los suyos de forma intencionada. Un gesto breve, pero suficiente, porque noto cómo la electricidad de nuestro breve contacto la sacude y sus ojos se clavan en los míos, cargados de desconcierto.

—No deberías estar aquí —le murmuro con voz grave y sin apartar la mirada de la suya.

Ella parpadea, confundida y su reacción me confirma lo que ya intuía: no tiene ni idea de en qué lugar se está metiendo, algo que, por alguna razón,

me fascina aún más. Su confusión me divierte. No es miedo lo que veo en sus ojos, sino una mezcla de orgullo y precaución. Una combinación poco común en este lugar.

—¿Y eso por qué? —me pregunta, con el mentón ligeramente alzado.

Esbozo una sonrisa ladeada y tomo la copa con calma entre mis dedos y me inclino un poco hacia ella, lo suficiente para que solo nosotros dos escuchemos la conversación.

—Porque aquí no se sobrevive siendo ingenuo.

Ella no me responde de inmediato, pero tampoco aparta la mirada de mí. Me gusta. No titubea, aunque puedo ver que está intentando descifrar lo que realmente quiero decir. La mayoría de las mujeres en su situación se habrían marchado de inmediato o habrían intentado agradarme, en cambio, ella no hace ninguna de las dos cosas.

—Gracias por el consejo, señor Russell —dice al fin, con un tono tan neutral que casi me hace sonreír.

—Dylan —la corrijo.

Ella asiente levemente y se da la vuelta para seguir con su trabajo. La sigo con la mirada mientras se aleja, sintiendo algo que hacía tiempo que no experimentaba: verdadera curiosidad. Algo me dice

que esta noche va a ser más interesante de lo que esperaba.

Cuando abandono el club, la madrugada me recibe con un aire cargado de humedad. La brisa nocturna no es suficiente para borrar el rastro de la nueva camarera de mi mente, que he descubierto que se llama Kiara, Kiara Spencer. Su imagen sigue ahí, persistente, como un tatuaje grabado en lo más profundo de mi conciencia. Debería olvidarme de ella. Sería lo más sensato. Pero algo en su mirada ha encendido una chispa que me resulta imposible de ignorar.

Cruzo el umbral del LUX con paso firme, intentando borrar de mí la sensación incómoda que me ha dejado nuestro encuentro. Mis zapatos suenan en el pavimento con decisión, resonando en la quietud de la madrugada. El neón del club parpadea tras de mí, pero mi cabeza está en otra parte. Kiara. Su nombre se desliza en mi pensamiento con una facilidad perturbadora.

Mi chófer ya espera junto al coche negro de cristales tintados. Su silueta es una sombra inmóvil en la penumbra, pero mi atención no está en él. Me detengo un segundo antes de abrir la puerta, respiro hondo y al exhalar el aire, descubro que el efecto de ella no se ha disipado. No quiero ni necesito esto.

Subo al asiento trasero y cierro la puerta con un chasquido seco. Dentro del Rolls-Royce Phantom, la atmósfera es silenciosa y está envuelta en una penumbra que solo interrumpen las luces de la ciudad proyectadas a través el cristal. El cuero del asiento está frío bajo mis manos, pero mi sangre sigue ardiendo cada vez que rememoro el breve contacto de nuestras manos. Aprieto la mandíbula y me paso una mano por la cara y miro a Declan, el jefe de mi equipo de seguridad, que está en el asiento delantero revisando su teléfono con expresión impasible.

Levanta la vista en cuanto siente mi mirada sobre él, esperando órdenes. Sabe que cuando hablo, no dejo lugar a dudas, ni doy explicaciones y, mucho menos, necesito justificarme.

—Quiero información sobre la nueva camarera del LUX. Kiara Spencer —le digo con voz firme, sin espacio para réplica.

Declan frunce el ceño apenas un instante, pero no hace preguntas. Está entrenado para saber que, cuando pido algo, es porque ya lo he decidido.

—Lo tendré para mañana a primera hora— responde con la misma eficiencia de siempre.

Desvío la mirada hacia la ventana y observo la ciudad difuminada por la velocidad del coche. Luces intermitentes, calles vacías y siluetas de

desconocidos que no significan nada para mí. Muevo los dedos contra la tapicería del asiento y me obligo a respirar hondo. En este momento, todo debería volver a su orden, pero Kiara sigue dentro de mi cabeza, como una sombra en mi mente de la que no puedo olvidarme. No quiero obsesionarme con ella. No debería. Pero la verdad es otra, y lo sé demasiado bien. Ya es demasiado tarde.

Capítulo 3
Kiara

La cafetería de la facultad está abarrotada. Las voces se mezclan con el sonido del vapor de la cafetera y el tintineo de las cucharillas contra la porcelana. Me acomodo en una de las mesas junto a la ventana con mi café en las manos mientras Hannah, mi mejor amiga, remueve el suyo con parsimonia, observándome con esa mirada inquisitiva que significa que está a punto de sacarme algo.

—Llevas toda la mañana con cara de estar en otro planeta —comenta con diversión—. ¿Vas a contarme qué te pasa o tengo que adivinarlo?

Soplo la espuma de mi café para evitar su mirada, pero no sirve de nada. Hannah siempre sabe cuándo tengo algo en la cabeza. Y, para mi desgracia, lo que tengo en la cabeza es un hombre al

que no debería ni estar recordando en este momento, ni en ningún otro.

—No me pasa nada —respondo, aunque sé que no va a conformarse con mi respuesta.

—Venga ya, tía. Te conozco demasiado bien. Desde que llegaste hoy a clase estás con la cabeza en otra parte. Vamos, cuentaaaaaa.

Doy un sorbo y apoyo los codos sobre la mesa. No quiero darle demasiada importancia, pero sé que, si no lo suelto, Hannah no va a parar hasta que lo haga.

—Es un cliente del club —admito, sin más rodeos.

Hannah enarca una ceja y deja la cucharilla sobre el platillo con un leve tintineo.

—¿Un cliente? ¿En serio? ¿Desde cuándo te fijas en los tíos que van al LUX?

—No me he fijado en él —miento descaradamente—. Es solo que es… diferente. Misterioso. Atractivo.

Hannah me mira con incredulidad antes de soltar una carcajada.

—Por favor, ¿diferente? Kiara, todos los hombres que van a ese sitio son la misma clase de capullos: ricos, con egos del tamaño de un rascacielos y convencidos de que todo el mundo está

a su disposición. ¿Qué tiene este que te haya llamado la atención?

Deslizo los dedos por la taza, buscando distraerme, pero Hannah no me deja escapar tan fácilmente. Su expresión se vuelve aún más curiosa.

—Dicen que se llama Dylan Russell —admito al fin—. Al parecer, es un habitual. Siempre va al mismo reservado y, por lo visto, deja propinas escandalosas.

Hannah ladea la cabeza, interesada.

—¿Dylan Russell? Me suena ese nombre…

—Por lo visto, dicen que es uno de los hombres más ricos de Nueva York. Heredero de un imperio de coches de lujo. También dicen que participa en carreras ilegales entre millonarios.

Hannah silba y apoya la barbilla en su mano.

—Ah, entiendo. El clásico hombre con dinero y problemas. ¿Y qué pasa, que te mira de una forma intensa y misteriosa y ya estás pensando en tirártelo?

Suelto un bufido, fingiendo indignación.

—Si espera eso, va listo.

Hannah se echa a reír y sacude la cabeza.

—Ay, Kiara, si es como dices, me juego lo que quieras a que no está acostumbrado a que las mujeres le digan que no. Seguro que cree que con soltar un par de billetes ya lo tiene hecho.

—Pues conmigo no —afirmo con convicción, aunque en mi interior sé que Dylan Russell me ha dejado una impresión demasiado buena.

Hannah me observa con una mirada astuta, como si supiera que no le estoy diciendo toda la verdad.

—Dices que es mayor, ¿no? —pregunta con picardía—. ¿Qué edad tiene? ¿Cuarenta?

—Más o menos —digo, encogiéndome de hombros.

—Tía, lo tuyo con los hombres mayores es un caso perdido. Siempre te gustan tíos que podrían ser tu padre.

—¡Cállate! —protesto entre risas y le lanzo una servilleta.

Hannah se ríe conmigo, pero en su mirada sigue brillando la curiosidad. Hannah da un sorbo a su café y se echa hacia atrás en la silla.

—Aprovechando que hablamos de hombres mayores… ¿Cómo está tu padre? Hace tiempo que no me hablas de él.

Su pregunta me toma por sorpresa, no porque sea un tema incómodo, sino porque hace días que no pienso en él. Con la universidad, el trabajo en el LUX y las pocas horas de sueño, apenas he tenido tiempo de llamarle.

—Bien, supongo —respondo, removiendo lo que queda de mi café con la cucharilla—. No lo veo mucho últimamente. Entre sus clases en el instituto y todo lo mío, apenas coincidimos.

Hannah asiente, comprensiva.

—Siempre ha sido un hombre ocupado. Pero al menos sigue pendiente de ti, ¿no?

—Sí, claro —respondo sin dudar—. Mi padre siempre ha estado ahí. Aunque no vivamos juntos, sé que, si necesito algo, puedo contar con él.

Hannah sonríe y apoya la barbilla en la palma de la mano.

—Siempre te he envidiado eso. Mi padre es un desastre con patas, pero el tuyo es todo lo contrario. Responsable, trabajador… demasiado serio, diría yo.

Me río y asiento. Es cierto. Mi padre nunca ha sido un hombre de excesos, ni de lujos, ni tampoco de fiestas. Siempre ha llevado una vida ordenada y meticulosa, como si siguiera una lista de tareas invisible que no puede permitirse olvidar.

—Desde luego, nunca me lo imaginaría en un sitio como el LUX —comento con una carcajada.

Hannah se echa a reír conmigo.

—Definitivamente no. Creo que, si entrara ahí, le daría algo —vuelvo a reír divertida.

—Probablemente. Aunque, pensándolo bien, lo que más le escandalizaría no sería el lugar, sino

que su hija trabajara en él.

Hannah alza una ceja con picardía.

—Bueno, eso no lo sabe, ¿verdad?

Me muerdo el labio y niego con la cabeza.

—Y espero que siga sin saberlo. Si se enterara, sería capaz de plantarse en la puerta del club para sacarme de ahí a rastras.

—Siempre ha sido bastante protector.

—Lo es. A veces demasiado —admito—. Pero, en el fondo, lo agradezco. Siempre me ha cuidado. Incluso cuando yo insistía en que podía manejarme sola.

Hannah sonríe con ternura y brinda en el aire con su taza de café.

—Por los padres que se preocupan demasiado.

Chocamos nuestras tazas y seguimos hablando, pero en el fondo, sé que debería llamarle pronto. Solo para recordarle que sigo aquí y que, aunque esté ocupada, no me he olvidado de él.

Capítulo 4
Kiara

El LUX se ha convertido en un escenario donde las reglas han cambiado sin que yo tenga ni voz ni voto. Cada noche, cuando cruzo las puertas del club, siento que camino sobre una cuerda floja, porque Dylan Russell ha decidido convertir mi trabajo en su

nuevo entretenimiento. Su juego, donde yo soy la pieza con la que pretende jugar.

Desde aquella primera noche en la que me miró con su mirada de hielo y sus comentarios enigmáticos, algo ha cambiado. Él ya no es solo un cliente más, ni tampoco es solo otro millonario más entre tantos que se sientan en los reservados del club para disfrutar de copas caras y compañía comprada. Él se ha asegurado de que mi vida en el LUX gire en torno a él. Lo noto en la forma en que mis compañeros me miran con disimulo cuando él entra. En la manera en que el encargado me informa, con absoluta naturalidad, que he sido asignada a su servicio de forma permanente, como si eso fuera algo normal. Como si fuera lógico que un hombre con su poder decida que solo yo le sirva, sin preguntarme siquiera si quiero hacerlo.

—Russell ha dejado claro que quiere que seas su camarera en exclusiva —me informa mi jefe con el desinterés de quien solo sigue órdenes—. No quiere que nadie más le atienda cuando esté en el local.

Me cruzo de brazos y lo miro con incredulidad.

—Eso no es cómo funciona esto.

—Funciona exactamente como el dinero diga que funcione y si quiere que seas tú quien le sirva las copas, tú se las sirves. No tienes que hacer nada más, ni tampoco tienes derecho a réplica —sentencia

y sé lo que está insinuando. No espera que me queje, ni tampoco que me niegue, porque en este lugar nadie le dice que no a un cliente y menos a uno como Dylan Russell. Evidentemente, no puedo permitirme perder este trabajo, así que hago lo que me toca hacer. Pero eso no significa que vaya a ponerles las cosas fáciles.

Las noches avanzan con una nueva rutina que me carcome los nervios. Dylan siempre está ahí. No hay noche en la que no ocupe su reservado, en la que su presencia no domine cada uno de mis movimientos. Me observa con una intensidad, que hace que mi piel se erice, y me provoca con cada uno de sus comentarios.

—Me has hecho esperar demasiado, Kiara.

Dejo su whisky sobre la mesa y me cruzo de brazos mientras me habla.

—No recuerdo haber firmado ningún contrato de exclusividad.

—No lo has hecho —responde con una media sonrisa—. Pero aquí estás.

Atenderle yo sola es una batalla constante. Cada copa que le sirvo y cada paso que doy cerca de su mesa es una jugada más en un tablero que no controlo. Él marca el ritmo y lo peor de todo es que estoy reaccionando a sus provocaciones, por lo que

estoy cayendo, sin darme apenas cuenta, en su juego a pesar de que no quiero hacerlo.

Mi piel se recalienta cuando sus ojos me recorren de pies a cabeza sin disimulo. Mi respiración se altera cuando su voz grave pronuncia mi nombre. Me revienta saber que está consiguiendo exactamente lo que quiere: desestabilizarme.

Esta noche no es diferente a las anteriores. Me acerco hasta su mesa con la bandeja en una mano y su whisky en la otra, fingiendo que su presencia no me afecta. Pero en el instante en que me inclino para dejar la copa sobre la mesa, sus dedos rozan los míos con la misma calma letal de siempre.

—Sigues jugando a resistirte, pero lo cierto es que ya estás atrapada.

Su seguridad me enerva. Me enderezo de inmediato y sostengo su mirada con frialdad.

—Si cree que puede comprarme con propinas, va listo. No soy una de esas mujeres que caen rendidas ante un fajo de billetes.

Él se ríe con suavidad y apoya el codo en el respaldo del sofá, observándome con la paciencia de un cazador que sabe que la presa terminará cayendo tarde o temprano.

—No te estoy comprando, Kiara. Solo me divierte ver cómo intentas resistirte.

Me doy la vuelta antes de responderle algo de lo que me pueda arrepentir.

Cuando acabo mi turno, me cambio de ropa y me marcho lo antes posible del club. Empujo la puerta de salida, deseando que el aire frío de la madrugada me despeje la cabeza. Pero al salir me encuentro con Russell frente a la puerta apoyado contra un coche negro, que parece carísimo, con las manos en los bolsillos y esa expresión relajada que me pone los nervios de punta.

Me detengo en seco, con la rabia acumulada ardiendo en mi pecho.

—No puedes estar en todos lados.

Dylan sonríe y se incorpora con lentitud.

—No estoy en todos lados. Solo estoy donde quiero estar y, ahora mismo, quiero estar aquí.

Me estremezco sin quererlo. Algo en la forma en que lo dice me hace sentir como si no tuviera escapatoria. Como si él ya hubiera decidido algo que yo ni siquiera sé lo que es. Así que, por lo que parece, esta noche no ha terminado y tengo la sensación de que, con Dylan Russell, nada acaba realmente hasta que él no lo decide.

Empieza a leerla aquí.

¡¡¡Al 50% de su precio durante la preventa!!!

Encuentra aquí otras novelas de la autora

https://www.amazon.com/~/e/B09S6473S5